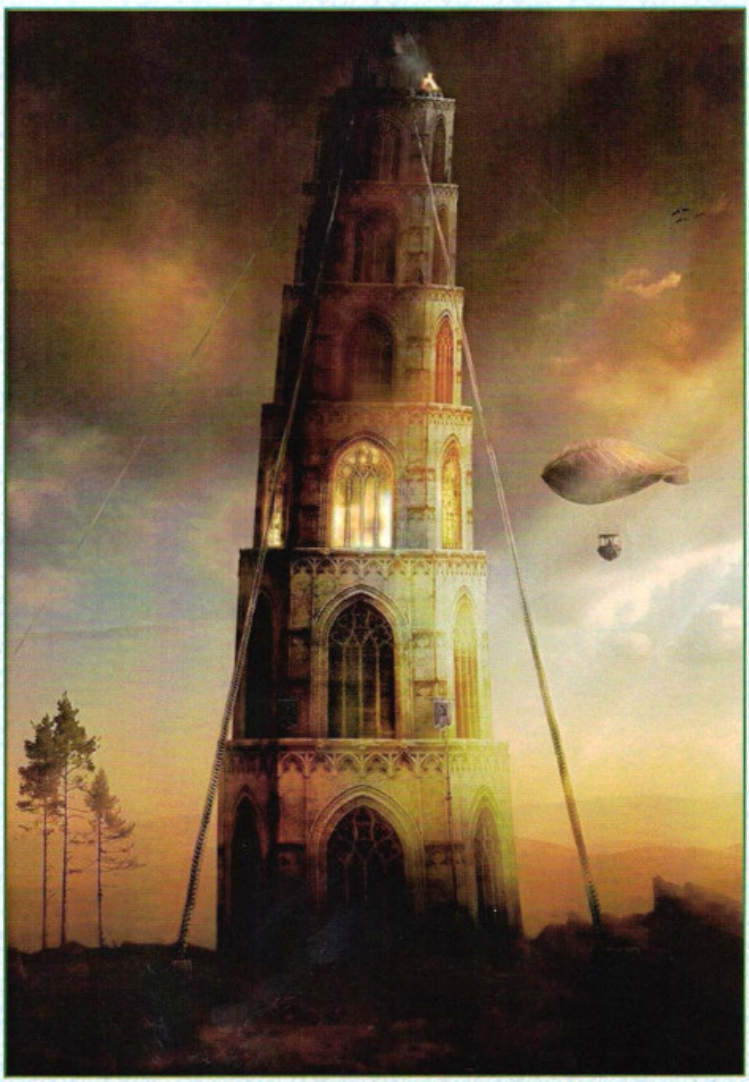
Paul J. McAuley

El ángel de Pasquale



La biblioteca del laberinto, S. L.

Florencia a comienzos del siglo XVI. Una Florencia muy diferente de la que evocan nuestros libros de historia: Leonardo da Vinci ha renunciado a la pintura para dar vida a las máquinas que dibujaba en sus cuadernos de apuntes, y la Italia del Renacimiento ya sabe lo que es la revolución industrial. La perla de Toscana sigue siendo la urbe de los grandes pintores, de los grandes arquitectos, de las fiestas… y de las intrigas sofisticadas y los misteriosos asesinatos. Como los de Rafael y su asistente. ¿Quién está en el origen de tales crímenes? ¿Y por qué causa se han cometido?

Sobre el fondo de una gran rivalidad entre España e Italia, y de la rebelión de los seguidores de Savonarola, Pasquale, un joven aprendiz de pintor, realiza una investigación en busca de los asesinos acompañando a Niccolò Machiavelli, periodista en una de las múltiples gacetas de Florencia, un Sherlock Holmes anticipado a su tiempo. Una de las primeras novelas de la corriente steampunk, novela policíaca, novela iniciática, El ángel de Pasquale es digna de figurar junto a obras como El nombre de la rosa, de Umberto Eco, o La estación de la calle Perdido, de China Miéville.

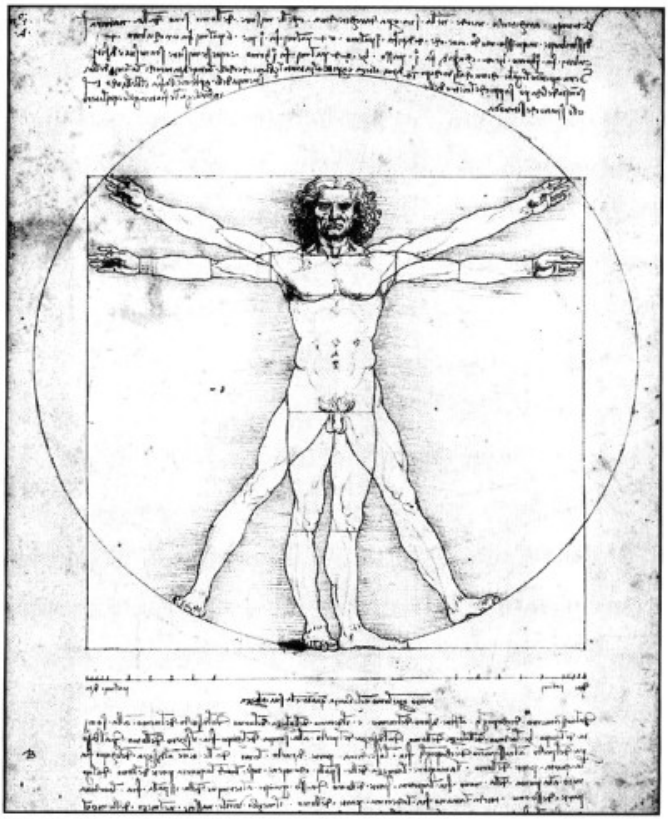
Paul J. McAuley

El ángel de Pasquale

Paul J. McAuley, 1994.
Título original: *Pasquale's Angel*
Francisco Arellano, por la traducción, 2015.
Augusto Uribe, Mario Moreno Cortina y
Miguel J. Francés, por las diversas
introducciones, 2015.
La biblioteca del laberinto, 2015.
Primera edición: febrero de 2015

Paul J. McAuley

El ángel de Pasquale



La biblioteca del laberinto, S. L.

Delirio, Ciencia Ficción

La nariz de Cleopatra

Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, toda la faz de la tierra hubiera cambiado.

BLAISE PASCAL, *Pensamientos* 413-162

La mayor de las ucronías sería imaginar un mundo sin ucronías. Porque desde que el hombre fue capaz de formular un pensamiento abstracto, pensó en cómo un acontecimiento pudo haber discurrido de otra manera y cómo sería entonces distinto su momento actual.

Pasó un largo tiempo hasta que dejó de ser un pensamiento personal para convertirse en un pensamiento histórico, y después para ponerse por escrito. Voy a dar de lado a los mitos de la creación del hombre en los libros sagrados de las diferentes religiones porque el hagiógrafo no conocía lo realmente acaecido y tenía, además, la necesidad de mitologizarlo.

También a los intentos de contar a sabiendas una Historia inexistente para engañar a quienes la leyeran. El faraón Ramsés II, en el año 1288 de la Era Antigua, hizo decorar los muros de los templos de Tebas con dibujos e inscripciones —los cómics de entonces— con el parte oficial de guerra de una victoria que no se dio en Kadash: «Los embajadores hititas acudieron a Ramsés para suplicarle que accediera a la paz, a él, el toro de los reyes, que extiende las fronteras de su país como le place». Es un antiguo y buen ejemplo de la crónica de la Humanidad, donde las supercherías históricas han intentado tantas veces suplantar a la realidad, y en ocasiones lo han conseguido. Dicho sea como excurso —a los que soy tan aficionado—, «el pasado es impredecible» fue un

dicho popular en algún régimen totalitario en que el pasado se escribía para acomodarlo a los intereses del presente. La posterior literatura nos ofrece una espléndida muestra de ello en el *1984* de Orwell, donde en un mismo discurso, y sin solución de continuidad, los enemigos de siempre pasan a ser los amigos de toda la vida, y viceversa. Se lee en este libro una frase tan ingeniosa como acertada: «Quien domina el pasado, domina el porvenir; quien domina el presente, domina el pasado».

El término *ucronía* es de tanta elasticidad semántica que permite citar como la primera una que tiene más de anacronía que de ucronía propiamente dicha. Me refiero a un pasaje de *Ab urbe condita*, más conocida como la *Historia de Roma*, de Tito Livio. Este historiador cierra el punto 16 del libro IX diciendo: «Si Alejandro Magno, después de someter a Asia, hubiese dirigido su atención a Europa, muchos sostienen que se hubiese encontrado con su igual en Papiro».

Durante las conquistas de Alejandro, entre los años 334 y 323, siempre de la Era Antigua, la gran figura militar de Roma era Lucio Papiro Cursor, cinco veces cónsul y dos dictador, para derrotar en la guerra a los samnitas.

En mengua de la fama de Alejandro, el autor propone a varios cónsules y generales romanos como iguales, sino superiores a él, pues contaban a su favor con que habían iniciado su carrera militar como soldados. Sostiene aún que una campaña de Alejandro en Italia la hubiera llevado a cabo con sus solo tres mil hombres de caballería y treinta mil de a pie, sin tropas de reserva y con problemas de aprovisionamiento. Podría haber ganado alguna batalla, como Aníbal, mas habría perdido la guerra.

Tito Livio, que se ganó con esta obra el favor imperial, escribe al inicio del pasaje: «Nada estaba más lejos de mi propósito, desde que di comienzo a este trabajo, que divagar más de lo necesario del orden de mi narración, ni embellecer mi labor con variedad de asuntos que supusieran momentos de descanso para mis lectores o de relajación mental para mí». La mención, sin embargo, de tan gran general me induce a presentar ante mis lectores algunas reflexiones que me he hecho a menudo al plantearme a mí mismo la cuestión: «¿Cuáles habrían sido las consecuencias para Roma si se hubiera enfrentado en una guerra con Alejandro?».

Dice al respecto el belga Van Herp que son varios los estudiosos que coinciden en suponer que este pasaje fue escrito como un deber escolar por un muchacho joven, que llegó a manos de Tito Livio y que a este le pareció tan interesante como para incluirlo en su trabajo. Es un dato que he tomado del valioso libro *L'Histoire revisitée*, del francés Éric B. Henriet, del que he tomado igualmente el dato que sigue. En cualquier caso, sin dejar de tener algo de *what if?*, «¿qué si…?», repito que se trata más de una anacronía que de una ucronía pura, pues no se cuenta una historia, se hace solo una especulación sobre ella.

Hubieron de pasar muchos siglos para que Pascal formulara el famoso Pensamiento con que abro esta Introducción. Creo que vale la pena leerlo por una vez en su integridad: «Quien quiera conocer plenamente la vanidad del hombre no tiene más que considerar las causas y efectos del amor. La causa es un "no sé qué"» [Corneille]. Y los efectos son desastrosos. Ese "no sé qué", tan poca cosa que no se le puede reconocer, remueve a todos los príncipes, los ejércitos, el mundo entero. Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, toda la faz de la tierra hubiera cambiado.

Y pasó un siglo más para que surgiera la segunda ucronía, también un texto breve del autor de las multieditadas *Aventuras de Gil Blas de Santillana*. El libro, que puede consultarse en la Biblioteca Nacional de Madrid, lo publicó en 1732 Alain-René Lesage, con el título de *Les aventures de Monsieur Robert Chevalier, dit de Beuachêne, capitaine des filibustiers dans la Nouvelle France.*

En una de sus numerosas andanzas, el caballero encuentra entre los iroqueses a mademoiselle Duelos, que es como una reina para ellos, y que trata de convencerlo de que esos indios no son unos salvajes sin alma, como parecían creer los europeos, sino todo lo contrario.

Para defender su tesis se imagina su reacción si hubieran descubierto Europa antes que los europeos América, y explica: «Si los pueblos del Nuevo Mundo nos hubieran adelantado en el arte de la navegación y hubieran llegado a nuestras costas antes que nosotros a las suyas, ¿qué no contarían de Francia a su regreso?».

En la línea de *Les paraules de Opoton el Vell*, de Avel·lí Artís-Gener, sigue reproduciendo lo que dirían: «A los europeos no les gusta ocultar su color blanco y lívido cubriéndolo con las diversas

pinturas que nosotros sabemos utilizar tan bien. Nosotros les ofrecimos la pipa de la paz y nuestras pieles más bellas cuando nos abordaron, hablándonos en una lengua extraña. Y ya a lo largo de los primeros días, cuando fuimos a buscar provisiones, nos dimos cuenta de que esos salvajes no tenían ningún dios, al menos nosotros no les vimos rendir homenaje a ninguno. Sienten sin embargo una veneración supersticiosa hacia los saltamontes, los murciélagos y los lagartos, que no nos dejaron comer».

Durante dos páginas, Lesage continúa en este tono cínico y un tanto amargo. Los iroqueses, por ejemplo, piensan que han encontrado un lugar de culto en un cementerio cristiano y llevan allí con la mejor intención una estatua de Widzipudsili, el dios pájaro. Ante tal profanación de un sitio tan sagrado, los blancos destruyen el ídolo y acometen violentamente a los sacerdotes indios, que no comprenden este acto gratuito.

Y cuando los iroqueses abandonan el continente europeo se hacen estas reflexiones: «Nuestros sacerdotes fueron apresados y atados estrechamente, por lo que nosotros ganamos rápidamente nuestras canoas y escapamos de aquellos seres furiosos, yéndonos con la pena de ver a nuestros sacerdotes devorados por las llamas».

Pierre Versins es autor de una *Encyclopédie de l'utopie, des voyages extraordinaires et de la science fiction*, un título que encierra más sentido del que podría parecer a primera vista, pues de la fusión de las utopías del siglo XIX con los viajes imaginarios del XVIII surgió buena parte de la ciencia ficción del siglo XX.

Cuenta en ella que Jean-Baptiste Izoard, seudónimo de Delisle de Sales, publicó en 1891 la extensa utopía *Ma République*, cuyo capítulo XXI, *Une Nouvelle Seance Royale*, es una ucronía de una veintena de páginas. Presenta un cuadro de la Revolución Francesa tal como hubiera podido ser si la actitud de Luis XVI ante sus nobles hubiera sido más firme que la de Luis XIV, de modo que el juramento del Juego de Pelota hubiera resultado inútil. Después hipotetiza con que los guardias hubieran desobedecido la orden real de no disparar contra las mujeres que fueron a buscar al monarca a Versalles y, finalmente, con que este asumiera la necesidad de las reformas y la hubiera hecho suya:

> «No sé si me equivoco, pero si alguna vez un gran Imperio debe honrarse de una Revolución que lo regenere, esta es la que yo

propongo para Francia, la Revolución que las luces habrían preparado, que no habría costado ni una gota de sangre, incluso a sus enemigos, que habría restablecido una Nación de derechos fundamentales sin que costase a su Rey más que sacrificios voluntarios, para ayudar aún más a la estabilidad de la corona».

El buen pueblo siguió a su rey y la Revolución se hizo pacíficamente.

Abandonando estas ucronías embrionarias, alcanzamos las propiamente dichas. Escribió Valéry que «el interés que tenemos por la Historia está sostenido por el sentimiento de que las cosas hubieran podido ser de otra manera. Si Grouchy hubiera llegado a tiempo a los campos de Waterloo, si Napoleón hubiera tenido la marina de Luis XVI… si… si… esta breve conjunción está llena de sentido, es la que da a la Historia el poder de las novelas y los cuentos».

Tras el fugaz intento de Delisle, el siglo XIX, instalado en el rigor de la ciencia, ideó un sistema para corregir teóricamente el desarrollo de la Historia mediante la ucronía, un género que no por azar vio la luz en Francia, patria del *esprit de géometrie*. Si los grandes autores literarios conocieron la gloria de la parodia, los grandes personajes históricos conocieron la gloria de la ucronía, la Historia de un pasado modificado que los hace más grandes o más chicos y siempre diferentes.

Son varios los que han sido motivo de narraciones de Historia alternativa, que van del ensayo a la ficción y, aunque no es preciso llamarse Napoleón para ser su protagonista, eso ayuda mucho, tanto porque Bonaparte tuvo un sentido de su relación personal con la Historia que no le abandonó jamás, como porque hubo momentos en que la suerte de esta Historia dependió de la suya.

Sostenía Blanqui que hay una infinidad de Tierras en todo iguales a la nuestra, excepto en una cosa: «Los grandes acontecimientos de nuestro globo tienen su contrapartida en otros, sobre todo cuando la fatalidad ha jugado un papel en ellos. Es seguro que los ingleses han perdido muchas veces la batalla de Waterloo sobre las Tierras donde su adversario no conoció la equivocación de Grouchy. En cambio, Bonaparte no alcanzó siempre la victoria de Marengo».

Volviendo a poner los pies sobre nuestra amada Tierra, el primer

libro ucrónico completo que se escribió fue la enorme recreación de Napoleón que hizo su hijo adoptivo Louis Geoffroy. Envolviéndose en la bandera tricolor y mojando su pluma en *la grandeur d'Empereur*, redactó en 1836 la más inimaginable apoteosis alternativa de su idolatrada figura. Su *Napoléon et la conquête du monde: 1812 à 1832. Histoire de la monarchie universelle*, está muy bien traducida al castellano en un libro joya, con extraordinarias láminas en color, lujosamente editado por Ricci en su colección «Los signos del hombre».

Como dice Giovanni Guadaluppi en el prólogo, hay ucronías escritas por veteranos de desastres históricos que quieren corregir sobre el papel un destino nefasto e historiógrafos que pretenden eliminar cualquier sospecha de culpa que pudiera recaer sobre el genio que admiran, para atribuir su fracaso al infortunio, y este es el caso de Geoffroy.

Su *otra* Historia arranca en 1812, cuando Bonaparte entra triunfador en Moscú —«*Napoleón entre Alejandro y Dios*», que escribiría Víctor Hugo— y en poco más de un año, de la batalla de Novgorod a la de Cambridge, conquista toda Europa. Le siguen América y África y, finalmente, el mundo entero. Implanta un solo Derecho, una sola lengua y una sola religión y, en 1828, el papa Clemente XV, el anciano cardenal Fesch, tío del emperador, lo corona: «*Dios os consagra por mis manos monarca universal de la Tierra. Que Su nombre sea adorado y el vuestro glorificado*». Y esa noche Dios ofrece un prodigio sobre el cielo de París, tras el cual han desaparecido dos estrellas de la constelación de Orión. Dice Versins con cierta mala uva, que a Napoleón se le inmolaron dos estrellas, a Jesucristo una, la nova de Belén, y a De Gaulle, ninguna.

«La Historia es una sucesión de hechos que no debieron ocurrir». Así podría resumirse la *Uchronie, utopie dans l'Histoire*, que publicó en 1876 Charles Renouvier, editado en castellano en la Biblioteca Filosófica de Losada, en Buenos Aires.

Como es sabido, el término *ucronía*, del griego «ou-cronos», en ningún tiempo, lo acuñó este filósofo y economista social francés en paralelo con la *utopía* de Moro, de «ou-topos», en ningún lugar. Renouvier se describió a sí mismo como «una especie de Swedenborg de la Historia, un visionario que no sueña con el porvenir, sino con el pasado». No resulta extraño que escribiera una

ucronía.

Como en la *Roma eterna* de Silverberg, ¿podría haber conquistado Roma todo el mundo conocido?, ¿hubiera eso retardado su decadencia? Renouvier lo resuelve *a sensu contrario*. Roma no sucumbió ante el empuje de los bárbaros, a más de porque no conoció una religión oficial y excluyente, porque solo conservó para su supervivencia las provincias occidentales, las más romanizadas de su Imperio.

Se interroga a sí mismo sobre la validez e interés de la ucronía, y escribe: «Era difícil hacer algo mejor que enunciar en términos generales el pensamiento nuevo y el género insólito». Pensamiento nuevo porque se trata de las ideas de un hombre moderno, género insólito porque no considera ningún precedente válido de «la utopía de la Historia».

Adelanto que, a la manera de la galardonada *For Want of a Nail,* de Robert Sobel, el prólogo, las notas y los apéndices, muy técnicos y dirigidos a eruditos de la Historia Romana, dotan de un gran aire de verosimilitud al libro, que, por otra parte, ha sido todo un ejemplo para los que lo siguieron.

A partir de los felices reinados de Nerva y Trajano, Renouvier considera la buena Historia de Roma que debió ser en vez de la mala que fue, la Historia que hubiera sido si él la hubiera decidido. Conoce bien la Historia sobre la que especula y lo que hace es suponer que los sucesivos emperadores fueron hombres de ideas propias de la Revolución Francesa.

Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio legislaron sabiamente. Antonino, además de ingresar su cuantiosa fortuna personal en las arcas del Estado, sacó adelante la reordenación de las leyes liberalizadoras dictadas por sus predecesores, equiparó los derechos y deberes de los cónyuges, suprimió casi por completo la tortura y constituyó en delito la muerte de un esclavo. Marco Aurelio, en sus *Pensamientos*, nos legó el código moral más elevado de la Antigüedad clásica. A su muerte no le sucedió su hijo Cómodo, el degradado emperador que descendía a la arena del circo para fingir victorias —en este *continuum* no se hubiera rodado *Gladiator* —, sino un distinto Avidio Casio, cuyo programa de gobierno contempló una larga serie de medidas progresistas, entre ellas:

1. La concesión del derecho de ciudadanía a todos los habitantes

libres de las provincias occidentales;
2. la cesión de tierras sin cultivar a quienes se comprometieran a trabajarlas;
3. la emancipación de los esclavos que hubieran tomado en arrendamiento perpetuo tierras de sus amos;
4. la racionalización de impuestos: el de sucesiones, por ejemplo, establecido por César en 1/20 fijo, variaría entre 1/5 y 1/50 según la cuantía de la herencia;
5. la implantación del servicio militar obligatorio con supresión del soldado profesional;
6. la educación universal física y moral en la filosofía, los principios de Humanidad y las leyes del Estado. Y:
7. la extensión de los derechos civiles a mujeres, niños y esclavos, excepto a los cristianos, a quienes se requeriría formalmente para que manifestasen si su interés estaba en este mundo o en el otro.

Renouvier era un hombre de izquierdas que decía: «si los hombres hubiesen creído en cualquier época firme y dogmáticamente en su libertad, en vez de solo ir creyendo en ella lenta e imperceptiblemente, en una progresión que es la esencia misma del progreso, a partir de esa época hubiera cambiado bruscamente la faz del mundo».

Entre la realidad y la ficción, emperadores y acontecimientos se van sucediendo hasta llegar a Carlomagno, quien a finales del siglo VIII reinaba ya sobre una Civilización Europea.

Hay en el libro ficciones relevantes, como la que imagina que Constantino fue derrotado y muerto, no implantándose la religión cristiana en Occidente. Sí en Oriente, y sus cristianos fueron quienes marcharon a las Cruzadas para conquistar los Santos Lugares, la ciudad en la que estaba sepultado el apóstol Pedro, «la piedra sobre la que se edificó la Iglesia», en un ejercicio de Historia «especular» que sustituye a la real como mirándola en un espejo, lo que se ha imitado en numerosas ucronías posteriores.

Esta se remata en el siglo XVI de las Olimpiadas, según la datación del libro, con lo que la Historia se anticipa en un milenio, pues para entonces ha concluido ya la Edad Media y el Imperio Romano es verdaderamente una Unión Europea. Fechar los acontecimientos según un calendario distinto es moneda de cambio

común en estas obras para establecer un «orden de diferencias» con la realidad: *ab urbe condita* para Silverberg en *Roma eterna, etos kosmou* para Turtledove en *El agente de Bizancio*, D. F., Después del Fuego, para Spinrad en *El sueño de hierro*, etc.

Se trata de un texto que está considerado como el fundador de la ucronía, guía de las que la siguieron. También con cierta mala uva se podría decir que le falta introducir algún *cameo*, como Astérix, para hacerla más entretenida. No es solo un decir, hay ucranias de ficción que manejan personajes imaginarios: «¿Qué hubiera ocurrido en el universo de *Star Wars* si Luke Skywalker no hubiese destruido la Estrella de la Muerte?».

Un penúltimo excurso: El acontecimiento en que la historia imaginada se separa de la sucedida se conoció en principio entre los anglosajones como *jonbar point* (dicho erróneamente más de una vez *punto jumbar*), nombre que tomó de John Barr, un personaje de Jack Williamson, aunque ahora se prefiere «punto de divergencia». Los franceses dicen «hecho fundador» y para nosotros Pablo Capanna propone «catacronismo».

No tiene mayor importancia. Sí la tiene preguntarse cuánto hay en la Historia de causalidad o de casualidad, de determinismo o de azar. Para los primeros, la Historia es como un ancho río que discurre caudaloso por su lecho y una piedra arrojada a sus aguas no supone más que unas ondas que al poco desaparecen. Para los segundos, en cambio, esa piedra puede estar sosteniendo una gran masa de tierra que termina por precipitarse al río, formando una barrera infranqueable que le obliga a abandonar su cauce y abrirse camino por otro nuevo.

En cualquier caso, la Historia no es como una bola de billar que, cuando la golpeas con el taco, puedes calcular exactamente en qué punto de la banda y con que ángulo va a rebotar, con qué otra bola va a impactar y dónde se detendrá. Es más bien —no es mía la frase— como una sombra que una noche, cuando vuelves a casa por una calle mal alumbrada, te asusta al doblar una esquina, das la vuelta por otra calle y terminas por perderte y llegar a un lugar desconocido.

Por un tiempo, todo lo anterior revistió gran importancia para las ucronías que escribían filósofos e historiadores, mas, a partir de los año 30 del siglo XX, cuando pasaron a las manos de los

fabuladores, los autores de ciencia ficción, dejó de tener sentido porque la Historia alternativa en sí también dejó de tenerlo.

Las ucronías antiguas creaban universos completos, con toda clase de detalles, y estaban reservadas a los puristas, a lectores que conocían y gustaran del período en cuestión, resultando farragosas para los demás. Las nuevas ucronías, en cambio, dirigidas a toda clase de público, a partir sobre todo de la herramienta formidable de los universos paralelos, revolucionaron el género, aportándole lo que le faltaba, acción, ritmo, aventura y humor en los personajes menores y anónimos de su mundo, como pueden ser —otra vez Henriet— los seminaristas de *The Alteration* de Kingsley Amis, o los Strange de la *Pavana* de Keith Roberts (las dos, como las anteriores, en mis reseñas en *BEMonline*).

El último excurso. En principio, las ucronías trataban en puridad de universos alternativos, en los que la existencia de un mundo suponía la no existencia de otro, mientras que los mundos paralelos son mundos que coexisten e, incluso, alguna vez, es posible pasar de uno a otro. Hoy día las ucronías se desarrollan tanto en los unos como en los otros, por más que la diferencia subsiste.

Las nuevas ucronías fueron un éxito, muchos las prefirieron no solo a las anteriores, sino a las novelas llamadas históricas, a lo mejor por ese *sense of wonder*, ese sentido de la maravilla propio de la ciencia ficción que supieron imprimirles y que hizo que el lector suspendiera su sentido de la irrealidad para sumergirse en la DISTINTA realidad que se le proponía.

Ni qué decir tiene que los historiadores cargaron contra los cientificticios —cronistas *vs.* ucronistas—, acusándolos de poco rigurosos y desconocedores de la Historia. Les dijeron que practicaban nada más que juegos tontos de salón cuando no de escribir pura basura.

No les importó ni siquiera a los que cometían el mayor pecado, utilizar explicaciones reductivas, como los viajeros del tiempo en el excelente *The Guns of* the South, de Harry Turtledove, o un pasado implausible, como este mismo *Pasquale's Angel*, de Paul J. McAuley.

En 1995 tres aficionados americanos, pequeños editores y autores de pequeños relatos, crearon los Premios Sidewise de Historia Alternativa en sus dos categorías de extensión larga y extensión corta —más o menos de 60.000 palabras—, que se han

venido concediendo ininterrumpidamente desde entonces, anunciándose en cada WorldCon.

Fueron Steven H. Silver, Evelyn C. Leeper y Robert B. Schmunk, que tomaron el nombre del premio del cuento corto de Murray Leinster *Sidewise in Time*. Y la primera edición de extensión larga la ganó precisamente *Pasquale's Angel.*

Ha dejado escrito este autor que la regla fundamental del ucronista es no jugar en su propio jardín. Él ha llevado su acción a Florencia, fuera de Inglaterra y de la era victoriana. Respetando el fenómeno de la industrialización, creó un peculiar *steampunk*, mucho más *steam* que *punk*.

Un *steam* que arranca de la primera máquina de vapor, la *eolípila* de Herón del siglo I, que era una esfera a la que se le acoplaban dos tubos. El interior de la esfera tenía una bola y estaba lleno de agua que se hacía hervir con un fuego, haciendo que saliese el vapor por los tubos y que la bola girase rápidamente. Con lo que estoy entrando en el campo del prologuista y a él le dejo la palabra.

AUGUSTO URIBE

Prólogo (I): Un Londres decimonónico en la Florencia del Seicento

En 1995, hace ahora veinte años, tres aficionados americanos crearon los Premios Sidewise de Historia Alternativa, en sus dos categorías de extensión larga y extensión corta —más o menos de 60.000 palabras—, que se han concedido ininterrumpidamente desde entonces, coincidiendo con cada WorldCon, y los han obtenido novelas importantes, en buena parte traducidas al castellano.

El ganador de la primera convocatoria fue un escritor británico de cuarenta años, Paul J. McAuley, con la novela *El ángel de Pasquale (Pasquale's Ángel)*. En aquel momento McAuley no era escritor a tiempo completo, a pesar de que ya había publicado varios libros. El primero fue la novela de ciencia ficción *Four Hundred Billion Stars*, ganadora del Premio Philip K. Dick de 1988. En la actualidad está trabajando en *Into Everywhere*, su novela número veintiuno; es autor aún de más de ochenta cuentos. Ha ganado también los prestigiosos premios Arthur C. Clarke en 1996 y el John W. Campbell Memorial en 1997, los dos por *Fairyland*. Sin embargo, la mayoría de su producción permanece inédita en nuestro país, ya que únicamente se han publicado en castellano —todas en La Factoría de Ideas—, *El beso de Milena* en 2001 (la mencionada *Fairyland*), *Hijo del río (Child of the River)* y *Los días de antigüedad (Ancients of Days)*, ambas en 2003.

McAuley nació en 1955 y afirma que comenzó a escribir ciencia ficción a los 15 años. Tras estudiar botánica y zoología en la Universidad de Bristol, trabajó en las Universidades de Oxford, UCLA

(la Universidad de California en Los Ángeles) y la escocesa de Saint Andrews. Dada su formación científica y su experiencia académica, no es de sorprender que haya cultivado especialmente la *hard science*, tratando temas como la biotecnología, la nanotecnología y la realidad virtual. En *Red Dust* (1993) encontramos varios de ellos en una historia ambientada en un Marte futuro, colonizado y terraformado por los chinos. En la tetralogía formada por las novelas *The Quiet War* (2008), *Gardens of the Sun* (1909), *In the Mouth of the Whale* (2012) y *Evening's Empires* (2013), encontramos otro de los temas preferidos de McAuley, cómo la tecnología ha cambiado el mundo y lo seguirá haciendo en el futuro. Se trata de una *space opera* ambientada en el siglo XXIII en el que la Tierra ha sido golpeada por las consecuencias del cambio climático y la Humanidad se ve obligada a emigrar a las lunas de Júpiter y Saturno.

De la trilogía de la Confluencia conocemos los dos primeros títulos, los antes citados *Hijo del río* y *Días de antigüedad*, mientras que el tercero, *Shrine of Stars* (1999), sigue sin publicarse, en otra serie más que ha quedado cortada. Es una serie de una extraordinaria complejidad bajo la apariencia de una historia de aventuras al viejo estilo de Jack Vanee, con unos personajes insólitamente bien dibujados y tratados.

Sin embargo, la novela que hoy presentamos no se desarrolla en un lejano futuro, ni en un mundo terraformado para albergar a los seres humanos, sino en nuestro propio pasado. *El ángel de Pasquale* transcurre en una Florencia renacentista que muy pronto se le hace al lector al tiempo extraña y familiar.

Extraña porque estamos hablando de una realidad alternativa en la que la Revolución Industrial se ha adelantado tres siglos y se ha producido en la República de Florencia en lugar de en Inglaterra. El artífice de este extraordinario cambio histórico fue el Gran Ingeniero, un misterioso personaje detrás del cual no se esconde otro que Leonardo da Vinci. Sus famosos ingenios e inventos, que han excitado la imaginación de varias generaciones, se han hecho aquí realidad. En solo unos pocos años un solo hombre ha propiciado acontecimientos tecnológicos y sociales que han desembocado en la industrialización y mecanización de procesos productivos y, por lo tanto, de la sociedad.

La Florencia que McAuley dibuja ante el lector ha visto su paisaje urbano radicalmente transformado por la industria basada en el vapor y la actividad constructora del Gran Ingeniero, y sus cielos están cubiertos por la contaminación. Ahí es donde encontramos la familiaridad, porque si bien estamos en latitudes más sureñas que las inglesas y muchos años en el pasado, hay en el paisaje un regusto del Londres decimonónico que no se limita a la contaminación y el maquinismo.

Pasquale, el protagonista, que estaba obsesionado por la forma de pintar un ángel, era un aprendiz de pintor en el taller de Giovanni Battista di Jacopo, al que llamaban *il Rosso florentino*, un personaje histórico real. Como artista que era, Pasquale formaba parte de un mundo y de una mentalidad que estaban en retroceso ante el avance de la ingeniería y la ciencia y, particularmente, del nuevo arte de la fotografía. Maestro y aprendiz se encontrarán en la taberna donde pasan el tiempo libre con nada menos que Niccolò Machiavelli, que en esta realidad alternativa ha caído en desgracia y ejerce de periodista y analista político.

Pasquale y Machiavelli se convertirán, respectivamente, en el Watson y el Holmes de esta historia cuando el pintor Rafael de Urbino llega a Florencia como emisario del Papa y Giulio Romano, uno de sus discípulos, aparece muerto en extrañas circunstancias, iniciándose una cadena de asesinatos. En el proceso de investigación y resolución del caso será inevitable que ambos se tropiecen con varios personajes históricos más, como el astrónomo Niccolò Copérnico o Salai, discípulo y ayudante de Leonardo, propiciando en el lector el inevitable juego de las diferencias entre la realidad alternativa y la realidad realmente acaecida. Saldrán también a la luz las intrigas políticas —un clásico florentino— que subyacen tras los asesinatos, y las sombras de la Revolución Industrial que abandera la República. Los detalles será mejor que los vaya hallando el propio lector.

Cuando se habla de *El ángel de Pasquale* es inevitable pensar en *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, publicado en 1980 y adaptado al cine con maestría por Jean-Jacques Annaud en 1986; se estrenó, todo hay que decirlo, en Florencia… la pareja protagonista, heredera de la de sir Arthur Conan Doyle, la investigación de una serie de asesinatos en un contexto en el que se abren paso el

racionalismo y la modernidad.

En realidad no es extraño que sea así. La novela de Eco tuvo un éxito comercial impresionante y no solo constituyó un auténtico fenómeno mediático que generó una avalancha de críticas y estudios, más la inevitable acusación de haber plagiado una anodina obra anterior, sino que, sin que el autor lo pretendiera, creó todo un subgénero literario que en la época de la publicación de la novela de McAuley estaba en su máxima efervescencia, aunque en nuestros días viva quizá una cierta decadencia.

Salai, a quien ya he mencionado, se llamaba en realidad Gian Giacomo Caprotti, y fue Leonardo quien le puso ese apodo cariñoso, que era el nombre de un diablo, cuando llegó a su taller siendo un niño que cometía numerosas travesuras y pequeños hurtos, para los que el maestro mostró siempre gran indulgencia. Es otro de los muchos personajes históricos que pueblan la novela y uno de los más importantes. Desde que entró a su servicio fue el discípulo predilecto de Leonardo, y era su modelo siempre que quería pintar la perfección masculina. Hay quien afirma que la relación entre ambos, que convivieron durante veinticinco años, iba más allá de la que cabría esperar entre maestro y alumno, tratándose de una de carácter homoerótico.

MARIO MORENO CORTINA

Prólogo (II): Una carta de amor a Florencia

Si Henri Boyle, más conocido por su seudónimo de Stendhal, hubiera visitado la Florencia alternativa que se describe en esta obra, no habría dicho, como sí hizo en 1817:

> «… *llegado a ese punto de emoción en que se encuentran las sensaciones celestes dadas por las Bellas Artes* y los *sentimientos aprisionados. Saliendo de Santa Croce me latía el corazón, la vida estaba agotada en mí, andaba con miedo a caerme…*».

Antes al contrario, el mareo provendría de las emanaciones de gases tóxicos, la polución y la hiperindustrialización que habrían seguido a la eclosión de los artificieros a finales del siglo XV, encabezados por Leonardo da Vinci, que habría iniciado una auténtica Revolución Industrial con tres siglos de adelanto a la inglesa.

En *El ángel de Pasquale* es toda una época la que se pone en valor, que se energiza con el condicional contrafáctico de la ucronía: el catacronismo de que la escuela de Leonardo devino en industrial, revolucionando el tejido socioeconómico de una Florencia convertida en potencia mundial. Impide a España la conquista del Nuevo Mundo y el inicio de su Imperio, alterando profundamente el mapa político europeo. A la novela de este anticipado *Renaissance* italiano, con sabor al inglés del siglo XIX, bien podríamos calificarla de *steamssance*, con todo el potencial de un subgénero en sí mismo.

El hilo conductor de esta energía no es, sin embargo, la industrialización, sino el debate, como no podría ser de otro modo,

entre frescos y palacios, entre Davides y Bruneleschis. Es un enfoque empático, encarnado en el joven protagonista Pasquale y su entorno, que nos atrae en su lucha contra la industria, contra los artificieros que amenazan con abortar tempranamente esa explosión de creatividad y genio estético que cruzaba, y aún lo hace hoy, el abismo del tiempo para rendir a Stendhal y a nosotros mismos con las mayores expresiones de belleza que ha podido generar el ser humano.

Una de las grandes virtudes de esta novela es que presenta, con toda sencillez, los debates más clásicos y a la vez más actuales, el arte frente a la tecnología, lo material frente a lo espiritual; incluso el coprotagonista Machiavelli esbozará sucesivas confrontaciones ideológicas, alguna de ellas tan de actualidad como su encendida defensa de las ideas de distribución del capital que lidera hoy el economista Thomas Piketty. Aquí el estilo es claramente de *El nombre de la rosa*, con Machiavelli jugando el papel de Guillermo de Baskerville y Pasquale el de Adso de Melk.

Hay ucronías cuyo protagonista es un lugar, como el castillo que heredó la reina de su padre, el rey loco Hern, en la *Gloriana* de Michael Moorcock. Y en este libro la protagonista es la ciudad de Florencia. Como en ese juguete de madera en que se hace girar en un laberinto con una bola dentro de él que hay que intentar llevar de un extremo al otro, los sucesivos actos de la obra nos presentan escenarios con una enorme fuerza de gravedad, que arrastran a personajes y sentimientos, sin posibilidad de oponerse a ellos, por las callejuelas que conducen al Ponte Vecchio, congregando a los gremios en la Piazza de la Signoria y llevando al Papa al Duomo en una nueva contraposición, ahora entre dos plazas, los centros del poder temporal y el religioso.

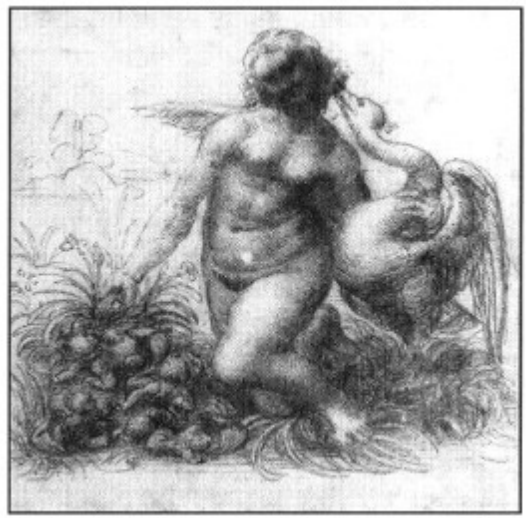
En este contexto es en el que hay que entender la trama y la intriga, jalonadas de personajes cuya mera mención dota de un peso físico a las páginas de la novela, ¡Leonardo!, ¡Rafael!, ¡Miguel Ángel!, al servicio de la República y de su tiempo, y toda la Historia alternativa, en fin, como un gran debate entre lo humano y lo divino.

No es fácil labor combinar materiales de tantísimo peso específico y conseguir no solo una historia sino una gran novela, con infinidad de capas, con enorme cuidado en el detalle de las

calles —hay que insistir en la gran influencia del estilo de Umberto Eco—. El autor lo ha logrado con creces, tejiendo una absorbente intriga para crear un fascinante viaje por una época y una ciudad irrepetibles. Pienso que la Florencia del Renacimiento es un canto de exaltación al espíritu humano y esta novela es, sin duda, una carta de amor a esa Florencia.

MIGUEL J. FRANCÉS

El ángel de Pasquale



Salai, quiero hacer la paz contigo, no la guerra
Basta de guerra me rindo

LEONARDO DA VINCI
Cuadernos

Primera parte

La festividad de san Lucas

1

Por la mañana, poco después del alba. El cielo, por una vez despejado de los humos vomitados por las fundiciones y las manufacturas, de un azul tan intenso como el mejor ultramar de a cuatro florines la onza. Hombres que van a trabajar con un paso tranquilo por la calle de los Tintoreros, con mandiles de cuero, largos guantes colocados alrededor de sus cuellos, con el cabello echado hacia atrás y remetido bajo sus cascos de cuero. Cascos que resuenan en las piedras, gritos alegres, el estrépito de los cierres que son levantados para abrir los tenderetes que jalonan la calle. Aprendices que cuelgan madejas de lana de colores en los ganchos de las vitrinas: rojas, azules, amarillas, temblando en la viva luz que cae en oblicuo sobre los muros ocres y decrépitos. Luego, un jadeo cavernoso y rápido como el que lanza la máquina de Herón que, mediante un complejo sistema de poleas y correas, hace girar las paletas de las cubas de tinte y mueve el tornillo de Arquímedes que saca el agua del río. Una tos, un suspiro, una pequeña nube de vapor que se eleva por encima de los tejados abarquillados de tierra cocida, hasta que el jadeo se reduce a un ronroneo lento y regular.

Pasquale, que la noche anterior había bebido demasiado, se despertó gruñendo cuando las punzantes vibraciones de la máquina estremecieron el suelo y la cama nido, resonando incluso en su columna vertebral. El año anterior, en un momento de difícil

conjetura —el escándalo provocado por el encargo del hospital de Santa Maria Nuova y el trabajo, ya raro, convertido de repente en inexistente—, el maestre de Pasquale, el pintor Giovanni Battista Rosso, alquiló un taller en la segunda planta de una casa alta y estrecha, en el extremo sur de la calle de los Tintoreros. Si la primera habitación era poco más que un armario, y la segunda, en la que dormía Pasquale, apenas algo más que un pasillo amueblado con una cama, la habitación principal era espaciosa e iluminada, y ofrecía una vista agradable de los jardines de los monjes franciscanos de la Santa Croce. Las mañanas de invierno, Pasquale se retrasaba en la cama viendo mariposear las sombras que proyectaban, sobre el techo la exigua habitación, las linternas de los obreros que desfilaban por la calle fría y oscura, y en primavera volvía la cama hacia la ventana opuesta con el fin de contemplar la danza trepidante de los claroscuros repartidos por las hojas de los árboles del jardín. Pero, en cuanto empezaba el verano, le despertaba apenas con la alborada la máquina de Herón, cuyas vibraciones se confundían en aquel momento con las punzadas nauseabundas de su garganta como de madera, mientras rebuscaba a tientas sus cigarrillos.

El vino había corrido a raudales, el vino y la cerveza, una noche de mucho beber, y luego la guardia ante los restos mortales de Bernardo: armados con pistolas por si acaso los ladrones de cadáveres descubrían el escondrijo, Pasquale y sus tres compañeros abrevaron un vino negro y espeso azucarado como la miel, gesticulando con sus armas que su alegre embriaguez convertía en objetos aún más peligrosos para ellos mismos que para aquellos a quienes estaban destinados. Pobre Bernardo, blanco e inerte, con el rostro como hundido en la luz del bosque de cirios que ardía a la cabecera de su ataúd haciendo relucir los dos florines de plata que le cerraban los ojos, más dinero del que nunca gozó durante su breve existencia. De doce años de edad, el menor de los alumnos de Jacopo Pontormo, Bernardo se había dejado sorprender por un *vaporetto* aquella misma mañana, y su pecho quedó roto por el hierro del timón, y su vida segada con el mismo golpe. Mal presagio, en resumen, porque había muerto el diecisiete de octubre, víspera de la festividad de San Lucas, patrón de la cofradía de artistas de la ciudad.

Suben también otros ruidos que se difunden a partir de la ventana abierta. La salva de cañón automática que señala la apertura de las puertas de la ciudad, las explosiones que llegan una tras otra según la ley de la propagación de las ondas por el aire, primero cercanas y poderosas, luego más lejanas y débiles. El crepitar de las ruedas de madera de un velocípedo en los adoquines cuyo conductor silba alegremente. Mujeres que se llaman de un lado a otro de la calle estrecha las futilidades de primeras horas de la mañana. Luego las campanas de las iglesias, por todas partes, que llaman a la primera misa del día; y el tintineo lento y pesado de Santa Croce mezclándose con los redobles de la máquina de Herón, una tonadilla que sube y baja a medida que los dos ritmos se entrecruzan.

Tras una última y vana tentativa de echarles mano a los cigarrillos, Pasquale gruñó e, incorporándose, se dio cuenta de que estaba totalmente vestido. Tenía la extraña sensación de que un cirujano le había vaciado de toda su sangre durante la noche. El macaco de Rosso estaba sentado en el ancho antepecho de la ventana a los pies de la cama, mirándole con sus ojos marrones y húmedos mientras manoseaba el yeso reseco con sus largos y delgados dedos de las patas traseras. Cuando vio que Pasquale no dormía, se apoderó de su manta y huyó por la ventana aullando, encantado de la magnífica broma que le acababa de gastar.

Al cabo de un momento se pudo escuchar un grito humano. Pasquale asomó la cabeza por la ventana para saber de qué se trataba. Aquella ventana daba a los verdes jardines de Santa Croce, y el joven monje encargado de ellos se agitaba en el ancho paseo de gravilla blanca, blandiendo un saco vacío como si este fuera una banderola.

—¡Quieres llamar al condenado animal! —gritó el monje.

Pasquale miró a ambos lados de la ventana: el simio había desaparecido.

—Ya se ha marchado —replicó—. Y vos, hermano, deberíais hacer lo mismo. Estáis ahí para rezar, no para despertar a los inocentes.

—¡Lo que él quería eran mis uvas! —protestó el monje. De rostro rubicundo, era un hombre joven y gordo cuyos cabellos marrones y aceitosos se alzaban alrededor de su tonsura. Añadió—:

En cuanto a la inocencia, ningún hombre es inocente salvo a los ojos de Dios. Y tú el último: con tus canciones paganas de borracho me has despertado esta misma noche.

—¡Bueno! Os bastará con rezar por mí —exclamó Pasquale antes de apartarse de la ventana. No recordaba cómo volvió a su casa, y mucho menos recordó que lo hubiera hecho cantando.

El monje seguía gritando, transformándose su voz bajo la cólera como pasa a menudo con los hombres gruesos. «Ya me ocuparé yo de tus uvas», decidió Pasquale encendiendo un cigarrillo con dedos temblorosos. La primera calada era decisiva, y el truco consistía en no inhalar a fondo. Pasquale tragó prudentemente un poco de fresco humo verde, luego un poco más cuando le pareció que no iba a devolver el contenido de su estómago. Sentado en su cama deshecha, terminó el cigarrillo pensando en los ángeles, así como en el dulce rostro dormido de Bernardo. Los padres del desgraciado debían intentar hacerle salir clandestinamente de la ciudad aquel mismo día para devolverle a Pratolino, fuera de la jurisdicción de los recolectores de cuerpos.

Pasquale echó un poco de agua en una jofaina y se aclaró el rostro. Empujando hacia atrás los bucles de sus mojados cabellos, entró en la habitación principal del taller y encontró a su maestre trabajando ya.

Hacía exactamente dos semanas que Rosso y Pasquale habían blanqueado las paredes y el suelo de la vasta sala con cal, e incluso a aquella hora tan temprana reinaba en ella una luz cegadora. El simio estaba acurrucado en el sillón de brocado, envuelto en una manta; roncaba feliz, y apenas se movió cuando Pasquale avanzó con delicadeza y Rosso se partió de risa al ver los andares desaliñados de su alumno.

Rosso trabajaba junto al ventanal que daba a la calle, con los postigos abiertos de par en par. Se servía de una pluma para retirar el carboncillo del esbozo trazado en el lienzo que, preparado, untado de aceite, blanco de albayalde y cola, había estado de pie y apoyado en una pared durante más de tres semanas y que en aquel momento descansaba ya en la mesa de trabajo. Estaba descalzo y no llevaba otra cosa que su mandil verde, anudado a la cintura y que le caía hasta por encima de las rodillas. Un muchachote de piel pálida, con una pelambrera rojiza tan erizada como la de un puercoespín,

la nariz como la hoja de un cuchillo y una boca móvil de labios exangües.

Pasquale tomó una pluma de oca del montón de bártulos que había encima de la mesa y se puso manos a la obra.

—¿Cómo estamos esta mañana? —quiso saber Rosso—. ¿Te despertó Fernando como le pediste? Y ese buen monje, ¿por qué gritaba de ese modo?

Fernando era el nombre del macaco, en recuerdo del impopular rey de España.

—Esperó a que dejase de dormir para llevarse mi manta. Si lo hizo es porque le gusta mi olor, no porque se lo hayáis pedido. Aunque estuviera cien años encadenado en algún desierto de Arabia, nadie podría convencerle de que se bebiera un vaso de agua. En cuanto al monje, es un espíritu celoso. A propósito, ¿os gustan las uvas? Tengo una idea que va a hacer que nuestro amigo esté gritando hasta que le revienten los pulmones.

—¿Entrenarías a Fernando para que se las robase? Si lo consigues, podré llegar a creerme que puedes hablar con los dedos.

Con un repentino revés de la mano, Pasquale barrió el polvo de albayalde que se había acumulado en la parte inferior del lienzo. Las marcas del esbozo se habían borrado casi en su totalidad bajo la amenaza de transparentarse, o peor aún, de chorrear sobre los óleos.

—Maestre, ¿por qué hacéis eso ahora? ¿No deberíais estar preparándoos para salir?

—Déjame respirar, acabo de volver.

—De casa de vuestro amiguito, imagino.

—Eso —protestó Rosso— es cosa mía. Además, eso es porque no conseguiste persuadir a Pelashil para que te volviera a dar su veneno y quedases prendadito de mi persona.

—¿Pelashil? ¿Estáis seguro?

Pasquale, no obstante, recordaba haber hablado con ella, un intercambio animado, hostigándola él para probar de nuevo el *híkuri*, y ella alegando que un hombre ebrio no quedaría sino decepcionado por sus efectos alucinatorios, lo que no la impidió que, acto seguido le diera un beso, ante todo el mundo, y que le propusiera que volviera a verla cuando se hubiera recuperado. Pasquale suspiró, medio satisfecho, medio culpable. Pelashil era una

criada de Piero di Cosimo, una salvaje traída desde las acogedoras orillas del Nuevo Mundo y a la que se tenía por su esposa según el derecho consuetudinario. La mujer tenía dos veces la edad de Pasquale, la piel morena y las caderas anchas, pero lo que el joven buscaba en ella era su capacidad para mantenerse en sus trece y mantener su interés el tiempo suficiente como para hacerla sonreír. Ella no soportaba las banalidades, y si la conversación la aburría se marchaba sin más. Sus silencios eran largos, menos enfurruñados que meditativos; su brusca y abrupta sonrisa, demasiado rara. Curiosamente, lo que Pasquale se tomaba en serio, el sueño eufórico que le provocó el *híkuri*, aquel sentimiento de hundirse en las ajaracas del mundo, Pelashil mantenía que no era otra cosa que diversión. Ella se negaba incluso a escucharle cuando él intentaba decirle lo que había visto tras masticar el botón reseco de color gis verdoso, repulsivamente amargo, que ella le dio en el calor de su cuartito lleno de brillantes pinturas.

Rosso, que comprendía a su alumno, se rio ahogadamente simulando cuernos de carnero sobre su frente.

—¿No te da vergüenza, Pasqualino? ¡Abusar de este modo de un pobre y viejo loco!

—¿Y si quisiera seguir sus pasos y ver el Nuevo Mundo por mí mismo? Vos y yo, maestre, podríamos ir allí. Sería la ocasión para un nuevo comienzo.

—No te obligaré a cumplir con todo tu contrato si quieres irte —declaró Rosso—. Dios sabe que has aprendido todo lo que podía darte. Vete si quieres, pero no rompas el corazón de un anciano robándole a su criada. Los viejos necesitan del calor de las mujeres.

—Pensad en la luz, maestre, y en la vida de rey que se puede llevar con el dinero que da este taller.

—¿Entre salvajes? ¡Y me hablas de una vida de rey!

—Sé que era eso lo que me ibais a decir —se resignó Pasquale—. Que aquí tenéis la fama ya hecha. No hablemos más. Tenéis que vestiros para la procesión.

—Tenemos tiempo. —Rosso retrocedió para echar una mirada crítica a su esbozo; representaba un Cristo tras haber sido bajado de la cruz, con los ojos fijos en su cuerpo reclinado en una postura trágica en los brazos delicados de sus discípulos.

—¿Qué tiene de tan urgente este lienzo?

—Que si no lo entrego en dos semanas seré penalizado. Está previsto en el contrato.

—No sería la primera vez. Y tenemos que terminar el mural del artificiero.

Rosso había aceptado pintar algunos motivos en una pared que se acababa de untar con mortero, en el cuadro de una iluminación encargada a un artificiero para sorprender y divertir al Papa. En otros tiempos, los espectáculos destinados a festejar la visita de un príncipe extranjero habrían sido totalmente regulados por los artistas; en aquellos momentos, estos últimos quedaban reducidos a secundar los diseños y las fantasías de los artificieros.

—Ya nos ocuparemos mañana del mural. En este momento no puedo permitirme perder ningún encargo. Estamos a punto de pedirle la mitad de la capa a san Martín. Ya sabes que si el cuadro le gusta al signore de Piombino puede que nos encargue también su oratorio particular. ¿Qué me dices a eso, Pasqualino? Eso podría permitirme contratar nuevos alumnos.

—En tal caso, tendréis que encontrar otro lecho. El mío es demasiado estrecho para dos, y está tan hundido que duermo con la sensación de haber sido enterrado vivo.

—Es tan ancho como lo permite la habitación. —Luego, repentinamente exasperado—: ¡Oh! ¡Para qué tener nuevos alumnos! —Su humor acababa de cambiar, como era el caso frecuente en aquellos tiempos. Pasquale sabía que su maestre no se había recuperado de su desventura con el regente del hospital que, tras haber visto demonios y no santos en el cartón de una obra que le había encargado, clamaba a quien quisiera oírle que le había timado—. Quizá te deje hacer el oratorio a ti solo, Pasqualino. Pero, con todo, me apetece pintar este cuadro. Hay que terminarlo. Y el panel que estás preparando, ¿para cuándo crees que estará? Por el lienzo no te preocupes, acabaré pronto. Empezaremos con un degradado horizontal, el lado derecho más claro que el izquierdo. Además, he vendido una de tus estampas.

Pasquale había pescado un trozo de pan del día anterior. Masticando con esfuerzo, masculló:

—¿Cuál?

—Ya sabes, una de esas que compran las mujeres, de las que nunca se atreven a pedir directamente. Era una mujer hermosa,

Pasquale, ¡y tendrías que haber visto su empeño para hacerme comprender lo que quería! Sin mentir, te diré que estaba roja hasta en el blanco de los ojos. Pon un poco de aceite en el pan si es eso todo lo que te vas a comer después de todo lo que has bebido. ¿No irás a vomitar…?

Pasquale había hecho un buen número de estudios para aquellas estampas… las «empalmadoras», como se las llamaba en el oficio. Había tomado por modelo a una de las hijas de la madre Lucía, una puta comprensiva que aceptaba posar por algunas monedas y que podía permanecer inmóvil durante una hora sin quejarse.

—Pero, exactamente, ¿qué estampa? —preguntó—. ¿Cuánto sacasteis?

—Una antigua —respondió Rosso negligentemente—. De las atrevidas, con miembros viriles paseándose un poco por todas partes.

—¿Esa? Me la copiaron en primavera.

—Lo sé. Además, la copia es mejor que el original: la escena del hombre que sujeta la verga y sus partes con la punta de su pica es mucho mejor. Pero nuestra tímida cliente quería un ejemplar del mismísimo artista. Supongo que hay que tomárselo como un cumplido.

—Da lo mismo, haré otra. —Pasquale se limpió las manos manchadas de aceite con un trapo, y luego recuperó la ennegrecida pluma de oca—: ¿Creéis que podemos emplear este esbozo o empezamos todo de nuevo?

—Oh, todo lo que he hecho me parece correcto. En cambio, no me gusta la posición de los dos personajes que llevan las piernas. Quiero echarles un poco hacia atrás.

—Perderéis la línea de los brazos, es inevitable. Además, cuando se lleva una carga pesada, los brazos se mantienen pegados a los costados. Tienen que estar cerca del cuerpo.

—Así que ahora el alumno le da lecciones a su maestre.

—¿Y mi prima por la estampa?

—Ya está gastada. No me mires así, Pasqualino. Hay que pagar la cama.

—Ayer decíais que el alquiler podía esperar.

—Pero no hablo del taller —soltó Rosso, guiñándole un ojo.

—¿Quién era el amiguito de anoche? ¿El prusiano de la cicatriz

en la cara?

Rosso se encogió de hombros.

—Sabéis que es un ladrón.

—No entiendes nada, Pasqualino. Un anciano encuentra el amor donde puede. ¿Tu boca de madera es la que te obliga a decir esas cosas?

Rosso tenía veinticuatro años, solamente seis más que su alumno.

Pasquale rascó al simio detrás de las orejas; el animal se agitó, y luego suspiró complacido.

—Deberíamos prepararnos para la procesión —dijo Pasquale.

—Faltan algunas horas.

—Os recuerdo que prometimos ir a buscar las banderas a casa de Maestre Andrea. Decidme, maestre… ¿creéis que estará allí?

—Lo contrario sería una grosería por su parte.

Rafael. No necesitaban nombrarle. Solo se hablaba de él en los tres días que hacía que había llegado de Roma precediendo a su señor, el papa León X.

—En todo caso —continuó Rosso—, tendré que vestirme de manera adecuada, y todavía no me he decidido…

—Eso me dejará algún tiempo para hacer un pequeño experimento con el simio.

Llegaron tarde, como de costumbre. Rosso era célebre por su falta de puntualidad. En lugar de vestirse, se quedó haraganeando con el mandil de trabajo, contemplando su bosquejo como apenado, y luego empezó a hacer un croquis de Pasquale con un lápiz rojo mientras este adiestraba al simio a que trepara por una cuerda, empresa menos fácil de lo que parecía pues los macacos son malos trepadores sobretodo cuando se trata de utilizar cuerdas. Rosso persistió en su humor caprichoso, poco dispuesto a partir y sin embargo incapaz de quedarse. Cuando por fin se decidió a ponerse algo de ropa, él y Pasquale tuvieron que galopar por las calles para

llegar al taller de Andrea del Sarto, aunque no pudieron evitar el retraso.

El maestre Andrea estaba enfurruñado por culpa de un asunto concerniente a su nueva esposa. Sus alumnos vagueaban delante de la fachada del taller, donde unas banderas procesionales a media asta estaban apoyadas en las paredes. La voz furiosa de su amo subía y bajaba desde una ventana abierta por encima de sus cabezas. En una jovial atmósfera de fiesta, ataviados con sus más hermosos ropajes, los alumnos hacían circular un grueso cigarro de marihuana y devoraban a bocados las uvas carnosas y jugosas de Colombano que Pasquale y Rosso habían llevado consigo, y todos reían al escuchar la aventura que Pasquale tenía que contar. Una quemadura de cuerda estaba allí para confirmar lo que decía; en un momento dado de su descenso, el simio se asustó y estuvo a punto de arrancarle la cuerda de las manos. Otros maestres y estudiantes no tardaron en llegar para aumentar su número; aquella calle albergaba una decena de talleres de pintura, repartidos entre los puestos de los orfebres y los tallistas de piedra. Alguien había llevado una cantimplora llena de vino y la hicieron circular entre los presentes.

El maestre Andrea acabó por aparecer, un hombre imponente ataviado con terciopelo negro, con un cinturón de hilo de oro trenzado. Tenía el rostro aborregado, y sus manos temblaban cuando se echó el cabello hacia atrás: se hubiera dicho que era como una abeja encolerizada salida de su agujero para expulsar a los intrusos. Era de hecho un hombre valiente, además de ser un buen profesor —Rosso había sido su alumno, lo mismo que Pasquale, aunque este de manera indirecta—, pero tenía cierta tendencia a dejarse llevar fácilmente, y su nueva esposa, joven y bella, le inspiraba unas fenomenales crisis de celos.

Rosso tomó a su antiguo maestre por el brazo para discutir con él, al tiempo que el grupo se dirigía hacia la Piazza della Signoria, con Pasquale, bandera al hombro, seguido por los demás alumnos. Se sentía mal vestido, pues seguía con la misma ropa que el día anterior —no es que tuviera algo mejor que ponerse, pues las cosas estaban así, pero de haber estado menos borracho, se habría quitado el justillo, las calzas y la toga para extenderlas debajo del colchón antes de acostarse. Incluso pensó en desengrasarse las

manos y la cara, y untarse las palmas con un agua de rosas propiedad de Rosso. Se había cepillado sus cabellos rizados hasta que brillaron y Rosso le puso una diadema, llamando a Pasquale su principito de los salvajes para molestarle.

El grupo se reunió con otros pintores, con ayudantes y alumnos a lo largo de las calles, y cuando llegaron a la Piazza della Signoria eran cerca de cincuenta hombres. Les esperaban ya delante de la Loggia, bajo el mando de Miguel Ángel Buonarrroti, que les dominada por la mera fuerza de su personalidad y que vestía una toga blanca casi tan larga como una túnica… y que ocultaba sus delgadas rodillas, según Rosso, que añadió que no le faltaba más que el rayo para igualar a Júpiter.

Rafael y los suyos no estaban allí.

Los músicos de la orquesta empezaron a sacar notas de sus caramillos, sacabuches y *viole da braccio*. Las banderas fueron desplegadas con destellos de oro y azul ultramar, como flores que se abrieran de golpe en un rincón del recinto pedregoso de la plaza. Siguiendo el ejemplo de los otros alumnos, Pasquale clavó el mástil de su bandera en el pliegue del arnés de cuero que se había puesto; pesé a todo, no tardaron en dolerle los hombros por culpa del viento que agitaba la bandera en todas direcciones.

Eran pocos los curiosos que se retrasaban. La cofradía había perdido importancia, y no representaba más que un pequeño grupo insignificante, aplastado por el inmenso estrado que los obreros alzaban a martillazos ante el Palazzo ante la inminente llegada del Papa.

Los martillos no se callaron ni siquiera cuando dieron la bendición desde la escalinata de la Loggia. Entre aquello, los ladridos de la compañía de la milicia ciudadana que recorría el vasto tablero de la plaza y el ruido del semáforo que dominaba el Palazzo della Signoria, cuyos brazos chasqueaban y giraban en un ballet cinético, apenas pudo oírse la voz frágil del viejo secretario de los Diez pronunciando su discurso anual. El sacerdote arrojó agua bendita hacia la asamblea de pintores al mismo tiempo que el secretario era conducido por sus seguidores, a una velocidad que podía pasar por intempestiva. El sacerdote murmuró una plegaria, describió una cruz en el aire y todo terminó.

La procesión se estremeció, apretándose y formando una línea

desigual al tiempo que se arremolinaba para situarse en posición. Poco a poco, se desenrolló y salió de la plaza a través de la sombra de la Gran Torre. Cuadrada, llena de estrechas ventanas y balcones, plataformas y matacanes colgados de su pared de piedra lisa como nidos de golondrinas en una chimenea, la torre se elevaba tanto en el cielo que con el movimiento de las nubes parecía a punto de derrumbarse. Delimitaba el extremo noroeste de los colegios, laboratorios, farmacias, salas de cirugía, de disección y otros talleres de la nueva universidad que había reemplazado todo un barrio de calles tortuosas donde trabajaban antaño los orfebres, polipero de tejados rojos y columnatas y terrazas blancas dominado por completo por su arquitecto, el Gran Ingeniero en persona, que, anidado en su Gran Torre a cientos de *braccia* por encima del populacho, contemplaba quizá en aquel mismo instante la procesión que se desgranaba como una procesión de hormigas a sus pies camino del Ponte Vecchio. Tenían que avanzar en fila india para dejar pasar la estruendosa cabalgata de coches, carros y *vaporetti* antes de bifurcarse en el ancho paseo que costeaba el río.

Pasquale, agarrado al mástil de una bandera que representaba a san Lucas, con el rostro dulce y la barba blanca, mostrando uno de sus retratos de la Virgen (que eran tres: uno en Roma, otro en Loreto y otro más en Bolonia), andaba con un ojo fijo en el río. Le gustaba ver cómo pasaban los barcos: los pequeños pontones arrastrados por los caballos de tiro del sistema de transporte fluvial; los transbordadores, las *maonas* y, de vez en cuando, un navío de guerra que alguna misión se había llevado lejos de sus astilleros de Livornio, avanzando con su hélice como un elegante leopardo entre gatos domésticos.

Los rayos del sol taladraron las nubes; las banderas se encendieron. Los músicos marcaron el ritmo y todos ajustaron el paso. Recuperándose al fin, Pasquale se olvidó de su migraña y de su estómago contrariado, donde el pan y el aceite pesaban de manera desagradable, se olvidó de sus brazos fatigados por el peso de la bandera. Las gaviotas que seguían el Gran Canal hacia tierra adentro eran como copos blancos y sonoros por encima de los canales del río. Gritos, gritos lejanos. Pasquale se veía como en un sueño, recordando a su Pelashil de ojos de cierva y piel marrón en su país natal: el Nuevo Mundo, con sus pirámides blancas y

escalonadas que relucían como si fueran de sal entre las palmeras, sus frutos innumerables que no pedían más que ser recolectados para fundirse en la boca, y sus bandadas de loros que enfilaban como flechas salidas de los arcos de un ejército.

El río estaba dividido en canales; el más cercano al río despedía colores extraños que se entremezclaban en untuosas espirales: las tintorerías y las industrias químicas vertían diversas corrientes que, al contrario que los pigmentos, no se confundían en una mezcla ocre, sino que formaban combinaciones nuevas e insólitas, reacciones químicas que esmaltaban la superficie con diseños delicados como si el agua hubiera despertado a la vida. A lo largo de todo el canal principal se escalonaban los molinos desde los pilares de los puentes, y batían y mezclaban las aguas con sus ruedas hidráulicas haciendo chasquear sus engranajes con estruendo. La mayor parte alimentaba los telares, esforzándose para rivalizar con las máquinas automáticas modernas de las manufacturas de la orilla opuesta. Llegaba la noche, algunos propietarios se desbocaban y cortaban las amarras de la competencia, con el fin de subir aguas arriba para aprovechar una corriente más poderosa. A veces se escuchaban disparos de pistola como respuesta al filo de las aguas. El periodista y dramaturgo Niccolò Machiavelli se hizo célebre un día observando que la guerra no era más que la competencia comercial llevada al extremo; aquel era el caso allí.

En el Ponte della Grazie la procesión se apartó del río, hundiéndose en un dédalo de callejas entre edificios revestidos de suave *pietra serena* de color gris, mancillada con rastros negros causados por las impurezas de la lluvia y que se pulverizaban bajo la acción del aire viciado y de los humos escupidos por las fábricas. Al nivel de la calle, tenderetes y *bottegas* habían abierto sus cierres para la jornada, y los empleados salían para saludar el paso del cortejo. Sus aclamaciones iban dirigidas especialmente a Miguel Ángel, que abría orgulloso la marcha y cuyos blancos ropajes contrastaban con los tonos marrones y negros de los otros maestres. Florencia amaba a sus hijos que habían triunfado, especialmente si eran pródigos. Mejor aún, Miguel Ángel había vuelto por culpa de una violenta disputa con el Papa a causa de la tumba del predecesor de este último. Los florentinos consideraban que había defendido su

honor en contra de los intereses de su viejo enemigo; no era en balde que su obra más célebre era la estatua de David, el que mató al gigante.

Por fin, la procesión llegó ante la modesta iglesia de Sant'Ambrogio, en el barrio donde trabajaba la mayor parte de los pintores. Antes de que la cofradía hubiera roto sus lazos con la Compañía de san Lucas y sus médicos y farmacéuticos, que con largueza habían satisfecho durante mucho tiempo el déficit de sus camaradas artistas pobres, el oficio se celebraba entre los mármoles y los bronces de la iglesia de Sant'Egidio, intramuros del hospital de Santa Maria Nuova; pero ya no era así.

Empezó a caer una lluvia fina. Los tambores acompañaron la procesión que se adentró por el estrecho portal de la pequeña iglesia de muros enyesados y espigas en tinieblas, detrás del ruido de las máquinas de la fábrica que se alzaba enfrente.

Rafael no andaba lejos.

2

La misa tocaba a su fin cuando Rafael se decidió finalmente a hacer su aparición. Entró soberbio a la cabeza de un cortejo de ayudantes y alumnos, y el movimiento en la puerta de la pequeña iglesia atrajo todas las miradas. Los paseantes del fondo, que no habían dejado de conversar desde el principio del oficio a la desenvuelta manera de los florentinos, al no ser la iglesia, salvo los altares y capillas, otra cosa que un lugar público tan secular como otro cualquiera, se quedaron con la boca abierta dándose codazos entre ellos. Los maestres y los alumnos de la reunión lanzaban furtivas miradas a sus espaldas, todos salvo Miguel Ángel, que se mantenía erguido al extremo de la primera fila de asientos, en la misma actitud que había asumido a lo largo de toda la misa (actitud en la cual Pasquale le había bosquejado subrepticiamente), sin dignarse a volver la vista hacia su rival y darle así la satisfacción de su atención. Incluso el sacerdote se interrumpió durante algunos instantes antes de volver a la consagración de la hostia con un gran

refuerzo de campanillas. Mientras Rafael y los suyos retiraban sus capas pluviales para dejar a la vista elegantes togas negras trabajadas a máquina, con justillos y perneras a juego, el asmático conjunto de seis voces entonó el *Agnus Dei*, aunque el viejo *castrato* empezó retrasado medio tiempo y todos los miembros, o casi todos, de la reunión empezaron a cuchichearse al oído.

Rosso le dio un codazo a Pasquale y le sopló con un suspiro teatral:

—El segundo elegido de Dios nos bendice.

Pasquale no pudo dejar de volver la cabeza para quedarse mirando al gran pintor. Este último estaba tranquilamente instalado entre sus discípulos, algunos de los cuales habrían sido maestres de todo derecho si no hubieran decidido entrar a su servicio. Pero, ¿cómo resistirse? Rafael estaba mejor pagado que todos los artistas de Roma o de la República de Florencia, y mucho mejor que todos los de Europa y el Nuevo Mundo. Como Miguel Ángel, había asumido aquella nueva edad de todo corazón, y aquellos tiempos de individualismo le vinieron muy bien a sus intereses. Aceptaba los pedidos a su antojo, y su notoriedad hacía que los ricos, los nobles, lo mismo que los burgueses, le arrancaran de las manos sus obras a precio de oro, mientras que los pobres se procuraban grabados bajo cuerda para decorar sus casas. Ningún otro artista gozaba de tal prestigio. Si Miguel Ángel solo hacía lo que le daba la gana, lo que a menudo le procuraba el disgusto de sus clientes, Rafael sabía velar por la satisfacción de los suyos trabajando a su antojo.

—Ha vuelto a sus raíces para asegurarse de que estas sean tan malas como en sus recuerdos —añadió Rosso.

—Ha pagado su florín —replicó Pasquale, que quería decir que Rafael tenía todo el derecho a oír misa con la Cofradía de Artistas Florentinos en la fiesta de su santo patrón, pues había firmado en el Libro Rojo y cumplido con su cotización. Encantado por haber visto finalmente a Rafael, Pasquale se sentía en aquel momento como encargado de llevar su defensa.

—Es el único aquí que lo ha hecho —dijo Rosso, no falto de razón.

El Libro Rojo de la cofradía registraba más deudores con san Lucas que acreedores, porque pocos artistas consentían en deshacerse de un pesado florín para ser reconocidos maestres en el

seno de una guilda que había comido su pan blanco, mientras que los que eran como Rafael Sanzio de Urbino o Miguel Ángel Buonarroti no necesitaban ninguna asociación para defender sus intereses. Pasquale había oído mascullar a Maestre Andrea mientras la procesión se filtraba por el portón de la iglesia que valían menos que la guilda de cazadores de ratas, que cuando la calle entera donde se alzaba aquella pequeña iglesia de Sant'Ambrogio fue invadida por una multitud de artistas llenos de brío todos echaron a correr para ver un único cuadro saliendo del taller de Cimabue… ¿qué había sido de aquel ardor?

Las banderolas de la procesión continuaron brillando, pese a sus paños remendados y ajados, de un siglo de antigüedad. Incluso en aquella pequeña iglesia abundaban los testimonios de la edad de oro, cuyo canto pictórico se dirigía directamente a Dios. Solo había un fresco desconchado de la Anunciación en el altar mayor, y, mejor conservado, otro magnífico de la Madona sobre su trono celestial, en compañía de san Juan Bautista y san Bartolomé. Aquel tema se encontraba en el tercer altar, donde la Virgen estaba representada en toda su gloria en medio de un coro de ángeles. El pan de oro de los frescos relucía a la luz de los cirios, dando la ilusión de que la iglesia era más grande de lo que era realmente, como un lago que reluce entre los árboles y que asume la apariencia de un mar.

Pasquale se las había arreglado para sentarse lo más cerca posible del más hermoso ornamento de la iglesia. Situado en un nicho entre el segundo y el tercer altar, se trataba de un pequeño medallón de la Anunciación pintado por Lippi en la edad de oro, antes del progreso de los artificieros. Durante lo más transparente de la misa, que consistía en una gran ceremonia financiada por suscripción de cada uno de los maestres, deudores y acreedores confundidos (Rosso se había quejado bastante de aquella imposición), Pasquale estuvo contemplando aquella pequeña abertura a otro mundo, un mundo de colores vivos y líneas puras. La grave aceptación de la Madona en su ventana, su rostro y su actitud expresaban la cuarta de las cinco virtudes gloriosas de la Virgen, a saber, la *Humiliatio*; el trazo de oro que unía a la paloma del Espíritu Santo con su seno; y el ángel Gabriel, arrodillado en el jardín entre las flores de primavera. Sobre todo, el ángel. Pasquale

había hecho de los ángeles el objeto de su investigación. De no ser por las alas (que, pese al oro de sus nervaduras, se inspiraban claramente en las de la paloma; Pasquale había visto otra Anunciación de Fra Lippi en la que las alas del ángel tenían las plumas oceladas del pavo real), este podría haber sido cualquier joven de alguna gran casa de los tiempos de Lorenzo el Afortunado. De catorce o quince años, tenía la piel pálida, un largo rostro maravillado, ojos azules y largas pestañas, y vestía el traje de gala propio del refinamiento de su época. Despojado de su exotismo superficial, habría podido pasar por un diácono o un paje. Lo que retenía la atención de Pasquale, lo que le había hecho intentar en dos ocasiones fijarlo en un trozo de papel, era la expresión del ángel. Estaba llena de benevolencia, compartida entre la dolorosa perspectiva de la carga que el niño divino debía cargar, y la alegría de ver aquella unión del cielo y de la tierra finalmente encarnada.

Al menos, así era como debía interpretarse según Pasquale. Pero, ¿cómo plasmar los verdaderos sentimientos de una criatura a la vez superior al hombre (porque solo los más benditos entre los santos estaban tan cerca de Dios) e inferior (porque a pesar de su autoridad sobre miles de ángeles secundarios, Gabriel no era finalmente otra cosa que un mensajero, un intermediario que transmitía el Verbo de Dios a los hombres sin ser el Verbo en sí, sino su simple navío: los ángeles no elegían servir, puesto que no servir era caer)? Aquel pensamiento no había dejado de atormentarle desde el día en que la idea de su obra maestra se formó en su mente. Piero de Cosimo, al que Pasquale le gustaba considerar como su maestre secreto, le dijo en uno de sus raros momentos de lucidez que, si quería pintar, debía hacerlo con sinceridad, pero, ¿cómo mostrarse sincero con algo que sobrepasaba el entendimiento humano? ¿Cómo pintar el rostro de un ángel?

Fra Lippi, como la mayor parte de los pintores de la edad de oro, había resuelto aquel problema representando a sus ángeles bajo las facciones de cortesanos maravillosos. Además, la mayor parte de los pintores florentinos, en un momento dado de su carrera, habían firmado al menos una Anunciación, tema popular dado que la fiesta que tenía consagrada caía el mismo día que Año Nuevo, es decir, el veinticinco de marzo. Sin embargo, la edad de oro estaba patas arriba, tan turbada por los inventos de los artificieros como la

misma realidad. Los tiempos modernos habían llegado y reclamaban del genio todo o nada. En su juventud, Rafael fue pintor de ángeles bajo la forma de idealizaciones, buscando menos al mejor o al más bello de los cortesanos que al cortesano ideal de las conversaciones imaginarias de Castiglione. Se decía que, cuando pintaba, Rafael captaba no solamente los matices del rostro de su modelo, sino también los pensamientos y hasta la misma personalidad. Sin embargo, no había pintado ángeles desde su aprendizaje, salvo para su representación de san Pedro liberado de la prisión, incluso entonces entre sombras. Si el mayor pintor del mundo se zafaba de la tarea, ¿cómo podía Pasquale aceptar el desafío que se había impuesto?

Ahora bien, provisto como estaba de su visión y del pequeño y ruinoso panel que había preparado con un cuidado infinito, Pasquale no había dado la menor pincelada para realizar su proyecto. Había o creía haber entrevisto algo más que la simple belleza o incluso que la belleza ideal, pero ignoraba por dónde comenzar para expresar lo que le correspondía por derecho. Todo cuanto sabía era que fallar sería fallar a su deber, y tenía la convicción de que si conseguía confiarse a Rafael el gran pintor le entendería.

El desgraciado Piero di Cosimo, enloquecido por la droga, con sus historias de criaturas pertenecientes a mundos intercalados, era más perspicaz que la mayoría, pero, pese a todas sus aventuras en las lejanas costas del Nuevo Mundo, sus concepciones eran las del Antiguo; no había escapado totalmente de su instrucción. En cuanto a Rosso, Pasquale le había hablado apenas del tema de su obra, y todavía menos de su visión. Rosso era un maestro del problema técnico, de la perspectiva y del modelado, de las decisiones rápidas que exigía la pintura de los paneles con tempera y los delicados retoques que permitían las nuevas fórmulas holandesas y prusianas de los colores al óleo, pero aunque fuera un hombre valiente y un maestre generoso, se sentía cada vez más amargado por su suerte, y con menos miras que lo que pretendía. Los artistas eran lo primero y ante todo artesanos, como no dejaba de repetir.

Las campanillas tintinearon para anunciar la elevación de la sagrada forma; siguiendo a los maestres de la cofradía (Rosso, que había olvidado ir a confesar, tuvo que quedarse en su sitio),

Pasquale y los demás alumnos se alinearon ante la mesa de la comunión para recibir el trago de vino color rojo sangre, así como la fina oblea de carne transubstanciada. Cuando Pasquale se levantó, mientras la hostia se fundía en su lengua y suavizaba el sabor ferruginoso del vino, se fijó en que Rafael estaba humildemente arrodillado al extremo del banco, democráticamente mezclado con sus discípulos como si perteneciera al común de los mortales.

Terminada la comunión, los ritos de conclusión celebrados y la fórmula de la despedida pronunciada, la concurrencia empezó a replegarse hacia el fondo de la iglesia, uniéndose a los curiosos y a los simples ciudadanos que esperaban la misa ordinaria de mediodía, que empezaría en cuanto terminara la suya. Los alumnos recogieron las banderas. Cuando hubo enrollado la suya, Pasquale le rogó a uno de los alumnos de Maestre Andrea que la llevara por él; se había fijado en que Rafael bajaba por el pasillo central, conversando con algunos otros maestres.

El alumno en cuestión, un vivales llamado Andrea Squazella, le dijo:

—Como Dios ve caer un gorrión, supongo que Rafael te concederá una mirada. Pero nunca verá un gorrión.

—¿Quizá no valgo más que eso?

—Conozco tu ambición, pero en lo referente a tu talento…

Cuando pasó Rafael, Andrea sujetó a Pasquale y fingió alarmarse.

—Calma, no desfallezcas. No es más que un hombre.

De altura normal, Rafael tenía un rostro dulce de tez pálida y cabellos marrones y rizados que le llegaban hasta los hombros. Su traje negro, formado por una toga, un jubón y calzas, era de la más bella tela holandesa, lujosamente trabajado en el bies. Gesticulaba para resaltar lo que decía. Sus dedos eran tan finos como los de una mujer, y tan largos que parecían dotados de una falange suplementaria.

Pasquale suspiró cuando el pequeño grupo hubo pasado.

—Que un hombre —repitió.

—Alguien que no oye por esta oreja —dijo Andrea—. Para el Maestre Miguel Ángel, tu Rafael se sitúa claramente por debajo del hombre. Quizá al nivel del piojo.

Miguel Ángel volvía del otro extremo de la iglesia, con su cabeza cuadrada erguida, seguido por dos de sus ayudantes. Tenía el aspecto de un acorazado dejando el puerto para enfrentarse a la tempestad, escoltado por sus dos avisos.

—Mi maestre dice que Rafael le robó sus ideas —le confió Andrea a Pasquale—. Que abrieron en secreto las puertas de la capilla Sixtina a Rafael cuando Miguel Ángel hubo terminado la cúpula, y que, en consecuencia, repintó al profeta Isaías en el que estaba trabajando para hacer creer en algún tipo de colaboración, aunque Miguel Ángel no estaba al corriente. Tu Rafael tiene más de émulo que de creador.

—Si quieres decir con eso que su inspiración empieza donde se detiene la de los demás, en ese caso la mía empieza con la suya —declaró Pasquale, y Andrea se mondó de risa y le dijo que no tenía vergüenza.

—Tengo que hablar con él á cualquier precio. Pero, ¿cómo?

—Dile que admiras su obra —aconsejó juiciosamente Andrea—. O, mejor todavía, pídele a mi maestre que te presente. ¡Vamos, Pasquale! Si no te acercas a él, vas a tener que gritar, y eso no se hace. Ni siquiera en una iglesia florentina.

Andrea, que provenía de Urbino, encontraba por lo general groseros a los florentinos, especialmente por su forma de conversar libremente durante la misa, incluso en los días de fiesta.

En aquel momento, el grupo en cuyo centro se encontraba Rafael estaba ya casi en la puerta. Alguien entró en el mismo momento en que Pasquale iba hacia ellos, y fue como si una ráfaga de viento hiciera volar un telón de hojas que hizo que los que rodeaban a Rafael se apartaran retrocediendo, dejándole cara a cara con el recién llegado.

Era un hombre macizo entre dos edades, vestido de un modo que habría resultado más adecuado en un hombre veinticinco años más joven: una corta capa gris tachonada de gotas de lluvia fuliginosas, una camisa blanca con el lazo suelto, un jubón escandaloso, fabulosamente hinchado y ceñido, como los que les gustan a los estudiantes prusianos, y calzas abigarradas. Su rostro exaltado mostraba más que un vestigio del soberbio joven que fue en otros tiempos, a través de su perfil y del mohín de disgusto de sus labios plenos. Sus cabellos rizados todavía eran abundantes;

peinados con extravagancia, le caían sobre los hombros.

Pasquale le reconoció inmediatamente: Giacomo Caprotti, llamado Salai, el amiguito milanés del Gran Ingeniero. Observó igualmente que el hombre estaba borracho. Aunque retrocedió, Salai le empujó igualmente.

—¿No sabes apartarte —maldijo Salai— al paso de tus superiores?

—Lo lamento mucho, signor —replicó Pasquale—, pero me temo que no comparto la alta opinión que tenéis de vos mismo.

Habría dicho más si uno de los ayudantes de Rafael, Giulio Romano, un hombre de edad madura de recia complexión, no hubiera tomado a Salai por el brazo. Tirando de él hacia un lado, le indicó:

—Aquí no. Este no es un lugar adecuado.

Salai se libró secamente de su presa y se reajustó las mangas.

—Eso no es del todo cierto, pero os he perdido en la torre y, con vuestro permiso, me gustaría presentaros mis respetos.

Romano levantó los brazos al cielo.

Salai se volvió hacia los demás y articuló a duras penas:

—Mil excusas por no haber asistido a vuestra pequeña reunión, me confundí con la dirección. Me dirigí a donde teníais por costumbre oír vuestra misa anual, en aquellos tiempos cuando aún contabais con cierta importancia en Florencia. Me costó mucho trabajo encontrar esta pequeña iglesia… encantadora en su estilo, lo concedo, si a uno le gusta la oscuridad. De hecho, todo me da lo mismo, porque solo estoy aquí para representar a mi maestre. Pagó su deuda hace mucho tiempo, antes de abandonar los garabatos para responder a su verdadera vocación.

Se quedó mirando a Rafael con la mirada vacilante.

—Así que el pintor. Por una vez, el perro precede a su amo, ¿no es así? Os felicito por la elección de vuestro atuendo, signor Rafael, así como por el de vuestros protegidos. En efecto, en las presentes circunstancias, parecería que el duelo se impone. Los divertidos y pequeños artistas que sois han cumplido su momento; incluso vos, signor Rafael. Pronto, todos nos eclipsaremos capturando la verdadera luz del mundo.

—Si es tu amo el que te envía —dijo un segundo ayudante—, date prisa en entregar tu mensaje. El maestre Rafael tiene otras

preocupaciones antes que perder el tiempo con los de tu especie.

—Seguramente, preocupaciones amorosas. Asuntos del corazón, como se lee en las gacetas. Oh, no soy un hombre que le plante obstáculos al amor.

Risa de Rafael.

—Nadie te envía, ¿no es así?

Salai sonrió ampliamente, como si estuviera profundamente halagado de que hubieran descubierto su juego.

—Bueno, si hay que decirlo todo, diré que no.

—Si mi memoria es buena —soltó el segundo ayudante—, fue en una iglesia donde resultó asesinado Lorenzo de Médici.

—Cállate —dijo Giulio Romano.

Salai se llevó la mano al pomo de la espada francesa que colgaba de su cinturón de brocado plateado.

—Signor, puedo acompañaros fuera si eso os complace. Incluso estoy dispuesto a dejar un tiempo para que os arméis.

Se produjo un momento de sofocante silencio, pues Salai tenía fama de ser un buen espadachín. El ayudante se puso rojo y apartó los ojos.

—Ya basta —intervino Romano—. Vete, Salai. Ahora no es ni el lugar ni el momento.

—Todo el mundo os escucha, señor Salai —insistió Rafael con una sonrisa afable—. Decid lo que tengáis que decir.

Salai inclinó la cabeza.

—Me gustaría no tener nada que decir, Signor… perdón, Maestre Rafael. Ese es el problema. Pronto hemos de recibir la bendición del primero de los Médici en poner su pie en los muros de Florencia desde la creación de la República. Sería desagradable que su paso delicado se perdiera en el oprobio del escándalo.

—No tengo miedo, Salai. Ciertamente, no de ninguna maldad que pudieras estar meditando.

Salai guiñó un ojo y se colocó un dedo pegado a la nariz con una grosera parodia de confidencia.

—¿Qué decís acerca del honor de cierta dama…?

—Solo son habladurías —replicó Rafael al mismo tiempo que se adelantaba el segundo ayudante, con la mano apoyada en la daga que llevaba a la cintura.

Salai dio un salto hacia atrás, sobrio de repente, con el rostro

marcado por una innoble malicia y algo parecido a la avidez.

—¿Qué queréis hacer con ese palillo, amigo? Os aconsejo que lo empleéis para limpiaros las uñas; quedarían mejor a juego con vuestro traje.

Romano posó la mano en el hombro de su compañero. El resto del grupo de Rafael, irritado por el giro de los acontecimientos, empezó a protestar y a patalear. Algunos miembros de la cofradía, entre los cuales se contaba Maestre Andrea, se hicieron oír entre ellos, clamando por el escándalo, por el deshonor de Florencia, indignados de que uno de sus ciudadanos pudiera insultar de tal modo a uno de sus invitados. Salai les miró, luego se inclinó, exageradamente bajo, antes de dar media vuelta y abandonar orgullosamente la iglesia.

Algunos ancianos entre los maestres intentaron excusarse ante Rafael; más lejos, a un lado, Rosso conversaba con Giulio Romano. Pasquale intentó abrirse paso, pero los discípulos de Rafael se habían amontonado alrededor de su maestre y cruzaron como un solo hombre el gran portal de la iglesia para sumergirse en un mediodía triste y lluvioso. Cuando Pasquale se disponía a seguirles, Maestre Andrea se volvió y le dijo, no sin gentileza:

—Estará aquí hasta la marcha del Papa. Tendrás ocasión de hablarle, pero no será ahora, ¿de acuerdo?

Pasquale le tiró de la manga.

—¿Qué quería decir cuando le plantearon la cuestión del honor de una dama?

—Ya sabes el tipo de manejos que le gustan al amiguito del Gran Ingeniero —respondió Maestre Andrea con un tono vago—. Las mujeres son la fuente de todos los males, como dicen algunos. O como dirían si les dejaran hacerlo… —Se apretó cuidadosamente su tocado de cuatro cuernos sobre su cabeza cada vez más gris, sacudió las largas mangas de su toga y luego se apresuró para reunirse con su grupo. Una pareja de palomas se sacudió a sus pies para echar a volar: alas de ángel.

Pasquale observó las palomas durante un momento, dejándose empapar por la lluvia fina e impura, hasta que Rosso salió de la iglesia. Al ver la cara pálida e inquieta de su maestre, Pasquale preguntó:

—¿No les acompañáis, maestre? Y el banquete en honor de

Rafael…

—Que los viejos vayan a hacer dibujos en sus platos —le cortó Rosso—. En cuanto a nosotros, creo que la bebida nos llama.

3

La taberna donde se solazaban Pasquale y Rosso era un miserable cuchitril frecuentado por una mezcla a veces detonante de alumnos de pintura, periodistas y mercenarios suizos. El tabernero, un suizo gordo y de cabeza redonda, acostumbraba beber de los vasos que servía, y era dueño de un perro del tamaño de un caballo pequeño que, cuando no estaba tumbado delante de la chimenea, rondaba alrededor de los clientes para rebuscar algunas migajas. El suizo miraba a cada persona que entraba, y si el recién llegado resultaba ser un desconocido cuya cara no le gustaba, o alguien habitual con quien estuviera de malas, le dedicaba una formidable riada de juramentos e insultos hasta que el desdichado se marchaba por donde había llegado. El resto del tiempo, se esforzaba por distraer a su clientela, contando chistes que a nadie le gustaban, creando de ese modo un pequeño mundo aparte. Curiosamente, había pocas peleas. Si el suizo no podía librarse de los que causaban problemas, les soltaba al perro, y eso valía por algunas armas.

Toda la taberna hablaba de la escandalosa confrontación entre Salai y Rafael. Pasquale regalaba su relato a dos auditorios distintos, dejándose invitar a beber por su público entusiasta. Tenía la esperanza de ver a Piero di Cosimo, pero el anciano no estaba allí. Con el tiempo, este último huía del ruido, y se replegaba en sí mismo cada vez más. Podía quedarse durante horas mirando los dibujos de la lluvia en una ventana, o las manchas de pintura en el suelo mugriento de su taller.

Pasquale le había llevado algo de comer algunos días antes, pero Piero se negó a dejarle entrar, contentándose con hablarle a través de la puerta entreabierta. Estaba, le había explicado a Pasquale, ocupado en un trabajo importante. Se expresaba como si estuviera soñando aunque despierto, con la mirada fija en un objeto fruto de

su imaginación.

—A fuerza de beber *híkuri* —le dijo Pasquale—, acabaréis por morir. No es bueno encerrarse en los sueños.

—Existen otros mundos, Pasquale. Tú ya les has entrevisto una o dos veces, pero todavía no los comprendes. Tendrás que hacerlo, si es que tienes ambición de ser pintor.

—Primero hay que dominar este mundo. Dejadme entrar, aunque solo sea un instante. Mirad, tengo pan y pescado.

Sin prestar atención, Piero asumió un acento melancólico.

—Si te tuviera como alumno… Juntos, viajaríamos, ¿eh, Pasquale? Vuelve dentro de unos días. Digamos, dentro de una semana.

Pasquale se esforzó por ocultar su exasperación.

—Si no coméis, moriréis.

—Es como escuchar a Pelashil —masculló Piero—. ¡Vaya! Ella, al menos, tiene la delicadeza de no molestarme. Ella entiende.

—Yo también entendería si quisierais ayudarme. Tengo que ver…

—Tu ángel, lo sé. Pero no estás preparado, Pasquale, todavía careces de madurez. Ahora, déjame tranquilo. Tengo que seguir meditando.

Pasquale comprendía en aquel momento, en el ruido de la taberna llena de gente, que era ciertamente aquella conversación la que le había conducido en la embriaguez a exigirle a Pelashil que le diera *híkuri*, aquella planta que Piero se había traído del Nuevo Mundo. Con la mirada buscó a Pelashil, que tenía por costumbre trabajar todas las tardes en la taberna, pero en vano. No la había visto en toda la velada, y durante un instante, con toda su vanidad de hombre joven, se preguntó si, molesta por su comportamiento, ella no se habría marchado definitivamente.

Un grupo de caballeros suizos, alborotadores y groseros, ocupaba el rincón habitual de Piero. El *condottiere* que les había reclutado estaba echado sobre la silla con dosel en la que a Piero le gustaba sentarse, y explicaba con rica obscenidad por qué nunca se dejaría sodomizar ni nunca sodomizaría a nadie, ni en Florencia ni en ningún otro sitio, mientras el muchacho sentado sobre sus rodillas simulaba estar fascinado por lo que decía.

—Entre nosotros, me gusta que me chupen el glande como a

cualquiera, y ya sea por una mujer, por un hombre o por un bebé que toma mi semen por la leche de su madre, me da lo mismo. Una de mis mejores corridas se la debo a una vieja que había perdido todos los dientes. Pero no hay mejores que los turcos o los florentinos para dejarse meter algo por el culo, ¿no es verdad?

El *condottiere* tenía el delgado rostro marcado, cruzado por un delgado mostacho minuciosamente arreglado. Retorció en el puño los cabellos del mancebo; el joven hizo una mueca y le envió un beso, burlón y sumiso simultáneamente. El *condottiere* paseó por la sala una mirada desafiante, brillando sus ojillos bajo sus espesas cejas, quizá esperando dar con alguien que le llevara la contraria. No encontró a nadie pues, como las gacetas no dejaban de señalar, los ciudadanos florentinos temían a los soldados extranjeros que llamaban a su servicio. Un corto silencio lleno de vergüenza pesó sobre la sala, el hombre se echó a reír y pidió más vino.

Fue Pelashil quien se lo sirvió. Pasquale sintió una punzada en el corazón cuando la vio. Cuando hubo llenado la jarra del *condottiere*, la llamó, y ella se le acercó con paso displicente. Pelashil y sus ojos insolentes, negros como arándanos en un rostro del mismo color de las hojas en otoño, con sus anchas caderas moldeadas por un raído traje de brocado, con las mangas arrancadas para liberar sus musculosos brazos. Pasquale se había acostado con ella una vez, el invierno pasado, sin que pudiera decir quién fue el que dio el primer paso.

—Anoche tenía un buen golpe en la nariz —reconoció Pasquale. No volverás a hacerlo, espero.

Pelashil dio un paso hacia atrás cuando él quiso abrazarla.

—¿Por qué los hombres solo piensan en ellos mismos?

—¡Entonces, me deseas! ¿Qué dije que te molestó? Tengo derecho a saberlo, ¿no?

Rosso, que había bebido bastante, se agitó en su silla y respondió por ella:

—La propusiste llevártela de aquí, Pasqualino. Llevarla al otro lado del mar, allí donde la arena es blanca, donde el agua es azul y todas las mujeres viven desnudas.

—Confundes tus deseos con la realidad —replicó Pelashil—, porque el lugar de donde vengo no es como el que te imaginas. Por otra parte, me parece que es la desnudez de los muchachos lo que te

interesa a ti. —Tomó la mano de Pasquale—. El viejo sufre de nuevo. Tienes que ir a verle. —Luego se marchó en busca de más vino, esquivando la mano voraz de un soldado bebido.

Pasquale se volvió a sentar, tomó algo de vino y se puso a pensar de nuevo en las palabras enigmáticas de Piero, luego en la manera en que, tras haber ingerido *híkuri*, los diferentes instantes se reunieron en un haz continuo y al fin en el halo de alas de paloma en la luz húmeda. Los ángeles y el tiempo… ¿su tiempo era el mismo que padecían los hombres, una sucesión de instantes? Un concepto desconocido, vasto, pero de una fragilidad tan extrema como una flor de escarcha, parecía hilvanarse en su mente, amenazando con volatizarse si lo examinaba con demasiada atención. Se dijo que Piero quizá supiera lo que significaba aquella revelación. Quizá le diera otra hoja seca de *híkuri*. Tenía que ir a ver al anciano, estaba claro, pero no todavía. No enseguida. Necesitaba valor para afrontar la asfixiante ruina de la cámara de Piero.

Giambattista Gellia, revolucionario exaltado también célebre por su recorrido como cordonero convertido en panfletario como por todo lo que podía escribir, se abría paso a través de la multitud. El periodista Niccolò Machiavelli acababa de entrar, y Gellia le arrastraba hacia la mesa de Pasquale, diciéndole en voz alta:

—Niccolò, tienes que escuchar esto. Alguien que ha estado en el mismo corazón del escándalo.

—A menudo hay que retroceder para descubrir la verdad —opinó Machiavelli—. De todos modos, ya he redactado mi artículo; está en la composición. Tendré que volver para corregirlo. Concédeme la gracia de beber un vaso de vino sin pensar en el trabajo, Gellia. La revolución puede que sea tu vida, pero el periodismo no es más que mi profesión.

—Este joven lo ha visto todo… al menos, eso es lo que dice.

—Es la verdad —dijo Pasquale.

—Y veo que has sabido aprovechar las gangas —replicó el periodista, sonriendo al tiempo que el resto de los presentes se reía a costa de Pasquale.

—¡Pero es la verdad! —protestó este último.

Machiavelli le sonrió amablemente.

—No necesito palabras, amigo.

—Tiene razón —dijo Rosso—. Las palabras son inútiles,

Pasqualino.

—¿Qué os parecería un dibujo? —propuso Pasquale.

—Es en efecto muy sorprendente que en toda esta reunión de artistas nadie haya tenido la idea de dibujar la confrontación —hizo ver Machiavelli, provocando un nuevo estallido de risas.

Rosso se levantó, aferrándose al borde de la mesa; había bebido mucho más que Pasquale.

—Se trata de un asunto privado —dijo.

—Pero que se desarrolla en un lugar público —objetó Gellia.

Pasquale hundió el codo en el costado de Rosso y le susurro severamente:

—Necesitamos dinero, maestre.

—Haz lo que quieras, Pasqualino —soltó Rosso con voz cansada, dominado por una nueva crisis de morosidad—. Tienes mi bendición. De un modo u otro, imagino que todo terminará por saberse a no tardar.

Gellia se apartó para dejar pasar a Rosso, que se perdió entre la multitud dirigiéndose hacia la puerta. Pasquale anunció, pues realmente necesitaban dinero:

—Voy demostraros que estuve allí. No prestéis atención a mi maestre. Lo que pasó… fue una vergüenza. —Sacó el trozo de papel en el que había estado garabateando durante la primera parte de la misa, mojó la punta de su capa en vino y se disponía a borrar el croquis que había hecho anteriormente cuando Machiavelli le detuvo la mano.

—¿Me permites? —preguntó el periodista, antes de llevarse el papel a la vista y barrerlo con la mirada como si se tratase de un texto. Endeble pero no canijo, tenía el rostro vivo y travieso de un bibliotecario de monasterio. Una barba reciente ensombrecía sus prominentes pómulos y sus cabellos, que formaban una V sobre su frente despejada, habían sido cortados de forma apurada—. Veo a Miguel Ángel blandiendo el rayo y preguntándose sobre qué mortal va a lanzarlo —dijo—. ¿Lo has hecho tú?

—Para ilustrar su superioridad —explicó Pasquale.

—Si quieres, vente conmigo… no, no acabes tu vaso, necesitarás una mano segura y un ojo claro, y sobre todo no de una memoria exaltada.

La lluvia había cesado. El aire estaba cargado de un vapor

amarillo, cuyos aromas de azufre y madera quemada picaban en la nariz de Pasquale y le irritaban los ojos. Aunque la tanda de cañonazos de las seis que señalaba el cierre de las puertas de la ciudad todavía no había sonado, ya estaba oscuro, y la bruma había hecho que cayera la noche. La gente avanzaba con pesar por las calles protegiéndose el rostro; dos artificieros pasaron cruzados de brazos, enmascarados con capirotes de cuero con narices de cerdo.

—Los artificieros están obligados a encontrar el modo de respirar el aire que emponzoñan —observó Machiavelli—. Ay, su remedio no está al alcance de todos los bolsillos.

Era una de las brumas que afligían Florencia cuando el viento no soplaba y los humos de los artificieros caían formando una pesada capa sobre el curso del Arno. El periodista tosió sonoramente, con el puño apretado delante de la boca, antes de excusarse.

—Estuve encerrado en los calabozos del Bargello —explicó— y desde entonces padezco pleuresía.

»Pero eso fue antes de que tomara la pluma para servir la causa de la verdad antes que la del Estado. Y hablando de verdad, ahora que estás lejos de tus compañeros puedes decirme si es verdad que lo viste todo.

—Me encontraba tan cerca de Rafael como ahora de vos —respondió Pasquale, lo que carecería de precisión para contentar a un artificiero, pero bastaría como verdad de orden general.

—¿Y te acuerdas lo bastante bien como para dibujarlo?

—Ejercito mi memoria, signor Machiavelli, en particular en lo referente a rostros y gestos. Si no puedo dibujarlo, al menos soy capaz de recordarlo.

—Entonces, perfecto. Pero te ruego que me llames Niccolò. El signor Machiavelli lleva muerto mucho tiempo.

Hacía más de una decena de años, Machiavelli fue uno de los hombres más poderosos de Florencia: en su cualidad de secretario de los Diez, conocía la mayor parte de los secretos de la República, y desempeñaba un papel preponderante en su política extranjera. Hasta el día en que el gobierno de turno fue derrocado tras el ataque por sorpresa a los astilleros de Livorno por la Marina española. La mitad de la flota florentina ardió en sus amarres, y un regimiento de la Marina española llegó hasta las murallas de Florencia destruyendo todo a su paso antes de ser aplastado por los

florentinos, aliados en última instancia. El gonfaloniero vitalicio Piero Soderini se suicidó, y Machiavelli cayó en desgracia. Pese a sus frecuentes proclamas republicanas, y pese al hecho de que su propia familia resultó masacrada y sus bienes destruidos por los atacantes, sus adversarios hicieron correr el rumor de que siempre fue un simpatizante de los Médici. En la confusión que siguió a tales acontecimientos, le acusaron de intentar formar el núcleo de un movimiento destinado a devolver a los Médici al poder por primera vez desde el breve pero cruel y desastroso reinado de Julián: treinta años antes, tras una conjura fomentada por el Papa que le costó la vida a su hermano mayor y de la que él mismo se libró por los pelos, emprendió una campaña de terror que llegó mucho más allá de la ejecución sumaria de los asesinos y de sus parientes; mientras Roma hacía la guerra a Florencia, y tras la victoria florentina gracias a las máquinas del Gran Ingeniero, Julián diezmó a cada una de las grandes familias como Dios a los egipcios para proteger la huida de los israelitas. Aquel período bárbaro todavía no había sido perdonado.

Destituido de sus funciones, Machiavelli se negó a jurar fidelidad al nuevo gobierno, y por su culpa —o por su orgullo—, padeció dos años de sufrimientos en los calabozos del Palazzo del Bargello. A su liberación, limpio de toda imputación, se unió a la nueva carrera de los periodistas que trabajaban para los diversos *stationarii* que concurrían para publicar gacetas cotidianas donde el sensacionalismo se mezclaba con el escándalo. Tras la caída del antiguo gobierno, la facción de los artificieros acaparó los consejos de los Ocho, de los Diez y de los Trece. Aprovechándose de su principio de transparencia absoluta —vigilando por no contrariar nunca la luz particular bajo la que el poder quería mostrarse—, Machiavelli se labró una carrera como cronista político.

El *stationarius* que le empleaba había instalado sus oficinas en el antiguo taller de Vespasiano da Bisticci, detalle irónico, puesto que aquel eminente editor había preferido retirarse como un gentilhombre antes que adoptar las nuevas prensas tipográficas que habían dejado sin empleo a los copistas. Algunos veían en aquella coincidencia el signo de que Machiavelli se beneficiaba del apoyo financiero de los Médici, pues estos últimos habían sido los mejores clientes de Bisticci en la persona de Como, que le encargó una

biblioteca de doscientos volúmenes que cuarenta y cinco escribas realizaron en un tiempo récord de dos años. Nada le era más querido a Florencia que los cotilleos, y los que se apoyaban en gran parte en analogías o en semejanzas con hechos pasados, de los que los florentinos tenían grandes conocimientos, y un igual orgullo, de la historia coloreada y turbulenta de su ciudad. Se podía luchar contra el destino, pero era imposible escapar del pasado.

Incluso a aquella hora tan tardía, las luces estaban encendidas de un extremo al otro de las oficinas de la gaceta. Repantingados en su interior, media docena de hombres compartían una comida compuesta por pastas, pan de centeno y vino colocado todo ello encima de uno de los escritorios, con una nube de humo azul de tabaco flotando por encima de sus cabezas. Dos aprendices de impresores dormían en algo pareció a un nido de trapos bajo la construcción reluciente de la prensa de muelles. Fajos de papel estaban amontados al fondo, y hojas impresas colgaban de hilos como la ropa puesta a secar. Lamparillas provistas de cristales reflectantes ardían aquí y allá, y una de las nuevas lámparas de acetileno estaba colgada del techo por una cadena. Difundía una viva luz amarilla y daba un relente de ajo al viejo aire confinado de la sala.

Machiavelli fue recibido por sus colegas con alegres sarcasmos. El director de la gaceta, Pietro Aretino, era un hombre ambicioso dos veces más joven que Machiavelli, rechoncho, con cierta tendencia a la gordura, con toda una barba y con sus cabellos marrones embadurnados de pomada echados hacia atrás.

—¿Dices que es un testigo ocular? —se extrañó cuando Machiavelli le presentó a Pasquale. Fumaba un cigarro verde que desprendía una espesa humareda blanca tan asfixiante como la bruma del exterior. Estudió a Pasquale con una mirada amable y, sin embargo, penetrante—. Aquí, amigo mío, es donde publicamos nada más que la verdad, ¿no es cierto eso, muchachos?

Los hombres que le rodeaban se echaron a reír. El más viejo, cuyo cráneo calvo estaba enmarcado en finos cabellos plateados, exclamó:

—¿Se interesa realmente el público por una pequeña querella entre artistas?

—No es algo tan anodino como eso —recalcó Machiavelli.

Acababa de verter una dosis de un licor amarillo en un vaso de agua; se tragó la turbia mixtura con un estremecimiento tanto de avidez como de disgusto.

—Despacio, Niccolò —dijo Aretino.

—Esto me aplaca los nervios —replicó Machiavelli mientras se preparaba otro vaso—. En resumen, para volver a la querella, no es más que el síntoma revelador de una situación de la que depende el Estado entero. La sífilis española se declara como una plaga de apariencia benigna, ni siquiera dolorosa, por lo que dicen.

»Comprended que no hablo por mi experiencia personal —precisó al oír las risas—. Es como lo de aquel desgraciado que ve florecer el botón de oro al extremo de su rabo y no puede ignorarlo sin exponerse al peligro. A menudo me digo que nos comportamos como médicos, aconsejando una cierta higiene en la vida evacuando los excesos de humores. Este pequeño incidente parece poca cosa, de acuerdo, pero es un signo diagnóstico.

Aretino dejó escapar un fino hilo de humo.

—El público no presta su atención más que a donde queremos que esta se dirija. Si escribimos con letras de fuego, será una información ardiente. La guerra de Egipto, por ejemplo. Bien, es algo que no existía hasta que hablamos de ella, y así Su Signoria se vio obligado a enviar una escuadra.

—La guerra se habría librado de todos modos —dijo Machiavelli con mesura. Sin que se notase, ya se había terminado su segundo vaso y estaba a la mitad de un tercero.

—¡Pero no la misma guerra! —exclamó Aretino—. No seas modesto, Niccolò. Tal poder debería alegrarte.

—Sé muy bien a dónde puede llevar el ejercicio del poder.

—Quien no se arriesga, no tiene nada.

Aretino movió el cigarro de un lado a otro de su boca con una voluptuosidad de Epicuro. Las llamas de las velas despertaban en sus ojos reflejos incandescentes. Parece el diablo, pensó Pasquale. En una noche como aquella resultaba fácil concebir que algunos pocos cínicos fueran capaces de manipular el mundo con todas sus palabras, como aquellos se complacían en creer.

—¿Y en qué es reveladora esa pequeña querella, Niccolò? —quiso saber el periodista—. ¿Qué enfermedad pone en evidencia?

—Te animo a leer mi artículo, Girolamo. Es tarde, y si lo contara

todo desde el principio podría correr el riesgo de contradecirme.

Aretino tomó la palabra.

—Es la tradición contra la modernidad, los artistas contra los artificieros, el Papa de los Médici contra nuestra querida República. La cuestión que debemos formular es esta: ¿de qué lado estamos? ¿Quiénes son los buenos en este asunto?

—Aquellos que sean reconocidos por Dios —dijo otro miembro del equipo.

—Muy bonito —replicó Aretino—, pero no podemos ponernos en manos de la justicia divina, cuyo procedimiento es a veces lento y sus decisiones descabelladas.

—No hay nada misterioso en todo esto —dijo el viejo periodista —. Basta con tener ojos para saber que el Papa estará aquí dentro de dos días, y oídos para entender que esta operación puede enterrar las cenizas de la antigua guerra entre Florencia y Roma. Esta última intentó en cierta ocasión destruir a los Médici por la fuerza, y uno de ellos se convirtió en Papa, que acaba de tratar con los mismos artificieros cuyas máquinas salvaron el gobierno de su tío Julián. Una simple habladuría y un fundamento muy frágil para una acusación tan pesada como una maniobra destinada a confundir la opinión pública.

—Es bien sabido que Rafael es un emisario del Papa —afirmó Machiavelli—. Todos los artistas tienen ojos, ¿no es verdad, joven? Y Rafael tiene los mejores para apreciar el clima florentino. A eso se añade el problema de la esposa de un cierto ciudadano de alto rango, una mujer que tiene intereses personales en las artes… —Todos sonrieron, y Machiavelli asumió un aire divertido—. Más vale, no obstante, no pronunciar su nombre ahora, por célebre que sea.

Pasquale, que se preguntaba quién podría ser la mujer en cuestión, intervino con audacia.

—Salai amenazó con revelar su identidad si Maestre Rafael no se mantenía tranquilo.

—Vana amenaza —dijo Aretino—, dado que los éxitos amorosos de tu Maestre Rafael se cuentan entre los más conocidos de la Cristiandad. Muchos son los hombres casados, al parecer, que desearían hacerse coronar por ese joven prodigio, si es que confunden su dardo con su pincel, como si sus esposas se hicieran

tan valiosas entre sus expertos dedos como el pigmento que transforma en oro.

—Quizá debería firmar a sus mujeres como hace con sus pinturas —sugirió uno de los más jóvenes.

—Corre el rumor —le explicó Machiavelli a Pasquale— de que el Gran Ingeniero ha llegado a acuerdos con el Papa, y que Rafael es el negociador. Naturalmente, eso sería a favor de Florencia, cuyo imperio descansa en los frutos de la industria del Gran Ingeniero. Sin contar con que la Marina española está actualmente de maniobras frente a las costas de Córcega bajo el mando del mismísimo Cortés.

—Cortés el asesino —gruñó uno de los periodistas.

—Cortés culo quemado —encareció Aretino—. Su flota padeció el fuego griego cuando quiso invadir el Nuevo Mundo, y lo padecerá de nuevo.

—Actualmente —dijo el más viejo—, los españoles están equipados con corazas y no han aplacado su sed de oro y conversos. Cuando hayan eliminado el califato moro de su patria, extenderán su Guerra Santa por todo el Nuevo Mundo. Pensad en lo que sería si hubiera sido Cortés, y no Amerigo Vespucci, el primero en haber negociado con Moctezuma.

—¿Y qué pinta Salai en todo esto? —preguntó Pasquale.

—Está claro que se siente amenazado por Rafael —respondió Machiavelli—, y de ahí la fanfarronada que presenciaste. El Gran Ingeniero siente predilección por los chicos guapos, y Salai ya no está en la flor de su juventud.

—Tanto la ha regado, que se ha marchitado enseguida —dijo otro de los periodistas.

—Rafael es un hombre al que no le gustan más que las mujeres —precisó Aretino—. En cuanto al Gran Ingeniero, es un viejo que come hojas como un palurdo, y que no tiene más erecciones que la de su torre. Salai, por el contrario, vive de su cola y también morirá por ella uno de estos días. Si se libra de la sífilis española es que no hay justicia.

—Parece que el Gran Ingeniero la ha pillado —adelantó el más viejo—. Parece que se ha vuelto loco. He oído decir que criaba pájaros en libertad en sus habitaciones.

—Eso es menos extraordinario que la historia del cadáver que

reanimó —dijo Aretino—. ¿Qué digo? Un hombre recosido a partir de pedazos de varios cadáveres. ¡Reconocedme que es un poco difícil de tragar, muchachos! En cuanto a los pájaros, ¡pues bueno!, cada uno a lo suyo. No es peor que otras muchas cosas.

—A menos que se tome a sí mismo por un pájaro —añadió el anciano—. Parece que se cuelga de la barra de su cama y que grazna como una corneja batiendo los codos.

Uno de los más jóvenes cacareó y dijo:

—Conozco una puta que me ha dicho que uno de los más altos miembros de los Diez de la libertad y de la paz tiene por capricho recibir a media docena de chicas a la vez, y pavonearse totalmente desnudo con una pluma en el culo imitando el canto del gallo.

Machiavelli esbozó una sonrisa.

—Si hubiera que creer en todos los rumores que circulan, para tomar un único ejemplo, todos los hombres y todas las mujeres de Florencia habrían muerto ya veinte veces de sífilis. El fondo del problema que nos interesa aquí no son los juegos de amor, pese a su popularidad universal, sino las alianzas políticas. Salai es la carta maestra que podría obligar a que todos mostrasen su juego antes del momento adecuado. No creo que Rafael esté aquí para seducir al Gran Ingeniero; eso sería una empresa demasiado evidente. Por el contrario, si Rafael ha venido a transmitir a Su Signoria las condiciones del Papa, para que a su llegada este pueda contestar, tal maniobra sería bastante molesta para nuestros dirigentes en el caso en que llegase a saberse. Después de todo, su divisa es que la democracia descansa apoyada en el diálogo y en la honestidad de los debates. Por eso es capital este incidente, y porque debemos cubrirlo con la mayor aplicación, tanto más puesto que ninguno de nuestros competidores va a concedernos ni una sola línea.

—Es la exclusividad lo que me interesa —explicó Aretino—. Esto es algo que reúne la lujuria, el honor y los altos negocios del Estado, y somos los únicos que estamos en ello. Hay dinero que ganar, muchachos.

—Y trabajo por hacer —concluyó el periodista más viejo levantándose con rigidez de su gran taburete de tres patas—. Voy a ver lo que puedo cortar.

Aretino aplastó su cigarro, desbordante repentinamente de energía.

—Córtalo todo si hace falta. Gerino, sacúdeme a los dos aprendices para que desmonten las planchas. Vamos a necesitar dos columnas de cincuenta líneas, lo más grandes posible. León, intenta redactar un artículo de cien palabras sobre el signor Salai, nada gratuito, pero con la exageración suficiente como para entretener a nuestros lectores. Es nuestro pícaro, pero también es fácil de engañar. En cuanto a ti, artista en ciernes, ¿qué sabes sobre los grabados en cobre?

Pasquale respiró a pleno pulmón. Todavía tenía la cabeza sobrecargada por los vapores de todo el vino que había bebido y por el cigarrillo de marihuana que se había fumado: las cosas le parecían ligeramente desdibujadas y grandes. Con el tono más reposado que pudo encontrar, respondió:

—Ya he hecho algunos.

—Muy bien. Vas a ocupar la mesa que está allí. Jacopino… saca una lámpara y monta el gas. Este joven va a necesitar una buena iluminación para trabajar. Ve a buscar… ¿qué vas a necesitar?

Pasquale respiró de nuevo:

—Papel, para empezar, de un grano tan fino como sea posible, hojas de calco y un punzón para picar los trazos. Y una buena pluma. Signor Aretino, conozco el grabado en madera, ¿no sería quizá menos costoso? La madera de acebo es casi tan adecuada como el cobre.

—De todos modos, no tenemos, y prefiero las planchas de cobre porque permiten reproducciones numerosas y muy rápidas. De este número vamos a tirar cientos de ejemplares. Que el último esté tan claro como el primero. ¿Cuánto tiempo vas a necesitar?

—Oh, para hacerlo bien, digamos que tres o cuatro horas.

—Te doy una hora —le cortó Aretino, antes de darle una palmada en la espalda y dejarle allí plantado.

El más joven de los dos periodistas ayudó a Pasquale a arrastrar la mesa bajo el silbante fuego de la lámpara, le enseñó a girar la llave que regulaba el flujo del agua sobre las piedras blancas contenidas en el depósito de combustible; cuando el caudal aumentó, el silbido redobló y las llamas amarillas se difundieron, derramando una luz cruda sobre la hoja de papel blanco y arrojando sombras por toda la sala.

Pasquale encendió un cigarrillo y reconstruyó la escena

mentalmente, empleando las manos para delimitar los diferentes espacios sobre el papel. El espacio, como le había enseñado Rosso, era la primera fuente de la composición. Las relaciones de las figuras en el interior del volumen espacial que ocupaban debían atraer la mirada en el orden correcto, pues en caso contrario era el caos. Salai a la izquierda, con Rafael en primer plano que, en una postura de tres cuartos ligeramente borrada, constituía el centro del dibujo. Sus discípulos estaban dispuestos a su alrededor formando un semicírculo ante los maestres reducidos a una tercera parte de su tamaño debido a su menor importancia. Se detallarían únicamente las figuras de Rafael y de Salai, actitudes y expresiones genéricas de vergüenza y horror para todos los demás. Para expresar la vergüenza de un personaje, mostrarle con los dedos delante de los ojos; para el horror, los puños crispados y los brazos tensos.

Una vez Pasquale hubo trazado la silueta de las dos figuras principales, se dedicó al friso de los espectadores del fondo, entre los cuales destacaban Giulio Romano, que no le quitaba el ojo a Salai, así como el ayudante que amenazó tímidamente a este último, en aquel momento transformado en un servidor leal y valiente, dispuesto a defender a su amo hasta la muerte, con la mano en la daga y la cara desafiante. Luego, el mismo Salai, con los ojos entornados, la sonrisa contraída no menos que su postura, retorcido de izquierda a derecha. Rafael era el orgulloso pilar central, soportando todo el peso del pequeño dibujo, inquebrantable cuando los demás flaqueaban ante la agresividad de Salai.

Pasquale estiró sus dedos abotargados, y luego aplicó el croquis a la placa de cobre y se inclinó para concentrarse en el trazo de las figuras, y luego en los necesarios detalles. Terminada la operación, empezó a trazar las líneas principales, procediendo con la rápida seguridad y la delicadeza que le debía a Rosso. Luego, el trabajo de detalle, el punteado, el grabado, las orlas, las sombras y las luces.

Trabajaba febrilmente, poco consciente de lo que pasaba a su alrededor salvo cuando se tomaba un descanso para desentumecer los dedos, estirar la espalda y encender un nuevo cigarrillo. Los aprendices calentaban la estufa que accionaba los resortes basculantes de la prensa. Los arcos de aleación crujían y gemían, dilatándose bajo efectos del calor para arrastrar la tuerca que comprimía el grueso resorte del tambor antes de contraerse para ser

calentados de nuevo. El viejo periodista estaba inclinado sobre una plancha de caracteres, midiendo las líneas con una varilla graduada. Aretino conversaba tranquilamente con Machiavelli, aspirando un cigarro que empleaba para subrayar sus frases.

Su discusión llegó zumbando a las orejas de Pasquale. Machiavelli desarrollaba una teoría sobre el poder según la cual toda sociedad, para resultar estable, debía ser construida sobre el modelo de la pirámide egipcia, ancha en la base y estrecha en la cima. Los problemas de Italia, explicaba, provenían de la dispersión del poder, que permitía a los desaprensivos explotar a las masas. Los Estados totalitarios siempre se entretendrían conquistando las democracias, porque la decisión de un hombre solo y poderoso sería siempre más rápida y adaptada que la de una asamblea, basada no en la eficacia, sino en el compromiso. Aretino rio y le replicó que aquello estaba muy bien dicho, pero que los italianos siempre acabarían por librarse de sus dirigentes, pues las necesidades de la familia siempre estarían por encima de las del Estado. Pasquale se dejó absorber poco a poco por la conversación, y no se dio cuenta hasta pasados pocos minutos que había dejado de trabajar no para descansar, sino porque ya había terminado.

Aretino quiso que se hiciese en el acto una tirada de prueba, y pidió que la placa fuera unida al cuerpo de impresión. Uno de los aprendices enganchó los trinquetes con mano experta y liberó el freno del tambor. En medio del estrépito de los resortes y de los rodamientos, el carro retrocedió para tomar una hoja de papel mientras el rodillo de entintado pasaba sobre la superficie de la plancha, donde el papel fue depositado cuando el rodillo fue repasado para eliminar el exceso de tinta. La platina de la prensa cayó con un ruido de contrapesos, y luego se alzó de golpe.

El aprendiz retiró la prueba con rapidez, y allí, bajo el emblema de la gaceta, entre dos columnas apretadas de caracteres floridos, se encontraba el dibujo hecho por Pasquale, reluciente a causa de la fresca tinta negra.

En el momento en que Aretino tomó la prueba para verla a la luz, la puerta de la sala de impresión se abrió de golpe. Todo el mundo se volvió; el hombre que acababa de irrumpir en ella se apoyó en el marco, jadeando como si hubiera corrido a la desesperada. Jirones de niebla se enrollaban a su alrededor.

—¿Qué pasa, amigo? —preguntó Aretino.

El hombre contuvo el aliento y gritó:

—¡Un asesinato! ¡Un asesinato en el Palazzo Taddei!

—Maldición —soltó un periodista—. Es donde se aloja Rafael.

Aretino soltó la prueba y se quitó el cigarro de la boca.

—Muchachos —dijo con toda calma—, creo que tenemos algo muy serio entre manos.

4

El Palazzo Taddei era un sólido edificio cuadrado que presentaba una fachada imponente de bloques de arenisca dorada. Desprovisto de ventanas, se alzaba en la oscuridad nebulosa de la Via de Ginori como un muro de fortificación. Eran las ocho de la noche y todos los ciudadanos honestos tendrían que estar ya acostados, aunque un pequeño grupo se había reunido ante el portón redondeado del palacio. Machiavelli y Pasquale tuvieron que actuar con codos y rodillas para abrirse paso hasta la primera fila.

Machiavelli intercambió algunas palabras con el sargento de la milicia ciudadana cuya unidad defendía un espacio libre ante la puerta, y le ofreció un cigarrillo con una sonrisa. El sargento le estrechó la mano antes de hablar por el pabellón de cobre de un tubo acústico que salía del muro. Con un brusco chirrido artrítico, la decena de paneles de madera de la puerta empezaron a retroceder hacia el interior de su alojamiento, dejando aparecer una abertura irregular que se fue ensanchando hasta convertirse en un círculo. Uno de los paneles superiores quedó atrancado, como si fuera el último diente de un viejo, y pese a la aparición de un criado que intentó con empeño meterlo a la fuerza, Machiavelli y Pasquale tuvieron que pasar por debajo siguiendo la invitación del sargento.

Pasquale se volvió para mirar cómo la puerta se cerraba con un giro de pesos sostenidos por cadenas que, al bajar, comprimían de nuevo el mecanismo de resortes, recuperando toda la energía utilizada para la apertura, menos la que se perdía en calor y en ruido. Los ricos mercaderes como Taddei sentían pasión por aquel

tipo de máquinas, que simbolizaban el prestigio como antes lo hacía el hecho de financiar un retablo o un fresco. Había grandes espejos de plata batida a cada lado de la entrada, y Pasquale se contempló en ellos de los pies a la cabeza antes de apresurarse para alcanzar a Machiavelli. Atravesó así el suntuoso vestíbulo de mármol y, luego, tras haber cruzado un porche, siguió al periodista por una galería que recorría los cuatro lados del jardín interior.

El palacio había sido construido en el nuevo estilo de arquitectura inspirado por las excavaciones de la ciudad romana de Herculano. Lámparas de acetileno, montadas en delgadas columnas de hierro, difundían una palidez amarilla que silueteaba en negro, como si se hubiera tratado de su sombra, la hierba y los arbustos tallados del jardín clásico. Un pez de piedra escamosa escupía agua en el estanque central, y un ave canora mecánica gorjeaba en el interior de una jaula dorada, moviendo la cabeza con un movimiento de vaivén. Sus ojos eran finos rubíes, y sus plumas, de pan de oro esculpido. Una torre de señales se elevaba por encima del jardín; estaba hundida en un ángulo de la galería, y el contorno de su lisa pared de piedra arrojaba una luz blanca en las tinieblas del cielo. Machiavelli levantó la vista para observarla durante un largo momento. Pasquale le imitó, pero no pudo ver nada más que una ventana iluminada, redonda como un ojo de buey, y los faroles verdes y rojos que ardían en los extremos de un largo semáforo con forma de T.

Machiavelli detuvo a un segundo miliciano, ataviado este con una corta capa de oficial.

—El capitán del puesto de la división —le aclaró a Pasquale tras una breve conversación con el oficial—. Su presencia es de rigor en un caso como este. Me ha dicho que los hechos han tenido lugar en lo alto de la torre de señales. Está dispuesto a dejarnos subir, en la medida en que el signor Taddei no vea inconveniente en ello.

Animado por algo parecido a una malsana esperanza, Pasquale preguntó:

—¿Es Rafael quién ha sido asesinado?

Machiavelli se llevó una cantimplora de cuero a los labios y luego revisó el gollete con aire pensativo. Estaba ligeramente achispado, como comprendió Pasquale; no había dejado de beber desde su llegada al despacho de la gaceta. Como un hombre que

avanza con precaución en medio de una tormenta de nieve, respondió:

—Oh, no, no ha sido Rafael, eso seguro. No; es uno de sus discípulos. Un tal Giulio Romano.

Pasquale recordó al hombre que le plantó cara a Salai.

—Defendió a Rafael del amiguito del Gran Ingeniero —dijo—, y así lo reflejé en mi dibujo. Para cualquiera que quisiera sembrar el terror y la desesperación en el corazón de Rafael, el método más seguro sería matar al mejor de sus ayudantes. Y si ha sido Salai quien ha dado el golpe, es normal que haya elegido al que se le opuso.

—No tenemos ninguna prueba de la culpabilidad de Salai —observó Machiavelli sonriendo.

—Que venga el capitán, que al menos pueda participarle mi opinión.

Machiavelli tomó a Pasquale por el brazo y le dijo en voz baja:

—Estás aquí para observar el lugar del crimen, si es que llegamos hasta allí. Dadas las presentes circunstancias… sería preferible que te guardaras tu opinión.

—Pero no quiero acusar a nadie —replicó Pasquale con un impulso de indignación que le sorprendió a él mismo—. Todo cuanto quiero es decirle lo que sé que he visto.

—Escucha, el signor Aretino me ha dado libertad para reescribir mi artículo: toda la primera página es mía. Nuestra, debería decir. ¿Comprendes lo que significa eso, joven Pasquale? Yo diría que no, que probablemente no. Pero déjame que te diga que no es nada y que quiero encontrar algo que escribir lejos de los lugares comunes. Un poco de novedad no me hará ningún mal por una vez. Si me reservas la primicia de tu testimonio, y se la entregas en cambio a la milicia, ¿qué pasaría? La víctima no se beneficiará, y si Salai es el asesino, es poco probable que intente huir, porque eso se convertiría en una confesión. Y aunque huyera, la milicia no tardaría en encontrarle. Cuidado, Pasquale. No te das cuenta de la gravedad de este asunto. Tu sed de justicia te honra, pero reflexiona un poco: ¿estarías dispuesto a morir para salvar a mil hombres?

—Eso depende.

—¿Si fueran tus conciudadanos?

—En ese caso, quizá.

—Bien, pero, ¿y si tu muerte solo salvase a quinientos? ¿O a setenta? ¿O a diez? Y aunque dieras tu vida por esos diez hombres, ¿de qué te serviría una vez estuvieras tieso y frío y bebieran a tu memoria en una taberna comiendo *arista*? ¿Para qué sacrificarse por el interés común si uno se no puede aprovechar del gusto del cerdo al romero, ni de nada más?

—Quizá por mis hijos, que ellos sí pudieran aprovecharlo.

—Buena respuesta, pero dudo que tengas hijos.

—No que yo sepa, en todo caso.

Risa de Machiavelli.

—Dicho esto, si mueres ahora, nunca los tendrás, y será como si los hubieras matado. Ya sabes: si tienes que matarte por nada, lo mejor sería que provocases un duelo y te dejases matar, pues así, por lo menos, habrás salvado una vida: la suya.

—No tengo enemigos.

—¿Eso crees? Es muy posible. Pero, entonces, ¿por qué quieres ganártelos?

—Solo quiero cumplir con mi deber como ciudadano —protestó Pasquale, consciente de la futilidad de su argumento.

—Si debes caer en aras del civismo —cloqueó el periodista—, espero que estés dispuesto a pagar el precio.

—¿Qué tiene de malo decir la verdad? —A Pasquale le parecía que Machiavelli llegaría al punto de vender su alma por el simple placer de satisfacer su espíritu de contradicción.

—Lo que crees como cierto en la muerte de Giulio Romano no lo es forzosamente para el que lo haya matado. Para ti, es un asesinato; para él, podría tratarse de supervivencia, o de un medio de dar un poco de pan a sus hijos. —Destapó la cantimplora y echó un nuevo trago; luego, con un estremecimiento de satisfacción exagerada, añadió—: ¡Ah! Me hago viejo, y el aire de la noche hace que me duelan fácilmente los huesos.

—Tenéis una idea muy práctica de la moral. Cuando se os oye hablar, uno cree que se trata de aritmética, de alguna ciencia inanimada.

Machiavelli hizo un gesto evasivo, y el tapón de la cantimplora se le escapó.

—Es que la moral no es más que un juego de azar —dijo, inclinándose torpemente—. Hay leyes, cálculos y resultados… pero

¿dónde está el tapón? —Pasquale lo recogió para Machiavelli, que permaneció un largo momento revisándolo—. Estoy cansado —anunció a modo de conclusión—. Es hora de ir a hablar con el signor Taddei.

El periodista encabezó la marcha y atravesaron el jardín clásico. Un hombre corpulento vestido con un pesado traje de noche bordado, un bonete turco plantado en medio de sus ralos cabellos desordenados, había aparecido al extremo de la galería. Se trataba del dueño del palacio, el mercader Taddei, que les explicó sin emocionarse que la casa se disponía a acostarse cuando un terrible grito se dejó oír. Sus asustados criados corrieron por todas partes hasta que uno de ellos observó una luz encendida en la torre de señales, y allí fue donde se descubrió el cuerpo tras haber tenido que derribar la puerta tras la que se encontraba: el asesino la había cerrado con llave al marcharse.

Machiavelli escuchó al mercader sin interrumpirle, y luego se concedió un instante de reflexión antes de preguntar si las puertas del palacio estaban cerradas con llave en el momento de los hechos.

—Naturalmente —contestó Taddei—, aunque sea algo triste decirlo. Vivimos en una época de progreso, y, sin embargo, en las mismas murallas de la ciudad debemos protegernos contra los vagabundos y los ladrones. En cuanto a los mercenarios suizos que deberían protegernos, habría que preguntarse si no matan más ciudadanos inocentes que la sífilis.

—Sin contar con que teníais invitados notables a vuestro cargo.

—El Maestre Rafael procura tranquilizar a sus discípulos. Sin su intervención, todos se habrían precipitado sin control hacia la noche para perseguir al asesino.

—Maestre Rafael es un hombre de buen sentido —reconoció Machiavelli—. ¿Ha examinado la milicia los muros del palacio? Sabiendo que nadie ha podido salir por las puertas, pues están cerradas con llave, es posible que nuestro asesino se haya marchado por una ventana. Si, si tal es el caso, deberían encontrarse sus huellas en el lugar desde el que cayó, tanto más que, no habiendo ventanas en la planta baja, tuvo que saltar desde uno de los pisos superiores.

—Voy a pedirle al capitán que dé órdenes en ese sentido, si es que no lo ha hecho ya. Solo queda que el asesino tuviera una llave

de la torre de señales, pues esta se encuentra siempre cerrada por la noche cuando no tengo que enviar mensajes ni espero recibirlos. Y si tenía una llave de la torre, muy bien podía tener otra que abriera las puertas exteriores.

—Bien dicho —opinó Machiavelli—. No os importunaremos por más tiempo, signor. ¿Podríamos ver ahora el lugar del drama?

—Naturalmente, si el capitán no se opone.

—Gracias. Una última cosa: ¿estáis seguro de no haber recibido ni enviado mensaje alguno esta noche?

—Absolutamente. Como os he dicho, la torre estaba cerrada con llave. Cuando el cadáver fue descubierto, uno de mis criados fue en el acto a avisar a la milicia, cuyo puesto se encuentra al final de la calle.

Machiavelli consideró algunos instantes la respuesta del mercader.

—Puedo ver una explicación sencilla que permitiría resolver nuestro enigma —dijo al fin—, pero antes tengo que examinar la torre para estar seguro. Sígueme, Pasquale.

Atravesaron de nuevo el jardín para volver al lado contrario de la galería, donde dos o tres milicianos, ataviados con chalecos blancos y pantalones con rayas blancas y rojas, montaban guardia ante la puerta de la torre de señales.

—A ver, Pasquale —dijo Machiavelli—. ¿Qué te parece?

—Quizá fue un criado el que lo hizo: conociendo las costumbres del palacio, no le habría costado mucho conseguir una llave de la puerta. Si no ha desaparecido ninguna llave, uno puede imaginarse que la haya devuelto a su sitio antes de que se verificase su presencia. Por otra parte, un criado no habría necesitado huir. También podría haberlo hecho uno de los ayudantes de Rafael, o uno de sus alumnos. Sin embargo, esta hipótesis no permite explicar por qué el asesinato habría sido cometido en lo alto de una torre, que además está en la casa de un extranjero.

—¡Bravo, Pasquale! Tu análisis coincide con el mío.

—¿Por qué no le habéis dicho nada al signor Taddei?

—Sería de mal gusto dejarle ver que uno de sus criados podría asesinar a un invitado. Cuando se interroga a alguien, hay que velar por no ofenderle nunca, y hay que descubrir lo que se busca por medios oblicuos. Herido el honor de un hombre, se cerrará como

una ostra. Acaricia su pelo en el buen sentido y no tardará en contarte más confidencias de las que le gustaría.

Uno de los milicianos, un esbelto joven de apenas pocos más años de edad que Pasquale, se apartó para dejarles subir la escalera de madera que se enroscaba en sentido inverso a la agujas de un reloj por el interior de la torre. La escalera era tan estrecha que Pasquale tuvo que seguir a Machiavelli. Este último, se detuvo a media subida y sacudió violentamente la frágil barandilla de la escalera, y luego siguió andando más deprisa. Cuando llegaron cerca del final de la subida, se volvió hacia Pasquale y le preguntó:

—¿Has visto un muerto?

—Naturalmente.

—¿Por muerte violenta?

—El invierno pasado seguí unos cursos de disección en la Universidad Nueva para ver cómo están hechos los hombres antes de pintarlos. La vista de los intestinos no me atemoriza.

—Eso es muy valiente, pero sin duda habrás observado que los cadáveres no sangran. Ahora bien, allí donde nos dirigimos, me temo que habrá mucha sangre. Por otra parte, debes saber que en el momento de la muerte los intestinos se aflojan. Me imagino que no querrías seguir esos cursos de los que me hablas por el olor, ¿me equivoco? Ya sabes que no debes inquietarte si te sientes desfallecer, o aunque vomites. No hay ninguna vergüenza en ello.

Dos guardias de la milicia, así como el capitán de la capa roja, estaban apretujados en los límites de la pequeña cabina de madera de la torre, cuya plataforma central, circular y algo elevada, estaba ocupada por el cuerpo tendido de Giulio Romano. Alguien había andado por el charco de sangre pegajosa que bañaba la cabeza del desgraciado, añadiendo marcas de pasos a las diversas manchas que recorrían el suelo de fresno encerado. El aire estaba cargado de olor a matadero, que dejó pastosa la boca de Pasquale. Había papeles por todas partes, desgarrados en pedazos, el más grande de los cuales no era mayor que una mano, y con fragmentos de cristal negro amontonados cerca de la pequeña ventana redonda.

En lugar de encontrarse mal como le había avisado Machiavelli, Pasquale desbordaba de curiosidad. Estaba impaciente por ver trabajar al periodista y, por otra parte, era la primera vez que subía a una torre de señales. El cadáver no recordaba al recio personaje

que se enfrentó con Salai en la iglesia aquella misma mañana. Parecía más bien un maniquí mal construido, ricamente vestido de negro y doblado sobre sí mismo, extraño a las vicisitudes de los hombres. Nada que podáis hacerme, parecía decir, sería peor de lo que me hicieron antes de mi muerte. Su rostro estaba tan lacerado que se podía ver el maxilar, y su garganta presentaba una llaga profunda, desigual, llena de algo parecido a gelatina negra y cuajada.

La cabina de madera, no más grande que la de un navío, estaba iluminada con una viva luz producida por una lámpara de acetileno suspendida en el centro del techo abovedado. La plataforma sobre la que se encontraba el cuerpo estaba elevada hasta la altura de la cintura por encima del paso que la circundaba. Era el lugar del señalero, desde donde vigilaba con ayuda de su catalejo por las ventanas practicadas en la cúpula y que miraban hacia los cuatro puntos cardinales, alguno de los numerosos puntos de posta de la ciudad o bien el vasto complejo multidireccional que remataba la Gran Torre. Justo enfrente de la puerta se encontraba el brazo equilibrado con contrapesos que regulaba el semáforo. A su lado había un tubo acústico de cobre, una pizarra fregada de un blanco lechoso y una punta de tiza atada a un cordel. Una de las ventanitas redondas estaba abierta y, a su través, Pasquale pudo ver las luces verdes y rojas de los faroles del semáforo.

Machiavelli saludó de nuevo al capitán, sacó un cuadernito así como un bastón puntiagudo de grafito, y acto seguido preguntó si el cuerpo estaba tal y como lo habían descubierto. Recordando el motivo de su presencia, Pasquale sacó un papel y un lápiz de su bolsa, aunque todavía no estaba listo para empezar a dibujar.

—No del todo —dijo el capitán respondiendo a la pregunta de Machiavelli—. Estaba apoyado contra la puerta, como indican las marcas de sangre que podéis ver. Nos costó muchísimo poder entrar, incluso cuando hubimos abierto la cerradura. Luego, le dejamos ahí tendido para que el médico pudiera examinarle.

Machiavelli se inclinó para inspeccionar la cerradura, y luego se inclinó aún más y pasó el dedo por la parte inferior de la puerta antes de levantarse.

—Creo que estaba ya muerto cuando le encontraron los criados.

El capitán era un hombre alto y, con su casco de cabellos

marrones y su barba cuidadosamente recortada que resaltaba su cuadrado mentón, se hubiera dicho que era un centurión romano. Pasquale esbozó su retrato con algunos rápidos trazos.

—Totalmente muerto —confirmó el capitán—. Fue degollado; entre la asfixia y la hemorragia, el pobre hombre no tuvo ninguna oportunidad de recuperarse.

Machiavelli recorrió el pasaje exterior de la cabina, dando primero una vuelta, luego otra. Mientras el capitán y los guardias observaban al periodista, Pasquale empezó a dibujar el cuerpo, los brazos y las piernas dobladas, la garganta abierta inclinada hacia atrás, el rostro inmovilizado en una expresión lejana como el joven nunca había visto antes en nadie que estuviera vivo. A medida que dibujaba, Pasquale se sentía dominado por una gran lucidez. Se iba dando cuenta de que la muerte no era simplemente la pérdida de la vida, sino un profundo cambio. Era un sentimiento que no olvidaría nunca y que ayudaba a temer menos la muerte. Tras la muerte no se sufría; no quedaba nada que lo permitiera.

Machiavelli pasó la mano por la ventana abierta, luego la retiró y le mostró al capitán la sangre que había recogido con la punta de los dedos.

—Hay sangre por todas partes —afirmó el capitán—. Como si el desgraciado se hubiera arrastrado con frenesí de un lado para otro antes de morir, quizá incluso mientras su agresor saqueaba el lugar: como podéis ver, el suelo está lleno de trozos de papel. Aparentemente, el señalero tiene un registro de todos los mensajes enviados o recibidos, y eso fue lo que desgarró principalmente. El que mató a Romano debe estar cubierto de sangre, al menos en principio. Por eso no creo que sea uno los residentes en el palacio. Les vimos a todos en cuanto pudimos, es decir, menos de veinte minutos después de darse la alerta. Ninguno de ellos tenía el menor rastro de sangre, y nadie podría haberse lavado tan deprisa y perfectamente. Ninguno mostraba ni marcas de lucha ni heridas ni contusiones. El que hizo esto era un enfermo, y ese pobre Romano se defendió valientemente; quizá incluso intentó salir de la torre para perseguir a su agresor.

—Eso es muy razonable —reconoció Machiavelli—. Y estoy de acuerdo con vos en que el asesino es alguien del exterior del palacio. Permitidme añadir que entró por esta ventana, y que se

marchó por el mismo camino. En efecto, hay sangre en el alféizar de la ventana, pero no en la barandilla de la escalera. Registrad las ropas de Romano: encontraréis una llave. Se encerró aquí por una razón u otra, y luego fue sorprendido por el asesino. Lucharon violentamente, y Romano intentó abrir la puerta para huir: arañó la madera alrededor de la cerradura cuando intentaba en vano introducir la llave antes de sucumbir a su agresor. Cumplido su propósito, este último se marchó como había venido, por la misma ventana que Giulio Romano había abierto para encender los faroles del semáforo. Siempre están encendidos, como observé mirando la torre desde el jardín cuando llegué. Sin embargo, el signor Taddei me aseguró que esta noche no se había enviado ninguna señal. Es falso, pero no se podía imaginar que uno de sus invitados emplearía su semáforo sin su permiso. Supongo además que Romano estaba todavía con vida cuando se marchó su agresor, porque hay marcas en la parte inferior de la puerta que demuestran que intentó abrir antes de morir. Y así es como se le encontró. Debéis reconocer que al asesino debió costarle mucho trabajo dejarle apoyado contra la puerta y luego cerrarla desde el exterior.

—Pero no falta ninguna llave —observó el capitán—. La puerta fue cerrada por el asesino cuando se marchó.

—No, fue Romano quien la cerró. Registrad su cadáver y encontraréis la llave.

El capitán ordenó el registro sonriendo, como si Machiavelli le procurase una rara diversión cuyo apoyo prestaba, aunque solo fuera por curiosidad. Pasquale tenía la sensación de estar en el centro de un escenario donde se representase una obra de la que solo Machiavelli conociera la trama.

El guarda que registraba el cuerpo blandió una llave, y el capitán la tomó para someterla a la cerradura de la puerta. El pestillo salió y volvió a entrar con un chasquido, y el capitán sonrió.

—Un punto para vos, Niccolò. Pero, si no falta ninguna llave, ¿de dónde proviene esta?

—El signor Taddei debe tener la suya, como señor del lugar, lo mismo que el mayordomo, como responsable de la buena marcha de la casa. Pero, a mi entender, debe existir una tercera. Presumo que su propietario os asegurará que nunca ha desaparecido, y quizá incluso os muestra una llave. Solamente que no será la buena.

El capitán soltó un juramento.

—¡Naturalmente! —exclamó—. ¡Eh, Acciaioli! ¡Ve a buscar al señalero!

El otro guardia, el que había encontrado la llave, intervino.

—Aquí hay algo más…

Sujetaba un pequeño montaje de papel blanco encartonado y reflejos de madera, algo parecido a un barco con una hélice de doble espiral a modo de vela. El objeto era de un tamaño lo suficientemente reducido como para caber en la palma de la mano. El capitán se apropió de él.

—¿Qué pensáis, Niccolò? Ah, aquí hay cinta de esa nueva goma elástica, con una corona para enrollarla. ¿Pensáis que se trata de un juguete?

Ayudándose de la uña del dedo pulgar, con una delicadeza sorprendente, el capitán hizo girar una clavija del tamaño de un alfiler. El pequeño barco se estremeció y empezó a vibrar; el capitán lo soltó. Las espiras de papel zumbaron y el objeto echó a volar zigzagueando, elevándose con tanta fuerza que rebotó contra el cristal redondo de una de las ventanas de observación. Luego, la energía elástica se agotó y la hélice empezó a girar lentamente en sentido contrario, con lo que el navío volvió a descender.

Pasquale, que tenía buenos reflejos, lo alcanzó antes de que tocara el suelo. Era ligero como una pluma: de hecho, la estructura que le daba rigidez estaba hecha con los cañones de las plumas de un ave. De una paloma. Para los ángeles, las alas de paloma eran demasiado pequeñas para transportarlos.

—Los artificieros —dijo Pasquale—. Los artificieros y los ángeles.

El capitán se volvió hacia Machiavelli.

—Entre los artificieros se habla de máquinas capaces de desplazarse por los aires con la misma ligereza que una canoa de mimbre sobre las aguas del Arno. ¿No pensaréis que…?

—¿Me permites, Pasquale? —cortó Machiavelli. Levantó el pequeño barco volador y lo escrutó con sus ojos oscuros… ojos de paloma, pensó Pasquale, rodeados de rojo y que los años de bebida habían convertido en legañosos, pero que seguían siendo penetrantes.

»No debemos invocar ninguna explicación fantástica antes de

haber agotado el campo de las posibilidades racionales —declaró tras devolverle el barco a Pasquale—. Solamente entonces podremos lanzarnos tras la pista de los ángeles. Este objeto no es más que un juguete, uno muy popular en Roma. No es la primera vez que veo uno. —Ruidos de pasos en la escalera de madera le hicieron levantar la cabeza—. Aquí está la llave que falta —anunció—, y por más de un motivo.

El señalero tenía al menos cinco años menos que Pasquale, cabellos rubios tonsurados y un collar de pelillos rubios alrededor de su mentón lleno de granos. Llevaba la toga negra de su orden, provista de cuatro bolsillos y que le llegaba hasta los tobillos, ceñida por un ancho cinturón de cuero del que colgaba una bolsa del mismo material y una pequeña cruz de madera de palo de rosa. La orden de los señaleros era una congregación de Dominicos que, aunque más secular que monástica, no por ello estaba menos sometida a una severa disciplina religiosa. El capitán le rogó al señalero que utilizara su llave para accionar la cerradura de la puerta de la cabina y, por el modo en que el joven recorrió a los presentes con la mirada, Pasquale comprendió que había perdido los nervios.

El señalero se irguió y dijo, con una voz aflautada pero decidida:

—El signor Romano me sobornó para tener acceso a la torre, signor. Pido ser puesto en manos de los maestres de mi orden.

—No tan deprisa —dijo el capitán—. ¿El cuerpo que está aquí tendido es el del hombre que te compró la llave?

El señalero lo confirmó con una inclinación de cabeza breve y crispada; gotas de sudor perlaban su frente.

—¿Te confió sus intenciones? —preguntó secamente el capitán —. ¡Habla, muchacho! Está muerto, ya no tienes que temer nada de él.

—Todo lo que me dijo es que necesitaba la torre para mantener una conversación privada.

—¿Para enviar un mensaje?

—No le habría permitido emplear el semáforo, signor.

—Todos los mensajes que se envían desde aquí tienen que pasar por la Gran Torre, ¿no es así? —dijo Machiavelli.

—La llamamos el mojón central —explicó el señalero con diligencia—. Es la que manda sobre la totalidad de la red de la

ciudad, y sirve de repetidor para las comunicaciones del país de norte a sur.

Machiavelli se volvió hacia el capitán.

—La orden de los señaleros es muy puntillosa sobre el control de los registros. Si Romano consiguió enviar una señal, encontraréis su rastro por alguna parte. Será sin duda un mensaje sencillo, totalmente adecuado y en apariencia banal, pero que ocultará su verdadero significado. Este joven se negó a encargarse de hacerlo, de modo que el signor Romano lo enviaría por sí mismo en lenguaje abreviado, lo que no es muy difícil de hacer. Yo mismo sería capaz. Entrenándose un poco, cualquiera puede enviar una señal con la suficiente maestría como para hacer creer a quienes la reciban que proviene de la persona adecuada, en este caso nuestro señalero aquí presente. ¿Me equivoco, muchacho?

—Él no me dijo que pensaba hacer funcionar el semáforo, signor. Una vez más, no se lo habría permitido.

—En ese caso, cuando le prestaste la llave, tenías la conciencia tranquila, ¿verdad? —dijo el capitán—. Resultado, un hombre está muerto. Tendrás toda la noche para reflexionar en ello en el retén antes de que entreguemos a los buenos cuidados de tu orden.

Cuando se hubieron llevado al joven, Pasquale preguntó lo que pasaría a continuación.

—Los señaleros aplican entre ellos sanciones mucho más severas que las nuestras —respondió el capitán—. No tienen elección si quieren imponer sus reglas y conservar la integridad. Si se les tuviera por corruptos, ¿quién les confiaría ningún mensaje?

—No tengo mucho más que añadir, capitán —se excusó Machiavelli—. Espero que mi análisis le sirva de algo.

—Habéis estado a la altura de vuestra reputación, Niccolò. Si pudierais darme el contenido del mensaje y la identidad de su destinatario, creo que este asunto quedaría zanjado.

—Quedan muchas cuestiones por resolver, y el contenido del mensaje es lo que menos importa. Sería más interesante conocer los motivos del hombre que lo envió. ¿Era un espía? Si es así, ¿sus actuaciones eran conocidas por su señor, Rafael, o fueron encomendadas por él?

—Desgraciadamente, Rafael y los suyos gozan del estatuto diplomático. A ese título no se les puede interrogar, y menos aún

detener. Estarán, eso sí, bajo la más estricta vigilancia a partir de ahora, pero no seré yo el encargado. Yo soy solo un pobre capitán de división que debe echarle el guante a un asesino. En cuanto a su identidad, y a lo que le impulsó a acabar con Romano, permitidme que os diga que, pese a un desarrollo totalmente satisfactorio, vuestro análisis carece de conclusiones.

—No sé muy bien qué deciros de vuestro hombre —suspiró Machiavelli—, salvo que no es un asesino muy diestro, ni tampoco muy bien armado. Es poco probable que haya empleado un cuchillo, cuya hoja habría dejado cortes limpios en la ropa de Romano, lo mismo que sobre su rostro y cuello. También habría heridas en las palmas de las manos, como se suelen ver en las víctimas que se han defendido sin armas, o entre las que fueron desarmadas por su adversario. En último recurso, el instinto de supervivencia impulsa al atacado a sujetar el arma aunque con ello se corte hasta el hueso. Ahora bien, en lugar de heridas de esa índole, se pueden constatar marcas de uñas y quizá de dientes, así como equimosis en forma de manos fuertemente entrelazadas. Romano fue golpeado salvajemente hasta la muerte, a mi entender, por alguien que no era tan grande como para luchar, por alguien llevado por la desesperación; incluso una mujer puede mostrar unas reservas físicas insospechadas cuando se siente amenazada de muerte, y aunque Romano pudo beneficiarse de ese fenómeno, sucumbió. Nuestro asesino es alguien fuerte, de un temperamento que se puede imaginar fogoso. Y ese hombre no era cómplice de lo que Romano estuviera tramando, porque si hubiera entrado con Romano, después de que este cerrara la puerta para no ser molestado, habría sabido dónde encontrar la llave para salir. Debemos admitir que entró escalando la torre y que huyó de la misma manera, como lo confirman las marcas de sangre que os mostré en el alféizar de la ventana. En consecuencia, si el asesino de Romano es fuerte, es también lo bastante menudo como para pasar por esa ventanita.

—Según mi experiencia —dijo el capitán—, un ladrón es capaz de pasar por cualquier abertura por la que le quepa la cabeza. Algunos recurren a jovencitos que pueden deslizarse por grietas por las que uno habría dicho que no podía colarse ni siquiera una serpiente. Y pese a todos los casos de robo que he conocido, no sé

de nadie que pueda escalar una torre como esta sin el equipo necesario. El signor Taddei es un hombre rico, y contrató albañiles que sabían construir muros de piedra casi tan lisos como los de las antiguas villas de Herculano.

—¿Habéis visitado esa desdichada ciudad? Sois afortunado.

—Los padres de mi esposa poseen una finca en los alrededores. Cultivan viñas en las laderas del Vesubio.

—Aunque debo rendirme ante vuestros conocimientos en materia de robos y de ruinas romanas, incluso de mampostería, tengo sin embargo algunas nociones de alpinismo, y estimo que no es imposible que un escalador aventajado pueda culminar lo que nosotros los toscanos, para quienes la menor colina es todo un obstáculo, encontramos inconcebible. Observé además la presencia de burdos pelos bajo las uñas de Romano. No son pelos humanos, y es posible que provengan de la capa o del cuello de la capa del asesino. En invierno, así como en las noches más frías de una estación como esta, los prusianos y los suizos se complacen en portar capas con cuellos de piel. Quizá deberíais empezar vuestras investigaciones entre las tropas del ejército mercenario de Florencia. Tendríais que buscar a un soldado fuerte y delgado, si es posible de algún cantón más rural que el de Zúrich o Ginebra, y que mostrase rasguños recientes y profundos en la cara y en las manos; porque, además de pelos, hay jirones de carne bajo las uñas de la víctima.

—El Papa, como Florencia, emplea soldados suizos. Es un tema candente, Niccolò. Si llegaseis a cubrir la noticia, no me atrevo a imaginar los problemas que podrían resultar de ello. Incluso creo que vais a tener que consultar con Su Signoria antes de actuar, y mientras tanto, me veo en la obligación de confiscar vuestras notas, así como los croquis de vuestro joven ayudante.

—Contad con mi cooperación —suspiró Machiavelli—. Vos no me conocéis, capitán. Es la información lo que me interesa, no el escándalo.

—Por esa misma razón os he permitido llegar hasta aquí. Cuento con que os atengáis a los hechos.

—Y yo que creía que fue por mi capacidad de deducción por lo que me trajeron aquí…

—Vuestra ayuda me resulta siempre preciosa, vos lo sabéis bien.

Además, no dejaré de hacer buen uso de vuestras observaciones, pero, ¡ay!, este asunto pronto dejará de estar en mis manos. Ahora, si queréis entregarme vuestras notas y dibujos, pediré que os acompañen a la salida del palacio.

No había nadie ante la puerta del Palazzo. La infecta bruma y el frío excepcional habían desanimado a los curiosos. Machiavelli llegó rápidamente a la esquina de la calle, donde rebuscó en sus bolsillos para sacar la cantimplora. Bebió todo el líquido que le quedaba y luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Podríais haberme dejado un poco —protestó Pasquale tras encender un cigarrillo.

—Mi sed no admite ninguna generosidad —replicó Machiavelli, temblando, con la cabeza hundida entre los hombros y las manos apretadas entre los muslos.

El joven tomó al periodista por el brazo y, juntos, empezaron a bajar la calle en dirección a las oficinas de la gaceta.

—¿Qué vais a hacer ahora que la milicia ha prohibido vuestro artículo?

Machiavelli soltó una risa ronca.

—No es el que hayan confiscado mis notas lo que me impedirá escribir.

—Pero el capitán…

—El capitán no ha hecho otro cosa que aplicar el reglamento para protegerse. Se ha quedado con mis notas, lo mismo que con tus bosquejos, y puede decirles a sus superiores que ha hecho cuanto estaba en su mano para silenciarme, aunque sabe perfectamente que escribiré mi artículo de todas formas. En cuanto a ti, visto tu talento para dibujar de memoria, no debería costarte mucho trabajo rehacer tus croquis. Y luego está el tema del pequeño objeto volador.

—Me lo he metido en el saco. ¿Creéis que ese objeto es importante?

—No es un juguete. Lo dije, simplemente, para evitar que el capitán se lo quisiera quedar. Sobre todo, no lo pierdas, Pasquale. ¿Puedo confiártelo?

—Naturalmente. Pero, ¿por qué…?

—¡Ah, no sabes lo cansado que estoy, amigo mío! Vamos, por esta calle. Conozco una taberna abierta a todas horas, si es que no te dan miedo los vagabundos y las putas.

Era un cuchitril en el interior de una cueva que solo iluminaba un pequeño brasero plantado en el centro del suelo de tierra cubierta de paja. Alrededor de aquel rudimentario hogar, sentados en bancos macizos ennegrecidos por el humo, una decena de personas bebían tosco vino tinto nuevo que servían de una cuba común. Las ratas se agitaban en los oscuros rincones. El puerco que regentaba la taberna tiraba piedras a los animales que se aventuraban demasiado cerca del calor del brasero.

Tras dos copas de vino, Machiavelli volvió a la vida.

—No me había entregado a semejante confrontación intelectual desde mi interrogatorio —explicó—. Había olvidado lo agotador que resulta el trabajo intelectual.

—¿Era cierto todo cuanto dijisteis?

—Había cierta parte de verdad. Por el contrario, no estoy muy convencido por el método que el capitán le supone al asesino.

—Quizá Romano no era personalmente el perseguido —aventuró Pasquale—. Puede que se limitase a sorprender a un ladrón o a un espía revolviendo en los mensajes.

—Entonces deberíamos suponer que Romano decidió utilizar ilícitamente el semáforo en el mismo momento elegido por el malandrín para introducirse en la torre. No digo que eso sea imposible, pero ese esfuerzo es improbable. Pero no podemos considerar lo improbable hasta que lo probable sea descartado, y lo imposible cuando no quede otra cosa.

—Pero fijaos en que en todo esto debe haber algún tipo de complot. ¡A la fuerza! ¡No puede tratarse del azar cuando uno de los ayudantes de Rafael resulta asesinado el día antes de la visita del Papa!

Machiavelli sonrió con indulgencia ante aquel arrebato. Pasquale vació su vaso y tomó más vino del barril común: si le tocaba pagar a él, por lo menos que le valiera de algo el dinero.

Cuando se volvió a sentar, Machiavelli le dijo:

—Estamos al principio, Pasquale. Creo que tengo muchas ganas de empezar la caza, porque no hay mejor remedio contra el aburrimiento que resolver un enigma como este, pero debo asegurarme lo primero de que persigo la presa correcta.

—¿Y el pequeño objeto volador? Nunca había visto nada parecido.

—Puede que sea la clave del enigma, o bien un detalle pequeño y sin importancia. Los hombres llevan encima toda clase de baratijas, en particular los artistas. ¿Qué llevas en la bolsa, Pasquale, además de la moneda que te costará este vino tan vigoroso? Imagino que llevarás carboncillo y plumas de oca, así como un cuchillito para sacarlas punta, trozos de papel para dibujar y grafito de Inglaterra, miga de pan para borrar los rasgos; un bloque de negro de humo y una piedra ahuecada para preparar la tinta. Todos esos objetos te distinguen como artista, Sin embargo, presumo que también llevas algunas baratijas que te distinguen como individuo y que no tienen absolutamente nada que ver con tu profesión. Quizá ese era el caso con Romano. Encontramos una pequeña maqueta a la que damos, llevados por la prisa, más valor del que tiene realmente, y aquí estamos apartándonos del camino hacia la verdad persiguiendo sombras imaginarias. Entonces sí, puede que sea algo importante, como puede que sea algo insignificante.

—En una pintura —dijo Pasquale—, todo está cargado de sentido. Las cosas despiertan resonancias porque ya han sido utilizadas, y porque hay una historia o una tradición detrás del menor gesto, de la flor más pequeña. Cuando vi cómo volaba la maqueta, pensé en los ángeles…

Aunque quería hacerlo, Pasquale no se atrevía a hablar de su visión, de aquella pintura que le brillaba en su mente, todavía oscura pero que se iba aclarando poco a poco, como algo velado por la bruma que se destaca a medida que uno se acerca. No, aquello no se parecía en nada a la forma en que trabajaba Machiavelli, reconstruyendo un breve episodio de violencia a partir de lo que había quedado disperso. Fue devorado repentinamente por la necesidad de comenzar a pintar allí mismo, consciente, sin embargo, de que no lograría más que un trabajo muy imperfecto, y

que todavía tendrían que pasar días, semanas, meses. Sería lo que veía o no sería nada.

La cueva era húmeda y fría, pero el fuego del brasero calentaba a Pasquale, y el humo que se escapaba del fuego era mejor que el acre olor químico de la bruma de los artificieros, de la que su toga estaba todavía impregnada. Al otro lado del brasero, un andrajoso flacucho con aspecto de garduña sumergía lentamente los brazos entre los enormes y colgantes senos de una puta gorda, como si esperara acabar por entrar por completo en aquel antro maternal. Los otros clientes se contentaban en su mayoría con agachar la cabeza, achispados por el burdo vino, absortos en los carbones ardientes del brasero y en sus propios pensamientos indescifrables.

Al cabo de un momento, el viejo de cabellos blancos que estaba sentado junto a Pasquale tomó la palabra. Una placa lívida de tejido cicatrizado se extendía sobre la parte izquierda de su cara, tirando del ojo y de la comisura de la boca hacia abajo. Apoyando un dedo en la cicatriz, dijo, con fuerte acento milanés:

—Te preguntas dónde me hice esto, ¿eh, pequeño? Bueno, ya ves, fue cuando trabajaba en la construcción del canal que se une con el mar. Los artificieros emplearon pólvora china para hacer saltar la roca viva que nos bloqueaba en Seraville y una de las explosiones lanzó fragmentos inflamados sobre las tiendas de los obreros. Muchos no pudieron escapar del incendio que se extendió tras la explosión de un almacén de pólvora, pero yo tuve suerte, si se puede decir. Murieron aquella noche más hombres que en la guerra de Egipto, aunque yo me libré con solo esta cicatriz. Cuando se ven todas las fábricas que hay allí ahora y que funcionan gracias a la fuerza del canal que abrimos nosotros… pero, ¿qué gané yo, salvo una pensión y un rostro que hace que se corte la leche? Se dice que los artificieros les han dado a los hombres la libertad de progresar, pero, siguiendo el ritmo de sus máquinas, los hombres como yo se convierten en algo menos que bestias de carga: nos hacen trabajar tanto como podemos y, cuando ya no podemos más, se deshacen de nosotros.

El viejo pasó la bola de tabaco de mascar que tenía en la boca de un lado a otro, y luego escupió un largo chorro de saliva en dirección del brasero. Inclinándose hacia adelante para esquivar a Pasquale con la mirada, añadió:

—Os conozco, signor Machiavelli. No es la primera vez que os veo, y tuve en cierta ocasión la oportunidad de oíros hablar. Sé que estáis de acuerdo con lo que digo.

Una vez más, como se dio cuenta Pasquale, Machiavelli mostró buen humor y vivacidad. Bajo el fuego del vino, sus males se habían derretido como la nieve al sol.

—Siempre hemos sido libres de progresar, signor —le corrigió—, al menos en nuestra cabeza. Sin embargo, son pocos los que pueden esperar liberarse algún día aprovechando el progreso social. Es demostrable matemáticamente que el trabajo necesario para producir bienes materiales no puede enriquecer más que a una parte de la población trabajadora. De hecho, está en el interés de nuestra República tener cajones llenos de ciudadanos pobres, pues la riqueza individual engendra la ociosidad. Roma, que cuatrocientos años después de su fundación albergó la mayor pobreza, sin embargo, permitió que esos mismos años marcaran la última gran época de su república. Pensad en Lucio Emilio Paulo Macedónico que, gracias a su victoria sobre Perseo, enriqueció considerablemente Roma; sin embargo, él mismo quedó pobre. Como las conquistas, el trabajo no debe hacernos ricos, sino mantenernos en una pobreza activa.

—No lo toméis a mal, signor Machiavelli —dijo el anciano—, pero oíros es como oír hablar a los seguidores de Savonarola. No puedo decir que comparta sus opiniones.

—Tengo buenas razones para unirme a los discípulos de ese sombrío profeta —explicó Machiavelli—, pero, a Dios gracias, tengo bastante buen sentido como para haberlo dicho nunca.

—¡Qué de palabras! —masculló Pasquale—. ¿De qué sirven las palabras? —Se asustó al darse cuenta de que estaba más borracho de lo que había creído.

Sentado en la zona de sombra que escapaba de la luz del fuego, alguien se movió. Era un hombre extremadamente grueso y completamente calvo, envuelto en una capa de lana con muchos pliegues.

—Los últimos días están aquí, periodista —declaró—. La Bestia está sentada en el trono de san Pedro, y pronto morirá. Las falsas torres erigidas por el orgullo y la vanidad de los artificieros serán derribadas. Pon todo eso en tu periódico.

—Es bien conocido que mis armas son las palabras, y no las bombas. —Y con estas palabras, Machiavelli terminó su vino y le dio la vuelta a la copa, sacudiendo las últimas gotas que quedaban sobre la paja extendida a sus pies—. Paga a nuestro anfitrión, Pasquale, es hora de marcharse. Debemos plasmar nuestro trabajo sobre papel antes de pensar en acostarnos.

5

Pasquale volvió al taller con el primer canto del gallo. Aunque fatigado, estaba lejos de tener sueño. Durante la noche que había pasado trabajando en un grabado del cadáver de la torre de señales del Palazzo Taddei, el signor Aretino le había servido varias tazas de un espeso café amargo, aquella nueva y costosa bebida importada del Protectorado egipcio. Aretino le dijo que aquello remediaba todos los males, y especialmente le curaba a uno el sueño. No había mentido sobre aquel último punto; por rendido que estuviera, Pasquale sentía una frágil y singular lucidez, como si acabara de despertarse de un sueño extraño y maravilloso.

La bruma de los artificieros se levantaba. En el aire vaporoso de la lejanía, más allá de los tejados arqueados de tejas rojas de las viejas casas modestas que bordeaban la estrecha calleja, los diseños cuyas lámparas revestían el cuerpo de la Gran Torre se ahogaban en las lágrimas de la autora. Faroles verdes y rojos brillaban y parpadeaban. Pequeños brazos se balanceaban sobre un campanario en la cima de la torre. Ráfagas de mensajes lanzados a través del cielo, tan invisibles como los ángeles.

La ciudad se despertaba con el día. Las amas de casa hacían resonar los postigos de caña de las ventanas de los primeros pisos y, como el sistema de desagües aún no había llegado hasta aquel barrio, arrojaban sus aguas residuales en el arroyo central de la calle, piando de una casa a la vecina como golondrinas colgadas del muro de un granero. Las campanas llamaban a la primera misa, desde lejos, de plaza en plaza, y se respondían por encima de los tejados. Las altas chimeneas de las fábricas que nunca dormían, al

otro lado del Arno, enviaban penachos de humo hacia el cielo matinal, todos ellos alineados a la misma altura por el viento del oeste que había disipado la bruma. El rugido de sus máquinas y de sus tejedoras era débil y regular, una pulsación monótona de los asuntos de la ciudad.

Pasquale interrumpió el grito de un panadero para comprarle una barra de pan caliente, de corteza carbonosa y crujiente. Dos florines de plata, el salario de su noche de trabajo, descansaban en su bolsa, con la maqueta voladora cuya custodia le había confiado Machiavelli, así como un ejemplar recién doblado del número de la gaceta en el que sus dos grabados se apretujaban en medio de la prosa viva y apremiante de las columnas de Machiavelli. El joven se sentía en armonía con la ciudad, como si formase parte de un mecanismo enorme y delicado que se hubiera detenido en un momento de felicidad. Aprovechó incluso la compañía de un perro callejero famélico que retrocedió algunos pasos antes de ser llamado repentinamente a alguna misión urgente y desaparecer por una esquina de la calle.

La puerta del taller estaba abierta en lo alto de la escalera; una luz brillaba en su interior. Rosso ya estaba trabajando. A caballo sobre el pulidor, su gran mandil manchado de la pintura que flotaba alrededor de su cintura, las mangas subidas para tener los antebrazos despejados, trituraba pigmento azul, frotando en seco cobre avinagrado en la plancha del pulidor para obtener un polvo fino que metía en una cesta medio llena y de un color azulado.

Pasquale se sintió invadido por un sentimiento de culpabilidad y afecto al ver a su amo dedicado a tan humilde tarea. Se apresuró a entrar y disculparse, pero Rosso le dispensó en el acto.

—Vive como quieras —le dijo. Tenía la frente y las mejillas manchadas de azul, y sus dedos estaban también tiznados hasta los nudillos. Parecía haber trabajado toda la noche; en la mesa de trabajo, cerca de la ventana, su esbozo había sido coloreado en parte por el lavado con unos tonos que se degradaban hasta alcanzar un marrón oscuro, casi negro, que le daba al relieve formas de figuras.

Pasquale le enseñó a su maestre los dos florines que había ganado, y luego la gaceta, que Rosso acercó a la ventana para examinarla durante un largo momento.

—Pobre Giulio —soltó al fin—. ¿No se sabe quién le mató?

Pasquale empezó a contarle a su maestre las investigaciones de Machiavelli, mientras Rosso miraba por la ventana con aspecto atemorizado. Una espada de luz se abatió sobre la abertura de los postigos, iluminando con precisión la mitad de su rostro. Cuando Pasquale hubo terminado, Rosso declaró:

—Tengo el talento de un gran pintor, Pasquale, lo siento en mí. Ese idiota que regenta el hospital no sabe nada, ¡nada de nada! Hubo un tiempo en que aquí, en Florencia, se sabía lo que era la pintura, pero ese tiempo ha desaparecido. Hoy no se habla más que de los artificieros y de sus máquinas, del comercio, de un imperio capaz de rivalizar con el de la antigua Roma. Pero sin arte, la ciudad está vacía, Pasquale. No vale nada.

Así, una vez más, el asunto del hospital estaba sobre el tapiz: los santos de aspectos diabólicos que Rosso había pintado como chiste, la indignación del regente ante el supuesto sacrilegio. Apartándose de la ventana, Rosso añadió:

—Ese monje idiota me llamó al jardín unos minutos antes de tu llegada. Quería saber si teníamos ratas.

—Debe hacer inventario de sus uvas todos los días.

—Quiero que te ocupes de Fernando —ordenó Rosso secamente—. Siembra bastantes perturbaciones por su cuenta y necesito calma para trabajar. Le he atado a tu cama, Pasquale, así que no vayas a soltarle.

Le hizo apuntar a Pasquale los dos florines en el libro encuadernado en cuero con las cuentas del taller, sopesó las piezas y le dio una al joven. Eran iguales, precisó, desde hacía ya algún tiempo. El maestre no tenía nada que darle a su alumno, y Pasquale no debería tardar mucho en echar a volar con sus propias alas.

—Pero, maestre, nunca dejaré de aprender de vos.

—Muy amable —dijo Rosso con una sonrisa vagamente melancólica—. En un tiempo más feliz, si las cosas no fueran como son… Además, no se trata de lo que podamos hacer, sino de lo que hacemos, Pasquale. Caemos en las mazmorras de la Historia.

—Sabéis que eso es falso, maestre —protestó Pasquale antes de sorprenderse a sí mismo bostezando.

—Ve a dormir algunas horas. Hoy tenemos que hacer un trabajo para ese loco artificiero.

En cuanto se acostó, Pasquale se durmió, sin apenas prestarle atención al macaco atado con una cuerda al somier de la cama. Fueron unos aullidos los que le despertaron, y cuando se incorporó se dio cuenta de que el animal había desaparecido, dejando vacía la anilla que le retenía por la pata. Algunos hombres también gritaban, Rosso en la habitación contigua y el monje en el jardín de más abajo. Pasquale se precipitó a la ventana y vio al simio encogido en un rincón, llorando y aullando mientras el monje intentaba sacarle de allí con una pértiga, y a Rosso imprecándoles a los dos.

Pasquale cortó la cuerda de la cama con su cuchillo y lanzó una punta al simio, que, entendiendo en el acto el objetivo de la maniobra, escaló fogoso el emparrado ayudándose con manos y pies. En el momento en que los apoyos empezaban a ceder bajo su peso, el animal consiguió alcanzar la cuerda y estuvo a punto de tirar a Pasquale ventana abajo. El monje soltó la pértiga y retrocedió para apartarse de las viñas y de las estacas que caían a su alrededor.

El simio subió a refugiarse en la habitación de Pasquale, aterrizando sobre el suelo tras haber cruzado la ventana de un salto. De golpe, Rosso apareció, con una escoba en la mano, y empezó a pegar al animal con golpes cada vez más fuertes. Pasquale se interpuso, gritándole a Rosso que se detuviera, por amor del cielo, y que el incidente había terminado. La cara de Rosso acabó por suavizarse, y soltó la escoba y se cubrió el rostro con las manos. El simio saltó a la cama y se envolvió la cabeza con las mantas.

Pasquale no sabía si consolar a su maestre o al simio. El monje vociferaba en el jardín, recurriendo a palabras que un hombre de Dios no debería conocer, y todavía menos pronunciar, jurando que se quejaría a la Administración de Hospicios y Monasterios.

—Ruega por nosotros, hermano —gritó Pasquale como respuesta —. Muestra un poco de caridad cristiana. —Luego, cerró violentamente los postigos y se volvió hacia Rosso, que ya estaba más calmado.

Cuando Pasquale empezó a excusarse, pues después de todo él había sido el que había enseñado al simio a trepar por las parras y a robar las uvas, Rosso afirmó que no era culpa suya.

—Esos animales son así por naturaleza, Pasquale. Yo me lo quedé para divertirme, y mira lo que ha pasado, ahora es una carga

que llevo alrededor del cuello como el fardo del viejo del mar, algo que me atormenta como un demonio.

—¿Creéis que el monje vaya a avisar a la Administración?

—Oh, es bastante probable —respondió Rosso, frotándose los ojos con las palmas de las manos—. Es un espíritu vil y mezquino. Ya sabes que Dante reservaba un círculo del Infierno a los estilitas que se retiraban del mundo para enriquecer su propia espiritualidad, como un avaro que se aferra a sus monedas. Pues, para mí, los monjes no son mejores.

El simio, al oír su voz, sacó la cabeza de debajo de las mantas, y los dos hombres no pudieron dejar de soltar una carcajada al verle allí mirándoles como una vieja envuelta en su chal.

—Hay que preparar muchas cosas antes de empezar con el trabajo del día —dijo.

Pasquale ayudo a Rosso a moler el resto de los pigmentos que necesitarían para pintar la pared del artificiero: la sal azul obtenida mojando el cobre en vinagre, el nuevo colorante blanco de carbonato de plomo, el rojo extraído de escarabajos aplastados, y el amarillo brillante del sulfuro de mercurio. Todos aquellos pigmentos estaban metidos en grandes cubos de madera reservados para la pintura al fresco y que contenían ya fuera amarillo de huevo en agua avinagrada (el azul se transformaba en verde) o bien cola (con lo que el azul seguía siendo azul).

El trabajo que les había encargado el artificiero no era nada complicado: se trataba de pintar unos motivos ondulantes de colores primarios sobre la fachada de un banco de la Piazza della Signoria. El Papa, cuando entrase en la plaza bajo la sombra de la Gran Torre, se encontraría cara a cara con aquel fresco, misteriosamente transformado por gracia del artificiero en una maravilla; persona que se andaba con tapujos por naturaleza, no les había dicho nada hasta el momento a los pintores acerca del modo en que debían hacerse las cosas. Pero, en fin, un encargo era un encargo, y el artificiero pagaba bien… y por adelantado.

La fachada del banco había recibido una primera mano de mortero, y la estructura de los motivos había sido trazada con carboncillo bajo la vigilancia de Rosso dos días antes. Se alzó un andamiaje moderno, compuesto por elementos normalizados que se reunían como las patas de un insecto, con una regularidad que nada

tenía que ver con el bosque de estacas que sostenía las desiguales planchas de los andamios tradicionales. El artificiero estaba ya allí cuando Rosso y Pasquale llegaron, poco después del mediodía, escoltados por el pequeño equipo de obreros que llevaban los pigmentos, los pinceles, las brochas y todo lo demás.

El artificiero era un hombre joven y gordinflón que tenía un rostro redondo y con la tez de color verde oliva, lagrimeantes ojos azules y una barba cuidadosamente recortada. Llevaba el uniforme habitual de los artificieros: una toga de cuero llena de bolsillos, flotantes calzones turcos de color negro y botas de cuero negro lustroso, con punteras de hierro y ceñidas a las rodillas con unas argollas. Se llamaba Benozzo Berni; era un pariente lejano del gran poeta satírico.

Contratado por la banca para realizar aquel espectáculo, Berni se devanaba los sesos lleno de inquietud ante la idea de que, por haber olvidado algún detalle, pudiera fracasar y conocer la ruina. Había protestado con fuerza por el retraso ocasionado por la solemnidad de San Lucas, y hacía ver con insistencia que su dispositivo ya estaba dispuesto. Se trataba de una máquina que aparentaba ser una catapulta, de no ser porque en lugar de tener el cazo de lanzamiento, sostenía una fila de lámparas de acetileno, así como un conjunto de lentes y espejos destinado a la proyección de la luz. Se sostenía ante el andamiaje como una rana esquelética de ojos salidos de las órbitas. En cuanto al modo en que aquella máquina debía encajar con los motivos del fresco, Berni se negó a decírselo.

—Ya lo veréis el día del espectáculo. En fin, si es que estamos preparados para entonces.

Berni no trataba a Rosso como a un artesano cualificado que hacía lo mejor que podía el trabajo que le había sido confiado, sino más bien como a un simple sirviente, e insistió en verificar con sus asistentes, dos mocosos por lo menos cinco años más jóvenes que Pasquale, cada una de las líneas que Rosso había trazado sobre el muro a partir del croquis esquemático, lo que hicieron mediante pequeños instrumentos de punteo hechos de cobre, fijados mediante bisagras en una regla graduada con forma de semicírculo. La estructura de los motivos no era complicada, y no hizo falta más que una hora de trabajo para repasar los trazos de carboncillo con brochas empapadas en ocre rojo, trazos que hicieron desaparecer el

carboncillo para no dejar otra cosa que las rayas de ocre, la *sinopia*.

Rosso y Berni entraron entonces en conflicto sobre la mejor manera de pintar. Rosso pedía trabajar como siempre lo había hecho, con una placa de mortero sobre la siguiente, de arriba hacia abajo, mientras que el artificiero insistía para que se procediera según los colores para evitar cualquier diferencia de tonos, cosa que consideraba imposible si placas del mismo color eran pintadas en momentos diferentes. Rosso, herido por aquella falta de confianza, se quejaba una y otra vez, elevando la voz cada vez más, de que era lo bastante competente como para asegurarse de una perfecta unión de los tonos en toda la superficie del mortero, y tanto se quejó que Berni acabó por levantar los brazos al cielo y alejarse, temblando de rabia, para encender un cigarro.

Si Rosso estaba todavía contrariado por la mala conducta de su simio, aquella pequeña victoria contribuyó al menos a devolverle parte de su confianza. Se volvió hacia Pasquale.

—Empezaremos por arriba, como hacemos siempre. No voy a escuchar a ese idiota y correr el riesgo de salpicar las partes que ya están pintadas. Podemos pasar el azul ahora mismo por donde se haya secado el mortero. Ayer les pedí a los obreros que untaran el *arriccio* para el azul a fin de ganar tiempo. Esperemos que lo hicieran correctamente. El día empieza a caer y Berni ha prometido iluminarnos con su máquina, pero no estoy tranquilo, Pasquale, porque nunca he trabajado con luz artificial.

Como en una tregua tácita, Rosso y Pasquale se apresuraron para terminar las zonas de azul, y luego dirigieron a los obreros mientras estos preparaban el mortero y lo aplicaban sobre lo que quedaba de *sinopia*. La dificultad consistía en vigilar para que la capa de mortero fuera lo suficientemente fina como para que secara rápidamente y con la consistencia adecuada conservando un grano suficiente para fijar el pigmento. Placa tras placa, en cuanto el mortero hubo adquirido el estado de secado adecuado, los dos hombres extendían los pigmentos adicionales de agua de cal a golpes rápidos con sus brochas más grandes de cerdas de jabalí. Cuando estaban a la mitad del fresco, la luz se hizo insuficiente y el artificiero mandó encender las lámparas de acetileno de su máquina, cuyos espejos y las lentes se ajustaron para difundir una luz amarillenta sobre la fachada del banco, de tal suerte que Rosso

y Pasquale tuvieron que seguir trabajando sobre un fresco en el que se alargaban las sombras angulosas del armazón del andamiaje, así como las de sus propios cuerpos.

—Esto no es pintura —se quejó Rosso—, es una carrera.

—Ahora somos pintores de brocha gorda —suspiró Pasquale, que experimentaba sin embargo una agradable sensación de liberación embadurnando de aquel modo con los pigmentos.

—Somos ante todo artesanos, Pasquale, sea cual sea la tarea que se nos confíe. Por eso vamos a cumplir con esta con el mismo rigor que con todas las demás.

Pasquale había ya trabajado en los suficientes frescos como para conocer sus delicadezas. Se trataba ante todo de hacer desaparecer las desigualdades del muro aplicando una espesa capa de mortero, el *arriccio*, ya fuera directamente sobre el ladrillo o la piedra, bien sobre capas de paja intercaladas para proteger la obra de la humedad, el peor enemigo de los frescos. Esta operación era un arte en sí misma: el *arriccio* debía ser alisado, conservando la rugosidad necesaria para la adherencia de la capa superficial de mortero, y había que vigilar cuidadosamente su consistencia. A continuación venía el problema del secado, que influía no solamente en el resultado del color, sino también en la conservación del fresco: demasiado pronto, la pintura penetraba profundamente en el mortero y se ahogaba; demasiado tarde, no se pegaba correctamente y acababa por caer. Los pigmentos azules, mezclados con cola, no podían ser aplicados más que sobre mortero seco, y había que tratarlos por separado y reemplazarlos cada treinta años. Por aquella razón se recortaba el fresco en pequeñas partes por medio de la *sinopia*, un boceto somero o dibujo detallado y completo, que se recubría a continuación con una segunda capa de mortero, el *intonaco*, bajo la forma de placas: pequeñas placas allí donde había detalles que exigían atención, como un rostro o una mano, y placas más grandes para los elementos que reclamaban menos minucia, como los drapeados o el paisaje del fondo.

En un tiempo normal, tendrían que haber pintado las placas una por una, a razón de una placa por jornada. En el caso que les ocupaba, con un fresco que comportaba una veintena de partes de forma irregular pero del mismo tamaño, que bastaba con rellenar de un mismo color primario, era posible avanzar rápidamente, y la

técnica consistía en poner tres capas de mortero relativamente seco una tras otra, a fin de que en el momento en que la tercera estuviera en su sitio, la primera pudiera ser pintada.

Pese a la ayuda de los obreros que preparaban el mortero y la pintura según las dosificaciones indicadas y que llevaban las llanas y los cubos de un lado para otro, Rosso y Pasquale no tenían tiempo de respirar, ni de plantearse preguntas. Pasquale estaba totalmente entregado a la tarea que le ocupaba: el golpe de llana en una placa de mortero recién puesta, el paso de la brocha gorda de pelos recios sobre el muro granuloso y absorbente. El cielo se teñía de violeta tras el brillante rayo de las linternas del artificiero. Las polillas, atraídas por la luz como por la llama de una vela, no dejaban de golpear en el rostro de Pasquale; sus brazos desnudos, cubiertos de escamas de pintura seca, le picaban por culpa de las picaduras de los mosquitos. El joven apenas se preocupaba, y estaba tan absorto en su trabajo que Rosso tuvo que decirle que parase cuando finalmente terminaron.

6

Pasquale estaba mirando cómo los obreros desmontaban el andamiaje de la extraña estructura cuando Machiavelli le encontró. Sentado en una caja dada la vuelta, comía algo de pan de centeno con anguila salada con una mano, mientras que, con la otra, tomaba algunas notas sobre las actitudes de los obreros; una cantimplora de burdo vino tinto estaba a sus pies. El sabor de los pigmentos cobrizos y el polvo del mortero seco se mezclaban con el salado sabor de su alimento. Sus brazos temblaban de agotamiento. Uno de los obreros, un prusiano de cabellos rubios, dotado de un físico intacto y perfecto, mereció la atención de Pasquale para trabar su conocimiento; quizá aceptaría posar por algunas monedas.

Rosso discutía con el artificiero cerca de la máquina de arrojar luz. El simio, Fernando, estaba apoyado en la pierna de su amo, contento con haberse librado de la cadena que le mantuvo atado al andamio durante el trabajo. Los ayudantes del artificiero estaban

ocupados con las lentes de la máquina, unos gruesos cristales amarillentos rodeados de cobre y montados en unos brazos articulados que maniobraban. Círculos de luz se desplazaban por la pared; las sombras del andamiaje se reorganizaban, distribuyéndose según nuevas configuraciones. Las lámparas zumbaban de manera regular.

Machiavelli atravesó la corriente luminosa, y Pasquale se levantó de un salto cuando le reconoció, contento al ver al periodista. Quizá había encontrado la solución del misterio.

—Dame un poco de vino —dijo tranquilamente Machiavelli. Y, mientras bebía, Pasquale le pidió noticias de sus pesquisas.

»¿Recuerdas que creía que el pobre Giulio Romano había enviado un mensaje antes de ser asesinado?

Pasquale encendió un cigarrillo y soltó el humo con una declaración sensual.

—¿Habéis encontrado de qué se trataba? El capitán de la milicia debía hacer algunas investigaciones.

—El mensaje no existe. El capitán mandó examinar los registros correspondientes al momento del asesinato. Nada.

—Entonces habrá que suponer que Romano fue a la torre por alguna otra razón.

—Y, sin embargo, encendió los faroles del semáforo, Pasquale. ¿Por qué molestarse en hacerlo si no iba a enviar ningún mensaje?

—Quizá el mensaje fuera eso —aventuró Pasquale, recordando entonces la maqueta que llevaba en la bolsa.

—Es exactamente lo que pienso —dijo Machiavelli sonriendo—. El mensaje enviado por Romano no se dirigía a la torre de control, sino a alguien que se encontraba en las inmediaciones del Palazzo. Quizá era una señal que indicaba el momento de entrar por un camino determinado. Más que un espía, se puede uno imaginar que Romano era un traidor en el grupo de Rafael. O bien que actuaba por su propia cuenta. O que fue atrapado por el asesino, lo que querría decir que alguien deseaba su muerte, o que buscaba dañar a Rafael eliminando a su mejor ayudante.

—En todo caso, no podemos acusarle de traición. Ahora está muerto. Dios le juzgará.

—El capitán me ha encargado una misión, Pasquale. Quiero que me ayudes, si estás de acuerdo. Se trata de mantener una

conversación con Rafael. El capitán me lo ha pedido porque él no puede hacerlo, dado que Rafael se encuentra bajo la protección del Papa. ¿Quieres acompañarme? No tendrás que decir nada, sino simplemente emplear tu aguda mirada, tu sensibilidad de artista.

—Con mucho gusto. —Pasquale estaba dispuesto a cualquier cosa para encontrarse con Rafael. ¡Qué celosos se pondrían los otros alumnos!

—Antes de reunimos con nuestro hombre tenemos que ver a alguien —anunció Machiavelli—. He efectuado una lista con los nombres de los enemigos de Rafael y esta persona ocupa el segundo lugar: Miguel Ángel.

—¡Bromeáis! —exclamó Pasquale, dominado por una mezcla de indignación confraternal y curiosidad morbosa.

—Todo el mundo sabe que entre ellos hay una rivalidad fiera. Miguel Ángel pretende que Rafael le ha robado sus ideas.

—Se dice que por esa razón está reñido con el Papa. Sin embargo, no creo que mataría a uno de los ayudantes de Rafael por tan poca cosa.

—Sí, sería una locura por su parte, pero la cólera puede enloquecer a cualquiera.

—¿Está realmente dispuesto a recibiros?

—En este mismo instante.

—Pero si Miguel Ángel no es más que el segundo gran enemigo de Rafael, ¿quién es el primero?

—Bueno, pues el marido a quien convirtió en un cornudo, naturalmente. Desgraciadamente, en la medida en que es uno de los más altos cargos de Florencia, y en que fue de los que forjaron acusaciones en mi contra para que me encerrasen en prisión, me resulta difícil preguntárselo a él directamente, aunque no sea por falta de ganas.

—¿Puedo saber de quién se trata?

—Si es necesario… pero todavía no hemos llegado a ese punto. —Con aspecto amable, Machiavelli inclinó la cabeza para clavar su mirada en la de Pasquale—. Una última cosa: he recibido lo que se puede considerar como una amenaza de muerte, un paquete con un cuchillo roto. Puede que no sea nada serio, eso también. Los periodistas siempre recibimos amenazas, y ese paquete me llegó mucho después de la distribución de la gaceta. Me inquietaría más

si lo hubiera recibido antes. —Se llevó la cantimplora a las manos y echó la cabeza hacia atrás—. ¡Ah! Este vino es infecto. ¿Acaso el signor Aretino no te paga correctamente?

—No me quejo, signor Machiavelli…

—Niccolò bastará. No soy un noble, al menos ahora ya no. Los españoles ya pasaron por esto.

—Niccolò… ¿Creéis realmente que Rafael esté implicado en un complot contra nuestra ciudad?

—Nada lo demuestra. Y no tengo intención de torturarle para saberlo, Pasquale. Simplemente voy a formularle algunas preguntas sobre su pobre ayudante, que fue tan salvajemente asesinado. No es una investigación oficial, ya lo sabes, pues el estatuto diplomático de Rafael lo impide. No puede ser juzgado, ni detenido, ni siquiera interrogado. Ignorar su inmunidad nos pondría en posición de agresores en contra del Papa. Además, es justamente el carácter oficioso de nuestras gestiones lo que nos permite actuar. No debe haber ningún escándalo, ningún rumor. ¿Lo entiendes?

—Totalmente.

—Entonces, si tu trabajo aquí ha terminado, despídete de tu maestre. Tenemos poco tiempo.

Pese a las prisas de Machiavelli, Pasquale persuadió a este de desviarse hasta el taller, donde el joven cambió sus ropas de trabajo por sus más lujosos leotardos de sarga negra, un jubón de anchas pinzas forradas con lujosas caídas de seda roja y calzas del mismo color. Se lavó el rostro y las manos, cepilló cuidadosamente los bucles de sus cabellos y se caló un bonete ligero de terciopelo en la parte trasera de la cabeza; luego, mientras Machiavelli seguía recorriendo la habitación con impaciencia, se echó en las manos agua de rosas y se frotó las palmas con flores de lavanda secas, perfumándose la parte inferior de las mejillas y los laterales del cuello con unas palmaditas.

—¿Cómo me veis?

—Serás un hermoso marido para el elegido de tu corazón —se burló Machiavelli.

—Estoy citado con los dos más grandes artistas de nuestro tiempo, y es normal que intente aprovecharme. Una última cosa… —Pasquale sacó una flor de lis que había confeccionado con restos de pan de oro y se la colocó en el pecho—. Ya está —dijo—. Así

sabrá Rafael el respeto que siento por él. —Preguntándose lo que hacía reír a Machiavelli, añadió—: En vuestra opinión, ¿debo llevar la espada? —Señaló una corta hoja flamenca de temple suave, cuyo pomo había trabajado con pan de oro y cuero rojo.

Machiavelli sonrió, tanto burlón como divertido.

—Somos parlamentarios. Como tales, debemos emplear la agudeza mental, no la violencia de las armas. Deja la espada, Pasquale, y sígueme.

Miguel Ángel poseía una inmensa propiedad en la Via Ghibellina compuesta por tres casas en hilera. Su taller se encontraba en la del centro, un antiguo establo cuyo techo había sido elevado hasta una altura de tres pisos. La vasta sala estaba cortada en dos por una cortina; detrás de esta, como Pasquale bien sabía, se ocultaba la estatua heroica e inacabada que conmemoraba la victoria de la Marina florentina en la batalla de Potonchán, en la que los navíos submarinos del Gran Ingeniero hundieron la mitad de la flota española cuando esta se disponía a invadir el Imperio azteca y el fuego griego destruyó prácticamente el resto. Miguel Ángel trabajaba en aquel monumento, golpe a golpe, desde hacía casi diez años. No aceptaba enseñárselo a nadie, ni siquiera a los miembros de la Signoria que, no obstante, lo habían financiado, y sus enemigos contaban que no lo terminaría nunca.

Dos aprendices, ataviados con largas blusas y con sombreros de papel, trabajaban en un pequeño bloque de piedra blanca y en bruto a la ardiente luz de una corona de lámparas de acetileno. El tintineo del metal sobre la piedra resonaba bajo el alto techo mientras realizaban los primeros gestos para liberar la forma encerrada en la piedra. El polvo recién soltado le daba al aire un olor picante. Sus herramientas estaban dispersas sobre una mesa en caballete: cinceles puntiagudos, martillos de todos los tamaños, escofinas, una broca. Cubetas con abrasivos (esmeril, piedra pómez, paja) estaban depositadas encima de la mesa. Dominándolo todo,

como el esqueleto de un fabuloso dragón antediluviano, se alzaba el cabestrante a vapor que hacía entrar y salir los grandes bloques de piedra en el taller.

Miguel Ángel recibió a Machiavelli y a Pasquale en su despacho, un modesto colgadizo adosado al taller, cuyas paredes estaban cubiertas de dibujos en perspectiva. Les hizo sentarse en unos pequeños taburetes, les sirvió un vaso de un licor amargo de alcachofas y sonrió cuando Machiavelli, tras vaciar el suyo en un momento, declaró que era muy amable al concederles aquella entrevista.

—No tengo nada que ocultar. Anoche estuve trabajando aquí mismo, primero con mis ayudantes, luego yo solo, pero ya era muy tarde. Algunos amigos míos estaban presentes; puedo daros sus nombres si lo deseáis.

—Os lo agradezco, pero no será necesario.

—La muerte de Giulio Romano es lamentable —siguió diciendo Miguel Ángel—. Habría podido convertirse en un artista de primer orden si no hubiera elegido vivir a la sombra de su maestre. Por lo demás, nunca he tenido nada que reprocharle. Tomad un poco más de licor, signor Machiavelli. Es la única cosa de Roma que echo de menos. A propósito, ¿conocéis la Hermandad de san Juan Degollado?

—Creo saber que, como vuestro excelente licor, es romana, y que sus hermanos se encargan de reconfortar a los condenados.

—Exactamente. Pues bien, yo he formado parte de la misma. Estábamos convencidos de que incluso en el peor de los hombres se escondía un fondo de bien, lo mismo que encontré mi David en la piedra que fue masacrada por Simone da Fiesole —quizá hayas oído hablar de él, Pasquale—, un crimen, a mi entender, tan grave como un asesinato. Mediante mi participación en la Hermandad, descubrí cosas acerca de la justicia, signor, y de las recompensas del asesinato. Tengo una buena posición, como podéis constatar. No querría perderla por nada del mundo, y menos que nada por Rafael.

—Quizá —dijo Machiavelli— conocéis a alguien que pudiera tener alguna querella con el signor Romano.

—No estoy al corriente de los chismes de Roma —cortó Miguel Ángel con un tono perentorio.

Era un hombre delgado y musculoso, desmesuradamente ancho

de hombros, cuyos ojos penetrantes estaban sobreplomados por una frente cuadrada surcada por siete profundas arrugas. Estaba reclinado hacia delante, con la cabeza inclinada con viveza, sus manos poderosas apoyadas en el borde de su asiento. Con sus dedos cubiertos de cortes y cicatrices, en los que una uña mostraba la marca negra de una reciente herida, tamborileaban en el taburete con el ritmo de los golpes de sus ayudantes sobre la piedra.

—Los viejos rencores son a menudo los más criminales —insistió Machiavelli.

—Eso es cierto —se rio Miguel Ángel—. Todo el mundo cree que estoy en guerra contra Rafael, pero si se lucha con un don nadie no se gana nada. La opinión que tengo de Rafael es bien conocida, y no me defiendo, pero tengo mejores cosas que hacer que perder el tiempo en una campaña para dañar su reputación. Acabará por caer por sí misma, antes o después, cuando se descubra en lo que está basada.

—Me parece que dijisteis cierto día que el que sigue a los demás nunca consigue adelantarles.

Y lo mantengo. Cuando uno es incapaz de hacer un buen trabajo por sí mismo, es difícil hacer buen uso del trabajo ajeno. No es a Rafael a quien quiero, sino a los que le tienen por lo que no es. En cuanto a Giulio Romano, nadie podía encontrarle desagradable, a menos que hubiera algún conflicto entre los ayudantes. Visto el modo en que Rafael lleva sus asuntos, no me sorprendería. Es tan negligente que tiene que pagar a alguien para que vele por sus intereses. Al querer enriquecerse, se ha empobrecido.

—Tengo la convicción de que el que mató a Romano le conocía, pero que no formaba parte del entorno inmediato de Rafael.

—En vuestro caso, yo me interesaría por sus ayudantes. ¿Pensáis interrogarles?

—Esta tarde, como ya debéis saber.

—¿Y tú, Pasquale? ¿Beneficiarás al signor Machiavelli con tus consejos?

—Le ayudaré lo mejor que pueda —respondió Pasquale, orgulloso y turbado por la atención de Miguel Ángel.

—Entonces, espero que sepas nadar contra la corriente. Tu maestre, Rosso, me ayudó a dorar mi David cuando estaba al servicio de Andrea del Sarto. Quiero creer que eres un alumno tan

aventajado como lo fue él.

Miguel Ángel se excusó y se ausentó brevemente para mantener una conversación apasionada con sus ayudantes; luego, volvió a su lado y sirvió una nueva ración de licor de alcachofas. Afable, discutió de política con Machiavelli durante algunos minutos, antes de anunciar cortésmente que debía marcharse a la mañana siguiente para ver las carreras de Serevezza y que le quedaba mucho trabajo por hacer.

Si Machiavelli no parecía decepcionado por aquella entrevista, Pasquale tuvo la sensación de que habían perdido el tiempo y de que no se habían enterado de nada que no supieran ya.

—Muy al contrario —dijo Machiavelli—. Por una parte, hemos descubierto que Miguel Ángel siempre ha sentido una profunda aversión por Rafael y, por otra, que dejaba Florencia por unos días.

—Es una retirada estratégica —explicó Pasquale—. Se va para no tener que encontrarse con el Papa. Todo el mundo lo espera desde hace semanas.

—Sin duda, pero si algo ocurre durante su ausencia, tendremos la prueba de su inocencia.

—Podría pedir que algunos hombres actuaran por él.

—Quizá —concedió Machiavelli, animado—, pero, ¿no has observado su comportamiento para con sus ayudantes? Le duele dejarles trabajar sin vigilancia y, en cuanto ha tenido ocasión, se ha ido a ver por dónde andaban. Un hombre como él, que posee en su arte la maestría plena, no dejaría que nadie hiciera su trabajo en su nombre. He estudiado con largueza el comportamiento de los hombres, Pasquale, y Miguel Ángel no es de los que delegan las cuestiones importantes. Esperemos que nuestra conversación con Rafael nos vaya igual de bien.

El Palazzo Taddei no estaba rodeado por los curiosos, y no quedaba más que un solo miliciano montando guardia. Este último invitó a Machiavelli y a Pasquale a entrar, sonriendo. Los paneles de la

puerta se abrieron y, una vez más, uno de ellos quedó encajado. Machiavelli le dio un puñetazo, como para darse suerte, cuando él y Pasquale pasaron por debajo. El mayordomo del palacio, espléndidamente vestido con un traje de color carmesí con adornos de oro, aspecto grave y ligeramente reprobador, les condujo hasta las habitaciones de la última planta, las que le habían sido asignadas a Rafael y a su séquito.

Eran en total cinco o seis habitaciones, iluminadas con velas tan dispersas como las estrellas, que daban más sombra que luz, y donde reinaba un desorden fastuoso, como en un campamento de bohemios que hubieran estado dotados no solamente de una inmensa riqueza, sino también de una sensibilidad artística exacerbada. Las paredes de piedra estaban recubiertas de telas o tapices flamencos. Había lechos de baldaquino sin orden ni concierto, llenos de ropas, de bandejas abandonadas con comida a medio comer sobre las sábanas arrugadas. En una de las habitaciones, un joven desnudo dormía boca abajo en un diván, y sus nalgas formaban dos pálidos crecientes en la penumbra; en la de al lado, unos perros negros de caza estaban tendidos sobre unas esparterías ante una enorme chimenea vacía; en una tercera, dos hombres jugaban al ajedrez, y levantaron la cabeza cuando Machiavelli y Pasquale pasaron ante ellos siguiendo al mayordomo.

Rafael estaba tendido sobre una cama gigantesca en la habitación del fondo, adosado a un montón de traveseros. Llevaba una camisa blanca y apenas anudada sobre su pecho terso, calzas negras con una bragueta de un tamaño indecente y botas de fieltro rojo. Una joven dormía a su lado, con los cabellos sueltos y los hombros desnudos, displicentemente envuelta en la manta.

Un hombre de cabellos grises estaba sentado en un taburete junto al cabecero de la cama; otros tres compañeros de Rafael se encontraban ante la chimenea, muy cerca de una hermosa hoguera. Uno de ellos, un joven mofletudo cubierto de sudor, declaró con voz fuerte y alegre al mayordomo que iban a empezar a hacer astillas los muebles si no les hacían llegar algo de leña. El mayordomo se inclinó y respondió tranquilamente que iba a ver lo que podía hacer, y luego anunció a Machiavelli y a Pasquale antes de retirarse, más como un anfitrión cortés que como un criado obediente.

Rafael se incorporó un poco más, pasando la mano por los

cabellos de la mujer tumbada a su lado cuando esta se movió en su sueño. Recibió a Machiavelli como a un viejo amigo, lanzó una torva mirada a Pasquale. Este último sostuvo su mirada con valor, aunque empezó a transpirar debido al calor sofocante de la habitación.

—Mi ayudante —dijo Machiavelli.

El hombre de los cabellos grises susurró algo al oído de Rafael, que asintió con la cabeza.

—Es el alumno de Giovanni Rosso —dijo mirando a Pasquale. Tenía los ojos medio cerrados y los párpados hinchados; sus cejas barrían la arista de su nariz poderosa con un trazo negro. Hilos de oro se entremezclaban en la masa de sus largos cabellos marrones y rizados. Dentro de algunos años, pensó Pasquale, estará gordo: eso se veía por el doble mentón que mostraba, echado sobre los travesaños como un sultán, y por los abultamientos de sus muñecas. Pasquale no por todo esto se sentía menos impresionado; ante él se encontraba el pintor más rico del mundo, el pintor de los príncipes y de los papas. Paseó una mirada circular por la habitación con la esperanza de descubrir algunos esbozos en cartones, quizá una tela secándose apoyada en una silla. No había nada de todo aquello.

—Pasquale ha tenido la gentileza de prestarme su ayuda —dijo Machiavelli—. Estuvo aquí ayer por la noche. Quizá vierais en la gaceta los dibujos que hizo para ilustrar mi artículo.

—No eran gran cosa —protestó Pasquale, ligeramente embarazado.

Rafael agitó la mano como para espantar una mosca. Llevaba anillos en todos los dedos, pesados anillos de oro con incrustaciones de rubíes y esmeraldas.

—No leo las gacetas —dijo—. Por el contrario, veo que los pintores florentinos tienen siempre un gusto singular por el aseo. ¿Es pintura lo que llevas en el pelo o algún nuevo tinte?

Pasquale se ruborizó y respondió:

—Para honraros, signor, me habría gustado quitarme de encima todo rastro de mi jornada de trabajo, pero, como Maestre Niccolò ha tenido la delicadeza de callarse, nuestro asunto es apremiante.

El hombre de cabellos grises susurró de nuevo al oído de Rafael.

—Pintar un muro para la iluminación de un artificiero no es un verdadero trabajo —soltó finalmente Rafael—, pero supongo que

aceptáis lo que se os ofrece.

El gordo mofletudo que estaba sentado cerca del fuego intervino con una alegría maliciosa.

—Esa es la divisa que ha hecho de Florencia la capital mundial de las artes. ¡Que me den un florín por cada vez que la haya oído!

—Tenemos enemigos en nuestra ciudad, signor Machiavelli —dijo un segundo hombre—. Miguel Ángel, en particular. Le devoran los celos desde que perdió la protección del Papa, y multiplica en nuestra contra las falsas acusaciones. De creer en lo que dice, sería él quien inventó todas las técnicas de la historia de la pintura. Es un hombre peligroso.

—No tenemos miedo de Miguel Ángel —explicó Rafael—. Pero a veces resulta molesto, y tiene muchos amigos.

—Muchos amigos entre los que se dicen artistas —precisó el segundo hombre.

—He padecido ya bastantes falsas acusaciones para comprender vuestra desconfianza —dijo Machiavelli con diplomacia—, pero os ruego que me creáis cuando os digo que no venimos aquí a servir a otra causa que a la verdad. Me conocéis. Sabéis que no estoy a merced de ninguna influencia, que nunca tomo partido.

Aquello pareció contentar a Rafael. Dio una palmada y pidió vino con voz tonante, luego, guiñándole un ojo a Machiavelli, añadió:

—Presumo que uno de los viñedos de signor Taddei será bienvenido.

—Sois muy amable.

—Taddei es un buen amigo mío. Niccolò. El asesinato de Giulio es algo horrible, pero que haya tenido lugar en casa de mi amigo lo hace mucho más doloroso. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para ayudaros, si es que, por vuestra parte, sois sincero conmigo. ¿Hay alguna posibilidad de que el asesino sea detenido por la miliciana ciudadana?

—No lo creo.

Rafael se volvió hacia el hombre de cabellos grises.

—¡Te lo había dicho! Se burlan de nuestra suerte. Estamos aquí en tierra enemiga, y el peligro nos acecha por todas partes.

—No hay más que decir —protestó el otro.

—No —dijo Rafael—, no, sin duda tienes razón. Cada cosa a su

tiempo, ¿no es así?

Un joven de ojos adormilados, cómo de la mitad de la edad de Pasquale, trajo una bandeja de oro cargada con una jarra de vino y media docena de cubiletes de oro. Sirvió el vino y repartió los cubiletes, sonriendo al ver a Pasquale sopesar el suyo con estupor, palpándolo encantado. Era oro puro, y valía un año de su salario. El vino exhalaba un perfume fuerte y cabezón.

Rafael vació su cubilete de un solo trago y lo extendió para que se lo volvieran a llenar.

—¿Qué pensáis, Niccolò? —preguntó con voz lánguida—. Hablad francamente. Sabéis cuánto estimo vuestro juicio. ¿Quién mató a mi amigo?

—Para ser sincero, todavía no tengo formada una opinión, pero estoy seguro de que el asesino no está en esta casa.

—Lo que solo nos deja a doscientos mil ciudadanos florentinos —dijo el mofletudo—, cada uno de los cuales lleva una hoja a la cintura y el asesinato en el fondo del corazón.

—¡Cállate! —ordeno Rafael, dando una palmada encima de la cama. El vino cayó de su cubilete y manchó la manta. La mujer tendida a su lado se movió, pero no se despertó—. Cállate —repitió más suavemente—. Sabes pintar con talento, Giovanni, en particular animales, pero, de momento, no ves más allá de la punta de tu nariz. Amaba a Giulio más que a cualquiera de vosotros, y está muerto. Quiero saber quién le mató, pero ante todo, quiero que podamos volver a casa sin más problemas. Somos el blanco de un terrible complot, nuestros enemigos están por todas partes… pero eso no es algo que no podamos remontar, ¿no es así? De aquí a uno o dos días, el papa León estará aquí. Mientras esperamos, debemos estar en guardia. Todos sabéis cuánto me ha costado la gloria. Por cada admirador, hay dos que dicen que me falta originalidad, que no soy más que el reflejo de Perugino, o que he saqueado a Miguel Ángel. ¡Yo, cuyas ideas han sido más robadas que las de nadie, cuyas obras han sido copiadas e impresas en todos los países sin mi permiso…! —Recuperó la respiración, haciendo un esfuerzo manifiesto por dominar sus emociones—. ¿Qué queréis saber, Niccolò?

El periodista esperó a tener la atención de todo el mundo.

—Según mi experiencia —dijo tranquilamente—, el mejor modo

de averiguar cómo ha sido muerto un hombre es retroceder hasta el momento de su muerte. Es decir, establecer lo que pudo decir o hacer, lo que le dijeron y quién se lo dijo. Descubrir quién le odiaba y quién le amaba, conocer a sus enemigos y a sus amigos. Me gustaría conversar con vos y con vuestros discípulos, si me lo permitís, de todo lo que le pasó a Giulio Romano tras su llegada a Florencia. Eso, para empezar.

—Mucho pedís —observó Rafael.

—Perdonadme, pero si me tomo esa libertad es porque sé lo mucho que vuestro amigo contaba para vos.

—¿De verdad? No tenéis ni idea de la cantidad de trabajo que habría que hacer para ganar la décima parte de lo que Giulio representaba para mí. —Rafael inclino la cabeza para escuchar el susurro discreto del hombre de los cabellos grises, y luego—: Todo lo que os pido es que vuestro asistente se retire mientras nos interrogáis.

La cólera de Pasquale se inflamó.

—Parece que los romanos tienen una inclinación muy acentuada por los secretos —siseó—. Si hablo sin rodeos, perdonadme, pero no puedo dejar de hacerlo porque, después de todo, soy un florentino.

—Yo mismo soy natural de Venecia —declaró tranquilamente el hombre de los cabellos grises—. En cuanto a secretos, he oído decir que a los florentinos les gustan más que cualquier otra cosa, con una preferencia especial por los de los demás.

—Perdonadme, signor —replicó Pasquale—, pero no hemos sido presentados. Si sois veneciano, entonces amaréis los secretos más que los romanos, y seguramente más que cualquier florentino. Porque, en fin, la vuestra es una ciudad bañada en el misterio.

—Lorenzo es mi hombre de negocios —explicó Rafael—. Cuenta con toda mi confianza. Si te complace, mi joven amigo, ten la gentileza de esperar fuera. —Luego, volviéndose hacia el muchacho que había llevado el vino—: Baverio, ocúpate del amigo de mi amigo.

—No pasa nada —le dijo Machiavelli a Pasquale. En voz baja, añadió—: Te lo repetiré todo.

—Y que traigan madera —dijo el gordo mofletudo cuando el joven criado se llevaba a Pasquale—. Creía que no había nada peor que el aire de Florencia, pero me había olvidado del frío.

—No hay que tomárselo en cuenta —le dijo Baverio a Pasquale saliendo de la habitación—. Mi maestre está convencido de que la misión que debe cumplir aquí le pone en peligro de muerte, y sus ayudantes están todos convencidos de que van a ir siendo eliminados uno por uno. Sin embargo, somos pintores, no soldados ni embajadores.

—Tenéis una misión —exclamó triunfante Pasquale—. Eso habíamos creído comprender.

Molesto, Baverio hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Por favor, no soy tan hábil en estos juegos. Ven, siéntate. Iré a buscar vino y hablaremos. Puedo ayudarte.

Se encontraban en la habitación donde los perros de caza sesteaban ante la chimenea sin fuego. Pasquale se instaló en un escabel esculpido, dejó que los perros le olisquearan las manos y les rascó las orejas. Su padre poseyó en tiempos dos perros como aquellos; su delicada mandíbula les permitía recoger pájaros abatidos sin romperles ni una sola pluma. Su cólera había desaparecido para ser reemplazada por una simple sensación de fatiga.

Baverio reapareció con una jarra de vino y un poco de queso curado; Pasquale cortó un trozo de queso y se lo fue comiendo acompañándolo con tragos de vino. Baverio le miró actuar. Llevaba una toga de terciopelo con rayas negras y verde oscuro, calzones del mismo material, extrañamente atados con lazos, y medias negras. Una diadema de oro sujetaba su ligera melena marrón.

Pasquale recordó la diadema que Rosso le había colocado en el cabello… con la diferencia de que la de Baverio era de oro verdadero. Le confío que parecía más un joven príncipe que un criado, y le preguntó si también era pintor.

—Dibujo un poco, pero no muy bien.

—Con un buen profesor, cualquiera puede aprender a dibujar correctamente. Y si hablamos de un maestre como el tuyo.

—Pues será que me falta ambición. Me contento con servir a mi maestre lo mejor que puedo.

—Has dicho que querías ayudarme. Quizá puedas decirme… ¿sabes por qué Giulio Romano se encontraba en la torre?

Baverio negó con la cabeza.

—Yo estaba ayudando a mi maestre a prepararse para la noche

cuando oímos los gritos. Nos precipitamos al exterior, y allí nos percatamos de la ausencia de Giulio. En cuanto a lo que hacía en la torre, y al mensaje que envió…

Estimando que una revelación podía valer por otra, Pasquale corrió un riesgo.

—Giulio Romano no envió ningún mensaje, pero es posible que enviara una señal, simplemente encendiendo los faroles del semáforo. Una señal destinada a alguien que se encontraba en el exterior del Palazzo, alguien que esperaba el momento de entrar en él o que quería saber si el camino estaba libre.

—¡No puedo creer que Giulio hubiera traicionado al maestre! —se indignó Baverio con cierta emoción—. Era su mejor amigo, un maestre por derecho propio, y simplemente porque le amaba ponía su talento a su servicio para ayudarle a terminar sus encargos. Escucha, Pasquale. Si, como ha dado a entender el signor Machiavelli, Giulio fue asesinado por alguien ajeno al Palazzo, ¿por qué iba a hacerlo cuando el camino estaba libre? Y si ese individuo entró al ver la señal de Giulio, ¿por qué fue a matarle a la torre antes de escapar?

—Pienso que esas son las cuestiones que Niccolò pretende plantear. Es un poco como el esbozo de un cuadro. Tenemos el trazado, por así decirlo, pero ni el menor detalle. No creo que Giulio pretendiera dañar a tu amo o a sus amigos, Baverio, pero quizá se equivocó al escoger aliados para la empresa que pudiera estar preparando.

—Es mi maestre quien soporta las consecuencias —dijo Baverio—. Toma vino, si no para satisfacer tu estómago, al menos para preservarte del frío.

—Está muy bueno.

—En ese caso, puedes darle las gracias al signor Taddei. —Más serio, Baverio se inclinó hacia adelante para mirar fijamente a Pasquale a los ojos y envolverle con una nube de penetrante perfume que emanaba del pomo de ámbar que colgaba junto a su pecho—. Cuando dije que quería ayudarte, no era una palabra vana. Mientras los demás intentaban derribar la puerta de la torre, y luego encontrar la llave, yo me fui a la habitación de Giulio. Sin creer mucho en lo que hacía, me decía que podía haber vuelto a la cama. Tenía la impresión de que si le encontraba allí todo se

arreglaría, todo sería como antes.

—Entiendo.

—Pero no estaba, claro. Dormía en la habitación contigua a la de mi maestre, en la misma cama que yo. Yo sabía que su bolsa estaba allí, oculta debajo del cabecero, y miré en su interior. No sé por qué lo hice. Me avergüenzo de mí mismo, y no se lo he dicho a nadie, ni siquiera a mi maestre. Sobre todo, no a Rafael.

—No le diré nada a nadie, Baverio, ni siquiera a Niccolò.

—No debería haberlo hecho —reconoció Baverio—, pero puede que al final hiciera bien. Encontré algo que todavía conservo. Oí llegar a los guardias, entiendes, y me lo eché a la bolsa. Toma…

Baverio sacó un cuadrado de vidrio brillante. Pasquale al principió creyó que se trataba de una lente ahumada, pero la superficie era demasiado desmenuzable, y pudo arrancar un trozo con la uña del dedo pulgar. La olisqueó: un olor químico, acre y fétido.

—Estaba envuelto en seda negra —explicó Baverio—, y cuando la saqué, y no miento, pasó del gris al negro. Había una caja de cuero grueso pintada de negro, con algo parecido a una tapa deslizante en uno de sus lados, por encima de un agujero pequeño. Pero los guardias se la llevaron, así como todas las cosas de Giulio.

—Sin duda, alguna baratija de artificiero —propuso Pasquale—. Había un montón de cristales del mismo estilo en la torre de señales. Y también esto otro… —Sacó el pequeño objeto volador de su propio saco—. Toma, mira. Tu amigo lo apretaba en su propia mano cuando murió. ¿Hay muchos parecidos en Roma?

Baverio lo recogió con la punta de los dedos y le dio vueltas en todas direcciones.

—Nunca he visto nada ni siquiera parecido.

—Pensaba que podría tratarse de algún invento de un artificiero romano.

—Vuestro Gran Ingeniero es el más grande de todos los artificieros. Puede que él supiera lo que es.

—Me alegra saber que hay alguien en la delegación romana que reconoce una cualidad de Florencia.

—He visto a vuestro Gran Ingeniero no más tarde que ayer. Nos concedió una audiencia, y estuvo hablando en privado con mi maestre durante una hora. Estará presente en el banquete que se

ofrecerá en honor del Papa, según mi maestre.

—Pues esa será la primera vez que sale de su Gran Torre desde hace veinte años. Espera el nuevo Diluvio que se llevará la crueldad del mundo y no dejará a su paso más que a los puros de corazón. Ha escrito tratados sobre el tema; algunos dicen que es por esa razón por la que inventó la prensa de caracteres móviles. Sin embargo, yo no soy el Papa, Baverio. No puedo interrogarle acerca de nuestros descubrimientos.

—Te bastará con dirigirte a otro artificiero. —Luego, levantando la cabeza—: Mi maestre me llama. —Devolvió la maqueta voladora y el trozo de cristal ahumado a Pasquale—. Estos objetos eran importantes para Giulio, Pasquale. Quédatelos. Descubre lo que significan.

7

Mientras el impasible mayordomo les conducía a la salida, Pasquale le preguntó a Machiavelli lo que había descubierto, pero este último sacudió la cabeza y respondió en voz baja:

—Aquí no.

Fuera, cuando los paneles de la puerta redonda se cerraban con un chasquido a sus espaldas, Machiavelli invitó a Pasquale a que se pusiera con él al acecho al otro lado de la calle. Se pusieron a cubierto en una alameda para vigilar la puerta del Palazzo, que veían entre los vehículos lanzados a toda velocidad. Era una calle con mucha circulación, y estaba atestada de coches y carretas, velocípedos y *vaporetti* que, aprovechando la última hora antes de que se cerraran las puertas de la ciudad, afluían desde los pueblos y ciudades vecinas para la visita del Papa. Las farolas de llama de acetileno derramaban un triste remedo de la luz día.

—¿Quién creéis que llegará? —quiso saber Pasquale.

—Esperamos una marcha. Pienso que Giulio Romano tenía un cómplice. Veamos quién sale del palacio y conoceremos su identidad. Luego, le seguiremos, porque nos llevará hasta los que complotan junto con él.

—Todo el mundo ve conspiraciones por todas partes.

Machiavelli echó un trago corto de su cantimplora de cuero.

—Cuando yo era secretario…

—¿Este es el momento adecuado para beber?

—Había conspiraciones por doquier en aquella época. Y las hay siempre.

Pasquale se sintió compasivo.

—Son los recuerdos los que deben dar pena, Niccolò.

—Todos los recuerdos la dan. Nos acordamos de lo que fue, y por lo mismo, no podemos dejar de considerar lo que podría haber sido. Está en la naturaleza de los hombres nunca estar satisfechos con su suerte, y que sean ricos o pobres no cambia las cosas. El mendigo puede maldecir al burgués que ve pasar en su coche pensando que allí viaja un hombre sin preocupaciones, pero el mismo burgués puede mirar a ese hombre vestido con harapos y envidiarle por ser libre y sin las cargas de la responsabilidad del poder. ¡Maldito Dios! Qué frío hace aquí fuera. —Machiavelli se sopló en las manos. La luz difusa de una farola lejana tiñó de azul sus puntiagudas mejillas, de negro sus ojos sombríos.

Pasquale encendió un cigarrillo y le ofreció el último que le quedaba al periodista. Este sonrió con una triste sonrisa pensativa.

—Ese es un vicio que no tengo.

—A diferencia de la bebida, es un sencillo placer que no os matará —dijo Pasquale, lamentando en el acto el tono moralizante de su observación—. A partir de vuestra conversación con Rafael, parecéis contrariado.

—El vino me permite huir del pasado, olvidar lo que he sufrido y temo sufrir de nuevo, me permite pensar solo en el momento presente. Un enigma como el nuestro, Pasquale, es casi tan bueno como el vino. Uno necesita formularse preguntas para estar apartado del pasado y del aburrimiento. ¡Mira! ¡Mira allí, Pasquale!

El joven vio dos puntos luminosos uno al lado del otro, uno rojo y uno verde, arriba en el cielo por encima del tejado de tejas rojas del Palazzo. Los dos puntos se alejaron uno del otro, y luego volvieron a reunirse.

—El señalero ha sido despedido, pero no obstante hay alguien que emplea el semáforo —dijo Machiavelli con una cierta satisfacción—. Falta preguntarse si el signor Taddei estará fuera de

todo esto.

—¿Sabéis leer las señales? ¿Qué dice el mensaje?

—Entiendo el lenguaje abreviado, en la medida en que no sea enviado muy deprisa. En este caso, no se trataba de un mensaje, sino de un simple balanceo de los brazos del semáforo. No tenemos más que esperar para ver lo que ha sido pedido.

—¿Qué os dijo Rafael?

—Rafael tiene muchos intereses que salvaguardar —respondió Machiavelli—. Es un hombre importante, amigo de príncipes… y de muchos papas. Cuando se tienen tales amistades, más vale aprender a ser prudente si uno le tiene aprecio a su vida. No puede uno comportarse como nuestro Miguel Ángel nacional.

—Habló de una conspiración. Me despidió porque tenía miedo de que estuviera involucrado en ella. —Pasquale volvió a pensar en el pequeño cuadrado de cristal ahumado que llevaba en la bolsa, colocado junto al objeto volador. Sabía que debía repetir a Machiavelli lo que le había contado Baverio, pero no sabía cómo empezar.

—Siempre hay conspiraciones —dijo Machiavelli— en los medios a los que Rafael se ha elevado por ambición. Los que forman parte de ellas no pueden confiar en nada ni en nadie. Rafael no quería herirte, Pasquale. Debe ser prudente, eso es todo.

—Lo sé, pero es muy amable por vuestra parte que me lo expliquéis.

Intercambiaron una sonrisa.

—Tal y como yo comprendo la naturaleza humana —declaró Machiavelli—, los hombres son intrínsecamente malos. Desde el pecado original, deben luchar contra su naturaleza para hacer el bien, porque esta les conduce al mal. Piensa en la virtud de la bondad, y en el ejército de vicios a los que enfrenta: la ambición y la ingratitud, la crueldad y la envidia, la lujuria y la pereza. Sobre todo la pereza. En el fondo, todos nos dejamos seducir por la embriaguez, pero todos condenamos al borracho; no por aversión, sino por celos. Si tuviéramos más valor, nos uniríamos a él para caer en el arroyo.

—¿Habláis de los hombres en general o de algunos en particular?

—Oh, yo soy uno de ellos —respondió Machiavelli antes de

beber un gran trago de la cantimplora.

Se produjo un silencio. Había en aquel momento menos circulación. La gente pasaba casi sin volver la cabeza hacia Machiavelli y Pasquale; después de todo, solo eran unos más de los curiosos que vagabundeaban mirando el mundo siguiendo su curso, actividad habitual entre los florentinos. Observaron al guardia que iba y venía bajo el círculo luminoso de una farola, ante la embocadura cerrada de la puerta que taladraba el muro del Palazzo. En un momento dado, se detuvo y se inclinó por encima de una llama vacilante, luego aspiró de su pipa incandescente y expulsó una larga saeta de humo, tirando de golpe la cerilla que acababa de emplear.

Mirándola dibujar un arco luminoso, Machiavelli comentó:

—La estrella de Lucifer.

—Cada vez pienso más en un ángel…

—Lucifer era el príncipe de los ángeles, el más maravilloso de todos antes de rebelarse. Siempre me he preguntado qué es lo que le hizo mayor daño a Dios: la caída del hombre o la su primer teniente.

—De todos modos decidió redimirnos enviando a Su Hijo a la Tierra.

—Puede que nuestra redención no sea más que una primera etapa para la de Lucifer. Pero esas cosas no hay que decirlas, Pasquale. Incluso en la Florencia excomulgada bastarían para que te echaran a la hoguera por herejía, y tú no eres Savonarola para que te salve una tormenta. ¿Cuál es ese ángel en el que piensas, Pasquale?

—El arcángel Miguel, el que expulsó a Adán y Eva del Paraíso.

—Un tema muy poco popular, en efecto. ¿Sabes? Siempre me he sentido interesado porque el pecado original no tuviera un día de fiesta. Si tal fuera el caso, quizá hubiera una tradición a la que podrías apuntarte. En fin, siempre está el fresco de Masaccio. Lo has visto, ¿verdad?

—En la Cappella Brancacci, sí. Reconozco que existe una cierta desesperación que se desprende de la actitud de las figuras de Adán y Eva, pero el modo en que se nos presentan es bastante torpe: el pobre Adán tiene una pierna torcida hacia el interior que le costará bastante trabajo enderezar. También he visto la alegoría de

Mantegna en la que Pallas expulsa los vicios del jardín de la virtud. Pero yo me intereso por el ángel en especial. Solo a él es a quien pretendo pintar, y que sea del modo en que lo ven para que comprendan en el acto lo que pasa.

—Se entenderá por la espada en llamas.

—Salvo si elijo no representarla tampoco. Quiero hacer algo nuevo… —Pasquale se sentía molesto. Habitualmente le gustaba discutir de los trabajos que tenía entre manos, pero en aquel caso no se trataba de un encargo del que pudiera enorgullecerse en la taberna, sino de una misión personal—. Todavía no sé por dónde empezar —reconoció.

—Supongo que para la pintura, como para la escritura, el principio es siempre lo más difícil. Veamos. ¿Qué viene por ahí?

Un coche acababa de aparcar ante la puerta del Palazzo. Era un nuevo modelo de tiro: tirado por un único caballo, su carrocería negra era más alta que larga, como si fuera un gran ataúd puesto en pie entre dos grandes ruedas. El cochero se inclinó desde lo alto de su banco para discutir con el guardia, y luego los paneles de la puerta redonda se abrieron y un hombre salió del Palazzo.

Era el gordo mofletudo, el pintor de animales, Giovanni Francesco.

Subió al vehículo, que arrancó enseguida. En cuanto hubo pasado ante la alameda donde se ocultaban Machiavelli y Pasquale, el periodista se precipitó a la calle para detener un *vaporetto* cuya cabina estaba vacía. Le dijo al conductor que habría una buena recompensa si conseguía alcanzar el otro coche y le hizo una señal a Pasquale para que se acercara.

—Enséñale tu bolsa a este buen hombre.

—Niccolò…

—¡De prisa! Vamos a perderle.

El chófer, un patán sarmentoso con una capucha de carbonero, pareció convencido por el florín que vio brillar entre el pequeño montón de monedas labradas, pero les advirtió que tendrían que viajar detrás y echó a andar cuando aún estaban subiendo.

El pequeño *vaporetto* descendió torpemente por la Via de Ginori antes de rodear la iglesia de formas simétricas de la Piazza San Giovanni, de un blanco brillante bajo los rayos cruzados de las lámparas convergentes que ardían en su base. La caldera del

vaporetto, cargada de grasiento carbón de Prusia, gemía con un lamento monótono; su chimenea desplegaba como una bandera un largo penacho de vapor y carbonilla en el aire nocturno. Machiavelli y Pasquale estaban agarrados a la barandilla del volquete, sacudidos y ajetreados mientras las ruedas sin amortiguadores rebotaban en los adoquines y en las piedras sueltas. Bajaron por la Via Romana dando tumbos, mezclándose con la riada de vehículos que iban y venían por el Mercato Vecchio, donde los coches, los carros y los *vaporetti* maniobraban entre el estruendo de las campanas y los silbatos a vapor, y los gritos y los juramentos de los conductores.

Machiavelli se inclinó hacia afuera y le gritó al conductor que fuera lo más deprisa posible.

—Es lo que hago, signor —respondió el otro con un tono seco—. No vayáis a creer que no conozco mi oficio.

—No quería decir eso, mi buen amigo.

—Si acelero más, la transmisión se soltará. En los nuevos modelos, los piñones están guarnecidos de hierro templado, ya lo entendéis, pero este modelo fue de los primeros y todo el tren motor es de madera. Y además, en un camino como este, los ejes no aguantan mucho.

—Con un caballo, amigo mío, iríamos más deprisa. Me pregunto si no sería lo mejor encontrar uno.

—Eso es cosa vuestra, pero si necesitáis alguien para llevaros a donde queréis ir sin más demora, soy vuestro hombre. Todavía veo vuestro coche, no os preocupéis. Se diría que se dirige hacia el río.

—No hay que agobiarle —dijo Pasquale.

—La maldita chimenea me impide ver bien —le dijo Machiavelli al conductor—. Cuento con tu habilidad para no perder terreno.

—Soy vuestro hombre —repitió el otro—. ¿Lo veis? Lo que yo decía. Está bajando por la Via Calimara. Podéis estar tranquilo, cruzará el río por el Ponte Vecchio.

—Me quedaría más tranquilo si pudiera verlo —masculló Machiavelli.

Pasquale se inclinó hacia afuera y, en medio de las vaharadas de vapor, distinguió la alta silueta del coche negro no muy lejos por delante de ellos. El conductor lo vio también; se colocaron en una fila de vehículos que avanzaba lentamente por delante de las

pequeñas tiendas que bordeaban los dos lados del puente. Desde lo alto de las lámparas colgadas por encima de la calzada caía una claridad fría, recalentada aquí y allá por los motivos de luz amarilla que dibujaban las enseñas de las tiendas, en su mayor parte carnicerías y marroquinerías. Los frescos que adornaban sus fachadas de piedra estaban medio ocultos por la grasa y el hollín. La gente pasaba entre los vehículos que se estiraban formando una única hilera, ofreciendo comida, bebida o chucherías manufacturadas a los conductores y a sus pasajeros. Por un instante, la fila se inmovilizó por completo, y el conductor del *vaporetto* aprovechó para alimentar la caldera de su máquina. Sacando de nuevo la cabeza, Pasquale vio el techo del coche negro media docena de vehículos por delante del suyo e informó a Machiavelli.

—Girará a la izquierda pasado el puente —le gritó este último al conductor, que lo confirmó con un movimiento de la cabeza.

Los edificios estaban separados por un espacio vacío en el centro del puente, y cuando el *vaporetto* pasó por delante, Pasquale pudo ver el canal central del curso tabicado del Arno. A lo lejos, una gran nave de dos mástiles, con luces encendidas en ambas vergas, remontaba la corriente hacia el nuevo puerto situado frente a Sardinia. Era el *Nuestra Señora de las Flores*, arrastrado por un remolcador a vapor propulsado por ruedas de paletas, al término de su largo viaje desde la nueva República florentina de las Islas Amigas. Los peatones se detenían para verlo salir de la oscuridad. Pasquale sintió una poderosa emoción que le oprimía el pecho. Luego, el *vaporetto* avanzó un poco con un silbido de vapor y Pasquale no vio más el velero.

Al final del puente, el coche giró a la izquierda, tal y como Machiavelli había predicho.

—Había pocas posibilidades de que fuera al Palazzo Pitti —explicó el periodista—, y no hay muchas casas río arriba salvo las miserables barracas de los obreros de las fábricas y las mismas fábricas. Si era allí donde se dirigía nuestro hombre, se habría detenido en el puente y seguido a pie, para no hacerse notar.

El coche giró una vez más hacia la izquierda, para adentrarse por un camino de tierra oscura que, bordeado a cada lado por cipreses, trepaba por el flanco de la colina en dirección a la puerta sur de la ciudad. Los grillos daban su concierto; el disco de la luna

llena, enrojecido por los humos de las manufacturas, cerraba el fondo del valle. El *vaporetto* seguía al coche de tiro a una distancia respetuosa, con la caldera jadeando.

El vehículo acabó por detenerse ante un portal que se abría en el vasto terreno amurallado de una gran villa. La verja del portón estaba rematada por un arco donde destacaba un escudo con un león rampante. El chófer del *vaporetto* pasó por debajo sin detenerse; en el último momento, Pasquale consiguió agachar a Machiavelli. El gordo Giovanni Francesco estaba asomado a la ventanilla del coche, conversando con un guardia uniformado.

—Por el amor del cielo, debemos permanecer ocultos —le dijo Pasquale a Machiavelli cuando este hizo ademán de levantarse—. Si nos ve, todo se irá al garete.

—Quiero ver lo que hace.

—Evidentemente, va a la villa. ¡Quedaos quieto!

—Hay que aprender a no dar nunca nada por supuesto —replicó Machiavelli que, no obstante, no se movió.

En cuanto quedaron a salvo de ser vistos, Pasquale le dijo al conductor del *vaporetto* que se detuviera y diera media vuelta. Machiavelli saltó por encima de la barandilla y le dijo a Pasquale que le diera al hombre toda la quincalla que llevase encima.

—Espere aquí —le dijo a este último—, y podréis cambiar todo esto por el florín que tenemos.

—Soy vuestro hombre, signor.

—Intenta seguir siéndolo. Ven, Pasquale.

Tomaron el camino en sentido inverso en la clara noche y llena del canto de los grillos. A un lado se encontraban los jardines amurallados de la villa; al otro, una plantación de olivos bastante espaciados donde los cencerros de madera de las cabras que pacían al claro de luna formaban una música sincopada. Pasquale le hizo ver amablemente a Machiavelli que no se preocupara por malgastar el dinero de los demás.

—Gracias a mí conseguiste ese trabajo, no lo olvides. Sé que, aunque perdieras ese florín, aún te quedaría otro.

—¡Y eso que tenía dos esta misma mañana! —suspiró Pasquale pensando en el momento en que le dio generosamente los dos florines a Rosso, y en su alegría cuando recibió uno a cambio. No podía, sin embargo, haber previsto el giro de los acontecimientos, y,

de todos modos, Rosso le daría una pequeña parte de lo que cobrara por el fresco del artificiero.

—Este asunto no dejará de darte dinero —le respondió Machiavelli—. Esto es solo el principio. Con un tema como este, publicado por entregas, la gaceta se venderá durante varios días. El populacho prefiere perder el tiempo leyendo chismes y especulaciones sin fundamento antes que a Platón o a Aristóteles, y no estoy en posición de oponerme a sus deseos. Pero bueno, ¿sabes a quién pertenece esta villa?

—A algún veneciano, a juzgar por el escudo que hay encima del portón. —Pasquale se preguntaba si aquel asunto le reportaría tanto como decía Machiavelli: no sería introduciéndose por la noche en una propiedad privada, aunque fuera al claro de luna, como conseguiría visiones espectaculares, y aunque así fuera, ¿estaría capacitado para reproducirlas después?

—Muy buena deducción —le felicitó Machiavelli—. Para ser exactos, se trata de la villa de Paolo Giustiniani, escritor y místico, gentilhombre de Venecia y discípulo de Marsilio Ficino. ¿Has oído hablar de este último?

—Sé que era mago.

—Y antes fue sacerdote y filósofo, pero sus estudios le condujeron a las ciencias ocultas y a la astrología, y así se ganó las iras de Roma. La magia es para él algo absorbente.

Pasquale tomó a Machiavelli por el brazo, obligándole a detenerse.

—No podemos seguir avanzando hasta el portón —dijo—. Giovanni Francesco va a darse cuenta de que le estamos siguiendo. No estoy muy seguro de que no nos viera cuando pasamos. Sois tan discreto como un gonfaloniero en procesión.

—Nos habrá tomado por unos honestos obreros que vuelven a su casa tras una dura jornada de trabajo.

—Los obreros no viajan en *vaporetto*, Niccolò. Y puede que a vos sí os tomara por un obrero, pero ningún obrero va nunca vestido como voy yo. Si queremos averiguar lo que pasa aquí, creo que deberíamos pasar el muro y escalarlo lejos de toda luz.

Naturalmente, aquello era más fácil de decir que de hacer. Arbustos salvajes espinosos crecían en el foso que bordeaba el alto muro de piedra mal escuadrado. La capa de Machiavelli no dejaba

de engancharse en sus ramas o en los matojos de malas hierbas, y, para su enorme disgusto, Pasquale se desgarró sus más bellas calzas en dos sitios distintos. Trepó a lo alto de la muralla sin demasiado esfuerzo, pero tuvo que hacer bastante fuerza para izar a Machiavelli.

Saltaron al otro lado, donde aterrizaron en medio de unos polvorientos laureles. Ante ellos se encontraba un largo parterre de césped, surcado por caminos de gravilla que convergían hacia una gran fuente central con forma de concha. Una hilera de cedros bordeaba uno de sus lados. Las ramas de los árboles, negros en el claro de luna, parecían flotar cada uno a un nivel diferente. Aquella parte del jardín estaba situada más alta que la villa, aunque Pasquale pudo ver, detrás de su tejado de tejas, la ciudad nocturna que se extendía valle abajo. Los edificios más grandes reflejaban la luz de la luna ascendente: la cúpula dorada del Duomo, la Gran Torre y, más pequeña, la del vecino Palazzo della Signoria, los campanarios de las iglesias, los *palazzi* particulares. Pequeñas luces brillaban aquí y allí por las calles principales, mientras que los faroles verdes y rojos de los semáforos resplandecían en la constelación de la Gran Torre.

—Debemos permanecer atentos —susurró Machiavelli con voz ronca—. He oído decir que Paolo Giustiniani es un maestre de su arte.

—¿Qué puede temer de un mago un hombre sensato?

—Los magos han seguido los avances de los artificieros. Son el reflejo negro de la ciencia, no hay que subestimarles. Podría decirse que la magia es la sombra de la ciencia, porque toda fuente de luz es también una fuente de sombra.

—No si la luz impacta contra un objeto verticalmente, o si se difunde con la misma intensidad en todas direcciones.

—Supongo que más vale abstenerme de discutir de óptica con un artista —masculló Machiavelli—. Solo era una imagen. Vamos, ven. No estamos aquí para controlar el trabajo de los jardineros.

—En todo caso, no deben ir a menudo al otro lado del muro. Tengo la ropa hecha jirones. Si lo hubiera sabido, me habría vestido peor, y me habría traído la espada.

—No carezco de recursos —aseguró Machiavelli—. Quédate a mi lado, y haz lo que te diga.

Tomaron la dirección de la casa, permaneciendo a la sombra de los cedros. Pasquale rebuscó en su bolsa para sacar el cuadrado de cristal ahumado, y dijo anecdóticamente:

—Mientras vos hablabais con Rafael, me dieron esto.

Machiavelli levanto el cuadrado a la luz de la luna, lo olisqueó, y luego rascó la escamosa superficie del objeto con la uña, que luego lamió:

—Puede que sea importante, como puede que sea insignificante.

—Estaba en manos de Giulio Romano —explicó Pasquale, antes de hablar de la caja que Baverio, el joven alumno de Rafael, había encontrado igualmente.

—Entonces sí puede que sea importante. Tengo la sensación de que has averiguado más cosas que yo, Pasquale. Hay que conservar esto cuidadosamente, como la maqueta voladora.

—Venecia está aliada con el Papa, ¿verdad?

—En efecto. Pero es improbable que le hayan confiado a Paolo Giustiniani una misión diplomática. Fue expulsado a Venecia cuando cayó en desgracia tras un incidente relacionado con una virgen y, si no me equivoco, un joven gallo negro.

—Puede que desee volver en gracia.

—Es posible. A menos que Giovanni Francesco practique también la magia negra, o bien que los dos sean amigos que desean reencontrarse. La especulación es útil algunas veces, pero siempre es preferible informarse. Avancemos sin hacer ruido, Pasquale, y tengamos el ojo abierto. Puede que haya trampas, y seguramente habrá guardias.

Era una villa de una sola planta que tenía sus muros de piedra pintados de blanco, un tejado de tejas rojas y bien moldeadas, y en una esquina una torre cuadrada. Había luces encendidas en cada una de sus altas ventanas cimbradas y, pasando subrepticiamente de una a otra, Machiavelli y Pasquale acabaron por encontrar la que daba a la habitación donde se encontraba el gordo Giovanni Francesco. De espaldas a la ventana, se enfrentaba a un hombre mayor que él, displicentemente sentado en un butacón dorado de alto dosel que parecía un trono. Vestido con una toga negra y con un bonete también negro encajado sobre sus largos cabellos grises y lacios, escuchaba hablar a Francesco, con el puño apoyado bajo el mentón.

La ventana estaba cerrada para impedir el paso del fresco de la noche —un fuego ardía en la chimenea de la habitación—, y las palabras de Francesco no eran más que un bordoneo en los oídos de Pasquale, que no conseguía entender su sentido. A su lado, Machiavelli sacó un pequeño bastón hueco. El objeto terminaba en algo parecido a un pabellón, al que pegó la oreja tras apoyar el otro extremo en el cristal.

—Un aparatito que me facilitó un médico —explicó en voz baja—. Un buen ciudadano debe conocer artes y ciencias. Vigila, Pasquale.

Se quedaron allí ocultos durante varios minutos, Machiavelli escuchando con su bastoncillo, Pasquale dividiendo su atención entre la oscuridad del jardín y la luz de la habitación. Luego, los dos hombres del interior alzaron la voz y Pasquale escuchó a Giovanni Francesco hablar de una historia de imágenes. Blandía un pequeño marco de madera con cristal.

El hombre de los cabellos grises, sin duda Paolo Giustiniani, se levantó de su butacón e intentó con un gesto vivo agarrar la imagen. Francesco retrocedió para impedírselo, y luego se inclinó y se la entregó.

Bien plantado en su traje negro, con el rostro mostrando un desprecio glacial, Giustiniani escuchó lo que Francesco tenía que decir y luego echó un vistazo a las llamas. Francesco agitó los brazos y gritó con su voz aguda y ligeramente ronca de hombre gordo que era preferible mantener su acuerdo; a lo que Giustiniani replicó, con voz clara y potente que hizo temblar el vidrio de la ventana:

—¡Nuestro acuerdo no sirve para nada! —Se quitó apresuradamente el bonete que llevaba en la cabeza y arrojó algo a las losas blancas y negras del suelo.

Se elevó una nube marrón, y Francesco retrocedió titubeando, sujetándose la garganta, mientras el otro desaparecía por una puerta, cerrándola de golpe a sus espaldas. La habitación quedó envuelta en un vapor marrón. Francesco se puso de rodillas, luego se tiró al suelo de bruces. El fuego vaciló, soltando un humo negro que se mezcló con el vapor tóxico.

Machiavelli se quitó de repente la capa, la enroscó alrededor de su brazo izquierdo y rompió el cristal con el codo. Oleadas de vapor

salieron por el agujero, cargadas con un olor acre e infecto, peor que todas las brumas de los artificieros. Pasquale apartó a Machiavelli.

—Francesco estará ya muerto —dijo, temiendo que el ruido del cristal roto alertara a los guardias.

—Quizá —dijo Machiavelli—, pero el vapor se ha disipado. Mira, el fuego vuelve a arder.

Hizo caer lo que quedaba del cristal y pasó por encima del pequeño alféizar de la ventana. Pasquale inspiró profundamente y le siguió al interior.

En el acto, su garganta empezó a arder, y sus ojos le picaron y se le llenaron de lágrimas, dejándole casi ciego. Machiavelli y él avanzaron a tientas hasta el macizo cuerpo de Francesco y le dieron la vuelta, pero comprendieron por sus ojos salidos de las órbitas y por la espuma que salía por sus labios azules que estaba muerto. Pasquale volvió a pensar en la imagen y consiguió retirar el marco carbonizado del fuego que se reanimaba. Aquel gesto fue casi fatal. Su pecho entero fue invadido por un dolor acuciante; su boca y su nariz se llenaron de moco.

En aquel momento, Machiavelli pasó su hombro huesudo bajo el brazo del joven y le ayudo a volver junto a la ventana. Cruzaron juntos al otro lado, y Pasquale empezó a vomitar en cuanto el aire vivo y punzante le dio en la cara.

Seguía llevando en la mano el marco carbonizado.

Machiavelli le ayudó a levantarse, y juntos corrieron bien que mal hacia la sombra de la hilera de cedros. Pasquale tenía la garganta reseca y la frente como metida en un cepo, pero con cada uno de sus pasos sentía renacer sus fuerzas mientras los pulmones eliminaban el humo tóxico del mago.

En el momento en que llegaron ante los árboles, escucharon el ruido confuso de varias voces alarmadas. Pasquale se tiró al suelo boca abajo, imitado por Machiavelli. La hierba estaba mojada por el fresco rocío.

—Soy demasiado viejo para estos trotes —protestó el periodista.

Pasquale señaló con el dedo las tres siluetas que se distinguían contra la luz de la ventana del cristal roto.

—¡Allí, mirad! —exclamó—. Deben pensar que Francesco ha acudido con algunos amigos.

Los tres guardias, todos provistos con antorchas encendidas, partieron en diferentes direcciones. En alguna parte, un perro ladró.

Otras dos siluetas salieron de la sombra por una esquina de la villa y se lanzaron hacia el césped camino del muro. El más alto de los dos hombres hacía volar su capa mientras corría con un buen paso; el otro le seguía casi doblado por la mitad, con pequeños saltos extraños. Al verles, los guardias gritaron y les dieron caza, con las estrellas melenudas de sus antorchas vertiendo una lluvia de chispas.

—Francesco tenía algunos amigos —se sorprendió Pasquale.

—Vamos hacia el portón —dijo Machiavelli.

—¡Pero está vigilado!

—Puede que el guardia haya dejado su puesto para ir a ayudar a los demás. —Gritos; luego, un disparo—. Una cosa es segura —añadió Machiavelli—. No podemos retrasarnos por más tiempo.

Dieron la vuelta en la esquina de la villa y se adentraron por un ancho camino de grava que descendía hasta el portón. El camino se dividía en dos para rodear la estatua de un grifo sentado armado con un escudo. Mientras Pasquale pasaba ante él, seguido de Machiavelli, sintió algo que le tiraba de los tobillos. Tropezó y cayó a cuatro patas.

Por encima de él, la estatua se estremeció. El grifo agitó todas sus articulaciones y luego se encabritó sobre las patas traseras. Pasquale se aplastó contra el suelo, dominado por el terror y la sorpresa. El escudo se abatió con un pesado crujido de madera. El grifo escupió vapor, y luego profirió un formidable grito chirriante cuando movió la cabeza. Sus ojos eran lámparas rojas. A lo largo del camino que conducía hasta el portón ardían grandes braseros, que silbaban y gemían, que escupían un espeso humo blanco lechoso en el claro de luna. A lo lejos retumbaba incansablemente el sonido cobrizo de un gong.

Finalmente, Machiavelli sacudió a Pasquale, gritándole que solo era una máquina, un aparato de recreo. Pasquale se levantó avergonzado. Los movimientos del grifo empezaban a ralentizarse. Machiavelli tenía razón; era una máquina como las que construían los artistas y los artificieros para animar los grandes espectáculos públicos que tanto gustaban a los florentinos. Nada mágico, al menos por el instante.

Machiavelli blandió una pistola, un arma extraña cuya culata estaba rematada por algo parecido a una rueda de engranajes.

—¡Valor, pequeño! —exclamó. Tenía el rostro radiante; Pasquale comprendió que aquella era su razón de vivir: situaciones desesperadas en las que el coraje y la suerte hacían que saliera vivo o muerto.

Echaron a correr de nuevo y, al acercarse, el guardia del portón disparó en su dirección. Machiavelli replicó varias veces sin dejar de correr, sin recargar el arma, girando el tambor de su pistola un agujero con cada disparo. El guardia huyó por el portón abierto y Machiavelli y Pasquale alcanzaron el camino de tierra un instante más tarde para ver el *vaporetto* que se dirigía hacia ellos a toda velocidad, tan deprisa como un caballo al galope, envuelto en grandes estolas de humo.

Le hicieron una señal, y tuvieron que apartarse de un salto cuando el vehículo se detuvo derrapando, con las ruedas deslizándose sobre la calzada embarrada y hundida. El conductor les gritó que subieran a bordo y soltó el freno en el mismo momento, tan deprisa que Pasquale tuvo que saltar hasta alcanzar la plataforma y tirar de Machiavelli, y a punto estuvo de descoyuntarse el brazo con el esfuerzo.

Resonaron disparos al tiempo que el *vaporetto* bajaba la pendiente. Hubo una explosión en el cielo, una bola de fuego que creció para convertirse en muy poco tiempo en algo más brillante que la Luna. Al favor de aquella luz mágica en suspensión, Pasquale pudo ver un vehículo, quizá el mismo que había conducido al desafortunado Francesco a la casa del mago, que les perseguía a toda velocidad. Al verlo también, Machiavelli le rogó con calma al conductor que fuera más deprisa. Como este protestó, Pasquale sacó el florín de la bolsa y se lo pasó por encima del hombro. Sin volverse, el conductor levantó la mano y tomó la moneda como si se tratase de una uva. El *vaporetto* aceleró de golpe, haciendo caer a Machiavelli y a Pasquale sobre el burdo suelo de la plataforma.

Machiavelli giró sobre el vientre y soltó algo que sonó como una risa estrangulada.

—¿Viste como salió corriendo el guardia? Le habría matado de haber podido. Disparé para matarle. Tenía rabia en las tripas.

—Habláis como si lo hicierais siempre —observó Pasquale

masajeándose los doloridos miembros. Intentó levantarse, pero el *vaporetto* encontró un montículo en la desigual calzada y la violenta sacudida que siguió volvió a derribarle. Maldijo y añadió—: Todavía no hemos salido de este lío.

—Tengo la pistola. La rueda de armado automático hace perder un poco de precisión, pero el tiro de repetición es lo suficientemente eficaz como para desanimar a cualquier adversario. ¿Viste al guardia? Huyó como un español.

—No estamos en la guerra.

—En cualquier forma de combate, los hombres se transforman en bestias. Reencuentran sus instintos más salvajes.

—Corréis el riesgo de tener muy pronto una nueva ocasión de mostrar los vuestros —anunció Pasquale, esforzándose en ver a través de los jirones de nubes de los escapes que surcaban la noche a sus espaldas. El coche negro había perdido mucho terreno, pues su caballo no podía sostener la loca velocidad en bajada del *vaporetto*, pero Pasquale estaba seguro de que no abandonaría la persecución.

La pendiente del camino fue disminuyendo, las casas se aglutinaban a ambos lados, y el *vaporetto* empezó a ralentizar la marcha. El conductor gritó que no había más agua en la caldera y que pronto tendría que detenerse para rellenarla.

—Sigue hasta donde puedas —le dijo Machiavelli.

—Si los tubos se calientan en vacío por encima de los quemadores —replicó el otro—, explotarán. No puedo hacer nada.

—Creo que vais a necesitar la pistola —le dijo Pasquale a Machiavelli—. Nos están alcanzando.

Con aquellas palabras, flechas de ballesta de punta tetragonal brotaron de la oscuridad con una velocidad fulgurante. La mayor parte fallaron el *vaporetto*, pero dos de ellas se plantaron en la plataforma y no tardaron de provocar un acre humo blanco. Pasquale arrancó una de la plancha en la se había clavado. Su asta desprendía un calor casi insoportable, y su punta era hueca y tenía grietas por las que se escapaba el humo. Pasquale tiró la punta por encima de la barandilla, pero se quemó la mano cuando intentó extraer la segunda. Otras flechas silbaron junto a sus orejas, y se agachó. Una se clavó en el fondo del volquete a una mano de su cabeza, hundiéndose hasta el penacho de plumas; una flecha

normal, pero igualmente mortal. Las nuevas ballestas eran tan poderosas que incluso un tiro oblicuo podía matar a un hombre.

Machiavelli empuñó uno de los montantes del alabe, blandiendo la pistola. El asta de la flecha que se había quedado clavada en el volquete empezó a arder de manera repentina. En un instante, llamas de un azul vivo se difundieron por las planchas alquitranadas. Machiavelli estabilizó el arma con las dos manos y disparó contra el coche, riendo tan fuerte que Pasquale temió que hubiera perdido la razón.

El *vaporetto* giró bruscamente a la derecha para entrar en el Borgo San Jacopo, y se encontró de lleno en medio de una multitud de obreros. Los hombres se lanzaron a los lados para evitar el artilugio, que intentaba atravesar sus filas. Eran los *ciompi*, los obreros de las manufacturas que nunca dormían. Iban vestidos con viejas togas remendadas y cinturones de cuerda, calzados con zuecos y con informes sombreros de fieltro que les protegían del fresco de la noche. Muchos tenían la cabeza rapada, en aplicación de una medida tomada por los artificieros para eliminar los piojos. Lanzaban gritos de horror y protesta al paso del *vaporetto*. El coche estaba ya muy cerca; Pasquale veía al cochero sobre su banco, subiendo y bajando el brazo mientras hacía avanzar el caballo a latigazos.

El conductor del *vaporetto* miró por encima del hombro con el rostro pálido y los ojos iluminados por las llamas que devoraban el volquete; entonces, con un grito de terror, saltó del banco para lanzarse a la multitud. Abandonado a la deriva, el *vaporetto* se desvió y perdió velocidad, antes de ir a golpear contra el muro de una de las casas que daban al río. Los tubos de la caldera se partieron y liberaron vapor caliente; el horno se abrió y difundió carbones ardientes que incendiaron el chasis.

Pasquale saltó a continuación, mientras Machiavelli seguía ocupándose valientemente del vehículo en llamas. Vació la pistola sobre el coche, que había terminado por detenerse, con su aterrado caballo encabritado y sin avanzar. Aquella podía ser una bonita ilustración para la gaceta: Machiavelli enfurecido disparando la pistola a través de las llamas, la multitud que retrocedía, el coche negro y su encabritado caballo. La escena se grabó en la memoria de Pasquale.

Luego, Machiavelli soltó el arma, saltó a los brazos de Pasquale y ambos huyeron. Los *ciompi* se apartaban ante ellos como el mar Rojo ante los israelitas. Partieron disparos desde el coche. Pasquale vio caer a un hombre con un jubón de cáñamo, manando sangre de su boca desdentada por una bala de pistola.

Machiavelli se quedó pronto sin aliento, y Pasquale tuvo que arrastrarle a la fuerza. Porque, al fin y al cabo, era un viejo de cincuenta años que, aunque seco y nervioso, no estaba hecho para correr de aquel modo. De golpe, vaciló y se llevó una mano al muslo. Corrió sangre por su mano.

—¡Me han alcanzado! —exclamó, teñida la voz por una extraña alegría.

Pasquale se pasó el brazo de Machiavelli por los hombros, encontrando el valor necesario como para volverse y ver el coche bloqueado entre la multitud enfurecida. El Ponte Veccio estaba, justo delante, su torre angular se alzaba por encima de sus cabezas. Machiavelli y Pasquale siguieron avanzando, cojeando, atravesando la marea de *ciompi* que volvía a duras penas a sus tristes barracas tras haber terminado su jornada, o que partían para comenzar con su turno de noche con paso resignado. Colocándose en un punto elevado de Florencia, como en la cima de la Gran Torre, no se habría podido distinguir a nadie en medio de aquella multitud iluminada por las farolas. Dos hombres que huían para salvar la vida causaban menos agitación que una piedra arrojada al río. En el Borgo San Jacopo la multitud se aglomeraba alrededor de un *vaporetto* en llamas, y un coche fue rodeado por obreros furiosos que, repentinamente, se apartaron al verlo envuelto en llamas y humos de colores que no tardaron en dejar a la vista un vehículo vacío. Pero aquella agitación solo era pasajera, como todas las que turbaban la vacía vida de la ciudad, nada más que un imperceptible temblor, como un grano de arena que en un engranaje para ser destrozado por sus implacables ruedas.

Segunda parte

Así en la Tierra como en el Cielo

1

La caravana de vehículos que transportaba a Su Santidad el papa León X, antes llamado Juan di Bicci de Médici, a sus consejeros y a todo su séquito, a sus pajes y a sus cocineros, a sus enanos y a sus bufones, sin olvidar a su favorito, el padre Marioano, a sus médicos y a su guardia y a su verdugo musulmán, lo mismo que a los cardenales Sanseverino Farnese, Luigi de Rossi, Lorenzo Pucci, Lorenzo Cibò y Julio de Médici, que también iban acompañados por su modesto séquito personal, pasaron lentamente ante las pequeñas ciudades de Pozzalatico y de Galluzzo levantando una enorme nube de polvo, visible a cien leguas a la redonda. Un escuadrón de coraceros suizos cerraba la marcha, haciendo relucir el hierro bruñido de sus petos, cascos, picas y alabardas como las aguas de un río bajo la luz radiante de un sol de otoño; una orquesta de al menos cincuenta tambores y cornamusas con hombres uniformados de escarlata y blanco abría la marcha.

Los rumores corrían por delante de la procesión como aves que huyeran de un fuego en el bosque. La cadena de las torres de señales que bordeaban la ruta de Siena hacía circular los mensajes con un movimiento continuo de los brazos de los semáforos. En lo más alto de la última colina antes del valle del Arno, la cola de la procesión empezó a alargarse con sencillos ciudadanos que llegaban a caballo, en coche o en *vaporetto*, añadiéndose a la escolta de la

milicia ciudadana que flanqueaba el cortejo papal mientras este descendía por el largo camino blanco de polvo, las banderas desplegadas y los tambores batiendo un ritmo de marcha endiablado, pese a sus manos cubiertas de ampollas y de sangre.

Era mediodía cuando la procesión llegó finalmente a la gran explanada de la Puerta de Roma, ante el muro que rodeaba la ciudad. Allí se detuvo, y en medio de una nube de criados, el Papa descendió de su coche. Llevaba un brillante roquete de seda blanca bordado con pesado hilo de oro, guantes blancos de fino cabritillo adornados con perlas y escarpines de seda blanca. Era un hombre corpulento que tenía rasgos burdos y pequeños ojos globulosos, un rollo de grasa en el cuello y una tripa generosa. Una tiara con incrustaciones de pedrería estaba prendida con alfileres en su vigorosa cabellera marrón. Si la mucha atención de los criados parecía exasperarle, lo soportaba con estoicismo, sin olvidar hacer una señal a la multitud reunida en la puerta.

Llevaron un montador, y ayudaron al Papa a subirse a él. Sacó un pequeño catalejo de cobre y miró durante algunos instantes la ciudad que se extendía en el valle sobre las dos orillas del río, cubierta de su propio vapor de color marrón. Se volvió a uno y otro lado, anotando las armas que defendían las murallas reconstruidas: el cañón como un tubo de órgano, las bocas de los lanzacohetes, la balista, el cañón pesado y, atados a cada torre de vigilancia, los rombos de los ciervos volantes humanos que flotaban muy altos llevados por el viento azotador. Se detuvo en la Gran Torre que se elevaba sobre un mar de tejados rojos y que dominaba con su forma cuadrada y almenada el Palazzo della Signoria, ante la gran cúpula dorada del Duomo, rematada por una bola y una cruz de oro resplandeciente. Los humos de las manufacturas que bordeaban el río, el dédalo anguloso de las dársenas erizadas como acericos por los mástiles arracimados de los navíos, la geometría compleja de las esclusas, de los canales y de las compuertas que regulaban el curso del Arno; nada de todo aquello se le pasó por alto al Papa.

Quizá pensaba en el cruel asesinato de su padre en el Duomo, durante la conjuración de los Pazzi, o bien en el levantamiento contra la tiranía de su tío, a partir del cual todos los miembros de su familia habían sido expulsados de la República hasta aquel día. Fuera como fuese, las lágrimas rodaron por las mejillas rubicundas

mientras guardaba el catalejo para sufrir la indignidad de ser subido a una silla de mujer a lomos de un magnífico semental árabe de color blanco. Aunque apasionado de la caza, era mal jinete, y sus fístulas anales hacían que no pudiera soportar permanecer sentado en una dura y estrecha silla de hombre más de unos pocos minutos.

Sin embargo, cuando la procesión se puso lentamente en marcha, sonreía y fue un cortejo histórico el que atravesó pausadamente la gran puerta para tomar la Via Maggio.

Un seto de espectadores de diez en fondo bordeaba la ancha calle. El Papa no cesaba de bendecirles con sus manos rollizas y enguantadas de blanco. La mitad le miraba en silencio, recordando la severidad de las medidas de Julián de Médici cuando, queriendo vengar el asesinato de su hermano Lorenzo, exterminó a la mayor parte de las familias de mercaderes de la ciudad y despojó a las demás para pagar sus deudas, o recordaba las palabras del célebre sermón de Savonarola que desencadenó la breve pero sangrienta guerra civil durante la cual los Médici fueron derrocados. Los seguidores de Savonarola a sueldo del rey de España se dedicaron a desfigurar los muros con frases sacadas de las publicaciones de su líder en el exilio, frases que los obreros todavía intentaban hacer desaparecer al paso de la procesión. La otra mitad de los espectadores, embriagados por la fe o por el vino, o por ambas cosas, lanzaban vivas de aprobación agitando banderines.

Palle! Palle! Papa Leone! Palle! Palle!

El Papa avanzaba lentamente, dos pajes conducían su semental blanco por una brida con incrustaciones doradas.

Ocho ciudadanos florentinos de sangre noble sujetaban por encima de su cabeza aros tapizados con seda morada, astutamente unidos los unos a los otros para formar un dosel con la forma de las alas de una mariposa. Pese a aquella sombra, el calor del día no tardó en darle a la pesada cara del Papa un inquietante tono violáceo. De vez en cuando, se detenía para admirar las banderas y los banderines con los que estaban revestidas todas las fachadas de las casas, o para observar la puesta en escena de los pequeños cuadros vivientes. En uno de ellos, un niño vestido como un ángel anunciaba el nacimiento de Cristo a una joven vestida como la Virgen María, y aureolas de fuego se balanceaban por encima de su cabeza mientras una paloma mecánica descendía del cielo batiendo

las alas, lanzando un rayo de luz cegadora que impactaba en un espejo cosido en el vientre de la mujer.

En otro, un actor vestía la armadura de plata bruñida de san Miguel para combatir un dragón mecánico de escamas de cobre, atravesándole la garganta de tal modo que manaba sangre de manera muy realista de cada una de las heridas. Una pequeña animación mostraba a Cristóbal Colón que descendía del barco en medio de las olas, representadas por rollos de tela azul, para ser recibido por unos actores vestidos apenas con unos taparrabos, tocados de plumas y la piel tintada de rojo con jugos de tabaco, los buenos salvajes de las Islas Amigas del Nuevo Mundo. Algo más lejos, Amerigo Vespucci era recibido por el emperador azteca Moctezuma II, sentado en una pequeña pirámide blanca junto a un montón de maíz, ciruelas, guayabas, piñas, aguacates, patatas y mandiocas servido todo ello en bandejas de oro y de plata.

El Papa no concedió más que una breve mirada a este último cuadro antes de azuzar a su caballo. Roma sostenía la afirmación de España de que los salvajes del Nuevo Mundo, desde los inocentes indios de las Islas Amigas hasta los fieros guerreros sanguinarios de los imperios azteca y maya debían ser conquistados en el nombre de Cristo, y que los florentinos comprometían su alma al tratar con los salvajes y aceptarlos como sus iguales.

Cada vez que se detenía el Papa, su gigantesca escolta se detenía con él; estaba ya tan estirada a lo largo de la calle que cuando la cola se detenía, la cabeza estaba de nuevo en marcha. Con cada parada, los tambores resonaban y las cornamusas trinaban sonidos estridentes; los camareros del Papa arrojaban monedas a la multitud sacándolas de bolsas llenas a reventar; los coraceros marcaban el paso con elegancia, con el rostro brillante por el sudor, y los cardenales extendían el cuello desde las ventanas de sus vehículos para ver lo que en aquella ocasión retenía la atención de Su Santidad, pues tendrían que hacer más tarde observaciones acerca de cada cosa que pasara con la procesión. Los petardos y los humos de colores disgustaban a los soldados. En los tejados, tiradores de elite armados con los últimos fusiles de cañón largo se recortaban contra el cielo, atentos al menor incidente.

De este modo, el Papa fue descendiendo poco a poco por la Via Maggio y cruzó el puente de Santa Trinità, pasando lentamente bajo

un arco triunfal de tela y madera que habían pintado en el taller de Rafael y que había sido erigido aquel mismo día por más de doscientos hombres. Cinco buenas horas después de haber subido a la silla en la gran puerta, el papa León X acabó por entrar en la Piazza della Signoria, provocando un formidable estruendo de campanas y cañonazos que hizo que echaran a volar todos los pájaros de Florencia.

Los gritos de bienvenida eran allí más fuertes y numerosos, los más privilegiados ciudadanos habían bebido vino blanco azucarado extraído de toneles ribeteados con oro, y, al abrigo de las tiendas plantadas en las lindes de la plaza, había mesas montadas en caballetes que se doblaban bajo el peso de las vituallas. Los espectadores estaban asomados a cada ventana de cada edificio, y los cofrades blandían sus estandartes y sus banderas como si una multitud de extrañas imágenes hieráticas de santos llamara la atención del Papa, mientras este atravesaba lentamente la plaza montado a caballo. Motivos de luz coloreada giraban sobre el fresco frantal del Banco Central de la República, agitándose confusos en la luz declinante.

Los miembros de la Signoria estaban sentados con otros dignatarios sobre un estrado cubierto con dosel, la estatua milagrosa de la Madona, llegada desde Impruneta y ataviada con paño de oro, elevándose a sus espaldas sobre un pedestal. Los dos pajes se la llevaron al Papa y algunos hombres se apretujaron alrededor de su montura para formar algo parecido a una escalinata para permitir a Su Santidad elevarse sobre su silla de mujer y descender directamente sobre el estrado. El gonfaloniero, destocado, con un traje de seda negra con pinzas escarlatas, avanzó y se arrodilló a los pies del Papa para besar las cintas de sus blancos escarpines, mientras los sacerdotes hacían tintinear sus campanillas y balanceaban los incensarios, de donde se escapaba un dulce humo de sándalo y rociando con agua bendita a todos los que se encontraban al alcance del hisopo.

El Papa levantó al gonfaloniero y le dio un beso solemne, sujetándole la cabeza entre las manos como si fuera su más querido hijo. La multitud aplaudió a rabiar.

Y en medio de la plaza, en un estruendo de engranajes cubierto por un resonar de trompetas, el enorme huevo cósmico se abrió en

dos ante un telón blanco. En el borde de la mitad inferior del huevo se podían ver unas vidrieras iluminadas desde el interior que representaban los signos del Zodíaco. Se produjo una repentina corriente de luz cuando las lámparas convergentes del sol se encendieron en el centro de la máquina, y, por encima de una majestuosa música interpretada por toda una orquesta de dispositivos mecánicos, unos actores, ataviados según las descripciones poéticas de los planetas y colgados de discos de oro, empezaron a girar con lentitud y sin sobresaltos sobre sus órbitas.

El Papa observó el espectáculo con una mirada miope y sorprendida. La multitud aplaudió el talento de los talleres del Gran Ingeniero.

Aquello no fue todo. Brotaron luces de la misma Gran Torre. Más vivos que los del sol poniente, los rayos oblicuos se enfocaron como un haz de cuerdas tensas por encima de la multitud. Sobre la pantalla blanca, detrás del huevo cósmico, unas imágenes subieron y bajaron, fundiéndose bruscamente en un ángel que esbozó algunos pasos discontinuos. Los unos lanzaron gritos; los otros, suspiros boquiabiertos. El Papa, como abandonado de golpe en medio de aquel milagro, se llevó una mano a la cruz que llevaba en el pecho.

El ángel se inclinó sonriendo y cerró brevemente sus grandes alas blancas. Cuando se desplegaron de nuevo, apareció la visión detallada de un paisaje, una utopía de artificiero en la cual cada curso de agua estaba regularizado y canalizado, cada ciudad tenía un trazado simétrico y donde grandes máquinas surcaban los aires.

Luego, la visión se desvaneció. Un rumor confuso recorrió la multitud, y un fuego de artificio inflamó toda la circunferencia del huevo cósmico, y chispas ardientes subieron como cometas para caer formando una lluvia de oro y de plata. Una bandada de mil palomas blancas llenó el cielo con un enorme rumor de alas bajo las aclamaciones de la multitud, y desde el interior del huevo cósmico, divinidades estelares vestidas de plata y con las manos untadas de oro, surgieron sobre columnas y descendieron hasta el estrado para saludar al Papa.

Pasquale vio el fuego de artificio desde la alta ventana de dos hojas de la habitación de Machiavelli. Sentado al escritorio, esbozaba ángeles en diversas posiciones y actitudes, poniendo especial cuidado en la relación entre las alas, los brazos y el cuerpo. La ventana daba a un pequeño patio oscuro, y a Pasquale le costaba ver lo que hacía. El cielo, de color hematoma por encima del polipero de tejas de tierra cocida, parecía beber la última luz del día, pero Pasquale se negaba a encender la bujía de buen tamaño colocada encima de la mesa.

Inclinó la cabeza sobre la gruesa hoja de papel, el revés de algún documento oficial del siglo anterior, y plumeó con seguridad y minucia los pliegues de la manga de un ángel colgado entre el cielo y la tierra, con los pies unidos y los brazos totalmente abiertos. Las luces y claros del drapeado debían mezclarse sin ruptura de tono, la fina tela de la toga resaltaba sobre las grandes plumas de las alas que sobrepasaban la figura que enmarcaban. Pasquale distinguía claramente la silueta del ángel. Estaba situada delante de una luz fulgurante, tras la cual se extendía una vasta pradera cruzada por caminos blancos y poblada por toda clase de animales, entre los que se contaban grandes dragones que no habían sobrevivido al Diluvio, todos los cuales huían de la luz; el fuego de la cólera divina.

Todo aquello, sí; pero seguía sin ver el rostro del ángel.

El escritorio estaba lleno de papeles, burdamente amontonados o unidos con cintas, y a ellos se unían unas cuantas plumas de oca, tinteros, un pozal con arena y un plano inclinado. Junto a la mesa se encontraba una estantería con un buen centenar de libros, algunos en octavo y encuadernados en vitela, aunque otros eran ediciones más modestas como las que sacaban las imprentas más nuevas. Eran obras tanto antiguas como modernas: el *Orlando furioso* de Ariosto en tres volúmenes, *La Andriana* de Terencio, *La República* de Cicerón, Dante, Tito Livio, Platón, Plutarco, Tácito, luego el *De revolutionibus orbium caelestium* de Copérnico, *Sobre los caminos de la luz* y el *Microcosmium* de Guicciardini, el *Tratado del movimiento perpetuo* del Gran Ingeniero, y por último, por duplicado, las obras del mismo Machiavelli, *Belfagor arcidiavolo, L'asino, La Mandragola, La tentazione di Sant'Antonio*, así como un grueso legajo de escritos polémicos y panfletos. Más libros sin

cadenas de los que Pasquale hubiera visto antes en un mismo lugar.

En cuanto al resto de la habitación, había una estufa lacada en negro con un asiento en forma de cazo a cada lado, cuadros de marcos dorados por todas las paredes, entre los que destacaban unos babosos retratos al óleo de la mujer y los hijos difuntos de Machiavelli, un cofre con el panel frontal destrozado, y una cama encajable sobre la que el periodista dormía en medio de unos cuantos cojines llenos de polvo, respirando sonoramente por la boca. El vendaje que llevaba por encima de la rodilla izquierda estaba manchado de sangre seca. El cadáver de una botella de vino yacía en el suelo. Para calmar el dolor de la pierna herida, Machiavelli se había atiborrado de vino y de absenta con una desesperación creciente hasta que acabó por dormirse.

Pasquale también se había pasado la mayor parte del día en brazos de Morfeo, acostado acurrucado sobre uno de los viejos tapices moriscos que cubrían algunas zonas del agrietado suelo. Llevaba casi dos días sin dormir, y las aventuras nocturnas le habían agotado. Mientras limpiaba la herida de Machiavelli, un corte profundo y sangrante por encima de la rodilla, y tras examinar el cristal de marco carbonizado que había salvado de las llamas, el cielo se iluminó y la salva automática retumbó para anunciar la abertura de las puertas de la ciudad, al mismo tiempo que las campanas de las iglesias llamaban a la primera misa del día.

Pasquale se había quitado los leotardos de sarga negra, manchados de sudor y de hollín, y los había extendido sobre una silla y se durmió, para ser despertado algunas horas más tarde por la guardiana del inmueble, la signora Ambrogini. No más de un metro veinte de altura, la espalda arqueada por los años de trabajo, era una mujer severa y anciana que, obstinándose en llevar duelo por un marido muerto diez años atrás, siempre iba vestida con capas superpuestas de prendas de color negro. Se ocupaba de todas las habitaciones del edificio laberíntico donde se alojaba Machiavelli, al cual se accedía por un patio cuya parte trasera daba a la Via del Corso, a medio camino entre la Piazza della Signoria y el Duomo. Aquella mujer era a la vez amada y temida por los solteros distraídos que tenía como inquilinos, investigadores, escritores, músicos y artificieros, que vigilaban su dejadez natural a cambio de su ciega devoción.

Irrumpió en casa de Machiavelli a primeras horas de la tarde, lanzando un corto grito cuando vio a Pasquale durmiendo a los pies del escritorio, y luego un grito más largo cuando vio la pierna herida de Machiavelli, elevada con cojines por encima de la cama encajable.

El miedo dio paso a algo parecido a una cólera maternal. Yendo y viniendo febrilmente por la habitación, la signora Ambrogini, le pidió a Pasquale que pusiera agua a hervir encima de la estufa, y a Machiavelli, que estaba todavía adormilado por el alcohol, que se bajara las espinilleras. Empezó entonces a lavar la herida y a rehacer el vendaje con mucho cuidado, mirando a Pasquale de soslayo como para reprocharle los sufrimientos de su inquilino.

Habituado a los modales de la signora Ambrogini, Machiavelli sufrió la prueba con calma y buen humor.

—Tuvimos una aventurilla —explicó el periodista con una sonrisa mientras la mujer le sermoneaba.

—¡Un hombre de vuestra edad! —se indignó la mujer. Luego, señalando a Pasquale con una mirada maligna—: No deberíais mezclaros con jóvenes golfos como este. —Sus negros ojos brillaban sobre su rostro surcado por profundas arrugas. Pelos blancos, duros como hilos de hierro, se destacaban en su mentón.

—Me ocupo de mí mismo —reconoció Machiavelli. Estaba mirando de reojo una botella de vino medio llena que se encontraba encima del escritorio, pero no se atrevía a pedirla, pues a la signora Ambrogini no la gustaba que se diera a la bebida—. Sin embargo —añadió—, creo que el juego valía la pena.

—¡Tenéis el diablo en el cuerpo! —exclamó la mujer con una mirada de horror—. Como me estoy ocupando de vos, ambos vamos a perdernos la llegada del Papa. ¡Ah! ¡Parece que lleváis una vida muy dura, signor Machiavelli!

—Sabéis muy bien que nunca iríais a ver esa procesión —replicó amablemente Machiavelli—. Por la multitud. En cuanto a mí, debe haber muchos periodistas cubriendo el acontecimiento. Todos los de Florencia, por lo menos. Mi contribución no será echada de menos por nadie.

La anciana mujer se inclinó para anudar de nuevo el vendaje alrededor de la pierna de Machiavelli.

—Y supongo que este mozo es uno de vuestros amigos

periodistas. Tú, muchacho, harías mejor en irte a trabajar en lugar de arrastrarte por aquí molestando a mis huéspedes.

Pasquale protestó diciendo que era pintor, pero la vieja se negó a creerle. Anudó la venda con un buen nudo y, al acabar, Machiavelli se dio la vuelta en la cama con un suspiro, la dijo que hacía milagros y que se preguntaba si le haría el favor de llevarle una sopa.

—Este joven es lo bastante fuerte como para ir a buscarla él solo —replicó la mujer secamente.

—Me echa una mano —explicó Machiavelli—. Trabajamos juntos en un proyecto muy importante. Y también es pintor, incluso un buen pintor. Es aprendiz de Giovanni Rosso.

—No sé quién es ese —soltó la vieja con desdén antes de irse, pese a todo, a por la sopa.

—No es tan mala —dijo Machiavelli apoyándose de nuevo en los cojines—. Por el amor de Dios, Pasquale, pásame esa botella. La que está encima de la mesa.

—¿Cómo va vuestra pierna?

Machiavelli bebió directamente a morro, empleando la manga para limpiarse el vino que le chorreaba por el mentón.

—Intentaré andar enseguida, pero de momento necesito descansar. Y el pedazo de cristal, Pasquale, ¿lo tienes todavía?

—Naturalmente.

—Enséñamelo una vez más.

Encastrado en un marco de madera carbonizado, el cristal se había rajado bajo el calor del fuego, y la imagen que estaba impresa o dibujada en él se había chamuscado hasta tal punto que no se podía ver más que un segmento de la misma. De manera general parecía más oscura que cuando Pasquale la rescató de las llamas, como si la materia de la que estaba hecha estuviera en curso de transformación. Sin embargo, era posible distinguir siluetas ataviadas con capas con capuchón, pobres de modelado pero representadas con infinita delicadeza y precisión, que se encontraban detrás de algo parecido a un altar sobre el que estaba tendida una mujer desnuda, dibujada de tal modo que era imposible saber si estaba viva o muerta. Giustiniani, con el capuchón echado hacia atrás, dejaba ver su cara de halcón, blandiendo una espada cuya hoja estaba ligeramente desenfocada.

—Una misa negra —dijo Pasquale.

—Chantaje —corrigió Machiavelli.

—¿Qué escuchasteis en la ventana?

—Sorprendí el nombre de Salai, y oí a Francesco proferir contra Giustiniani amenazas tímidas pero igualmente desesperadas. A mi entender, Francesco tenía la prueba de que Giustiniani celebraba ritos como el que vemos aquí representado, y le haría cantar para obtener de él algún servicio.

—¿Qué clase de servicio?

—¡Vaya, pues eso es lo que me gustaría saber! —se irritó Machiavelli—. ¿Y por qué recurrir al chantaje? Los magos como Giustiniani siempre necesitan dinero, y supongo que Francesco tenía con qué pagar.

—A menos que fuera una tarea tan terrible que incluso Giustiniani dudaría en cumplirla.

—Esa es, en efecto, la primera explicación que le viene a uno a la mente, pero —pero, perdóname Pasquale—, la encuentro un cierto sabor a mal melodrama. Es posible que Giustiniani ya hubiera cumplido con la tarea en cuestión, y que Francesco intentara intimidarle para hacerle callar. Quizá haya alguna relación con Salai, y con el asesinato de Romano. Hay que pensar en todo esto. —Vació el resto de la botella de vino y añadió—: Ve a buscarme la cantimplora, y sírveme un vaso de esa jarra de agua.

—Vais a volveros loco con ese veneno, Niccolò, y acabaréis por morir. Sé lo que es. Lleva abrótano en su composición.

—Siete partes por cada cien partes de agua. Te lo ruego, Pasquale, ¡ahórrame tus sermones! ¡Tengo que reflexionar!

—No deberíais agitaros. Estáis herido. Machiavelli sacudió la cabeza.

—Nos queda mucho por descubrir. Este asunto es más profundo y espinoso de lo que creí al empezar. ¡Quizá estamos en presencia del escándalo del siglo!

—Os serviré —se resignó Pasquale—, pero solo por una vez.

—Siete volúmenes por cada cien —repitió Machiavelli, mirando con atención a Pasquale mientras este vertía gota a gota el líquido amarillento. Tomó el vaso con las manos y bebió un trago de la turbadora mezcla, luego se dejó caer sobre la cama, con los ojos cerrados, el pulgar y el índice formando una pinza en su nariz.

Pasquale se sentó y observó a Machiavelli. No tardó en escuchar un ruido de pasos en el rellano y dejó la imagen de la misa negra boca abajo encima del escritorio en el momento en que la signora Ambrogini reaparecía en la habitación. Llevaba una bandeja cargada con dos platos de sopa y un trozo de pan seco.

—¡Ah! —suspiró Machiavelli sin abrir los ojos—. ¿Qué haría sin vos, signora Ambrogini?

—Emborracharos hasta el arroyo, tonto —respondió la guardiana retirándose tras una última mirada feroz a Pasquale.

Machiavelli dijo:

—A propósito… —y rebuscó bajo su cama para sacar una botella de vino. Arrancó el tapón con los dientes y bebió un buen trago. Cruzando su mirada con la de Pasquale, precisó—: Con fines curativos únicamente. Por otra parte, es la última.

Pasquale bebió un vaso para acompañar la sopa, pero era un vino claro y amargo, así que no hizo más historias para dejarle acabar el resto a Machiavelli. Este último se durmió casi en el acto de tocar la sopa y, como el día empezaba a declinar, Pasquale se instaló en el escritorio para estudiar primero la imagen quemada, y luego el pequeño objeto volador. Pese a todos sus esfuerzos, no consiguió establecer la relación entre ambos objetos, y los dejó a un lado y dibujó, primero al periodista dormido, luego a la signora Ambrogini, componiendo su retrato basándolo en la mirada que ella no había dejado de lanzarle, medio de soslayo, con los ojos vivaces y enfurecidos. Era así como se había entrenado para recordar las caras, desdeñando los detalles individuales en beneficio de una actitud o de una expresión que ponía en marcha la memoria. Dibujó los momentos espectaculares que siguieron al accidente del *vaporetto*, recurriendo ampliamente a su imaginación, y acabó por esbozar algunos ángeles, absorbiéndose en su trabajo hasta que los fuegos artificiales iluminaron el cielo en sombras y despertó a Machiavelli.

La pierna herida del periodista estaba anquilosada. Dio una vuelta por la habitación cojeando, jurando entre dientes, y luego se derrumbó sobre la cama. Pasquale le aconsejó que descansase, pero Machiavelli estaba totalmente decidido a salir. Tenía preguntas que hacer, declaró. Se habían cometido dos asesinatos, y aquello no se iba a detener allí.

—No estás obligado a venir conmigo, Pasquale. Ya has hecho bastante, ya has corrido demasiados riesgos. Nos hemos adentrado en aguas profundas y peligrosas, y yo debo hundirme aún más en ellas. Sé casi lo que me espera, porque son aguas que ya exploré en el pasado, pero tú solo eres un artista. Tu mundo es la luz, la superficie de las cosas. Vuelve a tu casa.

—Iré con vos —dijo Pasquale, con pasión en la voz—. No soy un ingenuo.

Había sorprendido a Machiavelli al menos tanto como se había sorprendido él mismo. El periodista se rascó con el pulgar la barba nueva que oscurecía su mentón.

—Reconozco que estoy cansado —dijo al fin—. No me opondría a que se me ayudara, si es que hubiera una buena razón para ello.

—Si es una razón lo que os falta, todavía me debéis el dinero que le entregué ayer al conductor.

Machiavelli se partió de risa.

—El pobre hombre… Su carrera no valió tanto como le pagamos, ¿verdad?

—Quiero saber el final de la historia. Nunca hasta ahora me había visto mezclado en una conspiración. Es más interesante que grabar retratos del Papa al aguafuerte, cosa que deberemos hacer la semana que viene para ganarnos el pan.

Pensaba en las monedas mondas y lirondas que compartía con Rosso, en el peso de la miseria. Si conseguía recuperar el florín perdido, podría por lo menos comprar la mayor parte de los materiales que necesitaría para pintar su ángel. Y una vez realizado su proyecto, no necesitaría correr en pos del dinero. Quería hacer una locura y creer en ella con fervor, porque es de locos esperar algo cuando se sabe lo dura que es la vida, pero aquello era algo más fuerte que él.

—A veces olvido lo joven que eres —dijo Machiavelli, dejando caer sobre Pasquale una mirada escrutadora—. Ayúdame a dar dos o tres vueltas a la habitación, a ver si dejo de tener tiesa la pierna. Vamos a tener que andar mucho antes de llegar al fondo de este asunto.

Sin embargo, antes de que Pasquale se hubiera levantado para ayudar a Machiavelli, llamaron a la puerta, y la signora Ambrogini entró bruscamente para anunciar que había una dama que quería

ver al periodista.

Este se incorporó, repentinamente alerta.

—¿Una mujer? ¿Quién es?

—No es una mujer —dijo con voz firme—, sino una dama. No ha querido dar su nombre.

—Bueno, pues hacedla subir, ¡qué diablos! Si quiere charlar, me sería difícil negárselo.

—¡Y cómo tenéis la habitación! Vamos, signor Machiavelli, no podéis recibir aquí a una dama. No sería conveniente.

—Si tanto necesita reunirse conmigo, no se fijará en esas cosas. Por favor, signora Ambrogini, no la hagáis esperar.

—Es por lo que afecta a mi reputación —dijo la mujer, llena de dignidad.

—Nada podría empañarla, signora. Ahora, si hacéis subir a mi visita…

Era una dama, en efecto. Pasquale la reconoció inmediatamente: Mona Lisa Giocondo, la esposa del secretario de guerra de los Diez. Habría silbado de buen grado de no haberlo impedido Machiavelli con una mirada severa.

El periodista instaló a su visitante en el mejor asiento de la habitación, librándola antes de su pesada capa de terciopelo entregándosela a Pasquale. Con la última luz del día que entraba por la ventana, su vestido de color índigo, de una bella seda adornada con encajes flamencos, dejaba escapar sus pálidos hombros y su cabellera marrón, ensanchada con cintas de seda negra. Llevaba un velo de tul retenido por una diadema de oro que suavizaba los contornos de su rostro. Mientras encendía las velas, Pasquale observaba su rostro con el rabillo del ojo: Mona Lisa no tenía la belleza de un ángel —su nariz era quizá un poco larga de más, y uno de sus ojos estaba ligeramente más alto que el otro, sin contar que era una mujer de edad madura marcada con pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos, y la belleza de los ángeles era la de la juventud—, pero tenía una gracia radiante y solemne que parecía iluminar su rostro ovalado y pálido desde el interior. Su perfume, ligeramente almizcleño, llenó la habitación.

Entabló conversación de un modo tan directo como su mirada. Uniendo las manos, explicó que no estaría allí si un cierto acontecimiento desafortunado no hubiera tenido lugar en el Palazzo

Taddei, y que no podría permanecer allí durante mucho tiempo pues su marido la esperaba para asistir a la misa que debía celebrar el Papa en el Duomo. Esperaba que signor Machiavelli la perdone su franqueza, pero tenía que hablar así para blanquear el nombre de su esposo.

—Espero, a mi vez, que perdonéis mi franqueza —dijo Machiavelli, disfrutando evidentemente con aquella situación—, pero si todavía no tengo una opinión sobre la eventual implicación de vuestro esposo en este asunto, sí estoy seguro de que está en su poder pedir la muerte de un hombre si tal es su deseo.

—Es muy poderoso, es verdad.

—Eso —dijo Machiavelli— es algo que no voy a olvidar.

Mona Lisa empezó a hablar con decisión.

—Escuchad, signor Machiavelli, sé que nunca podremos ser amigos, porque mi esposo goza del cargo que en otros tiempos fuera vuestro, pero quizá podríamos no ser enemigos. Estoy dispuesta a ayudaros en vuestras investigaciones, esperando que en vuestro corazón haya una parte de caridad cristiana que sea sensible a mi situación.

—Os ruego que me creáis, signora, si os digo que no busco venganza, sino esclarecer la verdad. Ese es mi único interés.

—Ese es un punto en el que podremos entendernos.

—En ese caso, permitidme que os formule algunas preguntas.

Mona Lisa levantó la vista hacia Pasquale que, en aquel instante y con una viva emoción, comprendió que ella era la amante de Rafael. Estaba allí para darle a Machiavelli la seguridad de que su esposo no había hecho matar a Romano por venganza, o como advertencia.

Machiavelli, que estaba inclinado hacia delante en el borde de la cama con mirada ávida, añadió:

—Podéis contar con su discreción tanto como con la mía, signora.

—Si vuestras preguntas pueden ayudar a descubrir la verdad, en tal caso las responderé con tanta sinceridad como me sea posible.

—¿Vuestro esposo está al corriente de vuestra amistad con Rafael?

—Sin aprobarla, digamos que la tolera. Es un hombre viejo, como sabéis, dedicado a los asuntos del Estado, y yo soy su tercera

esposa. Cierto es que nuestro matrimonio nunca ha sido un matrimonio por amor, pero creedme, el amor está presente en él. Además, desde la muerte de nuestro único hijo, hemos pasado, para mi gusto, demasiado tiempo juntos.

—¿Y su honor, signora? ¿Le concede importancia?

—La que conviene a su situación política, pero no hay nada que temer por ese lado. Como sabéis, un hombre de su rango debe enfrentarse a numerosos ataques, algunos rumores, digamos, sobre la conducta de su esposa. Sabe recibirlos sin que le hieran.

—Pero esos rumores no carecen de fundamento, porque, si no, no estaríais aquí.

—Mi suerte está en vuestras manos, signor Machiavelli.

Machiavelli se pinzó la nariz con el pulgar y el índice, como hacía siempre para reflexionar. Al cabo de un momento, dijo:

—Vuestro esposo ha desempeñado un papel importante en la organización de la visita del Papa. Además, mantiene muchas relaciones con Roma.

—No dejaría que sus intereses personales interfirieran con los de la República.

—No directamente, claro. ¿Fue él quien invitó a Rafael?

—¿Por qué iba a hacer una cosa parecida?

—Para tener ocasión de humillarle, quizá.

—Es interesante, signor Machiavelli, pero más bien creo que fue el Papa quien envió a Rafael como embajador.

—El Papa en persona, ¿no Julio de Médici?

Por primera vez, Mona Lisa pareció turbada.

—Rafael me informó que había sido enviado por el Papa —dijo—. Confío en él, signor Machiavelli.

—Y es vuestro derecho, signora. Creo que ya os he formulado suficientes preguntas por el momento. Veo que miráis por la ventana y que os inquieta el paso del tiempo. Es verdad que tenéis que reuniros con vuestro esposo. No querría que os retrasaseis por mi culpa.

Mona Lisa se levantó. Era alta, de la misma estatura que Pasquale. Lanzando una bolsa pequeña encima del escritorio, dijo:

—Vuestras investigaciones os acarrearán algunos gastos, signor Machiavelli. No querría que salieran de vuestro bolsillo.

Machiavelli se puso en pie con ayuda de Pasquale, excusándose

por la herida que había recibido en el transcurso de su última investigación, sin gravedad, pero igualmente incómoda.

—No pensaba que sería llamado para servir de nuevo a la República, signora. Perdonadme esta pregunta, pero si mis investigaciones me llevaran a vuestro esposo…

—A mí también me preocupa la verdad. Cuento con que me tendréis al corriente.

Cuando se hubo marchado, Pasquale pudo al fin silbar.

—No tenía idea de la profundidad de vuestro odio, Niccolò.

—Francesco del Giocondo es un buen mercader de seda, un secretario capaz y un mal poeta con una idea exagerada de su valor.

—Se diría que Miguel Ángel habla de Rafael.

—Estos son hechos, no una opinión personal. ¿A ti qué te ha parecido la signora Giocondo?

—Tras la dulzura femenina se oculta una mente sabia y valerosa.

—En efecto, y también muy decidida.

—Y generosa —añadió Pasquale haciendo caer media docena de florines de la bolsita, impregnada del perfume almizclado de Mona Lisa.

—Nos vamos a ver enfrentados a un medio hostil, y este dinero podrá facilitar nuestra progresión por el mismo. ¿Sabes cómo se hizo nuestra cliente amante de Rafael?

—Hasta este momento ni siquiera sabía que fueran amantes. No soy más que un pintor, después de todo.

Machiavelli sonrió.

—Rafael hizo su retrato, pero no por cuenta de su esposo. Su amante de aquel entonces, Julio de Médici, le pasó el encargo a Rafael, aprovechando que nuestro secretario florentino y su esposa estaban de viaje en Roma.

—Así que creéis que Julio de Médici podría haber enviado a Rafael aquí, sabiendo que estaría en peligro.

—En todo caso, eso es lo que piensa la signora Giocondo, que también considera que su marido haya podido tener algo que ver en el asesinato de Romano, aunque espere lo contrario.

—Sin embargo, lo que vimos en la villa de Giustiniani, daría a entender que Romano se dejó atrapar en su propio juego.

—A menos que le tendieran una trampa —dijo Machiavelli, brioso—. Pero sería un modo muy complicado de hacer algo muy

sencillo.

—No la habéis hablado de Giustiniani.

—No ha pagado por ello. Dejémosla en la duda y la angustia. Puede que así sienta la necesidad de decirnos algo más, aunque lo dudo. Tiene un temple de acero. Y ahora, dame ese dinero, mi joven amigo. Lo necesitaremos antes de que acabe la noche. Tenemos preguntas que hacer, y eso quizá nos permita comprar algunas respuestas.

3

Cuando Machiavelli y Pasquale salieron del inmueble, la noche acababa de caer, dejando tres estrellas para esmaltar el tapiz del cielo de color azul negruzco entre los tejados que dominaban el patio. Pasquale clavó su retrato de la signora Ambrogini en la puerta de esta última, explicando que así tendría la prueba de que era pintor, a lo que Machiavelli replicó secamente que no debería depender de la opinión de los demás.

La ciudad, generalmente desierta en el crepúsculo por parte de la mayor parte de ciudadanos honestos, vivía aquella noche al ritmo del carnaval que había empezado con la llegada del Papa. Los florentinos adoraban los carnavales y los festivales, y el menor aniversario o evento oficial era pretexto de sobra para celebrar una fiesta. En las calles, las raras farolas de acetileno daban tanta luz como los farolillos y las antorchas que llevaban los grupos de hombres disfrazados que corrían de un lado a otro. Algunos jóvenes daban serenatas bajo las ventanas iluminadas de sus bien amadas. Una tropa, cuyos hombres iban montados en zancos que doblaban su altura, avanzaba con pasos largos. Mientras la música, las canciones y los gritos les llegaban de todos lados, Machiavelli alejó a Pasquale de las manifestaciones, arrastrándole al dédalo de callejuelas y patios exiguos que ocultaban las imponentes fachadas de los inmuebles que bordeaban las calles principales. Era siempre en aquellos lugares apartados donde se urdían las intrigas y los más negros designios de Florencia, al abrigo de las miradas indiscretas,

detrás de los altos muros y las estrechas ventanas cerradas con rejas.

Machiavelli todavía cojeaba ostensiblemente, y se apoyaba en un bastón de madera de fresno con remates de hierro en ambos extremos, y el camino resultaba difícil, formado por losas resbaladizas o tierra llena de rodadas, iluminado únicamente por los pocos rayos de luz que caían de las altas ventanas con los postigos cerrados. Pasquale no estaba nada seguro, y mantenía la mano apoyada en el cuchillo. Era la clase de sitio donde uno se imagina que los canallas y los ladrones acechaban a sus víctimas, aunque solo fuera para utilizar el factor sorpresa, cosa que sin duda preferían los salteadores.

Al cabo de un rato, Pasquale preguntó:

—¿Qué buscamos?

—A un médico de sombría reputación. Un hombre que se hace llamar doctor Pretorius. No es su verdadero nombre, naturalmente, y, por lo que sé, su título de doctor nunca ha sido puesto a prueba, aunque este haya sido enviado a una buena docena de universidades de cinco países diferentes. Hace saber que los que son como él nunca ejercen bajo su verdadera identidad, para no ser reconocidos por los demonios. Fue encerrado en la cárcel en Venecia por haber traficado con cadáveres, pero gracias a sus relaciones pudo evitar la investigación que le habría enviado a galeras. Corrió el rumor de que intentaba construir una mujer, una nueva forma de Venus o de Virgen del Mar, con fragmentos de cadáveres, y que contaba con darle vida a esa mezcla sustituyendo la sangre por un licor misterioso.

—En ese caso, es un adepto a la magia negra, ¿no es así?, pues todos ellos son venecianos.

—Mira, Pasquale, no sé dónde nació exactamente Pretorius, pero sé que no fue en Venecia. En cuanto a la magia negra, él mismo rechaza ese término. Dice que es médico, y hay que reconocer que ha hecho mucho bien en los barrios de los *ciompi*, donde tiene una consulta y en el que recibe a todos los que pueden pagar sus cuidados. Sus pacientes no dicen de él más que cosas buenas. Hace algunos años, le acusaron de estar involucrado en la desaparición de unos niños, pero en su descarga debo decir que los *ciompi* nunca lo creyeron.

—Y vos pensáis que es cómplice de ese otro mago, de Giustiniani.

—Es verdad que los dos huyeron de Venecia, y por la misma razón. En fin, todo lo que puedo decir por el momento es que Pretorio podría aportar alguna claridad sobre las actividades de Paolo Giustiniani, pues los círculos que frecuentan, por muy diferentes que sean, se entrecruzan. Además, el doctor Pretorius tiene el don de reunir informaciones. Las reserva hasta que el comprador adecuado se presenta. Mientras esperamos, Pasquale, debemos ser rigurosos en el examen de las informaciones que recopilemos nosotros mismos, y en las conclusiones que extraigamos.

—¿Tan rigurosos como los artificieros?

—Exactamente —dijo Machiavelli sonriendo—. Por aquí.

La taberna a la que se dirigían se encontraba en un oscuro patio cerrado por tres de sus lados por casas altas, y en el cuarto por un arroyo maloliente que hacía gorgoteos guturales en la oscuridad. Pasquale tuvo que tirar y levantar simultáneamente a Machiavelli para hacerle pasar el arco escarpado del puente que cruzaba las aguas negras como el Estigio.

En el mismo momento en que llegaban a la otra orilla, un fuego de artificio estalló por encima de sus cabezas, y el patio empezó a resonar con el tañido solemne de las campanas de la catedral. La misa pontifical había terminado, y Su Santidad se ponía en camino hacia el banquete que le esperaba en el Palazzo della Signoria. La luz fugitiva de los cohetes le descubrió a Pasquale el otro lado del patio, y pudo ver una masa de gavillas de madera más o menos de soslayo por encima de una entrada cerrada con tela de saco, y unas mesas esparcidas donde unas siluetas estaban inclinadas sobre tazones o jarras. Pequeñas lámparas, mechas bañadas en platos con aceite, arrojaban débiles destellos rojizos. Alguien tocaba la cornamusa de una manera horrible.

Recordando el cuchitril donde bebió vino con Machiavelli después de ver el cadáver de Romano, Pasquale observó:

—Menudos sitios conocéis.

—Todos los asuntos no se tratan en lugares distinguidos, y además, las noticias circulan siempre de arriba hacia abajo, de la misma manera que el agua siempre intenta descender.

—A vuestro doctor Pretorius le costaría llegar más abajo.

—Él no es de esa misma opinión —protestó Machiavelli—. Escucha, Pasquale. Pretorius es tan astuto y venenoso como una serpiente. Mantente alerta. Sobre todo, presta atención a lo que le dices. Aprovechará la primera observación carente de consideración para atravesar tu alma.

—Habláis de él como si fuera una criatura del diablo.

—Lo es —confirmó Machiavelli antes de apartar la cortina de entrada a la taberna.

El doctor Pretorius estaba sentado a una mesa en un rincón de la sala, sumido en una partida solitaria de tarot. Alto, con los cabellos blancos, era un hombre mayor de una delgadez extrema, delicadamente vestido con una toga marrón de mangas anchas y una camisa blanca con encajes flamencos, y no parecía incomodarle la suciedad de la paja que cubría el suelo, ni tampoco las ratas que se paseaban por todas partes. Desprendiendo un encanto incisivo, se levantó para saludar a Machiavelli y a Pasquale, y luego le pidió al tabernero que llevase su mejor vino. Su criado, un salvaje grande afligido por una ancha cara con cicatrices y un casco de cabellos marrones hirsutos y brillantes, estaba sentado cerca de él, con un cuchillo tan grande como la espada de un hombre ordinario colocado encima de sus muslos.

El vino que les sirvieron era de los peores que Pasquale hubiera probado nunca, pero Machiavelli lo tragó sin rechistar, y el doctor Pretorius lo bebió con delectación.

—Hacía mucho tiempo que no os veía, Niccolò —dijo—. Reconozco, sin embargo, que esperaba que tendría que esperar aún más.

—Habéis sido discreto, o al menos prudente.

—Tenía trabajo —cortó el doctor Pretorius. Sus ojos negros brillaban a la luz vacilante de las lámparas de mecha de junco, como profundas cavernas bajo el voladizo de su frente cuadrada. Añadió—: Además, he obtenido excelentes resultados.

—No estoy aquí para discutir de vuestro trabajo, ni de nada de lo que hacéis. Para decir la verdad, preferiría no oír hablar de ello.

—¡Oh, tranquilizaos! Se podría decir que se trata de la antítesis de mi actuación habitual. En lugar de manipular la muerte, mi objetivo ahora es subvertir la vida, esquivar la Gran Cadena del Ser.

He fabricado maniquíes, pequeños como ratas, y les he insuflado el aliento de la vida. Si vierais a esas criaturas, ¡cómo cantan y bailan! —Marcó un silencio medido. El modo diabólico en que había pronunciado la palabra «criaturas» heló la sangre de Pasquale. El doctor Pretorius siguió hablando—: En fin, tarde o temprano, lo sabréis todo. El mundo entero lo sabrá.

—He venido a hablar de lo que ocurrió en la villa de Paolo Giustiniani —dijo Machiavelli.

El doctor Pretorius empezó a recoger sus cartas de tarot. Tenía largos dedos blancos, con las uñas amarillas muy cortas y cuadradas. Se lamió los labios exangües con una lengua tan puntiaguda como la de un lagarto.

—Me parece bien. Es lo que había oído decir.

—¿A los hombres de Giustiniani?

—Es posible —respondió distraído el doctor Pretorius antes de juntar las cartas para envolverlas en un pañuelo de seda negra.

—Me extrañaría. Si Giustiniani supiera lo que vi, habría acudido directamente a mi casa.

El doctor Pretorius se encogió de hombros.

—Puede que yo tenga información de alguien más. Vivimos en tiempos muy agitados, y la gente habla demasiado. Como ya sabéis, mis fuentes son tan variadas como las del Nilo.

—No estáis aquí para recibir al Papa.

—No tengo razón alguna para alegrarme por su visita. Después de todo, no es más que un papa, ya lo sabéis. Y no es al que esperamos. —Luego, volviéndose por primera vez hacia Pasquale—: Veo que os habéis traído un artista.

Pasquale sintió la extraña necesidad de tener que decir algo, al mismo tiempo que un vago resplandor bailaba en el fondo de los ojos del doctor Pretorius.

—¿A qué otro Papa podríais esperar? —preguntó—. Hemos entrado en la última fase antes del fin de los tiempos. El gran año de los equinoccios ha pasado, y pronto el papa de las tinieblas, el antipapa, se dará a conocer. Entonces empezará el milenio, pero no será nada de eso que creen los idiotas, joven. Dime, ¿has visto la llegada del Papa a esta triste ciudad? ¿Le has visto avanzar por la plaza, a la sombra de la altísima torre del pretendido Gran Ingeniero? —Yo estaba… ocupado en otro sitio.

—En ese caso, podría haber algo que quizá te interese. Me pregunto, de hecho, lo que podría valer.

Machiavelli intervino con voz seca.

—No olvides que estamos aquí por razones muy serias, Pasquale.

El doctor Pretorius le sonrió a Machiavelli, pérfido como la linfa.

—Naturalmente, no se trata de una visita de cortesía. Sería la primera vez. Sin duda es por eso que no me habéis presentado a vuestro amiguito aquí presente. Un campesino, a juzgar por el acento que tanto intenta disimular. Diría que es de Fiesole, una aldea bien conocida por sus costumbres rústicas y singulares. Creo saber que allí prefieren las cabras a las mujeres.

—¡Permanece sentado! —dijo Machiavelli sujetando a Pasquale por el hombro cuando este hizo ademán de levantarse.

Pasquale se resignó, pero la cólera le dejó un regusto amargo en la boca. El salvaje le dirigió una ancha sonrisa: no tenía incisivos, y sus caninos habían sido limados en punta y rematados con oro. Pasquale le devolvió al muchachote su glauca mirada, pero tuvo que meterse las manos entre los muslos para no temblar.

—Está aquí para ayudarme —explicó Machiavelli— si le necesito.

—Los tiempos deben ser difíciles para vos —dijo el doctor Pretorius con una sonrisa radiante—. Y naturalmente, lo serán todavía más para todos los artistas si el invento del Gran Ingeniero logra el éxito que merece. Me compadezco.

—Necesito vuestra ayuda —anunció Machiavelli—. En todo caso, los tiempos son lo bastante difíciles para esto.

—Vaya, vaya. Me preguntaba cuándo llegaría el momento de ajustar cuentas. Digamos… ¿tres preguntas? No hay que decir que, pese a todo, tendréis que pagarme. No os debo tanto.

Machiavelli vació el vaso y el doctor Pretorius se apresuró a rellenárselo. El periodista lo vació de nuevo.

—Además del placer que os proporciono, creo que esto bastará como pago —dijo depositando la bolsita de Mona Lisa encima de la mesa.

El doctor Pretorius abrió las fosas nasales para olisquear mejor.

—Hay una mujer; una mujer rica. Veamos. Parece que hay reglas que se os escapan, amigo mío. Puede que para vos lo que hago no sea más que un juego, pero os equivocáis. En fin, haced

vuestras preguntas. Tenéis toda mi atención.

—¿Por qué se interesa Paolo Giustiniani en el pintor Rafael?

—Estáis metido en ese asuntillo sórdido. Es fascinante.

—Os he formulado una pregunta.

—Oh, no le interesa para nada en este momento.

—Si puedo deciros algo, esa respuesta no es completa.

—Es la verdad. ¿No estáis satisfecho?

—Quizá lo estaré más cuando hayáis respondido a mi segunda pregunta.

—Adelante, amigo mío —dijo el doctor Pretorius con una sonrisa pérfida.

—¿De qué suprema misión está encargado Giustiniani?

—No puedo deciros más que lo poco que sé, y mi respuesta no podría ser completa.

—Sois un hombre de honor.

—Me tomo esto mucho más en serio que vos, pues conozco las consecuencias del error, querido Niccolò.

—Entonces, decidme lo que sabéis. La respuesta más completa que podáis darme.

—Según mis informaciones, estaría ocupado asegurando el concurso de un gran príncipe y de su ejército de demonios secundarios, o en invocar a uno de los que sirven el trono celestial.

—Eso no es nada —suspiró Machiavelli. Pasquale se fijó en que transpiraba; algunas gotas de sudor perlaban su frente despejada.

—Todo depende del modo en que se tomé —preciso el doctor Pretorius con soltura—. Giustiniani practica la nigromancia bajo su peor forma, la que incluso los aprendices de brujo han abandonado hace ya tiempo. Dudo mucho que lo consiga. Es un aficionado, como ya sabéis. Incluso utilizará su verdadero nombre. Probablemente acabará por caer en las manos del infierno, como todos los de su especie.

—¿Y vos esperáis escapar?

—Oh, naturalmente —dijo el doctor Pretorius. Su rostro se abrió de repente en una sonrisa franca y generosa, y fue entonces cuando Pasquale comprendió que aquel hombre estaba completamente loco. Un estremecimiento recorrió la sala, como si, cerca de allí, una puerta se hubiera abierto a las regiones hiperbóreas difundiendo anticalor.

—Siempre hay un medio de desviar la atención del infierno cuando se sabe lo que se hace —siguió diciendo el doctor Pretorius—. Sé, amigo mío, que para vos el infierno es un mal lugar. He leído la obra que le dedicasteis, esa en la que un demonio se da cuenta de que el matrimonio es de hecho un verdadero infierno, o donde el mismo infierno es un rincón del Paraíso regido no por el Ángel Caído, sino por el rico Plutón… que saca su riqueza, por supuesto, del hecho de que al fin la muerte lo recupera todo y que reina no sobre el sitial del sufrimiento eterno, sino en un jardín donde aquellos cuyos hechos o pensamientos les prohíben entrar en el paraíso, los héroes y los filósofos, conversan unos con otros. Un lugar al cual, en vuestra locura, quizá aspiráis. No sabría qué deciros acerca de vuestra alma, amigo mío. Tales debilidades son otras tantas presas para las garras de los demonios.

Pasquale estaba casi hipnotizado por la voz meliflua del doctor Pretorius. El charloteo de los demás clientes de la miserable taberna se había calmado, como si el doctor hubiera creado un mundo interior, tejiendo con sus palabras lazos estrechos entre los hombres. Luego, Machiavelli se echó a reír y el encantamiento se rompió.

—Le dais a mis obras una dimensión que no tienen —dijo—. Aunque me sienta halagado, no querría que os confundierais con mis intenciones. Si se puede encontrar el camino que lleva al paraíso, primero hay que aprender a distinguir el del infierno, de manera que pueda ser evitado. Sin tentación, no hay que temer la caída, ni tampoco la redención.

—Los dos buscamos el poder —dijo con dulzura el doctor Pretorius—. Eso es lo que nos hace tan parecidos a nosotros dos.

—No del todo —protestó Machiavelli—. Cierto que los dos buscamos el poder, pero no de la misma manera, ni por las mismas razones. Vos lo queréis para que sirva a vuestros propios intereses, y los de ningún otro, y evitar así ir a ese infierno donde, según vos, los condenados parecen santos.

—Ahorradme vuestros análisis. Habéis formulado dos preguntas. Plantead la tercera y acabemos.

—No. No, no creo que sea necesario. De momento he averiguado muchas cosas. —Machiavelli se levantó y, por un instante, el doctor Pretorius le miró estupefacto—. Ven, Pasquale. Esta noche tenemos

mucho trabajo que hacer.

—¡No! —gritó el doctor Pretorius—. ¡Esperad! Todavía tenéis que hacerme una pregunta.

—Quizá en otra ocasión.

El doctor Pretorius hizo caer con violencia los vasos que había encima de la mesa y se levantó de un salto. A sus espaldas, el salvaje también se puso en pie, y su cabeza rozó el techo.

—¡No! —gritó el doctor—. Está fuera de cuestión que os quedéis con algo que pese sobre mí, ¡os lo advierto! ¡Después de esto, todo habrá terminado!

—De momento no tengo más preguntas —dijo tranquilamente Machiavelli antes de recoger el bastón—. Ven, Pasquale.

Este no se atrevió a volverse hasta que hubieron cruzado el puente que atravesaba el arroyuelo. Aparentemente, no les seguían.

—No te preocupes —le dijo Machiavelli—. A su modo, el doctor Pretorius es un hombre de palabra, y mientras me deba al favor de una respuesta, no hará nada contra nosotros.

—¿Qué servicio pudisteis prestarle a un hombre como él?

—Un día presenté la prueba de que no había cometido el crimen del que le acusaban. Quise actuar por el bien de la justicia, porque, si hubieran colgado a un inocente, el verdadero criminal quedaría libre para continuar su trabajo. Era una época difícil, y actué sin pensar. Si hubiera sabido que el asesino conseguiría a fin de cuentas escapar de la justicia, quizá no hubiera ayudado a Pretorius. Hace muchas cosas por las que merece la muerte, pero bueno, a veces en el estruendo de la acción hacemos cosas que luego se lamentan. Lo que digo no parece tranquilizarte, Pasquale.

—Me preguntaba de qué nuevo invento de artificiero quería hablarnos, el que dijo que iba a perjudicar a los artistas.

—No pierdas de vista que el doctor Pretorius quiere conseguir ascendente sobre todos aquellos con quienes se encuentra, Pasquale. No era sin duda más que un truco para atraer tu atención. No pienses más en ello.

Machiavelli parecía preocupado y agotado, y anduvieron durante algunos instantes a través de los patios y callejones oscuros y estrechos, con el bastón del periodista repicando en la oscuridad, antes de que Pasquale le preguntara lo que había averiguado.

—Que nuestro asunto es menos importante de lo que podría ser.

Si Rafael no está en la jugada, es que, por todas las apariencias, Giulio Romano y Giovanni Francesco no actuaban para él, o para protegerle, sino por su cuenta. En cuanto al pequeño objeto volador que vigilas, y a la imagen que salvaste del fuego, sin duda tienen algún papel que desempeñar, pero no creo que sea determinante.

Pasquale recordó, atormentado por el remordimiento, que había dejado los dos objetos encima del escritorio de Machiavelli, pero consideró preferible no decir nada de aquel olvido.

—¿Giustiniani es realmente mago? —preguntó—. El doctor Pretorius parece pensar que nadie lo es, salvo él mismo.

—Es cierto que los hombres como él se engañan a sí mismos hasta el punto de creer que son los únicos en detentar el verdadero poder, y ese es su problema. Según el doctor Pretorius, nadie está mejor situado que él para descubrir supercherías, pues él se cree un verdadero mago, el único mago verdadero. A fin de cuentas, los hombres como él no engañan más que a ellos mismos.

—También los artificieros creen que lo saben todo.

—No es lo mismo, Pasquale. Si es verdad que se consideran capaces de resolver los profundos misterios del universo, intercambian sus conocimientos, pues estos son el fruto de una marcha común. Los de la especie del doctor Pretorius lo guardan todo para sí mismos, y cada uno de ellos está persuadido de ser el único en comprender los mecanismos que permiten acceder al poder. Ahí radica la diferencia.

Pasquale no pudo dejar de mostrar su decepción. Los florines de Mona Lisa perdidos tan deprisa. Sus mejores ropas hechas jirones.

—Entonces todo esto no ha valido para nada —dijo.

—Descendemos para poder subir. ¿Quién sabe hasta dónde vamos a llegar? No te preocupes, Pasquale. Tendrás tu dinero.

Así que Machiavelli leía los pensamientos de Pasquale. Parecía leer en los de todo el mundo, incluso (contrariamente al doctor Pretorius) los suyos.

Llegaron a la calle principal, y cuando pasaron bajo la luz de la primera farola de acetileno, Pasquale retiró por fin la mano del cuchillo. Algunos instantes más tarde, entre la primera y la segunda farola, fueron atacados.

4

Cuatro hombres surgieron de una alameda al otro lado de la calle, y al verles correr directamente hacia ellos, Machiavelli y Pasquale comprendieron que no formaban parte del carnaval. En un instante, Pasquale fue apartado de Machiavelli. Su agresor, con el aliento entrecortado y cargado de mala cerveza, cerró un brazo alrededor de su cuello pero, echándose hacia atrás, Pasquale consiguió desequilibrarle y le estrelló contra la pared. Sin aliento, el hombre soltó momentáneamente su presa y Pasquale aprovechó para aplastarle el pie y liberarse.

A esto le siguió un combate con arma blanca. El hombre, un muchachote alto y fornido, esbozó una sonrisa al ver a Pasquale sacar su cuchillo. Hizo pasar el suyo de una a otra mano con la facilidad que da la experiencia, y empezó a provocar a Pasquale con voz balbuceante, animándole a acercarse, prometiéndole que se ocuparía de él, que le iba a rajar. Se observaron durante algunos instantes girando uno alrededor del otro, y luego el hombre saltó hacia adelante. Pasquale evitó un golpe violento que podría haberle abierto el vientre, y alcanzó el brazo armado del hombre golpeando el aire un poco al azar. El hombre lanzó un grito de cerdo degollado y dejó caer su arma, que Pasquale apartó con una patada. En su locura de borracho, el otro sonrió y se le echó encima, para hincarse en el puñal hasta la empuñadura. Suspiró y se desplomó, con una mano aferrada al hombro de Pasquale, y la otra sujetándose la herida. Pasquale soltó el cuchillo y el hombre cayó de rodillas, jurando que le había matado.

Machiavelli había dejado ya a uno de los truhanes fuera de combate con un golpe del bastón; encogido como una bola sobre la calzada, el hombre gemía y se sujetaba la rodilla. Machiavelli lanzó el bastón contra el segundo y encontró tiempo para sacar la pistola, pero el tercero se adelantó por su espalda y le bloqueó el brazo. El segundo hombre se apoderó de la pistola y se volvió hacia Pasquale.

Cuando todo parecía perdido, alguien surgió de la oscuridad gruñendo, empujando a Pasquale a un lado. Era el gigantesco salvaje, el criado del doctor Pretorius. Se lanzó contra el asaltante que tenía la pistola de Machiavelli, le agarró por la cintura y por el

cuello y lo arrojó contra su acólito.

Durante un instante, todo el mundo se quedó quieto, como actores al final de un cuadro. Luego, los dos hombres que había en el suelo se levantaron a duras penas y huyeron lanzando alaridos. El que estaba herido en la rodilla miró con horror al criado del doctor Pretorius y luego se levantó y escapó siguiendo a los otros dos, cojeando y quejándose de dolor.

—Gracias —dijo Machiavelli, sin aliento, como Pasquale, cuyo corazón le rebotaba en las costillas.

El salvaje miró fijamente a Machiavelli y declaró con voz grave:

—Mi amo ha dicho que la deuda debía ser liquidada. —Con estas palabras, se marchó corriendo y desapareció en la oscuridad, moviéndose con una ligereza increíble para un hombre de su tamaño.

—No ha mostrado el menor miedo —susurró Pasquale, admirado.

—Cree que está muerto —explicó Machiavelli—. El doctor Pretorius me contó un día que cuando los magos de su isla perdida quieren avasallar a un hombre, le dan una poción extraída del hígado de cierto pez que le sume en tal estado de inconsciencia que, creyéndole muerto, la familia le entierra como si lo estuviera. El mago exhuma entonces el supuesto cadáver y le devuelve a la vida, obteniendo de ese modo un criado obediente que no conoce el miedo. Una poción encerrada en una bolsa es colgada del cuello del desgraciado, para identificarle como propiedad del mago. Es así como el doctor Pretorius procedió con su criado, pero en cuanto al modo en que lo encontró, no me dijo nada al respecto.

El asaltante herido por el cuchillo de Pasquale se puso a gimotear. Estaba encogido tirado en el suelo, con las dos manos en el vientre. Machiavelli le tomó por los cabellos para levantarle la cabeza y le preguntó que quién le había pagado, pero el hombre se contentó con decir sin un sollozo que le había matado.

—¿Qué vamos a hacer con este idiota? —quiso saber Pasquale. Ya antes había herido a alguien, pero de manera muy superficial, en una repentina y breve disputa entre borrachos, y por un motivo que tanto él como su adversario olvidaron en cuanto se derramó algo de sangre. Sabía desde entonces que podía, si quería, luchar a muerte. Era algo que estaba en él, algo embriagador e inquietante a la vez.

Se le puso la carne de gallina.

—Hay que prevenir a la milicia —respondió Machiavelli.

—Deberíamos dejarle morir.

—Eso no es muy cristiano —añadió sonriendo—. Por otra parte, quizá quiera hablarnos de sí mismo. O de la persona que le envía…

Pasquale se agachó y sujetó al canalla por las orejas, sacudiendo la cabeza de derecha a izquierda. El hombre soltó un estertor.

—¿Quién te envía? ¿Ha sido Giustiniani?

—Me has matado, hijo de puta —farfulló el otro.

Pasquale repitió la pregunta, pero no obtuvo por respuesta más que nuevos gemidos y lamentos.

—Tarde o temprano, hablará —prometió Machiavelli. Luego, levantando la cabeza—: ¡Chitón! Alguien viene.

Llegaban por donde habían huido los primeros asaltantes, media docena de hombres con trajes de carnaval, disfrazados de grifos, dragones y unicornios. A su cabeza iba un gigante… no, era un hombre sobre unos zancos que avanzaba erguido y con rapidez. Llevaba una máscara blanca que le cubría enteramente el rostro, taladrada con dos agujeros para los ojos, triangulares y bordeados de negro. Señaló a Machiavelli y a Pasquale con el dedo, y luego empezó a hacer girar una honda por encima de la cabeza. Sus tropas cargaron lanzando alaridos. Machiavelli y Pasquale huyeron al mismo tiempo que la honda lanzaba la primera piedra, que pasó junto a sus cabezas silbando.

Se trataba de una bola de cristal que se rompió en los adoquines derramando un líquido. Una espesa nube de humo de color anaranjado se elevó como un torbellino, y Machiavelli y Pasquale se hundieron en ella, y sus gargantas fueron dominadas por un abominable olor a geranio podrido. Los bandoleros les persiguieron lanzando bramidos. Uno de ellos soplaba una pequeña trompeta de carnaval. A Machiavelli le costaba avanzar y se apoyaba con pesadez en el bastón, mientras Pasquale tiraba de él con fuerza.

Tuvieron que llegar hasta la plaza del Duomo para encontrar a alguien. Allí había fieles que estuvieron presentes en la misa papal, partidarios de los Médici, y algunos participantes en el carnaval que se unieron a ellos para divertirse. Pasquale arrastró a Machiavelli al centro de aquel bullicioso grupo y, mirando a sus espaldas, vio al hombre de los zancos elevándose por encima de la marea humana,

con su rostro enmascarado de blanco volviéndose en todas direcciones. Por el momento, estaban protegidos, pero Pasquale se sentía más expuesto que cuando estaba corriendo, y buscaba por todas partes al asesino enmascarado que saldría de la multitud para atacarles.

La catedral se elevaba por encima de sus cabezas, su gran cúpula de superficie dorada brillando en la luz blanca de las lámparas convergentes, sus muros de mármol blanco llenos de tapices sobre los que, desde una torre de artificiero, temblaban imágenes transparentes que parecían dotadas de vida. La torre blanca del Campanile estaba también iluminada, y su campana, la Apostólica, daba gravemente las diez.

Machiavelli se apoyaba en Pasquale, y los hombres avanzaban lentamente en medio de la ruidosa multitud.

—¿Qué quieren de nosotros? —preguntó Pasquale, considerando que estaba casi tan sin aliento como Machiavelli.

—Presumo que son hombres de Giustiniani. Si el doctor Pretorius está al corriente de nuestra visita a la villa, es probable que Giustiniani también lo esté. Ese cabrón está tras de nosotros para averiguar lo que sabemos, o para averiguar lo que sospechemos saber.

—Pese a todo, tenemos su imagen.

—Que él piensa haber destruido. No. Simplemente, pensará que hemos sido testigos del asesinato de Giovanni Francesco.

—A menos que nos tome por sus cómplices.

—¡Muy bien, Pasquale!

—En todo caso, a estas horas nuestros agresores saben quiénes somos, porque me he dejado el cuchillo y mi nombre está grabado en la hoja. La buena noticia es que ya no veo al hombre de los zancos.

—Todavía nos queda mucho camino por recorrer esta noche. ¡Y que se vayan al diablo todos estos idiotas! Deberían estar ya acostados.

—Es muy duro para ellos, que nos han protegido sin saberlo. Querría que todos los ciudadanos de Florencia pasaran la noche fuera, hasta que nos encontremos a salvo.

—Me temo que una noche no bastará —suspiró tristemente Machiavelli.

—En ese caso, me quedaré con vos. De todos modos, ahora estoy localizado. No obstante, reconozco que me gustaría saber dónde vamos.

—Sea cual sea la razón, me alegra tu apoyo, Pasquale. ¡Esta multitud me vuelve loco! En cuanto a nuestro destino, si alguna vez lo alcanzamos, es el Palazzo della Signoria, porque allí es donde Rafael debe cenar esta noche en compañía del Papa y de los principales ciudadanos de Florencia. Debemos advertirle de lo que está pasando.

La multitud no era menos numerosa en la Piazza della Signoria. La gente había invadido el estrado principal, frente al Palazzo, en el que había sido recibido el Papa, y bebían como piratas moros festejando la captura de algún gran barco de mercaderes. Bandas de estudiantes de la universidad recorrían la plaza, desgañitándose con las canciones de sus países. Había un conflicto entre prusianos y franceses alrededor del huevo cósmico del Gran Ingeniero: los franceses parecían querer atacar la máquina que conmemoraba el gran descubrimiento del canónigo Copérnico, mientras que los prusianos defendían el honor de su héroe nacional.

—No importa que gire —gritaban, burlándose de los franceses. Más lejos, unos bailarines giraban alrededor del David de Miguel Ángel, haciendo malabarismos con las antorchas, que hacían centellear los cabellos dorados de la estatua.

También los artificieros se habían unido a la fiesta. Grandes formas luminosas giraban sobre el muro que Rosso y Pasquale habían preparado con tanto cuidado… ¿el día anterior? El artificiero, Benozzo Berni, saludó alegremente a Pasquale desde su cañón de luz. Las enormes lámparas de acetileno de su máquina silbaban y rugían, pasando la luz a través de las rendijas que la concentraban sobre unas oscilantes ruedas de cuerno pintado que reflejaban los diferentes motivos sobre el fresco del muro, enormemente ampliadas mediante espesas lentes de cristal soplado. Los rayos luminosos refractados por los bordes de las lentes lanzaron la sombra de Berni sobre los adoquines mientras este se acercaba a Machiavelli y a Pasquale. El artificiero se había quitado su toga de muchos bolsillos y sudaba dentro del jubón de tejido de punto de cáñamo bajo el calor de las lámparas. Sonriendo como un poseído, le dio a Pasquale una palmada en la espalda y le mostró el

espectáculo de luz con un gesto amplio y demostrativo.

—¡Ya lo ves! —gritó triunfalmente—. Luz animada que crea su propio cuadro. ¿Qué dices de esto, pintor?

—Puede que no sea lo suficientemente sofisticado, signor, pero más que un cuadro, no veo más que una serie de motivos proyectados por una vela en un muro.

—¡Eso es lo interesante! Los motivos luminosos actúan directamente sobre el ojo, y le dan la impresión de crear imágenes. Es un nuevo modo de pensar, ¡lo ves ahora! Lo más maravilloso es que la máquina se sirve del espectador.

—Sin duda es maravilloso, pero quizá la ciencia de las máquinas es demasiado complicada para que yo pueda comprenderla. —Quizá Piero di Cosimo pudiera apreciar aquella iluminación, pensó Pasquale, pero parecía un modo muy costoso de reproducir las formas aleatorias que se encontraban en la naturaleza por doquier.

—Haz como que lo entiendes de momento —cloqueó Berni—, pero acabarás por hacerlo. Nos encontramos en el umbral de una nueva era. El telón apenas empieza a levantarse, y podemos percibir ya las primeras luces de lo que se encuentra tras él, y estas son tan vivas que nos cuesta trabajo creer lo que ven nuestros ojos. Pero pronto tendremos que enfrentarnos a esas visiones. La máquina impone nuevos modos de producir, de actuar y, a partir de ahora, de mirar. No se puede luchar contra el progreso.

—Y, en ese caso, ¿qué es del artista? —gruñó Pasquale. Debido a su fatiga, Berni se le aparecía como un demonio desbordante de energía que quería cambiarlo todo por el simple placer de cambiarlo.

Limpiando furtivamente el sudor de su frente con un trapo rojo ligeramente quemado, el artificiero declaró:

—La edad del arte representativo está revolucionándose. Habrá nuevas clases de artistas; pintarán directamente con luz, producirán imágenes fugitivas que se fijarán en el lienzo del ojo. Será así como mi kinetoscopio hará dibujos que el ojo intentará interpretar, del mismo que el maravilloso ipseorama del Gran Ingeniero pone las imágenes en movimiento. Y esta noche hará el verdadero retrato del Papa capturando la luz del mismo. ¡Reconócelo, la edad de la interpretación y del simbolismo laborioso ha pasado!

—Para deciros la verdad —comenzó a decir Pasquale—, no sé

nada de esas imágenes animadas…

Le cortó Machiavelli, que se levantó penosamente de la caja invertida en la que reposaba en aquel instante.

—No os conozco, signor, pero permitidme que os haga una pregunta.

—¡Yo sí os conozco a vos, signor Machiavelli! —exclamó Berni esbozando un saludo—. Quizá la gaceta querría informar de los nuevos milagros que se muestran aquí por primera vez.

—Quizá. No soy yo quien debe decidirlo. Lo que me gustaría saber, Signor…

—¡Benozzo Berni, para serviros!

—Signor Berni, me gustaría saber si han entrado soldados en el Palazzo recientemente.

—Yo diría que no. Ninguno desde que llegó la gran procesión del Duomo para el banquete. Todavía están a la mesa, y debo hacer girar mi máquina hasta que se vayan… lo que me tendrá por aquí hasta pasada la medianoche, porque he oído decir que se iban a servir más de veinte platos.

—Entonces puede que no sea demasiado tarde, Pasquale. —Luego, dirigiéndole una vaga sonrisa a Berni—. Tendréis que excusarme, signor. Espero que otro día podamos discutir de vuestra maravilla.

—¡Asistís al alba de una nueva edad, signor Machiavelli! ¡Os lo digo en serio!

Mientras atravesaban la plaza, desviándose un poco para evitar a los agitados estudiantes, Pasquale preguntó:

—A vuestro entender, ¿qué va a pasar?

—No lo sé, pero algo. ¡Mira! ¡Quizá ya sea demasiado tarde! —Machiavelli extendió el brazo hacia el Palazzo, que surgía de una esquina de la plaza como si fuera un navío. Cada una de las ventanas de su fachada brillaba con luz, incluso las de su alta torre cuadrada, y banderas con las doce bolas doradas del emblema de los Médici flotaban entre las banderas de la República, donde figuraba la flor de lis florentina. Alguien había abierto una ventana de par en par bajo la cornisa almenada del último piso y se dirigía a gritos a un grupo de soldados que se encontraba más abajo.

Otras siluetas aparecieron en la ventana: dos hombres enzarzados con un tercero, que cayó bruscamente por el alféizar.

Resonaron gritos en la plaza. El hombre bajó como una piedra, se bloqueó de repente, y luego se balanceó al extremo de una cuerda dando frenéticas patadas.

Los soldados trotaban con elegancia alrededor del Palazzo para ganar la entrada principal. Una campana dejó escuchar un tañido vivo e insistente. Machiavelli y Pasquale siguieron a los soldados lo mejor que pudieron. Unos milicianos con cascos, vistiendo pantalones rojos y blancos, petos bruñidos sobre togas blancas, se esforzaban para cerrar la alta y estrecha puerta del Palazzo con sus picas, pero sin gran éxito; Machiavelli y Pasquale no eran los únicos que querían saber lo que pasaba. Empujando con decenas de personas más, acabaron por entrar en el patrio frío y resonante.

Otros soldados, los guardias suizos del Papa, se abrían camino a través de la multitud, apartando de mala manera a los que molestaban. Un oficial gritó una orden y los soldados armaron sus picas con un crepitar de trinquetes. La gente retrocedió de manera precipitada, cayendo los unos sobre los otros; desde cerca, la punta de una pica podía traspasar sin problemas el cuerpo de un hombre.

Pasquale arrastró a Machiavelli detrás de un pilar en el momento mismo en que aparecía el Papa. Iba sin sombrero, vestido con una capa blanca que caía en pliegues generosos sobre su cuerpo macizo. Criados con libreas de terciopelo negro se apoyaban a cada lado. Una tropa de cardenales con hábitos de color escarlata y con bonetes rojos se arrastraban por detrás, en medio de una nube de criados. Penetrantes y secos gritos, un formidable crujir de botas, y los soldados entrechocaron las picas para ponerse en posición de firmes. El Papa desfiló majestuosamente, pasando tan cerca de Pasquale que este último pudo ver las gotas de sudor que perlaban sus mejillas violáceas, y luego cruzó la puerta estrecha y desapareció en la noche.

Machiavelli se acercó a un consejero en la cola del cortejo; asustado, el hombre se debatió antes de calmarse cuando reconoció al periodista.

—¡No puedo hablar con vos aquí! —gritó.

Machiavelli se dirigió a él mirándole directamente a los ojos con aire tranquilo y decidido.

—Al menos, podéis decirme lo que pasa, amigo mío.

—¡Un asesinato! —explotó el consejero—. ¡Un asesinato,

Niccolò!

—No es tampoco la primera vez que el Palazzo ve correr la sangre.

—¿La sangre? No, no, era veneno. Bajo los ojos del mismo Papa. Es un milagro si estoy aquí para contarlo. Mi propia copa estaba casi al alcance de mis labios cuando cayó…

—¿Pero quién?

—¡Podríamos haber sido asesinados! ¡Todos nosotros! No hay esperanza alguna de alianza. En cuanto a lo que va a pasar ahora…

Machiavelli agarró al consejero por el forro de su pesada capa forrada. El hombre le miró haciendo girar sus ojillos redondos, con el sombrero de lado, el rostro blanco por encima de su espesa barba negra.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Machiavelli con fría insistencia.

El consejero se recuperó, se liberó de la presa del periodista y se colocó la toga y el sombrero con aire de sorpresa e indignación.

—Niccolò, mi viejo amigo, te lo ruego. Por el amor de Dios, mantente lejos de todo esto. Es una historia muy sombría, sombría y terrible.

—Simplemente quiero saber quién ha sido asesinado.

—El pintor. El pintor del Papa, Rafael. Bebió tras brindar por Su Santidad, y estábamos a punto de acompañarle cuando se agarró la garganta antes de derrumbarse. ¡Horrible, horrible! Pero basta, ya he dicho demasiado y no diré más. Cuidaos, amigo mío. No metáis ni un dedo en estas aguas. Si queréis un consejo, volved a casa sin tardanza. Esta noche va a producirse un terrible ajuste de cuentas. Si tenemos suerte, todo habrá terminado por la mañana. Si no es así… —El consejero, que no había dejado de mirar a su alrededor mientras hablaba, llamó de repente a un oficial de la milicia, apartó la mano de Machiavelli y se alejó rápidamente, seguido por dos soldados.

—Tenemos que subir —dijo Machiavelli.

—¡Así que Rafael estaba en la conspiración!

—Quizá, quizá —suspiró el periodista, cuyas tensas facciones dejaban a la vista cada uno de sus cincuenta años—. Quédate a mi lado, Pasquale. Voy a necesitar toda tu ayuda. Siempre me he esforzado por confiar más en los hechos que en las apariencias, y

Dios sabe que voy a tener que estar muy vigilante en este caso. Si lo que creo es la verdad, la pequeña conspiración en la que hemos caído se ha extendido más de lo que tendría que haberlo hecho. Desde las altas esferas no se ve más que una pequeña parte, y puede que se esté exagerando su gravedad.

Los soldados prohibían el acceso a la escalera principal, con rostros severos bajo sus viseras bajadas. Machiavelli saludó a un empleado de la oficina, que le estrechó la mano y repitió la historia del envenenamiento.

—Necesitó examinar el lugar —le cortó Machiavelli—. Creo que es menos grave de lo que parece.

—Ya han colgado al asesino, Niccolò —dijo el empleado—. No serviría de nada someter su cuerpo a investigación, y pese a todo, no sería cosa vuestra. Volved a casa.

—Sois el segundo que me da ese consejo. Esto solo hace que reforzar mi determinación.

—Nadie puede subir, Niccolò. Ni yo mismo puedo, así que os ruego que no me pidáis que os ayude.

Los soldados se apartaron para dejar subir a dos o tres personas. Pasquale reconoció a una de ellas y la llamó. El joven Baverio se volvió entornando los ojos. Llevaba la misma toga y las mismas calzas de color verde oscuro que la última vez que se vieron. Su rostro estaba muy blanco, como untado de tiza, y tenía los ojos rojos y húmedos.

Pasquale se apresuró a explicarle lo que quería Machiavelli, pero Baverio sacudió la cabeza y dijo:

—El que mató a mi maestre está muerto, y mi maestre ya no tiene nada que temer.

—El nombre de Rafael, pese a todo, tiene que ser defendido. Por favor, Baverio. En nombre de tu maestre. Me acuerdo que me ayudaste, y te estoy agradecido por ello. Ayúdame una vez más.

El muchacho se mordió el labio.

—Lo que no impide que no hayas descubierto por qué fue asesinado el pobre Giulio. Y ahora mi maestre ha muerto, y Giovanni Francesco ha desaparecido.

Pasquale se guardó de decirle que Francesco también estaba muerto.

—Todo es un lío, Baverio. No vemos de momento más que

algunas casillas del tablero. Debemos ver las demás para comprender de qué se trata.

—Si tan necesario es, entonces de acuerdo.

Tras haber hablado con sus compañeros, Baverio permitió que Machiavelli y Pasquale franquearan la barrera de soldados y subieran la escalera. Les explicó que Rafael había tenido algo así como una crisis de apoplejía tras un brindis cuando se estaba sirviendo el quinto plato del banquete. El médico personal del Papa se precipitó en su ayuda, pero fue en vano, y solo pudo decir que el vino estaba envenenado.

—Dos de mis amigos dejaron la sala —dijo Baverio con voz firme—. Atraparon al sumiller, le pasaron una cuerda alrededor del cuello y le tiraron por una ventana. Un soldado que había acudido a la carrera al oír los gritos clamando el asesinato les echó una mano. Yo no estaba presente, Pasquale, y creo que no fue lo mejor. Si hubiera probado el vino, mi señor no habría muerto. —Se formaron lágrimas en sus ojos, y echó la cabeza hacia atrás para no le corrieran por las mejillas empolvadas.

—No sirve de nada torturarse con tantos síes —le dijo Pasquale al muchacho—. Lo importante ahora es saber lo que pasó realmente.

El banquete se había celebrado en la sala de las victorias de la República, un amplio salón de techo alto que se encontraba en el corazón del Palazzo della Signoria. Dos grandes mesas ocupaban toda su longitud, y una tercera estaba colocada a lo ancho en la cabecera, bajo la escalera de caracol que subía hasta el camino de ronda cubierto. Las mesas estaban llenas de platos y vasos, finas copas acanaladas, cucharas y cuchillos de plata. Bosques de velas encendidas calentaban la estancia y la llenaban de una luz estable. Pasquale se quedó con la boca abierta ante el esplendor extravagante de los gigantescos frisos de Miguel Ángel que mostraban la guerra contra Roma y sus aliados, la batalla de Caseína en una de las paredes, la victoria florentina de Anghiari enfrente, donde las tortugas acorazadas del Gran Ingeniero atravesaron las líneas enemigas, y donde los supervivientes fueron diezmados por los cañones de tubos múltiples. Luego, se recuperó y siguió a Machiavelli y a Baverio en dirección al grupo de personas reunidas a la mesa del fondo, donde se encontraba el trono papal

recubierto de un palio.

El cadáver de Rafael estaba extendido bajo una pesada tapicería que habían arrancado de una de las paredes. Machiavelli se agachó y descubrió el rostro suavemente. Sus labios estaban azules y llenos de espuma; sus ojos estaban cerrados con dos florines de plata. Machiavelli levantó la cabeza hacia quienes le rodeaban y preguntó que quién era el médico. Cuando un hombre atractivo de cabellos grises se adelantó, inclinó la cabeza y dijo que había tenido ese honor, Machiavelli le preguntó:

—¿Llegasteis pronto?

—Muy deprisa. A Dios gracias, porque en caso contrario, habría habido otras víctimas. El veneno le llegó a los pulmones, como confirman la espuma y la cianosis de los labios, bloqueándole la respiración. Se agarró la garganta, y luego sufrió una apoplejía. No sufrió antes de morir.

—En ese caso, era un veneno violento.

—Naturalmente, signor.

—¿Diluido en el vino?

—Aquí está la copa de Rafael. Está vacía, pues derramó su contenido al caer, pero he analizado el vino que había sobre el mantel y he encontrado veneno. Un milagro, os digo, que Rafael bebiera antes que los demás.

—Brindó —dijo Baverio—. Era un fiel amigo de Su Santidad, y eso fue lo que le mató.

El capitán de la guardia del Palazzo tomó la palabra.

—El sumiller tenía por misión verificar que no hubiera veneno en el vino. En lugar de eso, debió añadirlo.

—No ha sido la amistad la que ha matado a Rafael —declaró Machiavelli—, ni tampoco el vino, a mi entender. —Examinó la mancha negra del veneno revelado por el análisis de la pesada capa de lino, luego recogió el vaso derramado tomándolo por el pie, lo olisqueo y añadió—: Es muy sutil. No analizasteis la copa, ¿verdad?

—¿Para qué? El vino…

—Me gustaría que lo hicierais, signor. Únicamente el borde de la misma, pero con cuidado. Mientras tanto, me gustaría que fueran a buscar el vino que se sirvió.

—El sumiller fue ejecutado —replicó el capitán de la guardia.

—Lo sé —dijo secamente Machiavelli—, pero no le tiraron por la

ventana junto con su vino. Traedme al que lo sirvió aquí, en la mesa de honor.

El médico profirió una exclamación, y blandió la copa. El colorante revelador del veneno había dejado su depósito negro bajo la banda de oro que bordeaba la copa.

—Bien —dijo Machiavelli, aparentemente satisfecho—. Una cosa queda establecida. Hace mucho tiempo que no tengo el privilegio de asistir a un banquete como este, pero creo recordar que se cambiaba de copa con cada nuevo vino.

Me temo que el hombre que fue acusado, juzgado y ejecutado, lo fue injustamente. No era el vino lo que estaba envenenado, sino la copa.

—El veneno del cristal procede, sin lugar a dudas, del vino —objetó el médico.

—No se encontraría una señal como esa, doctor. Si el cristal hubiera sido contaminado por el vino que contenía, la marca se extendería de igual manera por la pared. Aquí, por el contrario, encontramos una marca con forma de anillo, un anillo muy fino en el interior de la copa. Ese veneno es un veneno de contacto, ¿cómo iba a ingerirlo?

—No podría atravesar la piel a menos que hubiera un corte o una llaga, si os referís a eso.

—Es exactamente lo que quiero decir —confirmó Machiavelli, con los ojos brillantes por la fiebre, tan apasionado estaba con la investigación—. Esto es lo que pasó. El asesino debía saber que el vino y la comida serían controlados en la cocina y por los jefes de comedor antes de ser servidos. Por ello mismo, se untó el dedo con veneno y lo pasó por el borde de una copa que luego colocó ante el desdichado Rafael. Fijaos en que la marca circular queda rota allí por donde bebió Rafael, y el veneno se depositó en sus labios. Hay que subir el cuerpo del sumiller para analizar sus dedos. Estoy seguro de que el resultado será negativo. Ah, aquí está el vino. ¿Tenéis un vaso limpio?

Machiavelli se sirvió una dosis generosa y luego se la bebió de un trago. Un murmullo recorrió la asamblea.

—Ya lo veis —dijo sonriendo—. Estoy sano y salvo. El vino no estaba emponzoñado, y eso es bueno, porque sería un pecado mortal corromper semejante néctar. No, era en la copa de Rafael

donde se encontraba el veneno, y fue puesto ahí deliberadamente. No se trataba de un vasto complot contra el Papa y los buenos consejeros de la Signoria. Una única persona era el objetivo: Rafael.

El capitán de la guardia llamó a cuatro de sus hombres. Bajo los abucheos de la multitud que se amontonaba en la plaza, subieron el cuerpo inanimado del sumiller y lo tendieron en el suelo, bajo la ventana por la que le habían tirado. El médico aplicó su colorante a los dedos del muerto mientras Machiavelli canturreaba maquinalmente.

—No hay rastros —reconoció al fin el médico levantándose con un suspiro.

—Eso demuestra simplemente que no está contaminado —dijo alguien.

—¿Creéis que habría empleado guantes? —gruñó Machiavelli—. ¿Dónde están? ¿Quién debía colocar las copas, capitán?

El hombre reflexionó muy serio antes de responder.

—Yo diría que nadie en particular. Cualquiera de los criados que servían en la mesa de honor.

—¡Bien, pues habrá que reunirlos para someterlos a examen! Pasquale, serás más útil reconfortando al pobre Baverio. —Tomó a Pasquale por el hombro y añadió en voz baja—: Quédate con él, y mira a ver qué puedes sacarle. Quizá Rafael fuera asesinado porque estaba al corriente de algo. —Luego, elevando la voz—: Capitán, no será haraganeando por aquí como vayamos a dar con el asesino.

Cuando se marcharon, una vez que los soldados se hubieran llevado el cadáver del pobre sumiller, Pasquale tomó a Baverio por la mano y lo llevó a sentarse al extremo de la última mesa. Pasquale tenía hambre, pero no pudo decidirse a tocar las frutas y los trozos de pan que se amontonaban en las bandejas o desperdigados por las mesas, no con el cuerpo de Rafael yaciendo aún allí, sobre la tarima, al extremo de la inmensa sala iluminada por las velas.

Como si hubiera leído los pensamientos de Pasquale. Baverio dijo de repente:

—Estamos aquí para velar el cadáver de mi maestre.

—Los soldados volverán. Puedo ir a buscarlos ahora mismo, si quieres.

Baverio negó con la cabeza.

—¿El signor Machiavelli descubrirá a quién lo mató?

—Podemos ayudarte, si nos das los medios necesarios.

—¿Hay alguna relación de todo esto con el cristal que encontré?

—Sí, sí, eso creo. —Luego, viendo que no podía retrasarlo más —: Baverio, vimos cómo asesinaban a Giovanni Francesco. Él también fue envenenado, pero con un gas asfixiante.

Aunque pálido como un sudario, Baverio mantuvo una voz pausada.

—Sabía que estaba muerto. Cuando no volvió esta mañana, lo comprendí, lo mismo que mi maestre. Por esa razón decidió tomar la palabra.

—Si hay algo que tu maestre supiera, ¿podrías decirme de qué se trataba?

—Todo cuando dijo es que se trataba de un secreto de vuestro Gran Ingeniero. Pensaba que habría hecho cantar a Giulio Romano de un modo u otro, lo que obligó al pobre desgraciado a robar lo que habíamos encontrado, el pequeño objeto volador y la caja con la placa de cristal, aunque este último secreto no lo es tanto, naturalmente, a partir de esta noche. Pero ignoraba que Giovanni Francesco estuviera igualmente involucrado. —Baverio se volvió hacia el fondo de la sala, allí donde el cadáver de Rafael yacía en su sudario de tapicería y luego volvió a mirar a Pasquale, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Mi pobre maestre, Pasquale! ¡Quería tanto a sus discípulos!

—¿Sabes por qué iba a hacer cantar a Romano? ¿Por un asunto pasional?

—¿Pasional?

—Bueno —dijo Pasquale, pensando en Mona Lisa—, me refiero a alguna relación con una mujer casada.

—¡Oh, no! Nada parecido. Mi maestre… pero no quiero hablar.

Se produjo un silencio. Pasquale volvió a la carga.

—¿Y Romano?

—Según mi maestre, trabajaba en un proyecto destinado a producir… obras de un cierto género artístico. Del que ya te imaginas.

—«Empalmaduras», quieres decir. Creí que le confiarían tareas más prestigiosas. —Pasquale volvió a pensar en la imagen obtenida en la chimenea de Giustiniani y supuso que se trataba de alguna clase de «empalmaduras» para quien tuviera inclinaciones

blasfemas.

—Nunca vi lo que eran —ajustó Baverio—, pero sé que era algo en particular, algo más realista que las estampas o los grabados habituales. Mi maestre vio una de esas obras, y dijo que era un perfecto travestismo del arte. Tengo la impresión de que el fragmento de cristal que te entregué formaba parte de todo esto.

—¿De qué manera?

—Es el Gran Secreto que el Gran Ingeniero ha revelado esta noche. Un modo de registrar la luz y las sombras. Sus asistentes han traído a esta sala grandes lámparas y la misma caja que encontré entre las cosas de Giulio, pero más grande. Todos los que se encontraban en la mesa de honor, el Papa, mi maestre y los miembros de la Signoria, se pusieron delante sin moverse. El Gran Ingeniero llamó al proceso «tomar una imagen».

Pasquale pensó en la placa de cristal ennegrecido por algún procedimiento químico, y luego en la imagen que había salvado de las llamas, la extraña imagen oscura. El arte de la sombra, el arte de las sombras… El doctor Pretorius había dicho que los artificieros iban a dejar a los artistas sin trabajo, pero aquel invento que se contentaba con capturar la imagen de una escena no podía explicarlo todo. Aun cuando existiera aquel invento, no reflejaría totalmente la realidad. No incluiría ningún relato, ninguna gracia, ningún simbolismo evocador y profundo por medio de todo lo cual la pintura aportaba contento, placer y gloria a Dios.

Empezó a interrogar a Baverio al respecto, pero cuando este empezaba a hablar, un temblor extraño y estruendoso rompió la tarima. Los cuchillos y las copas tintinearon encima de las mesas; la llama de las velas vaciló. Mientras Pasquale y Baverio se interrogaban con mirada atemorizada, un inmenso clamor se elevó desde alguna parte del exterior de la sala. Un instante más tarde, el capitán entró corriendo, seguido de cerca por sus soldados, y les gritó a los dos jóvenes que tenían que marcharse.

Baverio empezó a hablar del cuerpo de su maestre, dijo que estaba allí para ponerlo a salvo. El enloquecimiento le hizo alzar la voz; el capitán le abofeteó y le dijo con una emoción apenas algo mejor contenida:

—No es momento para ocuparse de eso, idiota. Estamos siendo atacados. Tu maestre estará bien donde está, no corremos el riesgo

de que se largue.

Pasquale fue levantado de su silla por dos soldados, Baverio por otros dos. Mientras les llevaban hacia la puerta que daba a la escalera principal, un trueno estalló en el camino de ronda cubierto que remataba el otro extremo del salón. Arriba, las ventanas volaron hechas pedazos en medio de un estruendo de cristal roto, y a continuación una marea de humo se derramó en el interior.

El capitán empezó a gritar avisando del fuego, pero en aquel instante, Pasquale fue golpeado por la acre fetidez del geranio podrido. Sus ojos y su nariz le picaron y chorrearon, y comprendió enseguida cuál era la causa de lo que estaba pasando.

Los soldados que retenían a Pasquale empezaron a sofocarse. Lo aprovechó para soltarse de su presa y taparse la nariz y la boca con una mano, mientras que con la otra agarró a Baverio por una manga y lo arrastró fuera de la sala.

A los pies de la escalera, el patio estaba llenándose del sofocante vapor naranja, y una multitud asustada de soldados, empleados y curiosos se apretujaba y se empujaba intentando salir todos al mismo tiempo. Sin soltar la manga de Baverio, Pasquale se dejó llevar por el tropel y ambos se encontraron fuera, en la noche negra y fría iluminada por la luz de las antorchas.

Pasquale, arrastrando consigo a Baverio, encontró refugio debajo de la plataforma de ceremonias que salía del Palazzo. La mitad de su mente, dominada por el miedo de la multitud, le decía que todo podía pasar, en cualquier momento; la otra mitad, la mitad racional, le decía fríamente que observase con cínica fascinación el modo en que la magia podía llegar a desafiar incluso lo más sólido e inquebrantable. Se preguntó dónde andaría Machiavelli.

Por encima de donde se encontraban los dos jóvenes, el humo anaranjado salía como a chorros por las ventanas del segundo piso del Palazzo. La máquina cósmica del Gran Ingeniero estaba hecha pedazos, la mitad inferior del huevo había sido devorada por el fuego, las lámparas centrales del sol perdieron el aceite cuando se rompieron. A su alrededor yacían cuerpos reducidos a muñecos carbonizados. Algunos todavía gritaban, agitándose débilmente en un charco de su propia sangre. La gente corría de aquí para allá, entre ellos los soldados, tan perdidos como todos los demás. Saliendo del tejado almenado del Palazzo, cohetes encendidos

cayeron sobre la plaza con silbidos estridentes, arrastrando tras ellos grandes melenas de chispas, explotando secamente en los adoquines o rebotando en medio de la multitud. Y aquí y allí corrían hombres enmascarados, montados en zancos, lanzando bolas de cristal que liberaban al romperse nubes de humo anaranjado. El aire entero era activo y deletéreo, picando la piel del rostro, haciendo que los ojos y la nariz chorrearan. Era una escena como la que se veía en los cuadros de la escuela flamenca que se recreaban mostrando lo más grotesco del infierno.

Un soldado lanzó la punta de su pica contra uno de los hombres de los zancos; el proyectil falló su blanco y atravesó directamente la plaza para alcanzar el cañón de luz de Berni, rompiendo la armadura que sujetaba las lentes. Los motivos de la fachada del banco se fijaron alrededor de una mancha blanca con venas de líneas negras y desenfocadas. Un segundo soldado hizo girar el astil de su arma por encima de la cabeza y lo lanzó y se enredó en las piernas de uno de los hombres de los zancos, que cayó sobre los adoquines, con el cuerpo sacudido por violentos chorros de humo: una reserva de bombas asfixiantes, explotando todas al mismo tiempo. La multitud retrocedió ante aquel nuevo horror.

Baverio se deslizó por entre los dedos de Pasquale y se lanzó hacia la plaza en dirección a la torre del Gran Ingeniero, que se elevaba por encima de toda aquella agitación, sus luces tan lejanas como las estrellas. Pasquale se percató de aquello y echó a correr tras él, zigzagueando entre la gente que corría en todas direcciones.

Uno de los hombres de las calzas se abalanzó para detenerle, soplando a pleno pulmón en una trompeta de carnaval. Sin máscara, dejaba a la vista una cara fina y blanca y espesos cabellos rojos. Pasquale cambió de dirección, renunciando a seguir a Baverio para protegerse él mismo, y corrió a toda prisa hacia la estrecha calleja que rodeaba la Loggia. El pelirrojo de las calzas le lanzó una bomba asfixiante por encima de la cabeza que le cerró el paso. Reía a carcajadas, seducido por aquel jueguecito. Pasquale giró una vez más, y vio, elevándose por encima de la multitud, a otros dos hombres con calzas que llegaban a toda prisa en un sentido, y un coche de dos caballos que se le echaba encima por el otro. El coche llevaba el blasón de la casa de los Taddei.

Sin tener tiempo de lanzarse hacia el tiro de caballos, Pasquale

fue devorado por la sombra de los dos hombres de las calzas. Lanzó un grito de desafío. Cuando el más cercano estaba ya sobre él, aparecieron unas flechas en su pecho y retrocedió vacilando, golpeándose contra su compañero. El tiro giró para evitarle, sacudiendo las cabezas sus dos caballos blancos. La puerta del coche se abrió con un chasquido y un hombre se inclinó hacia afuera, tomó a Pasquale por la cintura y le arrastró al interior en el momento en que el hombre de las calzas, mortalmente, herido, caía al suelo y explotaba.

5

Había mucha agitación en el Palazzo Taddei a pesar de lo avanzado de la hora, pasada la medianoche, cuando Pasquale y Baverio llegaron a él. Les esperaban en cuanto bajaron del coche; Baverio fue conducido en una dirección y Pasquale en la contraria. Este último, febril, intrigado y en todo caso poco dispuesto a dormir tras su enfrentamiento con los hombres de las calzas, siguió el movimiento sin hacerse de rogar. Un paje le hizo entrar y le condujo a presencia del mismo Taddei, que mantenía audiencia en el salón del primer piso, donde un sargento de la milicia estaba dando su informe.

Taddei estaba sentado en un asiento de alto dosel cerca de la monumental chimenea, con su rostro mofletudo y agresivo iluminado por un lado por la corona de lámparas de acetileno que silbaban en el techo, y por el otro por la luz temblorosa de la fogarada. Llevaba un pesado traje de brocado y un turbante bordado de hilo de oro. Con los ojos medio cerrados, escuchaba el relato del sargento, que se atropellaba al hablar, acerca de una revuelta en el barrio de los obreros, en la orilla opuesta del río. Sentado a una mesa cerca de él, su secretario anotaba lo que decía el sargento. Al otro lado de la chimenea se encontraban un joven endeble vestido de negro y un cardenal con su hábito escarlata y un bonete rojo, los dos escuchando con atención.

Las manufacturas que trabajaban día y noche habían cesado su

actividad, al parecer, porque los obreros, los *ciompi*, habían abandonado sus puestos de trabajo para ir a saquear el sector de comerciantes que alimentaba su barrio desfavorecido. Pasquale comprendió que el informe del sargento se refería a la defensa asegurada por un destacamento de la milicia de un almacén que pertenecía a Taddei.

—Esos piojosos son capaces de quemar sus propias casas llevados por la cólera —concluyó el sargento—, pero con un poco de suerte no pensarán en atacar las fábricas y los almacenes, o en atravesar los puentes. Saben que si lo hacen, tendrán que enfrentarse a las tropas de mercenarios además de a las nuestras, y no creo que tengan verdaderamente ganas de luchar.

El cardenal se inclinó hacia adelante. Era un hombre atractivo que parecía tener unos cuarenta años, cabellos marrones y muy cortos y con flequillo sobre la frente, una nariz larga y recta, y ojos de párpados cargados, que fijaba en el miliciano. Una gruesa cruz con incrustaciones de pedrería colgaba de su cuello mediante una gruesa cadena de oro.

—Podéis estar seguro de que lo intentarán con los puentes —dijo—. Esta revuelta está dirigida por los seguidores de Savonarola, de eso no cabe ninguna duda.

—Os pido perdón, Su Eminencia —replicó nervioso el sargento —, pero ni siquiera los seguidores de Savonarola, de los que debo decir que no he visto ni rastro, podrían dirigir adecuadamente esta multitud caprichosa. Los *ciompi* no tienen a nadie a la cabeza, no esta vez. No defienden ninguna causa, se han levantado por el simple placer de levantarse. Es un cada uno por sí mismo, se toma lo que se puede y se quema lo demás. Viven como animales y se comportan del mismo modo.

El cardenal portaba anillos en cada dedo. Les hizo ir de un lado para otro en los brazos labrados de su butaca esperando con impaciencia contenida a que el sargento hubiera terminado de hablar; luego dijo:

—Los de Savonarola acabarán por dejarse ver antes o después. Estos últimos tiempos han estado muy activos entre los obreros de las manufacturas.

—Eso es verdad —confirmó Taddei—. Se descubrió a uno de ellos en uno de mis telares no hace ni siquiera un mes. Se hacía

pasar por un maquinista, y animaba a sus compañeros a la revuelta. Le hice azotar ante la muralla de la ciudad y arrojarle a prisión, y despedí a todos los obreros que estaban en su equipo. Pero allí donde hay uno, hay más, si no en mis propios talleres, al menos en los de mis asociados menos vigilantes que yo.

—¿Cuáles son vuestras instrucciones, signor Taddei? —preguntó el sargento.

—Quiero guardias ante todas mis manufacturas y almacenes. Conocéis ya las condiciones de pago, y sé que os resultarán aceptables. Marchaos ahora, sargento, tenéis una larga noche por delante.

—Signor —dijo el sargento muy serio—, si los de Savonarola están mezclados en todo esto, puede que pida refuerzos para defender los puentes.

El joven vestido de negro preguntó con tono sarcástico:

—Si debéis defender los puentes, no atacaréis a los artificieros, ¿no es así? —Era un muchacho de bastante más edad que Pasquale, con una melena rubia alborotada y un rostro como la hoja de un cuchillo, cuyas hundidas mejillas estaban cubiertas de granos. Tenía la mano izquierda metida por el hueco de las rodillas y se masajeaba el ligamento con ayuda del pulgar y el índice.

—Tenéis que esclarecer por qué esa llamada de refuerzos nunca llegó hasta vos —le dijo Taddei al sargento—. Cuando alguien es remunerado como lo sois vos, tiene que poder arreglar un asuntillo como este.

—En el peor de los casos —masculló el sargento—, podríamos ocuparnos de los mensajeros, y hacer creer que se producía un ataque de los amotinados…

—No quiero saber cómo pensáis hacerlo —dijo Taddei con disgusto. Luego, volviéndose hacia su secretario—: Marchetto, anotad esto. No quiero verme mezclado en esta insurrección.

—No de manera aparente —corrigió el joven con una sonrisa sin humor.

—De ninguna manera —insistió Taddei con firmeza—. Id a cumplir con vuestro deber, sargento. Rogaremos por vos.

El sargento saludó y luego se retiró con paso vivo, y Taddei sonrió a Pasquale como si acabara de darse cuenta de su presencia.

—Ven aquí, muchacho. Acércate. Quizá sepas algo sobre la

situación que pueda aclararle las cosas a mi amigo aquí presente. —Volviéndose hacia el cardenal, añadió—: Es el muchacho del que os he hablado.

El cardenal se llevó a los ojos unos impertinentes con forma de tijeras, detrás de los cuales miró largamente a Pasquale.

—Ah —dijo al fin—, el aprendiz de Giovanni Rosso. Poseo un cuadro pequeño del maestre de Rosso, Andrea del Sarto. Una vieja pintura del antiguo estilo, pero que siempre me ha procurado placer.

—He aprendido mucho de mi maestre —dijo orgullosamente Pasquale—, así como de Piero di Cosimo. Quizá hayáis visto los grabados del cadáver de Giulio Romano… Pues bien, el autor soy yo. Conozco todas las técnicas de grabado, entre ellas la de punta de plata, todos los secretos de la pintura al fresco, y los de toda forma de pintura que pueda necesitar Su Eminencia. En este mismo momento estoy trabajando en la representación de un ángel como nunca antes se ha visto…

—Ay —cortó el cardenal—, no estoy aquí para hablar de pintura.

—Si le complace a Su Eminencia, quizá podría aceptar al menos una muestra de mi talento. —Pasquale retiró la flor de lis florentina que llevaba en su jubón de sarga negra (había raspado ligeramente los bucles de pan de oro en el curso de sus aventuras, pero todavía brillaba con suaves destellos) y se la ofreció. Se preguntó si debía besar el anillo del cardenal. A decir verdad, nunca antes se había encontrado con un cardenal; apenas sabía que se debían besar los pies del Papa (se había hablado poco antes, tras haber descubierto que León X, cuando iba de cacería, se calzaba con ligeras botas altas de cuero que impedían que le besaran los pies). Algunas gacetas habían observado que los Médici pervertían la Santa Sede para su comodidad personal, lo mismo que antes habían pervertido el gobierno de Florencia.

El cardenal tomó el pequeño broche y lo hizo girar entre sus largos y blancos dedos.

—Si pudiera llevar este objeto en público —dijo—, sería el más feliz de los hombres.

Taddei hizo una señal y el paje trajo un taburete. Cuando se sentó, Pasquale se dio cuenta de que debía levantar la cabeza para

mirar a los demás.

—Este joven participa en la investigación de Niccolò Machiavelli sobre el asesinato de Giulio Romano —explicó Taddei—. Le hemos ayudado en el Palazzo della Signoria y acto seguido le hemos traído hasta aquí. —Se volvió hacia Pasquale—. Supongo que estabas en compañía del signor Machiavelli para investigar la muerte de Rafael.

—Sí, es exacto. —Pasquale no sabía muy bien lo que podía decir, pero aquel reconocimiento no aparentaba tener consecuencias.

—Creía que Machiavelli había quedado reducido al papel de gacetillero —dijo el cardenal—, un empleo bastante triste para un hombre de su talento. Eso nos regocija. ¿Los miembros de la Signoria se alegran al verle volver a los negocios?

—No creo que sean conscientes de ello —respondió Taddei—. Yo mismo contraté a Machiavelli para que investigara a título privado sobre la muerte del desafortunado Giulio Romano. El asesinato de este último…

—Sí, sí —cortó el cardenal—. Lo sabía todo de esta sombría historia por Rafael, apenas una hora antes de que él mismo fuera asesinado. No habría creído que Florencia fuera tan peligrosa. Sin embargo, ignoraba que Machiavelli estuviera investigando sobre este asunto. Una elección arriesgada, pero que nos complace mucho. Siempre hemos considerado a Machiavelli como un amigo de nuestra familia.

El corazón de Pasquale se contrajo cuando comprendió quién era el cardenal: Julio de Médici, el primo del Papa. Se preguntó en qué avispero se había metido. Naturalmente, el signor Taddei era un buen amigo de Rafael, y el Papa no podía ignorarlo, pero Pasquale empezaba a entender que en aquellos círculos nada era sencillo. Como en un cuadro, donde cada objeto no existe más que con un sentido alegórico, cada acción era acompañada allí de una sombra amenazadora.

—Veo que has reconocido a mi ilustre invitado —le dijo Taddei a Pasquale—. Puedes estar seguro de que es un amigo de Florencia.

—No dudo que todos vuestros amigos sean amigos de Florencia, signor —aseguró Pasquale.

—También he de presentarte a Girolamo Cardano. Es

matemático y, lo que tiene más que ver con el asunto que nos interesa, un especialista en magia natural y mi astrólogo personal.

El joven de negro, Cardano, se movió en su asiento haciendo una mueca.

—En lo que me concierte, considero que Machiavelli es un estratega de pacotilla, un dramaturgo competente, un poeta de lo más vulgar, y un hombre de Estado fracasado. No se puede confiar en él. Sus propios amigos reconocen que, por amor a esta ciudad, ha escupido en muchas sopas. Pero bueno, nunca tenéis en cuanta mi opinión para actuar.

—Por el contrario, mi buen Girolamo —dijo Taddei—, siempre hay una gran parte de verdad en lo que decís. Por el contrario, en lo referente a Machiavelli, hay que saber que demuestra una verdadera fascinación por los problemas y los enigmas. Si es lo suficientemente complejo, un problema puede poseerle hasta devorar por completo su atención, y tengo la sensación de que eso es lo que pasa con este asunto. Ya no necesito pedirle que lo resuelva. Solo vive para hacerlo. —Posó su pesada mirada en Pasquale—. Háblanos de su pesquisa, muchacho. Y, antes que nada, dinos dónde se encuentra en este momento. Mis hombres no han conseguido encontrarle, pues en ese caso estaría aquí contigo.

—A decir verdad, signor, preferiría que estuviera aquí con nosotros, porque no sé dónde está y temo por él. Le vi por última vez en el Palazzo della Signoria. Se había ido con el capitán de la guardia para interrogar a los criados que estaban de servicio cuando murió Rafael, tras haber descubierto que el asesino no era el sumiller.

Pasquale contó lo que había ocurrido en el Palazzo della Signoria, dirigiéndose principalmente a Taddei, pero vigilando al cardenal con el rabillo del ojo. Cuando hubo terminado, se dio cuenta de que el paje acababa de aparecer a su lado con una bandeja de oro en la que habían depositado un cubilete de vino adornado con pedrerías. Bebió de buena gana, y acto seguido los fuertes vapores del vino invadieron su cabeza, como arrastrados por el calor del fuego.

Cardano se movió en su asiento, haciendo muecas de repente como si acabara de recibir un golpe. Pasquale observó que su pulgar y su índice estaban cerrados, como una pinza, sobe el músculo que

colgaba bajo su rodilla, y que automáticamente le hacían llegar lágrimas a sus ojos. El joven astrólogo sorprendió su mirada y dijo burlón:

—Como Machiavelli, necesito que me recuerden la debilidad de mi cuerpo.

—El signor Machiavelli se da a la bebida —dijo Taddei, divertido—. Girolamo se inflige dolor. Pretende que si no lo hiciera sería invadido por una angustia intelectual. No cree que exista, ya ves, a menos que esté sometido a un ligero sufrimiento.

Cardano hizo como que no había oído y le dijo a Pasquale:

—No nos has dicho por qué te perseguían los hombres de las calzas.

—El por qué, señor, no lo sé. Me pareció que atacaban a cualquiera que al pasar llamase su atención.

—Disfraza su pensamiento —declaró Cardano. Con un gesto lánguido y mínimo de la muñeca, hizo aparecer una máscara blanca como por arte de magia, y la blandió, de modo que la luz del fuego iluminó todos sus ángulos. Se la arrojó a Pasquale, que la atrapó por reflejo. Aquella máscara tenía agujeros para los ojos, triangulares y con bordes negros, y cintas negras para que pudiera ser atada detrás de la cabeza. Las cintas estaban tiesas por la sangre seca.

—Una máscara veneciana de carnaval —dijo el astrólogo—, arrebatada a uno de los hombres de las calzas. ¿Qué puedes decirnos de los venecianos, pintor?

—Nada más que lo que ya parecéis saber.

Con un nuevo gesto lánguido, Cardano hizo aparecer una cajita recubierta de cuero negro. Abrió una tapa deslizante que ocultaba un orificio como una punta de alfiler en uno de sus costados. Pasquale comprendió en el acto de qué se trataba: Baverio le había dado una descripción completa.

—Hemos encontrado este objeto entre las cosas del desafortunado Giuliano Romano —explicó el signor Taddei sin agresividad.

—Falta una parte —dijo Cardano—. La tienes tú, o eso creo.

Pasquale se dio cuenta de que sudaba a chorros pese a la sensación que tenía de estar sumergido en un baño de hielo.

—Solo es un trozo de cristal untado con alguna sustancia negra.

Lo veía muy claro: estaba colocado encima de una pila de

papeles en el escritorio de Machiavelli, junto al pequeño objeto volador.

—Ah —dijo Cardano—, ya veo. En fin, habrá que creerte.

—Os bastaría con preguntarle al paje de Rafael. Él me lo confío con la mejor de las intenciones. Pensaba que podría servirme para averiguar quién mató a Romano.

—Difícilmente —dijo Cardano—. ¿Qué has hecho con él?

—Ya no lo tengo —respondió Pasquale. Al ver la ceja enarcada del signor Taddei, se sintió obligado a añadir—: Se lo di a Niccolò, al signor Machiavelli. ¿Ese objeto tiene alguna importancia?

—Puede tenerla o no —respondió Cardano—. Todo depende de la imagen que capturó.

—Es entonces alguna especie de espejo mágico —dijo Pasquale.

—La magia no tiene nada que ver en todo esto —replicó el astrólogo—. La caja protege una imagen en una placa de cristal tratado que la fija ennegreciéndose más o menos según la intensidad luminosa que recibe. La placa que viste podía o no contener una imagen, pero no había sido tratada para ser insensible a la luz. Por eso viró al negro cuando quedó expuesta. No me digas que ignoras este procedimiento, pintor. No deberías: va a marcar el fin de tu profesión.

—Esas son cosas de las que ya he oído hablar —dijo Pasquale.

—El Gran Ingeniero ha decidido revelar su invento tras haber descubierto que un espía se había apoderado de él —dijo Taddei—. Muy juiciosamente, hizo un retrato del Papa y de los que le rodeaban.

—Es una operación muy larga —precisó el cardenal—. ¡Cuánto se quejó León! Tuvimos que permanecer sentados dos largos minutos, y León tuvo que mantener la cabeza apoyada en un soporte concebido por el Gran Ingeniero, pues el menor movimiento habría movido la imagen.

Pasquale comprendió de repente la verdadera naturaleza de la imagen carbonizada que tenía en su bolsa. No era un dibujo, sino una imagen real, los vestigios de una escena que realmente había tenido lugar, Giustiniani había posado para figurar en ella, ya fuera por vicio o por vanidad, y Francesco había intentado aprovecharse de ello para chantajearle. Pero si aquel era un aparato inventado por el Gran Ingeniero, ¿cómo se lo habían procurado los ayudantes

de Rafael? ¿Se lo había dado Salai? Y si era así, ¿con qué fin?

En respuesta a aquellas preguntas, que se amontaban unas encima de otras dentro de la cabeza de Pasquale, Taddei explicó:

—Uno de esos aparatos desapareció de los talleres del Gran Ingeniero. Parece que Romano era un espía.

—Pero no al servicio de Roma, a pesar de su nombre —dijo el cardenal—. Se le habría prometido a Giulio Romano una mejor situación a cambio de servicios menores. No era un hombre desleal, pero empezaba a decirse que había trabajado demasiado tiempo a la sombra de Rafael. La corte de España le habría propuesto trabajar para ellos, pidiéndole que ejecutara determinadas tareas. Pero el pobre Romano era un inocente, y fue muerto en cuanto descubrió lo que sus amos querían saber, al menos, eso creemos.

Durante un momento, Pasquale tuvo la sensación de estar atrapado por el silencio que se hizo de repente en la larga habitación iluminada por el fuego. Luego, le dijo a Taddei:

—Si sabíais todo esto, ¿por qué nos confiasteis la tarea de encontrar a su asesino?

—No sabía nada hasta esta noche —protestó Taddei—. He sido informado por un mensaje que recibí apenas unos instantes antes de tu llegada. Parece que el que ha robado el cuerpo de Rafael quiere intercambiarlo por ti, joven.

—¿Ese mensaje ha sido enviado por Giustiniani?

—Su autor permanece en el anonimato. Denuncia la traición de Romano, y pide que seas conducido a la orilla sur del Ponte Veccio a una hora determinada. ¿Por qué sospechas de Giustiniani?

—Vi cómo asesinaban a alguien en su villa —respondió Pasquale.

Cardano se inclinó hacia adelante.

—Quizá fuera el hombre desaparecido, Giovanni Francesco. Eso lo explicaría todo. Si Francesco era el cómplice de Romano, puede que lo matara para recibir una doble recompensa. Luego, él mismo moriría por no haber podido cumplir con su misión.

Pasquale decidió no decir nada de la imagen de la misa negra, ni del objeto volador, ni del intento de chantaje de Francesco. Muy bien podía ser que Francesco fuera el asesino de Romano —Romano no habría dudado en abrirle la puerta de la torre de señales—, pero no habría tenido tiempo de lavarse la sangre de su víctima entre el

grito agónico de Romano y las investigaciones que dieron comienzo casi en el acto. Y aunque Francesco fuera el asesino de Romano, ¿por qué había ido a tratar con Giustiniani? Sin duda, antes hubiera intentado recuperar la caja —estaba en posesión de Taddei, y por ello mismo a su alcance—, e igualmente podría haberle quitado a Romano el objeto volador. De momento, agotado y más que un poco achispado por el vino cabezón que le habían servido, Pasquale no encontraba explicación a todo aquello. Lamentó no poder beneficiarse del juicio claro y vivo de Machiavelli… luego pensó con angustia que quizá no volviera a verle nunca más. Los hombres de Giustiniani podrían haberle matado durante el ataque al Palazzo della Signoria.

—Harías bien en contarnos, Pasquale —dijo Taddei—, lo que pasó exactamente en la villa de Giustiniani.

Cuando Pasquale hubo terminado, guardándose de hablar del chantaje, se produjo un silencio que acabó por ser roto por el cardenal.

—Lamentamos que la situación haya dado un giro tan malo, tanto más cuando mi primo pensaba en proponerle a Rafael que terminase la capilla que Miguel Ángel ha abandonado desde hace tanto tiempo.

—Sin duda que Giustiniani era el agente del acuerdo entre Romano y España —dijo Taddei—, y que continuaría tirando de los hilos si pudiera hacerlo. Por eso mismo sus hombres intentaron capturar a este muchacho. En cuanto al asesinato de Rafael, es una ignominia que podría ayudar a los seguidores de Savonarola en su guerra clandestina. De repente, parece que estamos jugando un juego a tres manos.

—El cuerpo de Rafael debe ser restituido —dijo el cardenal—. Pese al amor que siente mi familia por Florencia, mi primo no podrá evitar la guerra si no vuelve a Roma con él.

—Rafael es un invitado en nuestra ciudad —le dijo Taddei a Pasquale—. Que se le asesine, puede pasar: siempre se puede dar la excusa de una conspiración savonarolista. Pero que roben su cuerpo y que Florencia no pueda recuperarlo… Si tal es el caso, habrá guerra entre Roma y Florencia. Y una vez rota la alianza, nada detendrá a España. Todo el mundo sabe que no se contentará con el sur de Italia. Quiere conquistarlo todo, incluidas nuestras colonias

en el Nuevo Mundo. Su flota acecha en los alrededores desde hace una semana, y sin duda desembarcarán tropas en cuanto empiece la guerra. Desde el momento en que los españoles apoyan a los de Savonarola, los problemas que buscaban al fin han llegado.

—Me sorprendería que Florencia fuera atacada —replicó Pasquale—. Nos defiende el genio del Gran Ingeniero, cuyos inventos vencieron a los ejércitos de Roma y Venecia tras el asesinato de Lorenzo.

—¡Qué ironía que sea el hijo de Lorenzo quien haga la guerra contra Florencia por culpa de este triste asunto —suspiró el cardenal.

—Hoy por hoy —le dijo Taddei a Pasquale—, todos los Estados disponen de las mismas armas, copiadas de las que antes tuvo Florencia y a veces incluso con mejoras. Todos los gobiernos tienen cañones lanzacohetes, escudos acorazados móviles, fuego griego y todo lo demás. Si el Gran Ingeniero ha inventado nuevas armas, no se lo ha dicho a nadie, ni siquiera a la Signoria.

—Es un hombre viejo —dijo Cardano—. Cuentan que está loco, que no piensa más que en escapar del diluvio que anegará el mundo. Ignoro lo que España espera descubrir, pero, a fin de cuentas, dos hombres han muerto por un invento que no tiene ninguna utilidad militar, y que, en todo caso, es conocido por todo el mundo.

—Como sabéis —dijo el cardenal—, hoy he visto al Gran Ingeniero. Diría que parecía totalmente replegado en sí mismo. No ha dicho ni una palabra, ni una sola vez ha mirado su maravillosa máquina cósmica. Ha dejado que sus ayudantes hicieran el retrato de mi primo sin darles la menor instrucción.

—Hace mucho tiempo que no ha inventado nada —dijo Cardano —. Desde el desarrollo de su universidad, su propia imaginación no ha dejado de declinar.

—Esta situación pone en peligro la misma existencia de la República —remarcó Taddei—, así como la renovación de su alianza con Roma.

El cardenal asintió, súbitamente grave. Cardano clavaba en Pasquale una mirada sombría y profunda, con el labio inferior mordisqueado entre sus dientes.

—Entiendes que actuamos así porque nos vemos obligados a ello

—le dijo Taddei a Pasquale.

—No tenemos nada en tu contra —añadió Cardano.

Se escuchó un estruendo de armaduras; una decena de soldados pasaron bajo la arcada de la puerta, al otro extremo de la sala, penetrando en ella con paso rápido. Cardano desenvainó una fina y corta espada. Pasquale se levantó de un salto y blandió su taburete para detener el asalto y, luego, con un golpe hizo volar la espada de la mano del astrólogo. El arma cayó al otro lado de una alfombra persa, y Pasquale corrió a recogerla para enfrentarse a los soldados, moviéndola hacia todos lados para mantenerles a distancia.

Durante un momento, no se escuchó más que el suave crepitar del fuego.

Acto seguido, con un gesto circular, un cabo hizo saltar unas tenazas de combate, cuyas mandíbulas dentadas hicieron presa en la coronilla y en el hombro izquierdo de Pasquale. El dolor se concentró entre aquellos dos puntos, vivo como la luz.

El cabo retorció su arma. La piedra golpeó en la cadera de Pasquale, por debajo de su espalda. La espada se le cayó de las manos, rebotando en las losas del suelo. Su cuerpo estaba paralizado. Tenía los ojos levantados hacia las bovedillas blancas del techo, cada una de cuyas jorobas mostraba un *putto* dorado, con las mejillas redondas y la boca de color rojo cereza, sonriendo. Una sombra se extendió sobre Pasquale. Cardano se inclinó sobre él y le cubrió delicadamente la nariz y la boca con un trapo apestoso.

6

El líquido vaporoso con el que estaba impregnado el trapo no durmió por completo a Pasquale. Era como si flotase en la frontera del sueño y el despertar, como si estuviera en la cama encajable de la exigua habitación que compartía con Rosso y su macaco, dejándose despertar por el dolor apagado de una boca de madera. Sentía que se movía, y en su sueño, o lo que tomaba por tal, se veía volar como una flecha a lomos de un águila diabólica, como el mago Gerberto que había cabalgado un demonio para escapar de la

Inquisición antes de convertirse en Papa con el nombre de Silvestre II. El águila volvió su horrible rostro cornudo hacia él y, con un movimiento de las alas, le hizo caer de su espalda. Pasquale intentó gritar, pero ningún sonido salió de su boca. Unas enormes fauces cayeron sobre él y se lo tragaron haciendo chirriar los dientes, y luego le escupieron en la oscuridad.

Cuando Pasquale se despertó, fue para sentir las sacudidas de un vehículo. Tenía la cabeza como atrapada en un tornillo, y la boca pastosa con un mal sabor azucarado. Estaba tendido boca abajo sobre el suelo del coche, a lo largo entre dos bancos en cada uno de los cuales había un soldado. Tenía las manos atadas con una fina y sólida cuerda, y aunque los pies no estaban atados, no contaba ni con la energía ni la voluntad para intentar incorporarse, y menos aún levantarse.

Los soldados, tan macizos vistos desde el suelo como estatuas de emperadores romanos, llevaban pecheras de hierro y cascos provistos de un pico alargado y un penacho elevado que formaba cuernos, la clase de rarezas que llevaban los mercenarios albaneses que empleaban los mercaderes para proteger sus convoyes de carros. Por lo que veía, Taddei había mantenido su palabra: llevaban a Pasquale para intercambiarle por el cadáver de Rafael.

El coche se detuvo con un ruido de chatarra, y uno de los mercenarios se asomó por la ventana —Pasquale escuchó el resonar del pestillo cuando dio en el tope y luego sintió una corriente de aire frío— para gritarle algo al cochero. Con el aire frío, que ayudaba a Pasquale a recuperar las fuerzas, entraba un sonido difuso, como el rugido del mar, así como cierto olor a quemado.

El coche volvió a arrancar, y el rugido se hizo más fuerte: hombres que gritaban; un crepitar caótico de disparos; gritos. El coche se detuvo de nuevo. Uno de los mercenarios hablaba con alguien, pidiéndole que mirara, que tenía un salvoconducto en el que se podía ver el sello de los Diez. La puerta del coche se abrió bruscamente, con lo que redobló el rugido de la multitud. El rayo de una linterna iluminó el interior. Fuertes manos arrastraron a Pasquale para dejarle sentado; en el último momento, este pensó en cerrar los ojos, para hacerles creer que estaba sin conocimiento.

—Esta es la basura que debemos conducir al otro lado del río —dijo el primer mercenario.

—Y antes de la noche —añadió el segundo.

—Podéis intentarlo —dijo un tercer hombre de acento florentino —, pero no podréis cruzar por este puente, ni por ningún otro.

—Es imprescindible que crucemos por aquí, capitán —insistió el primer mercenario—. Tenemos un importante trabajo que hacer al otro lado. Tomad, este papel dice que podemos contar con vuestra ayuda.

—Os doy mi opinión —dijo el capitán—, es todo lo que tengo.

—Pues quedáosla —replicó el segundo mercenario—, y dadnos a cambio algunos hombres.

—Necesitaríais todo un ejército para atravesar esta maldita multitud —dijo el capitán—, y yo necesito a cada uno de mis hombres.

—Este papel dice…

—Sé leer —cortó secamente el capitán—, al contrario que vos. Traedme a quien lo haya escrito y quizá os escucharé. Si no, esto es lo que os propongo: dad media vuelta e intentad atravesar el río por el transbordador de Sardinia. El sello de vuestro documento quizá consiga impresionar a algún desdichado barquero.

—Cuando volvamos, informaremos de vuestro comportamiento —prometió el segundo mercenario—. No olvidaré vuestra cara.

—De acuerdo en eso. Mientras tanto, dad media vuelta y despejad el puente. Cualquiera que intente pasar a través de la multitud por la fuerza no hará más que calentarla aún más. Intentadlo con el transbordador. Si no tenéis éxito con vuestro papel, siempre podéis robar una embarcación. Es la especialidad de los mercenarios, ¿no es así?

Los dos hombres juraron contra el capitán con soltura e inventiva, y el hombre se echó a reír. Luego, un ruido metálico se escuchó a lo lejos seguido de un alarido, y el capitán exclamó:

—¡Vamos, ahora ya veis por lo que tenéis que dar media vuelta! ¡Marchaos ahora mismo!

Un cañón retumbó muy cerca, y el tiro de caballos se sobresaltó e hizo avanzar ligeramente el coche. La puerta golpeó, tan fuerte que movió el vehículo. Pasquale se quedó en el suelo y aprovechó mientras los dos mercenarios discutían en su idioma gutural para arriesgarse a abrir un ojo: reflejos de llamas que bailaban en el techo del coche, la visión fugitiva de cabezas que pasaban ante la

ventana. Luego, el casco con cuernos de uno de los mercenarios tapó la vista, pues el hombre se había asomado a la ventanilla para gritarle al cochero que avanzara. Este último encontró que tenían que repetírselo, pues el mercenario gritó y juró que tenían que ir al otro lado del puente, que era perentorio hacerlo, en el acto, ¡en el acto y al galope!

El coche arrancó tan bruscamente que Pasquale rodó contra las botas de los mercenarios, que le devolvieron a su sitio a patadas como si fuera un tronco, cubriéndole de moratones. Resonaron golpes en los costados del vehículo; un postigo se rompió con fragor. El coche osciló, los golpes eran cada vez más violentos; luego, se detuvo.

Disparos, ensordecedores en el espacio cerrado. Los dos mercenarios estaban en cuclillas cada uno ante una ventanilla, desde donde disparaban con una cadencia rápida. Mientras tanto, dominado por el pánico, Pasquale intentó levantarse, uno de los hombres lanzó un grito y cayó hacia atrás, sobre él.

Pasquale sintió la sangre tibia del mercenario mojando su toga. Se retorció bajo el cuerpo inerte del hombre y le palpó la cintura con sus manos atadas, pero no le encontró el cuchillo. Luego, el cuerpo se desplazó, el primer mercenario levantó a Pasquale por el pelo para arrastrarle fuera del vehículo y gritando le sacó a la noche llena de ruido y de fuego.

Se encontraban en el Ponte Veccio, pero era como estar ante las puertas del infierno. Las tiendas ardían en su totalidad de un lado a otro, con el techo hundido, las llamas se elevaban hacia el cielo donde las chispas giraban cada vez más altas. Las lámparas de acetileno rotas escupían melenas silbantes de llamas amarillas. Al otro extremo del puente se podía ver a una multitud de hombres, con el rostro enrojecido por la luz del fuego, los ojos como fulgurantes alfileterazos. Algunos saltaban sobre el parapeto, o sobre el tejado de las raras tiendas que todavía no habían ardido. Un inmenso clamor agitado llegaba desde sus filas, así como una lluvia de pequeños proyectiles, que solo aparecían cuando caían describiendo arcos a la luz del fuego. La mayor parte pasaban por encima del vehículo, pero algunos caían a su alrededor en la calle, piedras que crepitaban, botellas que volaban en pedazos. Un cuerpo yacía algunos *braccia* más lejos, y otros estaban dispersos a los dos

lados del puente, pequeños montones indistintos a la luz de las llamas.

Los disparos desgarraron el cielo: los soldados que defendían la barrera que el coche había forzado estaban replicando. Pasquale vio a un hombre vacilar sobre el parapeto antes de caer en el río, perdiéndose el grito que pudiera haber dado en su caída entre los de la multitud.

A los dos extremos del puente en llamas, en las dos orillas del río, había también inmuebles incendiados, asentados en sus propios reflejos invertidos.

El mercenario enrolló los dedos en los cabellos de Pasquale y tiró de su cabeza secamente hacia atrás.

—Esos cerdos milicianos han acabado con el cochero y con Luigi. Intenta escapar y te vuelo el cerebro. No lo dudaré.

Pasquale tenía la boca seca. Se pasó la lengua por el paladar para hacer correr la saliva y dijo:

—Me parece que tu amo me quiere vivo.

—Oh, me pidió que te llevara al otro lado del puente, eso fue todo. Muerto o vivo, para mí es igual. Pero creo que los soldados de allí te querían vivo, porque, en caso contrario, nos dispararían con el cañón, como hacen con los amotinados para rechazarlos.

—¿Qué esperas de mí?

El mercenario volvió a agarrar a Pasquale por el pelo y luego le dio media vuelta.

—Vamos a volver —dijo—, y les vas a pedir que nos escolten hasta el otro lado del río. Puede que te a ti te escuchen, porque eres un joven de buena familia.

Pasquale no creía lo que oía. Se rio en la cara del mercenario, que perdió la sangre fría y le envió a morder el polvo. Pasquale no preguntó nada más: rodó bajo el coche, se levantó como pudo al otro lado y, luego, sin ver ninguna solución, echó a correr hacia el barracón de la milicia, agitando las manos atadas por encima de la cabeza y gritando que le habían raptado. Tras él, el rugido de la multitud redobló: cargaba. Pequeñas luces parpadearon y vacilaron entre las filas de la milicia; luego, alrededor de Pasquale, las primeras balas empezaron a resonar al chocar con el adoquinado del suelo. Una de ellas rebotó sobre el parapeto y se hundió silbando en la oscuridad que envolvía el río.

Pasquale se arrojó al suelo y procuró hacerse lo más pequeño posible. Llovían también pedazos de materiales ardientes, algunos de los cuales impactaron en el coche y le prendieron fuego. El mercenario cayó de repente de culo, agarrándose el peto traspasado. Había materiales en llamas por todas partes sobre el pavimento; el colmo del horror fue que un cadáver había sido alcanzando y estaba ardiendo, y con una terrible ilusión de vida se retorcía lentamente en medio de un halo de llamas anaranjadas y un humo grasiento, contrayendo los músculos por efecto del calor.

Un cañón tronó. La bala silbó en el cielo, se llevó el tejado de una tienda en llamas y se desvaneció en la oscuridad. La multitud se batió en retirada, los hombres pisoteaban a los heridos en su huida. Los dos caballos atados al vehículo estaban piafando, con los ojos fuera de las órbitas, dejando correr la espuma mientras tiraban del freno.

Pasquale volvió corriendo al coche, porque era el único refugio que había sobre el puente. Con las manos atadas en cruz, no pudo alcanzar el picaporte, pero consiguió llegar al banco del cochero saltando sobre el escabel. El hombre estaba muerto, caído hacia un lado; Pasquale se llenó las manos de sangre cuando intentó arrancarle las riendas. Con una patada, liberó el freno y restalló las riendas sobre los lomos sudorosos de los caballos, que se lanzaron en el acto hacia la multitud. Durante un instante de alegría, a Pasquale le pareció que iba a conseguirlo, pero el coche chocó contra un velocípedo estrellado que quedó encajado entre los radios de las ruedas delanteras. El coche derrapó sobre los adoquines, sus ruedas con reborde de hierro hicieron saltar surtidores de chispas.

Los caballos tropezaron, asustados al verse en aquel estrecho pasillo bordeado por las llamas. Pasquale intentó tirar de las riendas, pero ya no tenía fuerzas para hacerlo. El coche derrapó hacia una carnicería en llamas, y Pasquale saltó, rodando varias veces sobre la calzada.

Mientras se levantaba titubeando, dos hombres salieron de la multitud para correr hacia él. No, uno de ellos era un simio. Era Fernando, el macaco de Rosso. Se acuclilló junto a Pasquale, mirándole con sus ojos marrones y vivos. El hombre que sujetaba el collar de hierro del simio y que bajó hacia Pasquale una mirada sonriente no era otro que Giovanni Rosso.

7

Al mismo tiempo que la multitud se lanzaba hacia adelante, elevando de nuevo su clamor protestatario, Rosso se sentó sobre los talones y cortó la cuerda que ataba las muñecas de Pasquale. Le faltaba piel en cada articulación, y aquello fue todavía más doloroso cuando dobló las manos temiendo tener rotas las falanges. Pero aquel no era el caso.

Rosso le ayudó a atravesar la multitud densa y ruidosa. Pasquale se había pasado ya antes todo un día mirando a los locos de Sardinia titubeando entre las rocas y las carcasas despellejadas de caballos y mulas a fin de tomar notas y hacer bosquejos. Eran las mismas expresiones que veía en aquel momento a su alrededor, desde la rabia irracional hasta el estupor de los labios colgantes. El calor subía de los incendios que ardían a ambos lados del puente. El olor a carne quemada resultaba asqueroso. La luz que temblaba por encima de los cuerpos apretujados de la multitud era de color bermejo, cinabrio y oro. El sudor, el acre olor del humo que se instalaba en el fondo de la garganta, el crepitar las llamas. Cuando el cañón tronó, todo el mundo, o casi, cayó de rodillas, y luego se levantó lentamente para abalanzarse de nuevo.

—¡Podrían matarnos a todos con una sola bala! —le gritó Pasquale a su maestre.

—Y destruir el puente de paso, sin duda —replicó Rosso—. No, disparan para mostrarnos que pueden hacerlo, y apuntan al canal central en lo más profundo del río. La hora de matar todavía no ha llegado. Necesitan órdenes para hacerlo.

A Pasquale le daba vueltas la cabeza y no se extrañó en lo más mínimo de que su maestre estuviera allí para ayudarle.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Lejos de aquí, antes de que acaben por recibir la orden de volver los cañones hacia la multitud y despejar el puente con balas de cadena. ¿Las has visto ya? Son dos pequeñas bolas de hierro unidas por una cadena como de un palmo de larga. Pueden cortar a un hombre en dos. Las llaman los cojones del Gran Ingeniero, porque, como ellos, nunca engendrarán hijos.

Cuando Rosso y Pasquale hubieron llegado al otro extremo del

puente, abriéndose paso a través de los oportunistas vendedores ambulantes y sus clientes, descendieron los escarpados escalones que lo unían con el Camino Nuevo que había sido construido en voladizo más o menos cinco años atrás. Era un paseo muy apreciado por los artificieros, desde donde podían admirar el sistema de canales en el que habían encerrado el Arno, la Gran Torre donde vivía su maestre y las manufacturas que les habían hecho ricos y poderosos.

Rosso se detuvo, y señaló con uno de sus gestos el espectáculo del puente que ardía un poco río abajo.

—¿No es maravilloso, Pasqualino? ¡Pintaré una tela como nunca antes se ha visto! ¡El fuego, las aguas negras, los hombres que se matan unos a otros en un baño de sangre! ¡Es conocida mi maestría en los claros y sombras, pero ahí voy a demostrar de lo que soy verdaderamente capaz! ¡Si encuentro al cliente adecuado, sacaré por lo menos cuatrocientos florines!

Pasquale no pudo reprimir una sonrisa.

—No hay nadie como vos para pensar en el dinero en un momento como este, maestre. ¿Debemos andar por mucho más tiempo?

—¿Qué te pasa? ¿Te duele la pierna? Hay que reconocer que sufriste una buena caída, aunque te libraste como si fueras un verdadero acróbata. Ah, Pasqualino, nunca he entendido por qué te costaba tanto intentar mejorar tu condición. Hay que estar atento a las buenas ocasiones. Nuestro problema, el de los toscanos, es que estamos demasiado inclinados a las frivolidades, lo que explica por qué nos vemos rodeados por la desgracia y la miseria.

Pasquale se echó a reír, con una risa que subió desde lo más profundo de su ser hasta convertirse en algo incontrolable, tanto que tuvo que sujetarse en la balaustrada del paseo para no caerse al suelo. Bajo sus manos, la barra de hierro estaba ardiente.

—Sí —siguió diciendo Rosso—, sé lo mucho que te divierte el trabajo. Pero si trabajaras un poco más y soñaras un poco menos, Pasqualino, serías un hombre rico. ¡Mira allí arriba! Debe ser la manufactura de telas del mercader Taddei la que está ardiendo. ¡Mira los colores que los tintes les dan a las llamas!

—Me encontraba con el signor Taddei hace menos de una hora.

—Lo sé.

—¿Y eso? Maestre, ¿cómo lo sabéis?

—Vi su blasón en el lateral del vehículo, eso es todo —respondió Rosso, con voz indiferente.

Llamó al simio, Fernando, que se balanceaba perezosamente en la balaustrada. El animal saltó a tierra y se unió a él sin prisa, con la marcha despreocupada y contoneante de un marinero. Apoyó una mano en el muslo de su amo y levantó hacia él una mirada de súplica; Rosso dejó caer una uva que Fernando tomó entre sus sólidos dientes amarillos.

—Sucia bestia —dijo Rosso afectuosamente, frotando con el puño su frente huesuda—. Debería darte de comer algo que no fueran uvas. Te gustan tanto como a Eva las manzanas, y tu sonrisa demuestra que lo sabes. Sucia bestia, sucia bestia, criatura débil y corrompida. No tendrías que haberle enseñado a robar, Pasquale. Eso es lo que ha causado su perdición.

—Estáis en el asunto, maestre. ¡Decidme la verdad o me volveré loco!

Rosso pareció divertido.

—¿De qué quieres hablar, Pasqualino?

—Conocéis a los ayudantes de Rafael. Ahora recuerdo que me hablasteis mucho de ellos en la misa en San Lucas, pero, en aquel momento, creí que eran solo chismorreos que habíais oído.

—Y sabes lo mucho que me gustan los chismorreos, ¿no es así? Ah, Pasqualino, te has pasado tanto tiempo en compañía del célebre periodista Niccolò Machiavelli que ves conspiraciones por todas partes, y sin duda España estará detrás de cada una de ellas.

Pasquale tembló.

—¿Tenéis un cigarrillo, maestre?

Rosso le dio uno, colocó un segundo entre sus labios y encendió los dos con ayuda de su cuerda de fuego. Pasquale inhaló ansioso una larga calada de humo fresco. Sus manos temblaban tan fuerte que le costaba trabajo mantener el cigarrillo sujeto entre el pulgar y los otros dedos, cuyas junturas despellejadas le picaban por culpa del aire frío de la noche.

—Estaba con compañía de Niccolò Machiavelli cuando os vi —dijo—, pero de momento no os reconocí. Fue en los jardines de la villa del mago veneciano, Giustiniani. Supongo que estabais allí para acompañar al ayudante de Rafael que tenía el mismo nombre

que vos, Giovanni Francesco. El asesinato de Giulio Romano contrarió vuestros planes. ¿Quizá era él el jefe? También puede ser que le robaran algo que pensabais cambiar con el veneciano por la promesa de una nueva situación.

—En efecto, puede que algo fuera robado. Sí, digamos que… fuimos pillados por sorpresa.

Aquello hizo latir más deprisa el corazón de Pasquale.

—Si habláis de la caja que captura y fija la luz —dijo—, soy yo el que la tiene.

—Oh, no. Siempre ha sido nuestra. Es un aparato experimental, pero que pronto será conocido por todos. Rafael había recibido uno para probarlo, pero no tardó en cansarse, y Giulio consiguió encontrarle un mejor uso. Un uso más lucrativo, digamos de momento. Y no fue asesinado, Pasqualino, a menos que se considere asesinato un accidente ridículo. Por el momento, diremos que no fue asesinado por las manos de ningún otro hombre.

Rosso, cuyo rostro estaba iluminado en una mitad por el puente en llamas, parecía divertido, cruel y distante. Dejó salir un hilo de humo entre sus labios fruncidos. Debía parecerse a Lucifer escuchando las vanaglorias de algún pobre pescador, porque su crimen era tan grande que sobrepasaba la medida del pecado humano, por negro que fuera el corazón del pescador… esperando el día en que los artificieros pudieran desafiar a los cielos.

—Deduzco que sabéis cómo murió Giulio Romano —dijo Pasquale—, pero que no queréis decírmelo.

—Estoy seguro de que puedes comprenderlo si te molestas un poco. Pero, a decir verdad, no tiene importancia. No que el pobre Giulio muriese, naturalmente, sino el modo en que eso pasó.

Rosso se apartó de la balaustrada y tomó a Pasquale por los hombros, empujándole hacia adelante.

—Nos queda un poco de camino por recorrer —anunció—. Prosigamos con la conversación mientras andamos.

—Bueno —dijo Pasquale, obstinado—. Tras la muerte de Giulio, tuvisteis que cambiar de táctica, y sin duda decidisteis amenazar al mago veneciano. Por reacción, este mató a Francesco, y vos huisteis con Fernando. Os vi a los dos cruzar el prado de césped a la luz de la luna. Tomé a Fernando por un enano.

—Te mueves en ambientes extraños, Pasqualino.

—Más de lo que os imagináis, es posible.

—Taddei y su mago de servicio no son extraños a todo esto —apuntó Rosso—. Un poco estirados, sí, pero no extraños. El Papa mismo emplea un astrólogo: como si los poderes de la Santa Sede no se extendieran a la adivinación. Continúa, Pasquale, todavía no estás ni por la mitad. Sin embargo, me impresiona que sepas tantas cosas.

Pasquale reconoció que ya no sabía nada más, y que por lo demás todo eran conjeturas.

—Supongo —dijo— que el veneciano hizo asesinar a Rafael porque le creía mezclado en vuestra conspiración, aunque, a mi entender, no era así. Y ahora, alguien tiene el cuerpo de Rafael, y también me quiere a mí. Por eso escapé, maestre. Taddei contaba con cambiarme por el cuerpo de Rafael.

—Eso no tiene nada que ver. Durante algún tiempo, Giustiniani nos ha servido de intermediario, y tras el estúpido accidente que mató a Romano, empezó a presionar para que le entregásemos lo que le habíamos prometido. Creyendo que él también tenía algo con lo que presionar, Francesco fue a parlamentar con Giustiniani. Yo estaba en contra, debo decirlo. Sabía que esa serpiente de Giustiniani se reiría de cualquier intento de chantaje. Se complace con la degradación… porque, después de todo, no es más que una manera de alardear de su fuerza. Hice cuanto estuvo en mi mano para disuadir a Francesco para que no fuera, pero el pobre idiota se negó a escucharme, así que le seguí. Como tú. Ya sabes lo que pasó allí, que no pude hacer nada por el desgraciado Francesco y tuve que huir para salvar mi propia vida. Ahora, sin embargo, no necesito pasar por un intermediario: puedo tratar directamente con los que pueden darme lo que quiero a cambio de mi ayuda.

Se apartaron del camino para subir por la ruidosa escalera de hierro, y luego atravesaron la gran arteria.

—¿Dónde vamos, maestre? —quiso saber Pasquale.

—A ver a unos amigos míos. Quizá puedas ayudarles. Y a cambio… ya veremos, ¿no te parece, Pasqualino?

Rosso condujo a Pasquale a lo largo de una calle estrecha y sinuosa que trepaba colina arriba, alejándose las altas y bellas mansiones que daban al Arno. Las barracas de los *ciompi* se amontonaban en la colina, un enjambre agitado de formas negras

que se dibujaban sobre una tierra negra. Pocas luces brillaban. Los adoquines de la calle dieron paso al lodo. Un fuerte olor a quemado flotaba en el aire frío de la noche, destacándose del acre relente del arroyo de evacuación que gorgoteaba en el centro de la calle.

Pasquale se detuvo y dijo:

—¿Vuestros amigos son españoles, maestre? Porque, si tal es el caso, preferiría no ir más lejos.

—Vaya manera de darme las gracias por la ayuda que te he prestado.

—Mil gracias por vuestra ayuda, maestre, pero no quiero verme mezclado en todo esto.

—Ya estás mezclado, Pasqualino —cloqueó Rosso—. Además, sé cosas que te interesan. Por ejemplo, sé dónde se encuentra tu amigo Niccolò Machiavelli. ¿No quieres volver a verle?

Cuando Pasquale intentó huir, Rosso le tomó por el brazo y consiguió arrojarle al embarrado camino. Sorprendido, Pasquale se quedó tendido cuan largo era. Era más fuerte que su maestre, pero no tenía la energía necesaria para combatir. El simio balbuceó, tirando del jubón desgarrado de Pasquale con cierta inquietud, tocándole el rostro con sus gruesos dedos callosos. El joven tranquilizó al animal y se levantó lentamente.

—Eso no era necesario —dijo.

—Sé lo que vas a decirme, Pasqualino. Que soy un traidor, que he conspirado con los enemigos del Estado. Pero te aseguro que te equivocas. A propósito, nos están vigilando desde el momento en que dejamos el puente. Te he salvado la vida, porque si hubieras huido, sin duda te habrías hecho matar.

—Si os descubren, seréis ahorcado por traición. ¿Habéis al menos pensado en eso?

—Ya sabes lo duros que son estos tiempos para los artistas. Debemos encontrar mecenas donde podamos. Poco importa quiénes sean. Todo lo que cuenta es el arte que su apoyo nos permite crear. Y ya estoy cansado, Pasqualino, cansado de malvivir pintando jarrones con flores y máscaras de carnaval, y cuadros guarros para los mercaderes lúbricos y sus insípidas esposas. Sé que tengo talento de pintor, y necesito dar con una situación confortable para explotarlo. Muchos de los nuestros se han ido a buscar trabajo a Francia, e incluso allí los artificieros ganan terreno, reemplazando

el arte por malas reproducciones. España, por el contrario, siempre se muestra como nuestra amiga. Son tantos miembros los de la familia real, hay tantos duques y príncipes que quieren mostrarse como mejores mecenas y mejores conocedores que su vecino, que quieren glorificarse financiando grandes obras. Oh, pero olvido que tú piensas que puedes trabajar sin ningún tipo de ayuda, y vivir del aire del tiempo, si no me equivoco.

—Os lo ruego, maestre. Os prohíbo que os burléis de mí.

Rosso pareció no haber oído a Pasquale.

—Mira allí abajo —dijo en voz baja—, mira un poco el espectáculo que nos ofrecen. ¡Qué maravillosa luz de catástrofe! El cuadro que voy a pintar…

Se encontraban muy por encima del Arno. Los tejados apilados de las burdas casas de los *ciompi* rodaban colina abajo en dirección al río. El Ponte Vecchio seguía ardiendo, un rastro de fuego ardiente y vivo. A cada lado del puente, el río era como una cinta de cobre, de bronce fundido, y la luz de las llamas bailaba en sus aguas perezosas. Detrás se elevaba la erizada ciudad, la cúpula iluminada del Duomo, las torres y las agujas de los *palazzi* y de las iglesias, y la torre del Gran Ingeniero, con sus cadenetas de ventanas y su remate de fanales rojos y verdes. Los ruidos eran ligeros y apagados, un gruñido lejano remarcado por cañonazos.

—Allí estará muriendo gente —dijo Pasquale. Y sin embargo, era algo bello, en efecto, aunque de un modo extraño, poderoso y embriagador. Veía cómo ascendían los surtidores de chispas de los edificios en llamas sobre el puente, apagándose con la altura, como una inversión de la larga caída del ángel rebelde.

Observando las dudas de su discípulo, Rosso dijo:

—Oh, estamos en una posición elevada con respecto a ellos. Siempre de lejos se puede medir la catástrofe, ¿no es así, Pasqualino? Las batallas son los mejores temas de pintura, esa única hora desesperada en la que se arregla cualquier conflicto. La vida y la muerte oponiéndose en una lucha infinitamente concentrada.

—Nunca olvidaré las numerosas y grandes discusiones que sostuvimos sobre la teoría del arte, maestre. ¿Estamos lejos?

—Enseguida, espera. Por eso nos hemos detenido. —Luego, adelantándose hacia la entrada de una casa en ruinas—: Lo siento, Pasqualino.

Abrió la puerta de golpe y empujó al joven pintor al interior.

8

Un hombre saltó sobre Pasquale en cuanto entró en la casa en ruinas. Le placó contra el suelo aplastándole con todo su peso, y le metió la cabeza en un saco que apestaba a tierra mojada. Pasquale se debatió intentando ponerse de pie, pero el hombre se arrodilló sobre sus riñones y le ató las manos detrás de la espalda antes de levantarse. Solo entonces le retiró el saco de la cabeza, dejándole frente a frente con Niccolò Machiavelli.

El periodista se retorcía en el aire, con los pies a un palmo del suelo de tierra, suspendido por los brazos de una cuerda que pasaba por encima de la viga maestra del armazón. Era una versión burda de la garrucha, la tortura empleada por la policía secreta. Un hombre bestial tiró del otro extremo de la cuerda y elevó ligeramente a Machiavelli.

Este gimió, y Pasquale gritó. Luego, una mano le cerró la boca y le hicieron atravesar a empujones la habitación.

Aquella habitación era lo esencial de la casa en ruinas, bajo un tejado cubierto de matas de aulaga para detener las gotas de lluvia que podían filtrarse por entre las pizarras sueltas del tejado. Dos hombres estaban sentados en unos bancos situados cerca de un triste fuego de turba y pedazos de madera, del que ascendía un hilo de humo dulzón. Uno de ellos vestía el hábito de tela oscura, con una cuerda a la cintura, de un monje dominico. Joven, un poco rollizo, con el cráneo rasurado, tenía un rostro de luna llena de delicadas facciones. El otro le sonrió a Pasquale, que tembló de miedo al reconocerle: era el antiguo amiguito del Gran Ingeniero, Salai.

—¡Atención, Pasquale! —gritó Machiavelli balanceándose al extremo de la cuerda.

Rosso se agachó para cruzar la puerta de la casa en ruinas, arrastrando al simio tras él. Pasquale se arrancó de la presa del canalla que le había atado las manos, y conminó a su maestre para

que pusiera fin a aquella comedia en el acto. Rosso estiró la cadena del simio y se la enrolló alrededor de la mano, le dio una uva al animal y dijo sin levantar los ojos:

—No puedo hacer nada por ti, Pasquale.

Salai esbozó un pequeño aplauso burlón.

Machiavelli gimió de nuevo mientras le levantaban un palmo más por encima del suelo mugriento. El animal que sujetaba la cuerda era el sujeto más imponente que Pasquale hubiera visto nunca. Tenía una barba cerrada, un parche en un ojo y un cuchillo de hoja curva y dentada metido en el cinturón.

—Vamos —dijo el monje—. Todavía no es el momento de gritar, signor Machiavelli. No hemos empezado.

—El techo no es lo bastante alto para hacer una buena garrucha —observó Salai—, así que puedes alegrarte, periodista. —Guiñándole el ojo a Pasquale, añadió—: ¿Sabes cómo se hace?

Pasquale lo sabía bastante bien. Cierto día hizo dibujos del interrogatorio de un seguidor de Savonarola para el boletín que se entregaba a los miembros de la Signoria. Se parecía también al juego que practicaba cuando era niño: suspendido de la rama de un árbol en el olivar de su padre, apretando los dientes para resistir los calambres en los brazos y los hombros, las torceduras de las muñecas y el fuego que sentía en los dedos, hasta que ya no podía soportar el peso de su cuerpo y acababa por soltarse, dominado por un formidable sentimiento de liberación y caer encantado, libre, sobre la hierba seca y perfumada del verano. Se podía imaginar cómo sería aquello sin liberación, y se volvió para no ver el suplicio de Machiavelli, rojo de vergüenza y de cólera.

—Te diré cómo me le hicieron a mí mismo un día de estos —continuó diciendo Salai—. Te elevan en el aire, luego sueltan la cuerda de golpe. Caes, pero no caes hasta abajo, y la parada está a punto de descoyuntarte los brazos. Luego te elevan de nuevo. Te lo hacen cuatro veces antes de interrogarte, aunque en ese momento estás ya listo para decir lo que sea.

Rosso avanzó tímidamente dos pasos en la habitación, sujetando al simio por la correa, y dijo:

—Supongo que habréis hablado.

—Claro que habló —escupió Machiavelli levantando la cabeza, con el rostro pálido y brillante por el sudor.

Salai se echó a reír. Se mostraba bastante cómodo en el interior de la casa arruinada, cuyo aire era húmedo y lleno de humo, y con el suelo lleno de juncos roñosos, con cucarachas tan gordas como ratones. Estaba tan elegante como de costumbre, con una gran capa de paño negro de Holanda, cerrada con un cordel escarlata sobre una toga de seda roja que debía valer el salario anual de diez *ciompi* y que casi conseguía esconderle la panza. Llevaba igualmente unos pantalones rojos con una bragueta acolchada a la moda flamenca, y medias negras que se adaptaban a sus piernas regordetas.

—Claro que hablé —confirmó—. Gritaba como un cerdo degollado. ¿Por qué callar? Dije algo que se parecía a la verdad y, aunque haya denunciado a algunos inocentes, han detenido a bastantes más… que han proclamado su inocencia bajo la tortura, lo que ha hecho su culpabilidad mucho más convincente. —Hundió la mano en una caja de plata abierta a su lado para sacar una pasta de frutos moros espolvoreados con azúcar fina. Se metió la golosina en la boca y chasqueó sus labios de cereza—. La broma ya ha durado bastante, Perlata —le dijo al monje—. Cuanto antes salgamos de este nido de piojos, mejor será.

—Estoy de acuerdo —exclamó Machiavelli—. Por el amor de Dios, soltadme. ¿Por qué hacéis esto ahora?

El joven monje, Fra Perlata, respondió:

—Precisamente por el amor de Dios. Y es un trabajo que nunca termina.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Rosso.

—Mirad en la bolsa de vuestro discípulo le dijo tranquilamente Fra Perlata—. Mirad a ver si lo tiene.

—He hecho todo cuanto me habéis pedido —protestó Rosso—. Incluso más.

—Pues todavía haréis un poco más —insistió Fra Perlata.

—Perdóname, Pasquale —dijo Rosso. Deshizo el nudo de la bolsa de Pasquale y exploró su contenido, luego—: Aquí no está.

—Claro que no —maldijo Salai—. ¿Creéis que lo iba a llevar encima como si fuera un recuerdo?

—Maestre —dijo Pasquale—, me pregunto cómo podéis quedaros ahí sin hacer nada. Vuestra necesidad de mecenazgo tiene que ser inmensa. No lo entiendo. —Ahora comprendía por qué se había mostrado tan frívolo en todo el camino; de ese modo era

cómo se comportaba Rosso, que era profundamente honesto, siempre que quería esconder una mentira, una fechoría o una traición.

—Te metiste en esto por tu propia voluntad, Pasqualino —replicó Rosso—. Diles lo que quieren saber y os dejarán partir, a ti y a Machiavelli. Yo me ocuparé de ello.

—¡Cuidado con lo que dices! —gritó Machiavelli, antes de gemir cuando el animal le levantó de nuevo.

Impaciente, Salai hizo un ruido de pedo con los labios.

—Basta de sentimentalismo. Preguntemos a estos idiotas lo que han hecho y vayámonos a solucionar nuestros propios asuntos. Voy a calentar mi cuchillo en el fuego que hay aquí para ocuparme personalmente del periodista, en lugar de mirarle ahí colgado como si fuera una araña. ¡Me está dando vértigo!

—Vamos, signor Caprotti —dijo Fra Perlata—. Un poco de paciencia. Cuando tengamos lo que nos falta, tendréis vuestra recompensa.

Era él quien mandaba en la habitación, aquel joven monje rollizo cuyo fanatismo se escondía mal detrás de un falso aspecto bonachón, como una espada en una funda de cabritillo. No cabía duda en cuanto a quién era, pues Savonarola también era dominico, aunque estaba muriendo lentamente, decían, en un convento de Sevilla. Se contaba que un cáncer le había privado de la voz, aquel instrumento que en otros tiempos hizo resonar el alma colectiva de Florencia, y sin embargo, incluso en su lecho de muerte, escribía un número incalculable de octavillas, cartas, sermones y panfletos sobre la gran hora por venir, cuando aquellos cuyo corazón era puro verían su cuerpo ascender a los cielos, mientras los pecadores se quedarían para enfrentarse al Anticristo. Fra Perlata era uno de los infantes de aquella guerra santa.

En cuanto al matón que sujetaba a Machiavelli en el aire, y al canalla que se había ocupado de Pasquale, poco importaba lo que fueran, leales a Savonarola o simples hombres para todo. Aquella última hipótesis era, no obstante, la más probable: los dos tenían un aspecto más prusiano que español. Quizá eran lansquenetes —había muchos que buscaban trabajo después de que Lutero fuera detenido, juzgado y colgado por las fuerzas de Roma—, pero, fueran quienes fuesen, no estaban allí más que para torturar a Machiavelli y a

Pasquale hasta hacerles hablar. Aquel era su trabajo.

—Nos bastará con hacerles algunas cosquillas más a estos dos —dijo Salai—. ¿Para qué andarnos con melindres?

—Lo importante es la liberación de la Ciudad Santa —respondió Fra Perlata—. La hora está próxima. Debemos actuar del modo más adecuado.

—No hay que conseguir más que algunos *ciompi* para el gran ejército de Dios —dijo Salai con un tono despectivo.

—No nos toca a nosotros juzgar cómo Dios debe manifestar Su voluntad —replicó el monje.

—Su marcha parece con todo muy misteriosa —dijo Salai, tomando un nuevo pastel de frutas para masticarlo ruidosamente—. En todo caso, me sorprende que haya elegido a este pintor tan idiota como vehículo para devolvernos lo que nos corresponde por derecho, y un simio como agente de nuestro infortunio. ¿Qué decís vos, Rosso? ¿Debo matar a vuestro innoble saco de pulgas? Hablo del simio, claro, no de vuestro discípulo.

—Perdonadle, signor —dijo Rosso, recuperando algo de seguridad—. No sabía lo que hacía.

El simio estaba sentado sobre los cuartos traseros a su lado, con los brazos cruzados por encima de la cabeza, mirando a Pasquale por encima del ángulo que formaba su codo como si fuera un niño. Pasquale le sonrió, recordando cómo le había enseñado a robar uvas en los jardines de los monjes de Santa Croce. Fernando era un animal inteligente, y lo normal es que no lo hubiera olvidado. Sin embargo, con las manos atadas detrás de la espalda, Pasquale no podía hacerle señales.

—En Prusia queman a los perros —dijo Salai—, porque sus ladridos son considerados como causa de las tormentas.

—Afortunadamente no estamos en Prusia —replicó Rosso.

—Sabes lo que queremos —le dijo Fra Perlata a Pasquale—. ¿Qué has hecho de ello?

—Lo tiene el signor Taddei.

—Eso no te interesa —dijo Salai.

—Callaos —ordenó Fra Perlata—. Dejadme hacer. —Se levantó, desempolvó el faldón de su hábito y le pidió al matón que subiera a Machiavelli un poco más arriba. Este último emitió un sonido horrible al subir: era un sonido que no tenía nada de humano.

Pasquale también gritó, y luego se estremeció cuando la mano de Fra Perlata se posó en su hombro.

—Tu amigo ya lleva ahí colgado mucho tiempo, ¿no crees? —dijo el monje—. Un poco más y quedará lisiado de por vida. Nunca más podrá escribir. Ayúdale. Dinos la verdad y estate atento: tenemos a alguien en la casa de Taddei. Si nos mientes, tu amigo sufrirá.

—Si habláis del señalero, fue detenido.

—Sé lo que le pasó, pero nunca trabajó para nosotros. ¿Cómo íbamos a saber dónde iban a intercambiarte, Pasquale, si alguien no nos lo hubiera dicho? Atento, y di la verdad.

—El signor Taddei se quedó con la caja —reconoció Pasquale—. Él la tiene. Lo siento mucho, Niccolò, no tuve elección. Perdonadme.

Machiavelli sacudió la cabeza de derecha a izquierda.

—Basta —dijo.

—¿La caja? —cloqueó Salai—. ¿Crees que nos esforzaríamos tanto por una tontería como esa? Es algo adecuado para hacer imágenes guarras, no la guerra.

—¡Deteneos, signor! —gritó Fra Perlata—. Hay que ablandarle antes de interrogarle.

—Os digo que no hay bastante altura para hacerlo —insistió Salai—. Estos palurdos no pueden construir ni siquiera madrigueras que permitan torturarlos. Me sorprende que la viga no se haya partido todavía en dos. Sin embargo, para aumentar el dolor, basta con colgarse de las piernas. Es una cuestión de peso, ya veis. En el momento en que deja de caer, se aumenta su peso, como me explicó un día el viejo loco. O mejor aún, puedo cortarle algunas lonchas de carne, ¿de acuerdo? Podríamos acortar los dedos de este muchacho falange por falange. Los pintores tienen sus manos en tanta estima como los músicos.

—Guardad el cuchillo —ordenó Fra Perlata—. Estamos aquí a las órdenes de Dios.

—¿Esta pequeña hoja? —se sorprendió Salai—. Vamos, ni siquiera puede decirse que sea un arma.

—Lo mejor sería que me mataseis ahora mismo —dijo Pasquale—, porque, si no es la caja lo que queréis, no tengo nada más.

—Oh, sí —replicó Salai—. El objeto volador. Lo tomaste del

cuerpo de Romano en la torre de señales.

Machiavelli se rio.

—¡Callaos! —gruñó Fra Perlata, y su voz resonó en la habitación de techo bajo.

Fernando le miró durante un instante con interés, y luego bostezó, dejando ver una garganta arrugada de color hígado detrás de unos sólidos dientes amarillos.

—No os preocupéis por mí, hermano —dijo Salai displicentemente—. Estamos en el mismo bando y puedo ayudaros. Creedme, sé de lo que hablo, y la garrucha no valdrá ya para nada. Además, aunque les hiciera hablar, podría darse el caso de que mintieran. Es lo que hice yo, después de todo.

—¿Queréis la maqueta? —exclamó Pasquale—. ¡Puedo llevaros ahora mismo a donde la dejé! —Volvió a verla, durante un instante, en el desorden del escritorio de Machiavelli, encima de una pila de hojas manuscritas, ligeramente iluminada en la habitación en penumbra.

—Basta, Pasquale —suspiró Machiavelli—. Nos matarán de todos modos.

Salai sonrió y dijo:

—Muy bien, pintor. Pero nadie te creerá hasta que no hayas sido puesto a prueba. Además, tenemos que divertirnos.

—Dejadle —intervino Rosso—. ¡Dejadle! Sé cuándo miente y os aseguro que, en este momento, dice la verdad.

Salai se volvió furioso hacia él.

—No sabéis nada de nada. Si vuestro simio no hubiera perdido ese objeto, no estaríamos aquí.

De repente, Pasquale comprendió lo que había matado a Giulio Romano, y cómo su cuerpo fue encontrado en lo alto de una torre cerrada con llave que nadie podía escalar. Machiavelli y él se habían devanado los sesos para encontrar la respuesta a aquel misterio, y en aquel momento allí la tenía entre las manos y no podía hacer nada. No pudo dejar de echarse a reír cuando pensó en ello.

—¡Mirad cómo se burla de nosotros! —exclamó Salai—. Un poco de sangre hará salir la verdad. ¿Tenéis miedo de la sangre, hermano?

—Sabéis que he estudiado para médico. Pero me gustaría llevar

este interrogatorio de la manera correcta.

—Quizá pensáis emplear el método científico. Incluso la tortura tiene sus artificieros. Pero no hay nada mejor que el suplicio con cuchillo. Es lento, refinado. A diferencia de la garrucha, el dolor nunca se detiene. Asciende de manera progresiva, corte tras corte. Es muy bonito: ¿quizá debiera cortarle una oreja o, si no, pedazo a pedazo?

—Cállate, Salai —dijo Machiavelli. Tenía los labios encogidos para hablar, y respiraba con jadeos que entrecortaban sus frases—. Estoy seguro de que no eres más que un fanfarrón cobarde. No me das miedo. Si quieres hacerme sufrir, no vas a conseguirlo con ese cortaplumas.

—Bájale —dijo fríamente Salai—, vamos a verlo. Os lo ruego, hermano. Probemos primero a mi manera.

—No te atreverás —le desafió Machiavelli, que se puso tenso cuando Salai apoyó de plano la hoja del cuchillo sobre la herida de su muslo, donde había resultado herido por una bala de pistola.

—Diles lo que quieren saber, Pasquale —pidió Rosso con una voz ligeramente temblorosa—. No te arriesgas a nada y puedes salvar a tu amigo.

Pasquale se convirtió en el acto en el centro de atención, y sintió una extraña sensación de poder. Miró a Salai fijamente a los ojos.

—Cómo os ha dicho, sé dónde está la maqueta. La he puesto en un lugar seguro. Pero si le ponéis la mano encima, no os diré nada más.

—¿Qué te apuestas? —preguntó Salai, antes de hundir la punta del cuchillo en el músculo tenso del muslo de Machiavelli—. Dime la verdad, pintor.

—¡Por el amor del cielo, Salai! —exclamó Rosso—. Dejad hablar a Pasquale.

Este se mordió el interior de los labios para no gritar, y el sabor de su sangre caliente y salada le invadió la boca. Escupió en el suelo, y el tunante le dio un coscorrón en la cabeza.

Machiavelli bajó la vista hacia Salai con una sonrisa de calavera.

—¿Es todo lo que puedes hacer?

—Oh, no, mira —dijo Salai antes de golpear de nuevo con una risotada.

—¡Dejadle!

—¡Parad!

Primero Rosso y luego Fra Perlata gritaron. Rosso había sacado su cuchillo. El simio tiraba de su cadena, con la mirada fija en Pasquale.

Salai se rio de nuevo, retrocediendo para que pudieran verle todos los que se encontraban en la habitación. Enseñó el cuchillo ensangrentado y lamió la hoja con una amplia sonrisa.

Machiavelli gimió, y luego:

—Mátame si quieres. Sabes que el muchacho no miente.

Salai se encogió de hombros y blandió el cuchillo. Rosso lanzó un alarido; el simio le arrancó la cadena de entre las manos y, con un extraño salto hacia un lado, se lanzó contra el canalla que sujetaba a Pasquale. El hombre y el simio rodaron por tierra, Machiavelli cayó cuando el brutal mercenario soltó la cuerda para acudir en ayuda de su compatriota. Agarrando al simio por un brazo y una pierna, lo lanzó a través de la habitación antes de que este pudiera cerrar los dientes en él. El simio saltó en el acto, aullando de rabia y batiendo la paja con sus manos y pies con forma de manos. Fra Perlata le rogó a Rosso que calmase al animal, y luego se arrodilló junto a Machiavelli para examinar rápidamente sus heridas.

Salai injuriaba a Rosso. Sus cabellos rizados se agitaban alrededor de su rostro mofletudo de tez oscura. Cuando se quedó sin aliento, Fra Perlata le dijo:

—Ya habéis hecho bastante mal. No estamos aquí para ver cómo os divertís.

—Nada de todo esto es necesario —protestó Rosso—. Nada.

—Os mataré, Rosso —dijo Salai sonriendo—. Os lo juro.

Fra Perlata se levantó y declaró con voz tranquila:

—Estamos a las órdenes de Dios. Todos tenéis que comprender cuál es nuestra misión. Llega el fin de los tiempos, y con él un sufrimiento tan amargo como un cuenco de borraja, y una evolución tan implacable como un molino machacando el grano de la sabiduría. Florencia se encuentra en el centro de Italia según los designios de Dios, como serán revelados en breve. Debe respetar las leyes del Evangelio porque, en caso contrario, la espada caerá sobre ella. Debe arrepentirse mientras aún esté a tiempo. Debe vestir los blancos hábitos de la purificación, sin tardanza, porque pronto no

habrá momento para el arrepentimiento. ¿Lo comprendéis todos vosotros?

—Pese a todo, me seguís necesitando —dijo Salai—. No lo olvidéis.

—No olvido nada —dijo el monje. Le pidió al brutal ayudante que se ocupara de Machiavelli y atravesó la estancia para inclinar su rostro redondo cerca del de Pasquale. Su aliento apestaba a cebolla—. No olvido nada —repitió—, y gracias a Dios veo lo que necesito ver. Mírame a la cara, muchacho, y habla si no quieres que sigamos por dónde antes lo dejamos.

Pasquale vio la sangre de Machiavelli cayendo desde su pierna herida y chorreando por los dedos de sus manos atadas, retorcidas a la espalda. Fra Perlata pellizcó las mejillas del joven entre sus dedos de uñas aceradas, obligándole a volver la vista hacia él.

—Tengo lo que queréis —dijo Pasquale—. Puedo conduciros a ello inmediatamente.

El matón lavó las heridas de Machiavelli con agua salada y las vendó con cintas de tela arrancadas de su camisa. Fra Perlata verificó el resultado y le dijo a Machiavelli que su vida estaba a partir de ese momento en las manos de Dios, y luego ordenó a Rosso que calmase a su simio. Salai declaró que conocía un método rápido para conseguirlo, y también le pidió que se calmase. El monje de Savonarola se esforzaba por ocultar su cólera, como observó Pasquale, actuando y dando órdenes a su alrededor. Ataron a Machiavelli con la cuerda que había servido para colgarle, enrollándola cuatro veces alrededor de su busto y anudándola con fuerza, cortaron las ataduras de sus tobillos y luego le llevaron al exterior junto con Pasquale, hasta una calleja infame donde les esperaba un coche de caballos.

No debían ir muy lejos, pero el dolor de Machiavelli se incrementaba al menor traqueteo y le arrancaba gritos sofocados. Iba tendido sobre uno de los bancos del vehículo, Pasquale sentado en el otro, entre Fra Perlata y Salai, que se limpiaba las uñas impecables con la punta del cuchillo, sin preocuparse por el camino lleno de baches. En cuanto a los dos mercenarios, Rosso y el simio, viajaban en el banco del cochero. Las cortinillas de las ventanas del coche estaban cerradas, y Pasquale no podía saber nada del lugar hacia el que se dirigían, pero en un momento dado oyeron ruidos de

una multitud cuando pasaron a su lado antes de que se desvanecieran, y comprendió que se disponían a atravesar el Arno.

No tardó en tener la prueba de ello. El coche se detuvo, y Machiavelli y él fueron expulsados al exterior por los mercenarios. Se encontraban ante el nuevo puerto. El matón se echó a Machiavelli sobre los hombros como si fuera un saco de harina, y Fra Perlata, sujetando a Pasquale por el codo, le hizo descender a un embarcadero de piedra hasta el transbordador que se balanceaba más abajo sobre las aguas negras del río.

Los de Savonarola se habían apoderado de él. Había un cadáver en el puente, tendido sobre un charco de sangre, y los hombres de la tripulación tenían los rostros tapados con bufandas.

El transbordador largó amarras enseguida. Volutas de humo negro ascendieron desde la boca de la chimenea, mientras que, con una flexión laboriosa de sus paletas de madera, la rueda de aspas azotó el agua formando una espuma cremosa. La embarcación empezó a remontar la corriente de soslayo, en dirección al otro lado del dédalo inextricable de barracones y esclusas que controlaba el curso tabicado del río.

Hacía un frío de perros. Río abajo, más allá del nuevo puerto, donde una *maona* de largo recorrido se alzaba majestuosa por encima de otras naves de menor importancia, el río se desplegaba a través de la oscura llanura, bajo un cielo esmaltado con estrellas límpidas y brillantes. Aguas arriba, Florencia estaba recubierta de una capa de humo; no el de las manufacturas, sino el de numerosos incendios. El fuego iluminaba todo el arco del Ponte Vecchio, y las hogueras jalonaban la orilla que el transbordador acababa de dejar. Además, la ciudad parecía sombría y calmada, con la excepción del parpadeo de los fanales de los semáforos. Pasquale escuchó el reloj de la atalaya de Santa Trinità dando las cuatro.

Estaba sentado al lado de Machiavelli, cuyos brazos estaba masajeando.

—No me había preparado para revivir algún día el suplicio de la cuerda —dijo el periodista con ironía—, pero me alegra haber sobrevivido sin mayores daños. Gracias mil, Pasquale. He recuperado la sensibilidad en las manos donde has reiniciado la circulación de mi sangre. Es como si la sangre fuese el vehículo del dolor, porque se sufre cuando se derrama, y se sufre igualmente

cuando vuelve a su ser natural.

—Me gustaría poder curaros la herida que os causó Salai.

—No la ha hecho más dolorosa que la bala de pistola que la provocó.

—¿Cómo habéis llegado aquí, Niccolò? ¿No os raptaron los seguidores de Savonarola en el Palazzo?

—No, no del todo. Fueron los hombres de Giustiniani. Les reconocí con sus máscaras blancas y por los vapores que utilizaron. Me metieron en un coche, pero fuimos atacados cuando pretendieron atravesar un puente, donde fuimos dominados por el número. Creí estar a salvo, pero me metieron en otro coche antes de abandonarme a los buenos cuidados de Perlata y Salai.

—Los de Savonarola y Giustiniani están compitiendo, aunque trabajen para el mismo amo.

—Giustiniani no trabaja para España, Pasquale, sino por el dinero que podrá obtener vendiendo el objeto volador. Los de Savonarola quien derribar el gobierno de Florencia y nosotros salvarlos a todos por el amor de Dios. ¿Y tú, Pasquale?

—Me ha ocurrido exactamente lo contrario. Fui traicionado por el signor Taddei, que recibió un mensaje anónimo pidiendo que yo fuera entregado a cambio del cuerpo de Rafael.

—¿Ha sido robado el cuerpo de Rafael? Me pregunto con qué fin.

—Si el cuerpo no es devuelto, habrá guerra entre Florencia y Roma.

—Ah, ya veo. Y la victoria será para España.

—Eso es lo que dijo el signor Taddei.

—Es un buen patriota.

—Es, ante todo, un hombre de negocios —dijo Pasquale con amargura.

—Lo uno no impide lo otro. En cuanto a lo que ha desaparecido —no quiero hablar aquí de este tema—, les interesa tanto a los de Savonarola como a Giustiniani. Este lo vendería a España y los otros se lo regalarían.

Pasquale explicó lo que Rosso le había contado sobre el papel de intermediario de Giustiniani entre los artistas disidentes, y Machiavelli dijo riendo que comprendía por qué lo que era buscado lo era tan ardientemente por todos.

—Pero también está la caja de imágenes, la que Giulio Romano empleó para copiar las notas del Gran Ingeniero acerca de su objeto volador. Es un aparato que captura la luz, Niccolò, y que la fija con precisión. El objetivo del cristal ennegrecido que me dio Baverio forma parte del artilugio, lo mismo que la imagen que saqué de la chimenea de Giustiniani.

—¿Te acuerdas de la torre de señales, Pasquale? ¿Qué había junto al cuerpo?

—Una ventana abierta.

—En efecto. ¿Y qué más?

—Cristales debajo de la ventana.

—Exactamente. Sin embargo, la ventana estaba intacta, y además, el cristal era negro.

Pasquale volvió a pensar en la placa de cristal que Baverio le había dado, ennegrecida por haber sido expuesta a la luz, y comprendió: los fragmentos de cristal de la torre eran lo que quedaba de las imágenes de las notas del Gran Ingeniero. Solo la maqueta se había salvado.

—¿Qué va a ser de nosotros, Niccolò?

—Los de Savonarola no tienen fama de matar sin razón. Si les damos lo que quieren, quizá nos dejen marchar. Después de todo, piensan que cumplen la voluntad de Dios. Si se lo llevan, reviviremos lo que hemos vivido en el breve reinado de Savonarola. Veremos brigadas de niños benditos recorriendo las calles de Florencia cantando salmos para desenmascarar la vanidad de cada uno de sus ciudadanos en el menor de sus objetos, colorete en el caso de la pintura, en el juego de ajedrez o cualquier otra máquina de artificiero, y que apedrearán a cualquiera que no juzguen lo bastante virtuoso. Reviviremos el ayuno, las procesiones religiosas y las hogueras de las vanidades. Los de Savonarola sueñan con un mundo simple y puro, Pasquale, en el que todos los hombres estarán enteramente dedicados a Dios, lo quieran o no. Sin embargo, su acción reposa en la certeza de que Dios se dirige directamente a Savonarola, de lo que no estoy persuadido, aunque muchos florentinos lo creyeron en su momento.

—De acuerdo, pero no confío en Salai. Le mataría si tuviera ocasión.

—Muchos lo han intentado, pero sigue con vida. No le

subestimes, Pasquale.

Fra Perlata hablaba con uno de los seguidores de Savonarola que habían capturado el transbordador. Pasquale entendía algunas de las palabras, llevadas hasta él por el viento glacial que soplaba sobre la jadeante embarcación. Era cuestión de fuego, del fin de los tiempos y de justicia. Sin duda era aquello lo que los de Savonarola prometían a los *ciompi*, la justicia del cielo en ese mismo momento sobre la Tierra, y luego en el cielo, aunque Pasquale dudaba mucho que hubiera justicia y así se lo dijo a Machiavelli.

—Es cierto que estamos envueltos en los pliegues del pecado, pero nunca debemos dejar de creer, Pasquale. No creer conduce a la desesperación y la desesperación conduce al mal. Si debemos tener a Dios por amigo, hemos de creer en la redención. Los de Savonarola nos la prometen, pero no pueden darnos algo que no les pertenece. Ah, nos acercamos a la orilla.

El sonido que la máquina de Herón hacía salir de la chimenea del transbordador se hizo más agudo, un silbido quejumbroso en el límite de lo audible. La rueda de aspas giró más deprisa, regando el puente con gotas de agua fría. El transbordador viró para lanzarse en picado en la corriente más débil que rodeaba la orilla del río, listo para atracar a los pies de la muralla, cerca de la salida de la ciudad. La trepidación del puente sacudía la cabeza del muerto piloto del transbordador, cuyos ojos lanzaban reflejos en el claro de luna, vacíos y como idiotizados. La muerte nos deja a todos en ridículo, pensó Pasquale.

La mayor parte de la tripulación formada por seguidores de Savonarola se había alineado en la borda del transbordador que daba a la orilla, formando una grada de mosquetes y de fusiles que apuntaba hacia la zona pedregosa y abandonada. Pasquale llamó al matón mercenario y le preguntó si iba a haber pelea, a lo que el hombre respondió con una mueca pasándose el pulgar a través de su garganta.

Rosso se apartó de la borda, en la que estaba apoyado desde el principio para contemplar el incendio de Florencia.

—Nos hemos convertido en enemigos de nuestra propia ciudad —suspiró. Cerca de él, el simio se agitaban haciendo tintinear la cadena. Tenía horror al agua y el hecho de encontrarse prisionero en aquel endeble esquife le estaba poniendo enfermo.

—Espero que sepáis dónde os metéis —replicó Pasquale—. Espero poder ver vuestras telas, maestre, cuando os las encarguen.

—No sé si podré pintar de nuevo —dijo Rosso—. Es una historia muy triste, Pasqualino. Debes detestarme, y no te lo echo en cara. Me he comportado como un idiota.

—Siempre se puede rectificar —dijo Machiavelli.

—¡Silencio! —ordenó uno de los savonarolistas enmascarados—. Vosotros tres haced lo que os digo.

La orilla apareció de pronto, y la sombría muralla de la ciudad se pudo ver detrás de ella. Farolas rojas y verdes parpadeaban en lo más alto de la torre de señales más cercana. Luchando contra la corriente, el transbordador se dirigía hacia una pequeña bocana y se elevaron algunas luces: cohetes.

Al principio, Pasquale creyó que eran señales dadas por los de Savonarola que les esperaban en la orilla. Pero cada vez había más, subiendo rápidamente en la noche para estallar en lo más alto de su arco titubeante, antes de volver a caer en medio de una lluvia de blancas chispas. Pasquale recordaba los cohetes que los hombres de Giustiniani habían lanzado contra la multitud atemorizada de la Piazza della Signoria. El humo se iba acumulando sobre las negras aguas del río, atenuando la luz cegadora liberada por la explosión de los cohetes. Los de Savonarola empezaron a disparar hacia el centro del humo, y las luces rojas de otros disparos les respondieron.

El simio, Fernando, estaba aterrorizado por el ruido, e iba y venía con frenesí por el pequeño perímetro que le permitía su cadena. Rosso hizo un gesto, un brazo levantado hacia el cielo, y el simio lo aprovechó para huir; o, más bien, fue Rosso quien lo liberó. Partió saltando hacia el puente de proa para ir en busca de las uvas que Rosso le había tirado. El matón y Salai, este último había desenvainado la espada, se acercaron a él por caminos diferentes; el simio evitó a los dos hombres escalando uno de los tirantes de la chimenea de la embarcación.

Rosso plantó una mano en cada uno de los hombros de Pasquale y luego le arrojó por la borda.

El contacto con el agua fría hizo que pasara la sorpresa de Pasquale. Durante un momento, creyó que iba a ahogarse en las profundidades; dio desesperadas patadas, esforzándose cuanto

podía para liberar sus manos, todavía atadas a la espalda. Luego, Rosso apareció a su lado y le pasó un brazo por debajo de la barbilla. La corriente les alejaba del transbordador, que había invertido la marcha de la rueda de paletas para intentar apartarse de la orilla. Balas perdidas acribillaban el agua alrededor de los dos hombres; Pasquale había escuchado una que pasaba cerca de su cabeza, y la sintió tirar de los faldones empapados de su jubón cuando el proyectil se hundió en el agua. La rueda de paletas del transbordador se detuvo, y la embarcación empezó a moverse a la deriva a través de la corriente, silueteada sobre la pantalla de luz y humo que se elevaba desde el río; luego, escupiendo chispas, algo se abalanzó por encima del agua y se aplastó contra la popa.

Rosso movía los pies como un condenado, arrastrando a Pasquale consigo, y no tardaron en subir a la orilla de guijarros de un brazo muerto del río, donde unos cuantos cuerpos frescos flotaban boca abajo en la superficie del agua: hombres que habían perecido luchando en los puentes y a quienes las corrientes habían llevado hasta allí.

Tercera parte

La medida interrumpida

1

Cuando Pasquale y Rosso se hubieron abierto camino entre los gruesos guijarros que atestaban la orilla del río, el intercambio de disparos entre los partidarios de Savonarola y las tropas de la orilla ya había cesado. El transbordador se había hundido y ardía de proa a popa, y los fanáticos que no habían saltado para ponerse a la improbable merced de sus enemigos no estaban ya sin duda en este mundo.

Pasquale se habría precipitado en busca de Machiavelli si Rosso no le hubiera detenido.

—¡Antes hemos de pensar en nosotros! —gritó este con insistencia.

Lleno de odio y desesperación, Pasquale se soltó de su presa.

—¡Es mi amigo! —Luego, se lanzó sobre Rosso y le propinó un puñetazo que le derribó sobre el lodo lleno de piedras, y sin duda habría intentado matarle si no hubieran retumbado unas voces en los alrededores.

Era un contingente de la milicia ciudadana buscando supervivientes del naufragio del transbordador. Rosso y Pasquale se ocultaron en una fosa llena de esqueletos de caballos y mulas recién despellejados. Los dos hombres se sentían agitados por violentos temblores, helados en sus ropas empapadas, que tenían pocas posibilidades de secarse en el aire frío de la noche. Castañeteando

los dientes, se apretaron el uno contra el otro para mantenerse calientes, pero los dos sabían que su amistad había muerto en medio del olor a sangre y las sonrisas amarillas de los cadáveres de aquellos animales.

La milicia no parecía muy decidida a proseguir su pesquisa. El claro de luna transformaba la orilla accidentada en un dédalo de tinieblas en el que mil hombres no habrían sido suficientes para encontrar a otros cien, la noche era fría y los milicianos sabían mejor que nadie que Sardinia estaba acechada por las sombras de los que habían desaparecido para el confort de la Signoria y la comodidad de la ciudad. Por otra parte, las municiones salían de su pobre sueldo y no les serviría de nada malgastarlas en los eventuales supervivientes de los que habían, pensaban ellos, robado el transbordador. Así que se volvieron y se pusieron al calor de los cuerpos de guardia tras haber registrado vagamente los alrededores, y sin duda sin molestarse en señalar el incidente: la noche era ya bastante agitada.

Rosso y Pasquale salieron de su tumba y se adentraron por un camino que serpenteaba entre gruesos guijarros blancos, hasta que cruzaron una pequeña colina sembrada de tocones de árboles podridos y esqueletos rotos de caballos y mulas. Las costillas de los animales brillaban como bastones de marfil a la luz ahumada de la luna. A medio camino, una sombra saltarina se acercó a ellos, provocando un ligero tintineo. Era el simio, Fernando, cuyos pelos empapados se erizaban hacia arriba.

Rosso suspiró, y masculló en voz baja que estaba condenado a cargar con aquella carga hasta el día de su muerte. El simio lanzó pequeños chillidos quejumbrosos cuando Pasquale le rascó detrás de las orejas, y casi pareció feliz al ver a Rosso recoger su cadena. Este se la enrolló como pudo a lo largo del brazo y tiró de ella con fuerza, a pesar de que el simio caminaba tranquilamente entre los dos hombres, como si se dirigieran simplemente a su taberna preferida tras una jornada de trabajo.

Pero aquel tiempo había pasado.

No tardaron en llegar ante una puertecilla a los pies de una torre de vigilancia cuadrada, a orillas de un curso de agua residual que desaparecía bajo la muralla de la ciudad. Un molino se alzaba al otro lado de aquel remedo de torrente, rayos de luz amarilla se

filtraban entre los gruesos postigos de madera de las ventanas del primer piso. Pero la puerta estaba cerrada, naturalmente, y Rosso y Pasquale no se atrevieron a llamar para pedir derecho de paso. Estaba muy claro que la milicia estaba nerviosa aquella noche, y que no les haría falta mucho para abatir a dos vagabundos temblorosos, así que no les quedaba más remedio que rodear prudentemente la muralla hasta encontrar el camino más cercano, esperando el alba y la apertura de la puerta de Prato. El hecho de andar tenía por lo menos el interés de que hacía circular la sangre.

Rosso le dijo a Pasquale que su salvación no podría reparar sus equivocaciones, pero que era todo lo que podía hacer.

—Quizá quieras vender la maqueta —propuso, tirando de la cadena del simio—, si los de Savonarola no la encuentran.

—A lo mejor. —Pasquale no estaba convencido de que la ayuda de Rosso procediera solamente de un deseo de redención: cualquiera que tuviera el objeto volador para ofrecérselo a los que lo querían podía fijar su precio, aunque sin ninguna garantía de sobrevivir a la transacción. La conducta de su antiguo maestre no le inspiraba a Pasquale más que una vaga compasión, menos sobre Rosso que sobre su propia suerte. Se encontraba de repente entregado a sí mismo, a la deriva, sin timón.

—No es solamente porque no soporto la tortura —dijo Rosso. Andaba dándose golpes en el pecho, con los brazos cruzados, como un pájaro cuyas alas cortadas todavía intentaran alzar el vuelo.

—Niccolò demostró que él tampoco podía hacerlo —soltó Pasquale, que se sentía de un humor rencoroso.

—Lo sé, lo sé. Pero sin duda, a fin de cuentas, no puedo traicionar a mis amigos, ni a mi ciudad. Si es fácil considerar esas cosas en abstracto, es muy diferente en la práctica. Parece que no tengo principios, pero sí están ahí, hundidos en mi interior.

—Deduzco que no teníais intención de asesinar a Giulio Romano.

—¡Oh, no, no! Fue un accidente estúpido. Además, yo ni siquiera estaba en la torre con él.

—Pensaba que, de un modo u otro, fue el simio el que lo hizo —observó Pasquale. Pese a la pálida luz de la luna, vio que había dado en el blanco, pues Rosso tropezó, juró y dio algunos pasos sin hablar.

—Bien, de hecho no está lejos de la verdad. Pero nadie le impulsó al asesinato. Escaló la torre de señales, es verdad, y fui yo quien se lo pidió, pero no para que matase al pobre Giulio. No, esa idea nunca se me pasó por la cabeza. Creía que Fernando estaba listo, porque le había entrenado para ir a buscar uvas a los lugares más elevados, de modo que podía trepar si yo se lo pedía. ¿Cómo crees que aprendió tan fácilmente a robar las uvas de ese monje idiota?

»Estaba convencido que Giulio encendería las farolas del semáforo del signor Taddei en un momento determinado. Yo debía mostrar que había recibido la señal agitando brevemente una linterna antes de enviar a Fernando en busca de la mercancía. Si teníamos que tomar todas aquellas precauciones era porque los discípulos de Rafael estaban muy vigilantes, como puedes imaginar. Y por eso mismo estaba yo allí aquella noche, porque, temiendo perder lo que había conseguido, Giulio prefería confiármelo hasta que llegara el momento de entregárselo a su destinatario.

—Así que fue Romano el que robó la maqueta, y no Salai como yo creía.

—Ya veo que no lo sabes todo, Pasqualino. En efecto, Salai se contentó con explicarle a Giulio cómo echarle mano a la maqueta, porque sabíamos que las sospechas recaerían sobre él, y es lo que pasó una vez fue detectada la desaparición de la maqueta. Giulio pudo apoderarse de ella sin dificultad, cuando él y su maestre, Rafael, fueron a visitar al Gran Ingeniero. Aprovechó para tomar imágenes de las notas de este último, porque eran demasiado complicadas para ser copiadas fácilmente, aunque no estaban escritas como un reflejo. ¡Qué mal se le daban a Giulio esas cosas! El simio llevaba un arnés equipado con un bolsillo almohadillado donde meter las placas de cristal.

—Y supongo que Salai aprovechó la misa de nuestra cofradía para dar instrucciones a Romano. Pero, ¿por qué razón Romano os confío la maqueta y las imágenes?

—Es muy sencillo. Estábamos a punto de que nos descubrieran. Se inquietó cuando la policía secreta empezó a investigar discretamente alrededor de Rafael. Temía que las habitaciones del Palazzo Taddei fueran registradas. Después de todo, la desaparición de la maqueta se descubrió tras la visita de Rafael a la torre. Era un

riesgo que habíamos considerado, naturalmente, y desarrollamos una manera para pasar la maqueta y las imágenes de una mano a otra sin que hubiera necesidad de celebrar un encuentro.

—Por eso estabais delante del Palazzo Taddei con el simio.

Rosso suspiró. Parecía cansado de las circunvoluciones de su relato, que continuó enseguida, como un buey que se obstina en hacer girar la rueda de un pozo.

—En efecto. Al salir de la taberna, pasé a buscar al simio para ir al Palazzo Taddei y, una vez allí, esperé, mirando por un catalejo la torre de señales, con Fernando a mi lado con tanta impaciencia como yo. Aquella noche tenía el diablo en el cuerpo, puedes creerme. Cuando vio moverse los brazos del semáforo, escaló en el acto el muro del Palazzo antes de trepar a lo alto de la torre, sin esperar mis órdenes. Te imaginarás mi inquietud al verle escalar, pues todos nuestros proyectos se apoyaban en los actos de aquel animal. Subió deprisa y con fuerza hasta lo alto de la torre, antes de desaparecer en el interior por la ventana abierta. En cuanto a lo que pasó después, no sé nada, salvo que escuché a Giulio lanzar un alarido horrible, lo que me lleva a suponer que el simio creyó que estaba siendo atacado cuando Giulio intentó quitarle el arnés. O quizá Giulio hizo un gesto que, con su estado nervioso, el simio tomó por una amenaza. Sea como fuera, lucharon, y así fue cómo Giulio encontró la muerte y el simio volvió a bajar con las manos vacías. Entre tanto, los criados de Taddei fueron alertados por el grito de Giulio, y yo tuve que huir. Y así fue como encontraste la maqueta en el cuerpo de Giulio y te la llevaste tomándola por un juguete. Y por eso estamos aquí, en el frío de la noche.

—No por mucho tiempo —dijo Pasquale.

Giraron una esquina de la muralla defensiva, dejando el suelo rocoso de Sardinia para adentrarse en una extensión de landa salvaje que ondulaba a la luz de la luna. Había un bosquecillo, junto al cual se veían dispersas algunas hogueras, como una constelación caída sobre la Tierra desde el cielo estrellado; sombras negras de carros se distinguían a su alrededor.

Era un campamento de viajeros que habían llegado tarde a la ciudad como para entrar en la misma. Había mendigos y obreros agrícolas que habían abandonado las granjas esperando encontrar trabajo en las manufacturas de la ciudad, así como un convoy de

carros, un caballero con su séquito y el grupo de un mercader. Vendedores ambulantes y putas de la ciudad circulaban entre ellos, los unos para vender comida y vino, las otras para vender sus encantos. Nadie dormía salvo los más jóvenes, pues el campamento resonaba con los rumores de lo que ocurría en la ciudad. Rosso y Pasquale se abstuvieron de alimentarlos, por miedo a que hubiera espías y confidentes entre el buen centenar de personas que acampaban allí; se contentaron con decir que les habían tirado al río. No tenían dinero para comprar comida y nadie parecía interesado en dársela, así que Pasquale animó al simio a que diera algunos saltos peligrosos y a andar sobre las manos, lanzando piedras con los pies.

Aquel número no les reportó dinero, sino dos boles de sopa y pan de centeno seco, así como algunos cigarrillos y una jarra de vino suave por cuenta del mercader, un hombre elegante con una toga de brocado, una esclavina y anillos en todos los dedos de sus blancas manos. Mayor que Pasquale, sintió afecto por él, tanto más cuando descubrió que era pintor y de dónde provenía. Durante una hora estuvieron hablando de Fiesole, que el mercader conocía bien, del eje roto que había retrasado su viaje, de los cuadros que había heredado de su padre y del asesinato de Rafael, que había descubierto por un señalero que había transmitido la noticia.

El cielo se hizo lechoso con la llegada del alba. Pasquale se durmió, y luego se despertó para encontrarse bajo una espesa capa de escarcha. No había dormido más que una hora, pero había bastante luz como para distinguir claramente la muralla de la ciudad, erizada de armamento, ante los tejados y las torres de donde ya ascendían numerosas volutas de humo.

El campamento se animaba alrededor de Pasquale. Enganchaban los caballos a los carros, echaban cubos de agua sobre las hogueras, se recogían los bultos para cargarlos en las carretas y en las parihuelas, y todo el mundo se dirigía por el camino embarrado en dirección a la puerta de Prato. Los vendedores ambulantes y las prostitutas se amontonaban ya bajo la cúpula de la entrada, donde bostezaban y conversaban acerca del trabajo de la noche pasada.

Pasquale recorrió el campamento que se desmontaba buscando a Rosso, hasta que acabó por descubrir al simio acurrucado a la sombra del bosquecillo. Este corrió hacia él cuando se fue

aproximando. Había perdido la cadena y se veía que estaba asustado, porque no dejaba de adelantarle antes de volver para agarrarle la pierna.

El simio fue arrastrando de aquel modo a Pasquale hasta el interior del bosquecillo. Primero divertido, el joven empezó a impacientarse, pero luego quedó horrorizado. En el corazón del bosque se alzaba un viejo roble que desplegaba sus largas ramas tortuosas en todas direcciones por encima del suelo jorobado y musgoso. El simio se sentó sobre los cuartos traseros, ocultó la cabeza entre los brazos y se balanceó de adelante hacia atrás.

Pasquale le dejó para rodear lentamente el roble donde Rosso estaba colgado. Este había enrollado un extremo de la cadena alrededor de una de las gruesas ramas del roble y el otro alrededor de su cuello. La punta de sus zapatos de cuero rozaba las briznas de hierba erizadas por la escarcha, y su cuerpo se balanceaba al favor del viento mordiente que se había levantado con el sol. Los cuervos ya lo habían encontrado y le habían sacado los ojos a picotazos, y una sangre más roja que sus cabellos corría por sus mejillas como las lágrimas de los condenados.

2

Al mismo tiempo que Pasquale salía del bosque corriendo, horrorizado y asqueado, con el simio trotando tras él, unas trompetas resonaron a lo lejos: las puertas de la ciudad se estaban abriendo.

Sin embargo, cuando llegó a la carretera, Pasquale vio que algo iba mal. Los que esperaban pasar por el puesto de aduana estaban siendo rechazados por pelotones de la milicia ciudadana. Los vendedores callejeros soltaban sus tenderetes y escapaban; las prostitutas se levantaban las faldas y echaban a correr, profiriendo imprecaciones. Los que no podían correr, o tenían el valor o eran tan estúpidos como para resistirse, eran apartados a bastonazos. El brazo de los milicianos no dejaba de subir y bajar a la vez que brillaban algunas espadas.

Un pelotón de caballería apareció de entre la sombra espesa de la bóveda de entrada, al galope, dispersando a curiosos y milicianos sin distinción. Pasquale vio el carro del mercader darse la vuelta cuando se salió de la calzada, y sus caballos lanzaron horribles gritos al caer en el foso.

Nuevos jinetes salieron por la puerta, en tromba, caracoleando por cada lado de una fila de vehículos cuyos cocheros golpeaban a los animales del tiro con largos látigos. Tiradores de élite, equipados con petos cubiertos de corcho y con cascos ligeros que les ceñían el cráneo, estaban tendidos sobre las partes altas de los coches, y otros caballeros cerraban la marcha. Aquel cortejo pasaba como una tormenta de ruedas y cascos, con gritos de hombres y bramidos de animales en medio de una gran nube de polvo.

Pasquale observó que el vehículo central era tirado por una reata de caballos blancos y que llevaba la bandera de color azul cobalto del Vaticano. Pudo medio ver el rostro de un hombre que miraba por el grueso cristal de su ventanilla, un rostro pesado de facciones burdas, con mofletes barbudos y ojillos globulosos. El hombre parecía encolerizado y, no obstante, decidido, y su mirada feroz se quedó grabada en la mente de Pasquale incluso, cuando el coche le hubo adelantado.

Alrededor de Pasquale todo el mundo había cesado en sus actividades para descubrirse; algunos incluso se arrodillaron, sin preocuparse de las ruedas de los coches que pasaban pesadamente a menos de un brazo de distancia. Fue entonces cuando Pasquale lo comprendió: el Papa se iba, huyendo ante los motines que amenazaban con desgarrar la ciudad de Florencia.

Los vehículos y los soldados acabaron por desaparecer, no dejando tras su paso más que un torbellino de polvo y un lejano gruñido. La gente reanudó lentamente sus actividades, comportándose como si salieran de un sueño. Cuando empezaron a desfilar hacia la aduana, Pasquale vio que todos eran detenidos para ser interrogados por milicianos armados.

Antes que exponerse de entrada a un interrogatorio, Pasquale fue a echarle una mano al mercader y a su media docena de hombres. Soltaron los caballos y descargaron el carro, que sacaron del foso a fuerza bruta. Por mucho miedo que hubieran tenido, los caballos no estaban heridos, y los hombres del mercader se

mostraron eficaces. En menos de una hora habían reparado los daños, vuelto a atar los caballos y recargado el carro.

La carretera estaba ya abierta para la circulación, y los primeros vehículos de la jornada se cruzaban rodeando el carro. El mercader le dio las gracias a Pasquale y le pregunto que a dónde se había ido su amigo.

—Ha tenido que partir. Un asunto de honor.

—Veo que te has quedado con su simio.

Pasquale se volvió y suspiró cuando vio a Fernando, sentado un poco más allá. Se había olvidado del simio, que seguía por allí, y cuando el animal se percató de que Pasquale le miraba, acudió tímidamente junto a él y le echó los brazos alrededor de los muslos, abrazándole torpemente.

—No tengo nada para ti —dijo Pasquale, a quien se le acogotó el corazón al pensar en la muerte de su maestre.

El mercader se quedó mirando a Pasquale con una mirada escrutadora.

—No te pido ninguna explicación, pero veo que estás en problemas.

—Sin quereros molestar más, señor, me gustaría pediros un pequeño favor.

El mercader, que era un hombre perspicaz y amable, respondió riendo que Pasquale no parecía un peligroso criminal, por criminal que fuera, y que si quería simplemente pasar la barrera de la milicia, él no veía ningún inconveniente. Fue así como Pasquale franqueó la puerta de la ciudad, en carro, sentado junto al mercader y su cochero. La pequeña plaza en la que acabaron, habitualmente llena de carros, de caballos, de *vaporetti*, y atestada de puestos, se encontraba en aquel momento casi desierta. Al atravesarla, Pasquale vio que habían alzado un patíbulo de madera en la esquina de las tres calles que partían al otro lado de la plaza. Media docena de hombres, desnudos salvo por unos pasamontañas de tela de saco, estaban colgados; todos llevaban una pancarta alrededor del cuello: *He saqueado. Miradme y aprended.*

Pasquale se echó a temblar, volviendo a ver muy claramente la imagen de Rosso en el vacío, balanceándose a impulsos del viento. Creyendo comprender, el mercader le explicó que aquellas cosas solo ocurrían por la noche, antes de lanzar un grito al verle saltar

del carro para huir, con el simio galopando a su lado.

Pasquale se encontró enseguida en el laberinto de callejas y callejones que se extendía entre Santa Maria Novella y el Duomo. Reconociendo un fresco deslucido de la Madona sobre la fachada de una tienda con los postigos echados, continuó su camino en dirección al inmueble donde se alojaba Machiavelli. El simio trotaba tras él de un modo que le sugería a Pasquale la idea morbosa de que el desgraciado Rosso había acabado por encarnarse en aquel animal, de la misma manera que los perros parece que se van pareciendo cada vez más a sus dueños. Así, con su andar insolente y sus piernas arqueadas, así como su modo de mirar a su alrededor con ojo penetrante, el simio recordaba la actitud a la vez arrogante e inquieta de Rosso.

A la signora Ambrogini no la gustó mucho ver a Pasquale; y todavía menos ver a Fernando.

—Supongo que el signor Machiavelli no está contigo —dijo, mirando por la puerta entreabierta, tras el buen rato que Pasquale pasó llamando a la misma.

—Preferiría que estuviera aquí. Por favor, signora, he dejado algo en su habitación que debo recuperar.

—Él no ha pasado aquí la noche —dijo la mujer—. No es que sea tan viejo como yo, pero tampoco es tan joven ni tan buen mozo como tú.

—Solo tiene que acompañarme —propuso Pasquale—. Solo me llevará un minuto.

—Ya ha venido otro que también quería subir a la habitación. Le cerré la puerta en las narices y le dije que iba a llamar a la milicia.

—¿Cuándo ha sido eso?

—No hace mucho. Era un forastero. Tengo que ir a misa, joven. Espero que las iglesias estén abiertas.

—Oh, estoy seguro. —Luego, cayendo de rodillas de un modo teatral—: Por favor, señora, os lo imploro. Os devolveré la llave en un instante.

—El signor Machiavelli tiene extraños amigos —masculló la vieja—. Pero me hiciste un buen retrato, joven, aunque me representaste varios años más joven.

—Solo era un dibujo. ¡Para daros las gracias por lo que vais a hacer por mí, os haré un retrato al óleo!

—La pintura debe mostrar cosas hermosas. A mi edad ya no se necesitan halagos.

—No es lo que he pretendido, signora.

—Limítate a deslizar la llave por debajo de mi puerta cuando hayas terminado —dijo la signora Ambrogini—. Hace diez años que no falto a la primera misa, desde el día en que murió mi marido. Y no dejes que ese animal entre en la habitación.

Pasquale tomó la larga llave de hierro, masculló unas gracias y luego subió la escalera corriendo, golpeando la barandilla en cada descansillo. La habitación estaba tal y como Machiavelli y él la dejaron, y la maqueta voladora bogaba como un barquito sobre el mar de papeles que cubría el escritorio cerca del ventanal.

Cuando acababa de fabricar una caja para la maqueta doblando una hoja de papel rígido y se lo metía todo en la bolsa, alguien apareció en lo alto de la ventana. Tenía la cabeza boca abajo y su melena pelirroja oscilaba de derecha a izquierda. Era el hombre de los zancos que le persiguió por la Piazza della Signoria. Hizo una mueca sonriéndole a Pasquale y luego su mano se abatió violentamente. Un cristal explotó y un humo anaranjado se derramó por el interior.

Pasquale huyó, y al tiempo el resto de la ventana se hacía pedazos a sus espaldas. Saltó todo un tramo de escaleras, se incorporó y siguió bajando, seguido de cerca por Fernando, sin detenerse para recoger la llave (que, de todos modos, había dejado en la cerradura), sin detenerse hasta no encontrarse muchas calles más allá, y solamente para recuperar la respiración antes de echar a correr de nuevo hasta el único lugar de toda la ciudad donde estaba seguro de encontrarse a salvo.

3

Pasquale tuvo que llamar a la puerta de Piero di Cosimo durante cinco buenos minutos antes de ver que esta se abría finalmente. Pelashil le miró adormilada.

—Tengo que verle —dijo Pasquale—. Por favor, déjame entrar.

La mujer abrió la puerta del todo, apoyándose en la pared, por lo que Pasquale tuvo que rozarla para entrar. Sus cabellos marrones y sedosos la caían sobre la cara, y cuando ella levantó la mano para echarlos hacia atrás, Pasquale pudo ver sus pequeños y puntiagudos senos en el interior de su flotante camisa. Fernando cruzó la puerta de un salto y se adentró alegremente por el pasillo. Pelashil cerró la puerta y dijo:

—El viejo está durmiendo. No hagas ruido, Pasquale, y vigila a tu simio.

—Sabes que Piero siente debilidad por Fernando. Por favor, necesito hablar con él. Y contigo también, naturalmente.

Pelashil esbozó una sonrisa. Sin ser una belleza clásica, tenía el don, cuando sonreía, de transformarse completamente, tanto que los hombres estaban dispuestos a todo para volver a ver aquella sonrisa. Pasquale no pudo dejar de sonreír a su vez. Ella le besó brevemente, y luego retrocedió frunciendo la nariz respingona, cuya arista estaba rematada por pecas de color chocolate.

—¡Apestas a agua estancada! Voy a lavarte. ¿Cuándo te bañaste por última vez? Te privas del agua, por mucha que tengamos. En el desierto nos lavábamos con arena.

—Me caí en el río, así que, de agua, estoy más que harto. Te contaré mis aventuras, pero antes tengo que hablar con Piero. Es muy importante.

—Eres demasiado joven para saber lo que es importante. En fin, si lo crees, adelante.

Toda la casa pertenecía a Piero di Cosimo, pero este vivía y trabajaba en la gran habitación invadida por corrientes de aire que ocupaba la mayor parte de la planta baja. A aquella hora de la mañana, teniendo solo como sistema de iluminación un conjunto de espejos orientables que reflejaban por doquier la luz del sol, la habitación estaba cuajada de tonos sepias, ese pigmento extraído del cuerpo seco de la sepia. Grandes lienzos estaban apoyados en una pared, con el lado pintado hacia adentro para evitar la luz; uno descansaba sobre unos caballetes, apenas cubierto por un trapo manchado de pintura. A su regreso del Nuevo Mundo, Piero se había ganado la vida pintando pequeños paneles decorativos, llamados *spallieri*, que le encargaban sus clientes. Sus representaciones de la vida de los salvajes de las grandes llanuras le

habían granjeado el éxito más grande de su época, pues tal era el caso con todo lo relacionado con el Nuevo Mundo. Pero en aquel momento, no pintaba más que para sí mismo, y nunca se desprendía de nada.

Además de por los cuadros, el taller estaba atestado de viejos muebles: mesas en las que una o más patas estaban rotas y reparadas, un canapé de dosel hundido, en el que Pasquale sabía que anidaban las ratas, taburetes cojos, un antiguo cofre con el panel frontal reventado y cuya tapa había desaparecido. Igualmente había piezas mecánicas un poco por todas partes, porque Piero, que estaba fascinado por los inventos de los artificieros, recuperaba las máquinas que no funcionaban para intentar repararlas o fabricar otras nuevas. Se podía ver una pianola con forma de concha, cuya carcasa de hierro no contenía más que cuerdas sueltas o rotas, y cuyos martillos estaban retorcidos o faltaban. Un vaso de Tántalo. Un fusil colonial provisto de un cañón octogonal de por lo menos dos *braccia* de largo. Algo parecido a una marioneta de peluche con corona dejada en un banco, con las piernas por delante y la cabeza gacha. Una máquina adivinatoria movida por un mecanismo de relojería con los resortes rotos y cuyos indicadores estaban bloqueados en «La Paciencia». Un aparato que, con un movimiento de manivela, molía y mezclaba pigmentos, pero del que Pasquale sabía, por haber hecho la experiencia, que se contentaba con pulverizar nubes de fino polvo de colores; un ábaco automático de doble entrada; un telar automático desmontado con el fin de utilizar las tarjetas perforadas para producir cuadros; un reloj provisto de un complejo sistema de engranajes destinado a compensar la pérdida progresiva de energía de sus muelles. El tic-tac del mecanismo de sus ruedas fue durante un momento el único ruido de la habitación, hasta que, al ver al simio, el cuervo domesticado de Piero hizo chirriar sus garras en su percha y graznó:

—¡Peligro!

Piero dormía en una cama mueble en un rincón de la habitación, detrás de un biombo en el que había pintados paisajes de las islas paradisíacas del Nuevo Mundo. Pelashil fue a despertar al anciano sacudiéndole por el hombro, y este intentó apartarla débilmente. Encogiéndose de hombros, la mujer le lanzó a Pasquale una mirada de reproche antes de retirarse.

Piero se acurrucó en su manta mugrienta. Su vigorosa melena blanca se desparramaba alrededor de su rostro arrugado de piel morena, y se quedó durante más de un minuto haciéndose el perezoso antes de levantarse; luego, atravesó precipitadamente la habitación para ir a orinar a un cubo situado encima de un taburete. De espaldas a Pasquale, abrió la ventana y vació el cubo en el jardín salvaje del exterior, donde las viñas trepaban a su antojo por unos árboles sin talar, en medio de unos setos monstruosamente frondosos.

—¿Os he ofendido, maestre? —se inquietó Pasquale.

—Te has portado mal —respondió Piero, de espaldas todavía mientras volvía a la calma para sentarse en ella con cierta precaución. Se tendió lentamente, y luego se llevó el embozo hasta el mentón con sus manos nudosas y artríticas. Acabó por mirar a Pasquale fijamente a los ojos—: Duermo. No eres más que un sueño. —Y con estas palabras, su cabeza se hundió sobre el sucio cojín que le servía de almohada y empezó a respirar sonoramente por la boca con un aliento lento y jadeante.

—Habéis tomado vuestro veneno —dijo Pasquale. Como no obtuvo respuesta, añadió—: Deberíais comer algo. En la vida no hay solo sueños.

Había una cacerola de huevos duros encima de la placa del horno —por economía, Piero preparaba cantidad cuando preparaba cola o apresto—, pero cuando Pasquale abrió uno, un repugnante olor a azufre escapó de él, y vio que la clara tenía una tonalidad gris verdosa.

—Pelashil debería cocinar para vos —dijo Pasquale.

Aquel era un tema que Piero sacaba generalmente en un discurso sobre la opresión, a lo que Pasquale respondía que no tendría que haberla traído del Nuevo Mundo si no quería que fuera oprimida, y Piero respondía que era todo lo contrario, apoyándose en alguna improbable teoría según la cual la esclavitud era la libertad y la libertad la esclavitud. Pero en aquella ocasión Piero siguió durmiendo con obstinación, o al menos procuro mantener las apariencias. Pasquale se sentó sobre un taburete roto y miró al anciano durante un momento. Debió quedarse adormilado, porque reaccionó cuando Pelashil le sacudió por un hombro, mientras que Piero, que había acabado por dormirse de verdad, roncaba con la

boca abierta, dejando ver unos dientes negros y podridos que salían de unas encías carnosas.

Pelashil se colocó un dedo en la boca y se llevó a Pasquale a la trascocina, caldeada por un horno tripudo, con telas bordadas con multicolores motivos geométricos cubriendo unas paredes cuyo enyesado se estaba reduciendo a polvo, lo que daba la impresión de encontrarse en tierra mora y lejana, donde el sol calienta tan fuerte al mediodía que las arenas del desierto se transforman en cristal.

Agotado, olvidando de por qué había acudido allí, Pasquale dejó que Pelashil le desvistiera. El lodo se había secado en la ropa, dejándola tiesa. La mujer le lavó el cuerpo con un trapo limpio, y luego le puso un cuenco de sopa entre las manos. Había añadido a la misma unos crujientes pedazos de pan tostado, lo bastante pequeños como para ser comidos sin necesidad de cuchara. Pasquale quiso saber dónde se encontraba el simio; la mujer se encogió de hombros y señaló el jardín con el dedo: le había dejado salir. Cuando Pasquale hizo ademán de ir a levantarse para ver lo que había sido del animal, Pelashil se lo impidió, y con una extraña sonrisa interior, bajó la cabeza, le acarició el pelo con sus cabellos lacios y marrones y luego descendió un poco más abajo. Pasquale sintió que su virilidad despertaba bajo los lengüetazos, suspiró y se la acercó.

Cuando Pasquale se despertó, la parte del cielo que se podía ver desde la ventana se había oscurecido, como si fuera un pequeño fragmento de tejido violeta que hubiera quedado prendido en las ramas entrelazadas de los árboles salvajes del jardín de Piero. Pelashil se estaba vistiendo con una languidez despreocupada, colocando un vestido de un color blanco mate sobre su piel morena. Pasquale la miró, sorprendido por la fatiga y la emoción, y la preguntó que a dónde iba.

—A trabajar —respondió Pelashil—. Él no gana nada, pero hay que traer algo de dinero a casa.

—Pídele que venda uno de sus cuadros —propuso Pasquale antes de levantarse para dar unos cuantos puñetazos en un ambiente tan caldeado que parecía materia sólida—. Si vendiera uno solo, podría vivir hasta el fin de sus días.

Pelashil negó con la cabeza.

—¡No! Los necesita. Vive en ellos.

—¿En sus cuadros?

—En un lugar que encuentra pintándolos —respondió—. Es el primer *mara'akame* de tu pueblo, pero también podría ser el último. Puedes aprender mucho de él, Pasquale. Le he seguido porque es un gran *mara'akame*. Ha viajado lejos por las ramas del árbol de la vida.

—Yo creía que Piero había hecho de ti su esclava para obligarte a seguirle y a compartir su cama.

Pelashil soltó una risa crispada. Empezó a abotonarse la pechera de su traje.

—Cuando le encontré, era más joven y viril, pero sus conocimientos estaban menos avanzados que hoy. La sabiduría requiere tiempo.

—¿Dejaste a los tuyos por voluntad propia? Siempre creí que…

—¿Que era su sirvienta? No más que tú eres servidor de Rosso. Vaya, al oír el nombre de tu maestre te has sobresaltado. ¿Qué pasa?

—Es una larga historia, Pelashil, pero no sé si es el momento de contártela.

Pelashil acabó de abotonarse el vestido y luego se puso un chal con cuidado sobre los hombros, enrollándose una de sus esquinas alrededor de la cabeza.

—Tengo algo que decirte, Pasquale, pero te pido que sea solo para ti.

—Naturalmente.

—Eres un muchacho atractivo, lleno de vida. No deberías quedarte en esta ciudad. Cuando tomaste a Piero por maestre secreto, supe que en tu fuero interno eras, como él, un viajero.

—Ahora tendré que marchar, Pelashil. ¿Quieres venirte conmigo?

—Si me convertí en la sirvienta de un mago extranjero, fue porque era el único medio por el que una mujer de mi pueblo

podría adquirir verdaderas facultades. Los *mara'akame* de mi mundo no hablan más que con hombres, aunque en el pasado haya habido *mara'akame* mujeres. Pero aunque se negaban a hablar conmigo, sí hablaban con Piero, y eso es lo que le puso en el camino de la sabiduría. No ha dejado de avanzar por ese sendero desde entonces, y yo le he seguido.

—La planta que come… ¿la comes tú también?

—¿No soy yo quien se la da? Todos los de mi pueblo la comen. Solo nosotros sabemos dónde encontrar el peyote, el *híkuri*, y como recolectarlo en nuestras peregrinaciones a la tierra sagrada.

—Pensaba que me ayudaría a pintar, me entiendes. Por eso lo tomé.

—Todavía eres como los de tu pueblo. No has encontrado el equilibrio. Vives bajo el dominio de los fabricantes de objetos, de máquinas, que no ven más que la mitad del mundo. El *híkuri* desvela la verdad que se oculta detrás de lo que creemos ver.

Pasquale pensó en los experimentos que hacía Piero con las máquinas que los artificieros ya no querían.

—Deduzco que Piero comprende ambas mitades.

—Se complace en permanecer en el centro. Es el primer *mara'akame* que ha adoptado ese camino. Sus discípulos no tendrán más que seguir sus pasos, y así podrán ir más lejos. Y ahora, escúchame. No debes quedarte aquí. Eres una fuente de problemas.

—No veo de lo que hablas.

—Han venido unos hombres. Soldados de la milicia. Estaban buscándote. Eso le ha dado miedo. Debes marcharte por su seguridad. Y piensa en lo que te he dicho. Velaré por ti, porque estás a punto de dar el primer paso.

Luego, la mujer desapareció, dejando a Pasquale recogiendo su ropa, que había quedado desperdigada por el suelo de la pequeña habitación. Así que no solo le perseguían los de Savonarola, sino también los milicianos de la ciudad, sin duda a instancias del mercader Taddei. Si le echaban mano, le intercambiarían en el acto por el cuerpo de Rafael. En cuanto a los hombres de Giustiniani, habrían registrado la habitación de Machiavelli y estarían tras sus pasos para quitarle el objeto que había conseguido por casualidad. Sabía lo que tenía que hacer. No había otra solución. Debía devolvérselo a su propietario.

Piero se encontraba sentado a una mesa en el interior de la habitación grande, donde unas velas formaban unos islotes de luz inestable. Con las manos separadas para sostener su peso, estaba inclinado sobre unos dibujos que se amontonaban como hojarasca encima de la mesa. Se había tapado con la manta como si fuera un senador de la Roma antigua, dejando un delgado hombro desnudo, y con su barba hirsuta y blanca y sus cabellos enredados, parecía un san Jerónimo en su celda, aunque le faltaban los atributos tradicionales, el león y el bonete cardenalicio.

Mientras Pasquale entraba en la habitación, el cuervo se agitó en su percha y erizó las plumas.

—¿Son nuevos bocetos?

Piero no levantó los ojos, pero negó lentamente con la cabeza.

—Pelashil os ha dejado algo de sopa, maestre. Deberíais tomar un poco.

—Los cocineros engordan terriblemente solo con respirar el olor su cocina, y está muy bien que sea así, porque el alimento acaba por repugnarles, lo mismo que el carbón le horroriza al minero de Westfalia, que prefiere quemar madera en su chimenea.

No servía de nada intentar razonar con Piero en lo que tocaba a la comida.

—Si no tenéis hambre —le dijo Pasquale—, no creo que haya nada más que decir.

Piero negó de nuevo con la cabeza.

—Las tinieblas están ocupando mi habitación. Sin luz, muchacho, sin luz. ¿Cómo va a poder pintar sin luz el pobre Piero?

Pasquale encendió unas gruesas velas que depositó ante los espejos reflectores desperdigados por la sala, de modo que su luz iluminó la grande y fría habitación.

—La luz no deja de moverse —masculló Piero cuando Pasquale hubo terminado.

—Es su naturaleza, maestre. —Dominado por un vago resentimiento, Pasquale pensó en su ángel: no había disfrutado pensando en él en los últimos tiempos. Hizo remontar su mente hasta la visión que tuvo de la gloria del ángel, reflejo de la gloria del maestre que, como el Sol, no podía ser mirada directamente ni nadie se podía acercar a ella. Ahora bien, si el Sol bailaba en la superficie de las aguas y multiplicaba su gloria de tal manera que su

belleza bruta se convertía en algo insoportable para el ser humano, debía ocurrir lo mismo con un ángel, llevado por la gloria de su servicio, con el aliento cortado por su viaje desde el cielo a la tierra. Se movía, debía moverse sin cesar: debía ser tan vivo como la luz sobre el agua. ¡Oh, cómo se podía pintar semejante cosa! ¡Cómo pintar su rostro!

—Trae luz aquí —dijo Piero.

Pasquale tomó una vela y se acercó a la mesa. Vio que los dibujos de Piero eran delicados estudios a lápiz de animales fantásticos que brincaban o dormían entre extrañas formaciones rocosas, y así hoja tras hoja, sin que ninguno de aquellos monstruos se pareciera a ninguno que hubiera visto Pasquale anteriormente, ni siquiera en los croquis dibujados por los viajeros de los diablos que poblaban los extraños cuadros flamencos del paraíso y del infierno.

—¿Son estas las criaturas del Nuevo Mundo, maestre?

Piero se dio una palmada en la frente. A la luz de la vela, Pasquale vio el cráneo que despuntaba bajo la piel del rostro de su maestre secreto, y supo que Piero no iba a vivir mucho tiempo. Su viaje le había llevado lejos de la humanidad y le había agotado antes de tiempo.

—Pertenecen al mundo del espíritu —respondió Piero—. Cristóbal Colón se equivocó al querer explorar los confines del planeta. Existen países desconocidos mucho más vastos, salvajes y sorprendentes que los que podrán nunca ver un marino con escorbuto encaramado en la cofa de su nave, al acecho de tierra firme detrás de su catalejo. El mundo de la mente reside en cada uno de nosotros, pero pocos son los que lo conocen. Tú no lo conoces, y hasta que no hayas colmado esa laguna, serás incapaz de pintar tu ángel. ¿Ha empezado a iniciarte Pelashil?

—Me ha dado a comer una de vuestras plantas, maestre.

—No me digas lo que has visto, porque sin duda no habrá sido algo importante. Solo los verdaderos magos ven la verdad. Pronto partirás. Esperaba que Pelashil tuviera tiempo de iniciarte, pero puede que sea mejor así. De todos modos, las plantas que me quedan han perdido su poder después de todos estos años. Te envidio, Pasquale. Vas a probar los *híkuri* frescos, y yo nunca tendré ese placer. ¿Te he contado ya la historia del pueblo de Pelashil, los wixarikas?

—Varias veces, maestre.

—¿Quieres oírla una vez más?

—Naturalmente.

Y Piero le contó una vez más a Pasquale cómo se recogía el *híkuri*, empleando las mismas palabras que la primera vez. Explicó cómo se esperaba la estación seca antes del invierno, y cómo, cuando el maíz estaba todavía verde pero la calabaza ya había madurado, un grupo de wixarikas partía en un peregrinaje que había de durar veinte días. Tras pasar dos días preparando sus trajes, rezando y purificándose para la confesión, tomaban nombres de dioses y, guiados por un *mara'akame* que había asumido el nombre del dios del fuego, atravesaban la llanura árida que se extendía entre las dos montañas sagradas, buscando los senderos construidos por los gamos, porque sin gamos no podía haber peyote, que apareció debajo de los cascos del primer gamo de la creación. Siempre se atravesaba con una flecha la primera de las pequeñas plantas de color gris verdoso y se la rodeaba de ofrendas; en cuanto a las siguientes, se las examinaba de manera escrupulosa antes de envolverlas con todo cuidado. Piero probó su primer peyote en la primera noche de su primer peregrinaje: guiado por un ocelote, atravesó una serie de imágenes dispuestas como las tiendas del carnaval, y cuando despertó supo que se convertiría en *mara'akame*.

Pasquale ya había escuchado aquella historia, contada exactamente de la misma manera, pero en aquel momento comprendía todo cuanto le había dicho Piero, y todo lo que había hecho Pelashil, todo destinado a iniciarle en aquella verdad: que el mundo de las visiones era tan real como el de los artificieros.

—Maestre —dijo—, os pido perdón. He dudado de vuestra bondad. Estaba equivocado, y ahora necesito enormemente vuestros consejos.

—Lo sé, lo sé. Parezco estúpido, me toman por un idiota o por un loco, pero eso es falso. Sé por qué vinieron los soldados. ¿Puedo ver lo que buscaban?

Pasquale le ofreció la pequeña maqueta. Piero la examinó por todos los ángulos y, luego, preguntó:

—¿Vuela este objeto?

—Siempre me asombráis, maestre. ¿Cómo lo sabéis?

—Porque Giovanni Rosso vino a reclamarlo antes que los soldados.

—Tengo que devolvérselo a su propietario. Maestre, conocéis al Gran Ingeniero. ¿Cómo puedo encontrarme con él? ¿Podríais llevarme con él?

—Él me comprende mejor que la mayoría, pero no hemos hablado más que en dos ocasiones. No le conozco. No lo bastante bien como para hacer lo que me pides.

—Pero, maestre, mi vida está en peligro. Estoy en el centro de una lucha encarnizada en la que se disputa un botín que, si pudiera, abandonaría de buen grado.

—Dicen que el Papa ya se ha marchado, que ha huido de las revueltas.

—Es cierto. Lo vi con mis propios ojos. —Mientras Pasquale describía la escena que había tenido lugar en la puerta de la ciudad aquella misma mañana vio que el rostro de su maestre se dulcificaba con aire pensativo. Piero era un gran defensor de los Médici: cuando estos fueron derrocados, también él abandonó Florencia para dirigirse al Nuevo Mundo. Luego, cuando el papa León X accedió al trono de san Pedro, organizó con Andrea del Sarto un desfile triunfal cuyo tema era la muerte. En el centro del cortejo se encontraba el carro de la Muerte en persona, tirado por unos búfalos negros marcados con huesos humanos y cruces de pintura blanca, y sobre el que se alzaba la gigantesca silueta de la Muerte armada con su guadaña, triunfante por encima de las tumbas que se abrían para dejar salir a unos personajes ataviados con ropajes negros sobre los que iban pintados los huecos de los esqueletos enteros, aunque, a la luz de las antorchas, parecían esqueletos que bailasen en honor de su siniestra señora. Apoyándose en la idea de que la muerte era un exilio lejos de la vida, el desfile simbolizaba el largo exilio del que los Médici iban a volver para gobernar de nuevo en Florencia. Sin embargo, no volvieron. Florencia en la cumbre de su gloria era más fuerte que Roma. Era el último espectáculo que Piero escenificó antes de retirarse del mundo.

Cuando Pasquale terminó de describir la retirada del Papa se produjo un silencio. Al fin, Piero suspiró profundamente y dijo:

—Se me va a morir el corazón de pena, Pasquale. Qué feliz era

apenas hace dos días. Qué feliz. Y ahora Florencia está entregada a sí misma.

—No me gusta que habléis de la muerte.

—Te envidio, Pasquale. Imagina que seas detenido, juzgado y condenado a muerte; al menos, irás a morir en plena santidad, ante miles de personas que te mirarán pasar con esa atención que solo se concede a los más privilegiados. Irás a morir al sonido desgarrador del tambor, un día de fiesta, con todas tus necesidades cubiertas de antemano, y el anuncio de tu ejecución figurará en un lugar destacado en todas las gacetas. Qué mejor muerte que la mayoría de las demás, esos pequeños y tristes combates solitarios. La muerte no me da miedo, Pasquale, pero temo la indignidad de la agonía.

Pasquale no pudo evitar reírse ante aquella evocación tan caprichosa. Piero tenía el arte de invertir las ideas recibidas, aunque en su boca las situaciones más banales se convertían en cosas tan exóticas como las ceremonias aztecas o las vestimentas de otros pueblos salvajes.

—Te ríes de la muerte —dijo Piero—. Eso está mejor. Bien, me ocuparé del simio en tu ausencia. Quiero hacerlo, aunque puedes estar seguro de que Pelashil no me lo perdonará y que acabaré por encontrarme solo. Pobre Piero, dirán, que solo tiene un simio para cuidar de su ropa, para cocinar para él y calentar su cama.

Pasquale se había olvidado del simio, y preguntó que dónde se encontraba.

—En el jardín, comiendo los higos de mis árboles. Ya sabes lo bien que está. Déjale tranquilo. Enfunda el puñal, ¿quieres? No le persigas. El animal no conoce el pecado.

Pasquale se dijo que aquello sin duda era verdad. Aquel animal había matado, pero no por malicia y sin ninguna intención de hacer daño ni teniendo la menor consciencia del mal, de modo que no podía ser culpable. Feliz ignorancia la de aquellos que no tenían pecados que redimir. Cómo le envidiaba, atrapado como estaba bajo su propio fardo.

—Puede que no te vuelva a ver nunca más —dijo Piero—. No lo había pensado antes de ahora.

—Volveré, maestre. Os lo prometo.

—Poco importa —se apresuró a replicar Piero—. Prefiero escuchar la lluvia que los discursos de los ociosos. Me gustaría

poderte enseñar más cosas, pero quizá ya sepas lo suficiente. Que tu viaje sea el del conocimiento.

Pasquale sujetaba delicadamente la maqueta entre las manos, haciendo girar la hélice de derecha a izquierda con el dedo índice. Un objeto tan frágil y en el que descansaba la suerte de los imperios.

—Cuando vuelva, maestre, haré menos ruido que un ratón en una iglesia. Y esperaré a que el tiempo sea despejado, a que no llueva. Pero, os lo ruego, decidme cómo conseguir una audiencia con el Gran Ingeniero para que pueda irme sin demora y dejaros con vuestras meditaciones.

Piero pasó el dedo por las plumas del cuervo, que bajó la cabeza complacido, mirando a su amo por debajo de un ojo redondo y negro, brillante como una bahía.

—Ama los pájaros. Principalmente, fue de eso de lo que hablamos cuando nos encontramos. Le hablé del cóndor, que puede volar durante horas sin batir las alas.

—¿Qué debo hacer para conseguir una audiencia, maestre? Es imprescindible que, a cualquier precio, ponga en sus manos la maqueta. Sabré llevar la conversación si fuera necesario.

—Es uno de los hombres más tristes que haya conocido. Y uno de los más solitarios.

—¿Me bastará con entrar en su torre? ¿Es tan sencillo como eso?

—Claro que no —replicó secamente Piero, sin dejar de acariciar el pájaro—. No digas tonterías. Está más estrechamente protegido que el Papa, porque el Colegio de Roma siempre puede elegir a otro Papa, pero nunca habrá otro Gran Ingeniero. Sin embargo, aunque por lo general está recluido en su torre, sus ayudantes circulan un poco por todas partes de la ciudad. Hay uno que frecuenta las tabernas de mala reputación que tanto te gustan, Pasquale. Quizá deberías intentar encontrarle. Le gusta tratar con la canalla, y tiene cierta predilección por los cuadros guarros. Responde al nombre de Niccolò Copérnico. Es un horrible personaje con muy mal aspecto, y muy tacaño. ¿Le conoces?

Pasquale volvió a pensar en la máquina cósmica que ardió en la plaza. Copérnico había demostrado que la Tierra giraba alrededor del Sol, que este era el centro del universo. O quizá fuera lo contrario; lo mismo le daba a Pasquale mientras el suelo se quedara

bajo sus pies.

—A ese tal Copérnico —dijo—, ¿dónde puedo encontrarle?

—Oh —dijo Piero con cierta vaguedad en la voz—, en alguna de las tabernas frecuentadas por los estudiantes prusianos, presumo. Pero, ante todo, intenta cambiarte, Pasquale. ¿Te has bañado en el río con este tiempo?

4

El taller de Rosso era un verdadero campo de batalla. Todo estaba roto y patas arriba. La ropa de Pasquale, por la que había corrido el riesgo de volver, estaba totalmente destrozada o metódicamente desgarrada por las costuras: la hermosa camisa de seda que le había costado diez florines, la camisa blanca con adornos de encaje, de la mejor tela de Inglaterra, y su jubón blanco a juego, cuyas profundas pinzas estaban ribeteadas de oro, las camisas y las calzas que le compró a un mercenario albanés y cuyo dobladillo repasó cuidadosamente; incluso su tablero de trabajo estaba hecho pedazos. Los talones de sus dos pares de botas preferidas habían sido arrancados. Un ancho cinturón de cuero, que había labrado con intrincados dibujos de estilo moro, había sido cortado en dos por algún motivo y su cierre de cobre, retorcido. Su cama mueble estaba totalmente hundida; el colchón, abierto.

Pasquale arrancó lo que quedaba del dobladillo de la capa y se la echó a los hombros. En cuanto a lo demás, a toda aquella ropa que tanto le había costado reunir, remendar o confeccionar por sí mismo, no podía hacer nada.

La habitación principal del taller no estaba en mejor estado que las pocas cosas de Pasquale. El banco de trabajo había sido derribado, la muela partida en dos, la puerta del horno arrancada. Había pigmentos por todas partes, tirados por el suelo formando charcos o marcas de colores chillones, y todos los cuadros habían sido desgarrados, todos los marcos rotos. En la penumbra del crepúsculo, Pasquale rebuscó en el fondo del horno y encontró el saquito de tela en el que Rosso conservaba habitualmente los

haberes del taller. Contenía más de lo que había esperado, pero menos de lo debido, si se contaba con el dinero del «empalmador» y de los grabados de la gaceta. Rosso, si no hubiera muerto, se habría visto en dificultades para pagar el alquiler del local.

Cuando Pasquale se dio media vuelta para marcharse, tropezó con el pequeño panel que había preparado con tanto amor. Le habían hecho un agujero de una patada. Lo recogió sin sentir nada, a pesar de todos los esfuerzos y el tiempo que le había dedicado. Estaba hecho de madera de álamo bien seca, alisada y luego encolada, y rodeada de un marco labrado que Pasquale doró por sí mismo. Había estarcido la madera y eliminado los nudos y las esquirlas con cepillo o cola, y luego untado el panel con capas líquidas de imprimación, una delgada y tres espesas, que luego había recubierto con bandas de tela. Las capas siguientes de *gesso grosso*, una mezcla de cola y tiza, le exigieron dos semanas de preparación; las dejó secar varios días cada una de ellas, no aplicando la siguiente hasta haber lijado y preparado la anterior. Al fin, puso capas de *gesso sottile*, la primera a mano, y las demás, sucesivamente, con pincel sin esperar a que se secaran, ocho en total. Y, tras haber dejado que todo se secase al sol, Pasquale lo frotó y lo afinó con espátula y al *raffietto* hasta obtener una superficie tan lisa y lustrosa como si fuera de marfil antiguo.

Todo aquello para que cualquier animal, en un instante, lo destrozase de una patada.

Plantado ante su panel, Pasquale escuchó que alguien subía la escalera con pasos tranquilos. Poco después, unos violentos golpes se abatieron sobre la puerta. Encontró un pequeño cuchillo cuya hoja enderezó entre dos planchas del suelo y luego avanzó sin hacer ruido hacia la puerta, que había dejado abierta.

El monje que se ocupaba de los jardines de Santa Croce estaba ocupado fijando un cartel oficial con martillo y clavos. Pasquale le bloqueó la mano cuando esta subía una vez más y le apoyó la punta del cuchillo en la garganta, donde la grasa formaba un pliegue en el cuello de su hábito, y le quitó el martillo.

—No tengo tiempo que perder —dijo Pasquale—, así que contestadme. ¿Habéis visto quién hizo esto?

El monje sacudió la cabeza con precaución, una pulgada hacia cada lado. Tenía los ojos enfilados en el cartel que había clavado en

la puerta.

—Debió producirse un ruido considerable. ¿No habréis venido a quejaros?

—Yo estaba… en otro lado.

—Debían llevar uniformes de la milicia, o máscaras. ¿Qué?

—¡Yo no estaba!

El martillo hizo un ruido muy satisfactorio cuando rebotó pesadamente en el suelo del taller.

—Naturalmente —exclamó Pasquale—. Estabais en la Administración de Hospicios y Monasterios a juzgar por este papel. ¿Qué es toda esta historia del arnés emplomado?

—Es para impedirle trepar. Solo pretendo proteger mi jardín. Es mi deber, y tu simio…

Al monje casi se le salen los ojos de las órbitas cuando vio a Pasquale destrozando el cartel a cuchilladas.

—Rogad por mí, hermano —le dijo Pasquale—. Me gustaría continuar con esta conversación, pero tengo una cita importante con un sabio.

Mientras se apresuraba a descender la retorcida escalera por última vez, escuchó al monje gritando que iba a pedir que les pusieran un arnés tanto al amo como al simio. Puedes tocar el tambor tanto como quieras, amigo, pensó Pasquale. Hace dos días podrías haberme metido miedo, pero ahora ya no.

5

El doctor Niccolò Copérnico tenía predilección por las tabernas frecuentadas por estudiantes de nacionalidad prusiana, donde improvisaba cursos por los que le podían pagar con vino, pues era demasiado parsimonioso para pagarlo él mismo. Le gustaba encanallarse con moderación, en la medida en que fuera gratuito, y prefería la compañía de los estudiantes a la de sus colegas artificieros, ante algunos de los cuales sentía tanto celos como desconfianza.

Una orquesta de músicos ambulantes interpretaba su música en

la plaza donde se encontraba la taberna con la esperanza de seducir a los suficientes clientes como para poder comer algo. Una pérdida de tiempo, según Pasquale, que tenía una lamentable opinión de los estudiantes en general, y de los estudiantes prusianos en particular. No eran más que vagabundos intelectuales que erraban de universidad en universidad hasta encontrar una dispuesta a venderles un doctorado; no tenían disciplina alguna, ningún tacto, y vivían en el mundo ilusorio de las ideas. En cuanto a los prusianos, incluso las ideas les faltaban, y no tenían oído para las delicadezas de la música, y no les gustaban más que las canciones para beber y las marchas militares.

La taberna estaba llena de humo y de ruido, atestada de estudiantes que gritaban alrededor de las mesas, con el rostro embrutecido a la luz vacilante de las velas de mecha de junco. Un grupo machacaba una de las mesas con las jarras mientras cantaban una tonadilla monótona en muy mal latín:

Los ingleses comen mierda
porque es todo lo que hacen.
Los italianos comen mierda
porque son idiotas.
Los franceses comen mierda
porque lo hacen los italianos.
Pero nosotros comemos mierda
porque somos buenos y leales prusianos.
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

El doctor Copérnico estaba sentado al fondo de la sala en compañía de tres estudiantes morenos que azotaron a Pasquale con su mirada idiota cuando este se inclinó y se presentó. Con un movimiento de sorpresa, Copérnico entornó de golpe sus ojos vidriosos. Era un hombre esquelético de unos cincuenta años, con las mejillas huesudas cubiertas de rojeces, los ojos muy juntos bajo unas cejas que se unían para formar un único trazo que se frunció al ver a Pasquale. Llevaba una toca de piel ladeada sobre sus largos cabellos grasientos y grises, así como una larga toga de una tela que se adivinaba de color herrumbre cuando era nueva, pero que se había vuelto con el tiempo de un color negruzco.

Pasquale se sentó frente a Copérnico y pidió con voz fuerte, antes de informar al sabio que deseaba formar parte del número de

sus alumnos.

La desconfiada mirada de Copérnico se adelantó en busca del rostro de Pasquale, y luego retrocedió bruscamente con aire inquieto.

—¿A qué estás jugando?

Pasquale encendió un cigarrillo y exhaló una larga bocanada de humo.

—A nada de nada, signor. Necesito ayuda, y Piero di Cosimo me ha mandado a vos.

—No necesito que nadie se ocupe de mis asuntos, ni, por otra parte, que me envíen alumnos. Soy un filósofo, joven, no un simple maestre.

—Sin embargo, enseñáis —apuntó educadamente Pasquale sonriendo a los tres estudiantes que le respondieron nuevamente con miradas bastante torvas. Mostró una moneda y preguntó que cuánto tendría que pagar para recibir una lección particular. Copérnico respondió con circunspección, mirando de reojo la moneda con avidez, que tendría que ser por el triple.

—Trato cerrado —declaró Pasquale antes de entregar el complemento cuando Copérnico hubo expulsado a los idiotas de sus alumnos como una vieja que hubiera espantado algunos volátiles.

—Muy bien —dijo Copérnico—. Puedes preguntarme lo que quieras, pero debo advertirte que soy conocido por la rareza de mis respuestas.

—Me siento afligido, señor, por privaros de vuestros alumnos durante esta noche. Podríamos decir que no os soy desconocido. ¡Ah! Quizá este vino podrá perdonarme. —Pasquale ofreció una amplia sonrisa al sucio y apestoso mesero que acababa de dejar ruidosamente una jarra de vino encima de la mesa, y le dio una roñosa moneda de plata con una desenvoltura que le costó bastante trabajo fingir—. Insisto en que bebáis conmigo, mi buen canónigo, y en que escuchéis mi demanda.

Copérnico se echó vino en la copa con parsimonioso cuidado.

—Soy canónigo de la catedral de Frauenburg, es cierto, pero no he vuelto por allí desde que me instalé aquí. Mi misión es temporal, no espiritual. Llámame doctor, si quieres, doctor Copernicus. Mi latín no es peor que el de otros, y bajo ese nombre me conocen en todos los países del mundo.

—Es precisamente vuestro renombre lo que me ha traído ante vos, señor —aseguró Pasquale.

Copérnico desconfió en el acto.

—¿Quién te envía? ¿Por qué has venido a verme? No ofrezco mi mercancía como si fuera un mercachifle, porque eso no se hace cuando se aspira a la grandeza de las artes científicas. En todo caso, ya se ha abusado mucho de mis ideas.

Piero se lo había dicho; como no había podido conservar para sí mismo los descubrimientos que había hecho sobre el mundo, el doctor Copérnico había perdido el control, y su amor propio había salido perdiendo. Su desconfianza era la de un avaro al que le piden que se deshaga de una parte insignificante de su fortuna. Preferiría esparcir sus conocimientos, en la medida de lo posible, antes que ver a sus rivales aprovecharse de ellos a su costa. Tras descubrir el misterio de la arquitectura del universo, no supo explotar su descubrimiento, ni siquiera pudo defenderlo de otro modo que elaborando complicados epiciclos destinados a explicar el movimiento de los planetas alrededor del Sol. Su teoría según la cual la Tierra y los demás planetas giraban alrededor del Sol había revolucionado la noción del lugar del hombre en el universo, y, no obstante, con sus epiciclos, sus ecuaciones y sus epiciclos de epiciclos, no intentó alterar el orden establecido, sino que intentó conformar sus resultados por medio de una infinidad de ajustes retrógrados. Sabía muy bien que su gestión implicaba mecanismos que no podía demostrar, que no tenían ningún efecto de realidad en las mentes de los hombres, pues, aunque había desplazado el centro del universo, no podía hacer nada más con su descubrimiento. Desconfiaba de todos, incluso de sí mismo.

Pasquale repitió que no estaba allí más que por la reputación del buen canónigo, así como por el consejo de Piero di Cosimo. Copérnico le azotó con la mirada.

—¿Dices que ya nos conocíamos? No me parece así. ¿Me has seguido?

—Oh, no, en lo más mínimo.

—No tolero que me sigan por las calles de la ciudad.

—Tenéis razón. Lo comprendo.

—Hice detener a un hombre por la milicia hace menos de un año. Negó que me seguía, claro, y los milicianos no quisieron

creerme, pero era verdad. Los charlatanes pagarían bien por utilizar mi nombre a fin de satisfacer sus ambiciones. Los astrólogos y los de su calaña, lo mismo. Soy perseguido… —Vació la copa—… por los astrólogos y por los que se dicen naturalistas, disfraz bajo el cual ejercen los magos en nuestros días. Si eres uno de ellos, harías bien en largarte ahora mismo… o llamo a la milicia.

—Soy pintor, doctor, y no astrólogo. He sabido por Piero di Cosimo que vos habéis apreciado algunas de mis obras eróticas. Pero os lo ruego, tomad más vino. Pediremos más cuando se nos acabe este. —Pasquale no encontró tan malo el vino como se había esperado, y si dejaba un cierto regusto a cobre en la boca, el calor que generaba tenía el mérito de ser ligeramente natural. Echó una buena dosis en ambas copas antes de beber un largo trago para aparentar.

Copérnico bebió rápidamente y con tragos cortos, con sus manos llenas de venas crispadas en su copa como si temiera que se la fueran a quitar.

—Si eres pintor —dijo—, supongo que no has venido para que te explique mi teoría sobre el éter y la propagación de la luz. Permíteme que te pregunte una vez más por qué estás aquí, joven. Sabe que no soy dueño de mi tiempo. ¿Dices que aprecié tus obras? ¿Cómo te llamas? ¿Firenze? ¿Te llamas como la ciudad?

—No, doctor. Me llamo Pasquale de Cione Fiesole. Una pequeña ciudad a menos de una hora a caballo de aquí. ¿La conocéis?

—Claro que conozco Fiesole. He ido allí varias veces a hacer observaciones. Aquí, ya ves, el humo oculta las estrellas, y no hablo de las lámparas de acetileno… ¿Quieres darme un poco más de vino? No es tan bueno como el vino de Prusia, pero es bueno para ser vino de Toscana. Tengo que poner cuidado. Puede hacerme perder la cabeza.

—En lo más mínimo, señor. El vino fortifica la sangre y alimenta al mismo tiempo la sede de la inteligencia. —Ante la idea de que aquel sabio abúlico y huraño fuese su única opción para acceder a la torre del Gran Ingeniero, Pasquale sintió que esbozaba una sonrisa y se esforzó por reprimirla. Su rostro le daba a la vez una impresión de calor y abotargamiento, como si acabara de meterlo en un horno.

—Vosotros los artistas estáis en un error —declaró Copérnico

con una voz grave e indiferente—. No podéis representar el mundo amontonando pigmentos en una superficie plana. Lo que os salva es la credulidad del ojo, pero no representáis la realidad. Para hacerlo, no hay otra cosa que la misma luz y el movimiento de la luz, actualmente, como ha demostrado recientemente el Gran Ingeniero. ¿Has visto su cuadro de luz viva?

Pasquale encendió un nuevo cigarrillo con ayuda de la colilla aplastada del primero.

—Desgraciadamente, estaba ocupado con otros asuntos. Sin embargo, acabáis de abordar el tema sobre el que quería hablar. Hay algo que me gustaría entender, doctor.

Copérnico pareció de repente atemorizado, como si acabase de cruzar una frontera que solo él podía ver, exponiéndose a peligros de los que solo él era consciente.

—No soy más que un estudiante en este campo. No puedo hacer otra cosa que repetir lo que se dice por todas partes, eso es todo. No tengo ninguna experiencia personal, no, ninguna.

Pasquale rebuscó en su bolsa para sacar la imagen que había encontrado en la chimenea de Giustiniani. Fragmentos de materia plateada podían distinguirse aún en la tela negra con la que envolvió la placa de cristal, que se había oscurecido aún más y en la que un reborde negro se extendía por toda su superficie excepto por el centro. La depositó encima de la mesa y le preguntó a Copérnico lo que pensaba de ella.

Apoyando los codos encima de la mesa y con el puntiagudo mentón en la palma de sus manos, Copérnico miró la imagen frunciendo el ceño, entornando los ojos como hacen los miopes. Luego, comprendió lo que representaba y retrocedió bruscamente, lanzando miradas atemorizadas por la sala tumultuosa, donde los estudiantes alborotaban o cantaban canciones obscenas de su país. Estaban borrachos, todos los presentes en la taberna estaban borrachos. Copérnico masculló que él no sabía realmente nada de aquel tipo de cosas, no, nada.

—Hablo del procedimiento. Es la técnica lo que me gustaría comprender. La imagen es burda, lo acepto.

—¡Es una parodia innoble del santo sacrificio! —gritó Copérnico con una indignación que parecía sincera.

Afianzándose en aquellas palabras, Pasquale se apresuró a

explicar que un artista de prestigio lo habría hecho mucho mejor, que se trataba menos del tema que de la presentación. Sin interrumpirse, sacó papel y un lápiz y dibujó rápidamente de memoria las líneas principales de una de sus viejas estampas. Le temblaba la mano, que le parecía tan pesada como si fuera de plomo; esbozó torpemente los cabellos de la mujer y tuvo que poner mucha atención para no estropear las manos. La mujer estaba tumbada sobre unos cojines, vestida solamente con una camisa diáfana que moldeaba su cuerpo, con el rostro lánguido y los dedos curvados acariciándose con una mano y sopesando con la otra el globo de su seno. Aquella estampa le había reportado a Pasquale menos de un florín, mientras que el *stationarius* que la había encargado imprimió un número incalculable de ejemplares.

Copérnico le miró de soslayo, como si se oliera una trampa.

—Sí, claro que sí, reconozco el dibujo. Se podría decir que, en su estilo, es una obra interesante.

—Su autor soy yo, doctor. Pero ya sabéis lo que pasa: los impresores me dan poco dinero para ellos ganar mucho más. Por eso me intereso en ese nuevo procedimiento, en esa pintura que emplea la luz. Si podéis enseñármelo, los dos podríamos ganar mucho dinero. Os pagaría largamente por el tiempo que me concedieseis… empezando por este florín.

—Cualquiera puede copiar una estampa —masculló Copérnico —, sin contar con que esta es particularmente célebre.

—En el oficio las llamamos «empalmaduras» —precisó Pasquale —. Os llevaré a ver a la modelo. Así me creeréis.

—Quizá, quizá. Oh, ya no queda vino.

Pasquale pidió otra jarra. Brindaron por el éter, fuera esto lo que quisiera ser, por Florencia, por el Gran Ingeniero. Luego, sin darse cuenta de nada, Pasquale se encontró en una calle en compañía de Copérnico, los dos tambaleándose tomados del brazo en la oscuridad camino de un farol que brillaba como una estrella en la espesa oscuridad de la noche. El aire frío mordía el rostro de Pasquale. El vino, había bebido demasiado vino. Sonreía como un idiota. Estaba en peligro de muerte, pero al menos podía perder algo de tiempo.

Copérnico no dejaba de hablar, con la pronunciación deformada por el alcohol. Hablaba del éter, o del concepto del éter, el cual era

tan vaporoso como los epiciclos que según él mantenían la Tierra en movimiento alrededor del Sol. No era solo un vehículo, al parecer, sino una forma superior de materia, de vibración.

—La luz no es más que materia bajo una forma superior. Es bien conocido que su velocidad es mayor que la del sonido, y mi teoría muestra la razón. Y, más allá de la luz, está el mismo Dios. ¡Jesús y María!

Se escurrió sobre un charco de barro y, si Pasquale no le hubiera sujetado, habría aterrizado en el desagüe abierto que corría por el centro de la calle con un olor poco agradable. Copérnico hipó y dijo en voz baja:

—No diré más, pues estamos rodeados de enemigos que quieren robarme las ideas para corromperlas. La ciencia exige tiempo. Los que quieren ir demasiado deprisa perderán la santidad, puedes creerme. Escucha. ¿No oyes nada?

Era un ruido de ruedas de carro, apagado de un modo u otro, proveniente de sus espaldas.

Pasquale dejó a Copérnico en un pasadizo profundo con un soportal redondeado. La verja de hierro estaba cerrada, vista la hora que era, ante un patio oscuro. Copérnico intentó débilmente liberarse, pero Pasquale le sujetaba con firmeza, apoyando una mano en su boca cuando el sabio empezó a gritar. El apagado ruido del carro se acercó y se acercó todavía más. Pasquale se sorprendió reteniendo la respiración. Comprendió lo que era aquel carro antes incluso de verlo pasar: era el que recogía los cadáveres sembrados por la ciudad con el derecho para llevarse a los que consideraban adecuados para los disecadores y los experimentadores de la Universidad Nueva. Muchos decían que debido a la demanda de los mismos en aquellos tiempos de progreso, los recolectores de cuerpos habían adquirido la costumbre de robarlos en los funerales, eso cuando no mataban a los ciudadanos perdidos que encontraban durante la noche.

Era un carro negro largo y bajo, tirado por un único caballo. El cochero y su ayudante iban encogidos en su banco, arrebujados en capas negras con el cuello levantado, los rostros cubiertos con máscaras de cuero negro. El caballo que tiraba del coche llevaba herraduras de cuero, y las ruedas habían sido envueltas con trapos. Un olor característico se distinguía del de la carne podrida, un

fuerte perfume de violetas.

Luego desapareció. Copérnico intentó liberarse de nuevo, golpeando la verja de hierro, que empezó a chasquear. Pasquale le habría dado un puñetazo de buena gana, pero aquello habría terminado con sus aspiraciones de entrar en la Gran Torre. Cuando al fin soltó al artificiero, este último dijo indignado:

—Conozco a esos hombres.

—No lo dudo —rezongó Pasquale.

—Estudié anatomía, entre otras ciencias, cuando era estudiante. Su profesión es honorable, no hacen nada ilegal. Sin ellos, no podríamos aprender a tratar la enfermedad. No hay nada que temer, joven. ¿Dónde se encuentra ese horrible lugar que dices conocer? No te creeré hasta que haya visto a la mujer.

—Yo también estudié anatomía, pero no me apetece encontrarme con esos señores en las presentes circunstancias. Tenéis que ayudarme, doctor. Me permito insistir en ello.

—Es inútil que me amenaces —replicó Copérnico con una dignidad de borracho que dejaba adivinar cierta aprensión—. Las amenazas no me dan miedo.

Cuando llegaron al semáforo al final de la calle, Pasquale supo dónde estaba y recordó a dónde iban. Había prometido llevar a Copérnico a ver a su modelo, Maddalena, para demostrarle que era lo que pretendía ser. El vino, aquel abismo de verdad y problemas, incluso aquellos que conducen a la verdad.

Poco después, llamaba a la puerta del establecimiento de la madre Lucia. Un perro empezó a ladrar en alguna parte, y luego la puerta se abrió y entraron titubeando, y a punto estuvieron de caer en los rollizos brazos cubiertos de satén de la *madame*, la madre Lucia en persona. Tenía el rostro untado con blanco de albayalde y colorete en las mejillas y, a la pálida luz de la vela que portaba, más parecía, si no una niña, al menos una muñeca, que la anciana que era en realidad. Sin saber cómo, Pasquale se encontró sentado con una copa de vino en las manos, cegado por la viva luz de la lámpara del salón. Un trío de chicas, ataviadas con trajes de terciopelo que dejaban sus hombros al desnudo y las alzaban los senos como si estos fueran hermosos voladizos abultados, intercambiaron unas risillas tontas al otro lado de la habitación, que parecía hundirse lentamente en el suelo.

—¿Y mi amigo…?

—A ver…, está con Maddalena, naturalmente —respondió la madre Lucia—. Oh, Pasquale, Pasqualino, estás borracho.

—Sois, en vuestro estilo, una mujer notable, madre Lucia —balbuceó tontamente Pasquale—. ¿Os lo había dicho ya?

—Los negocios son los negocios, mi querido muchacho, así que piensa en hacerme un bonito cuadro y dejaremos ahí las cosas. Los cuadros hacen que vengan clientes. Está demostrado.

—No puedo pagaros ahora. No tengo nada. —Claro que le quedaba el florín, pero se lo había prometido al doctor Copérnico.

—Paga tu amigo. No te preocupes. Pero, ¿de dónde sales, Pasquale? Tienes la ropa cubierta de barro.

—Tengo graves problemas, madre Lucia —respondió Pasquale, a quien el vino y el cansancio llevaban a la sensiblería—. Es muy cristiano por vuestra parte tenderme la mano. En lo sucesivo solo acudiré a vuestra casa.

—Esa es una atención que va directa a mi corazón —dijo la madre Lucia con una voz que daba a entender que ya se conocía aquella canción.

—No, no. ¡Soy sincero! Vivimos en un giro de la historia, grandes y terribles instantes. Si me ayudáis, si me ayudáis ahora…

—Recuerda mi caridad, mi querido muchacho, la próxima vez que tomes el pincel. —Las chicas del rincón se rieron, y la madre Lucia las dedicó una severa mirada. Luego, volviendo a Pasquale—: Es todo lo que te pido. Mientras tanto, no bebas más vino. No soporto ver llorar a un hombre.

—Si pudiera empezar a pintar ahora mismo… sois un ángel, Lucia. Y mi amigo, ¿ha terminado?

—Con los viejos, esto dura más —soltó una de las putas con cierto hastío.

—Un pájaro raro —observó la madre Lucia librándose de otra de las putas con un gesto imponente—. Me preguntó que si había hecho operar a mis chicas, ya sabes, para quitarlas un trozo de cráneo y que se volvieran dóciles. Se hace un pequeño agujero y se mete un alambre de hierro para hacer salir el mal. Le respondí que este era un establecimiento correcto y me replicó que daba lo mismo, que yo no estaba en regla. Pero eres tú quien manda aquí, ¿no es verdad, Pasqualino? Conozco a los de su especie, querrían

hacer de todas nosotras máquinas confinadas en un empleo o en otro, según sus deseos.

Pasquale debió quedarse dormido porque, luego, fue despertado por un grito que resonó en la casa. Se levantó de un salto y se abrió camino entre las putas, que se agarraron a él diciéndole que se sentase, que no hiciera caso, y luego se encontró corriendo por un pasillo iluminado con velas. Le zumbaban los oídos. No dejaba de golpearse contra uno u otro de los muros. Una puerta se abrió bruscamente y se vio precipitado al interior.

Maddalena estaba arrodillada sobre una cama hundida, los puños apretados en una sábana que se apretaba por debajo del mentón. Sus cabellos flotantes le caían hasta los riñones.

—Se ha ido sin pagar —lloriqueó—. Se fue por la ventana.

El criado moro que había seguido a Pasquale agachó gravemente la cabeza y salió corriendo.

—Harías bien en irte —aconsejó la madre Lucia, sin aliento, junto a la puerta—. Vamos a ocuparnos de él.

Pasquale empujó con violencia los postigos de la ventana, pero abajo no encontró más que una calle vacía. Se inclinó en el aire frío y oscuro, aturdido por una mezcla de alcohol y de viva emoción.

—No le hagáis daño —dijo—. Necesito su ayuda.

—¿Y te ayuda echando a correr? —se indignó la madre Lucia—. ¡Menudo hombre para que le ayude a uno! —La parte superior de sus brazos desnudos, recargada de barriletes adiposos, temblaba—. Que no vuelva a poner un pie en mi establecimiento. Menudos amigos tienes, Pasquale. No creía que fueras así.

—Dos cuadros. Tres. Del tamaño que queráis. ¿Dónde ha ido?

—He oído pasar a los recolectores de cuerpos —dijo Maddalena —. Quizá le hayan metido miedo.

Pasquale fue a buscar la jarra destinada para el aseo y se la echó por la cabeza. Soplando y parpadeando, empapado y casi sobrio, dijo:

—Quizá sería lo mejor que saliera por detrás.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Maddalena profirió un sollozo de miedo, dejando caer la sábana que cubría sus senos.

—Es inútil que te muestre la salida, me parece —chirrió la madre Lucia—. Y sobre todo, no tengas prisa en volver por esta mi

casa.

—¿Y para qué? —replicó Pasquale—. De todos modos, sabrán que me he ido por aquí.

Pasó las piernas por el alféizar la de la ventana y se descolgó hasta que quedó colgando de la punta de los dedos, y luego se soltó y rodó por el fango medio congelado que cubría el suelo. Se levantó, corrió hasta la esquina de la calleja y arriesgó una mirada al otro lado.

El carro de los recolectores de cuerpos estaba situado al otro lado de la calle, muy cerca de la puerta de la casa de la madre Lucia. Los dos hombres de capa negra luchaban cuerpo a cuerpo con el gran criado moro de la madame; ante los ojos de Pasquale, uno de ellos sacó una cachiporra y la dejó caer sobre el moro, que se derrumbó. Los dos hombres desaparecieron en el interior de la casa y Pasquale escuchó la voz fuerte e indignada de la madre Lucia.

Una voz de hombre, sin duda de uno de los recolectores de cadáveres, la cubrió con la suya.

—¿Dónde está el ladrón?

—Huyó —respondió la madre Lucia—. Era uno de vuestros artificieros. Se benefició a una de mis chicas y se marchó sin pagar. Vosotros tendréis que pagar, puesto que también trabajáis para la Universidad Nueva. ¡Y también tendréis que haceros cargo de lo que le habéis hecho a mi criado!

—El artificiero nos dijo que el que le había traído aquí intentó desvalijarle. ¿Dónde está vuestro gancho? Es él el ladrón que nos interesa.

Pasquale suspiró. Evidentemente, el alcohol y los placeres de la carne habían inflamado la recelosa imaginación de Copérnico.

—No necesito ganchos —replicó la madre Lucia. Con un exagerado prurito, añadió—: Tengo fama. ¡Esperad! ¿Dónde vais?

Un instante más tarde se escucharon ruidos de muebles derribados, luego el de una ventana al romperse y una cascada de cristales; retumbaron toques de silbato, señal de alerta de la milicia ciudadana.

Pasquale podía huir, naturalmente, pero se preguntaba si llegaría muy lejos. Si Copérnico había advertido a aquellos dos, sin duda estos advertirían a otros. Además, todavía tenía que

encontrarse con el Gran Ingeniero. No existía más que un único medio de acceder a él, para introducirse en la Universidad Nueva sin ser visto. Saltó a la parte trasera del carro, levantó la pesada cubierta de lona alquitranada y se metió bajo ella.

Tuvo el tiempo justo de instalarse antes de escuchar el regreso de los recolectores de cuerpos, perseguidos por la enfurecida voz de la madre Lucia. Pasquale se quedó sin moverse en la oscuridad, tendido junto a un cadáver pesado y frío. La burda madera del suelo del vehículo estaba bañada en un líquido que se le metía por las calzas. El carro crujió cuando los dos hombres treparon a su asiento, y luego se estremeció bruscamente. Bajo la lona, en la maloliente oscuridad, la mano fría de un cadáver cayó sobre el rostro de Pasquale. No se atrevió a moverla; ¿y si uno de los recolectores se volvía para mirar la carga que llevaban? Un segundo cadáver, hinchado de gas, se tiraba pedos líquidos con cada sacudida. El olor no era tan fuerte como el de la sala de anatomía en pleno verano, en el tercer día de disección, cuando ya solo queda una envoltura de músculos podridos y grasa sobre unos huesos amarillentos, pero Pasquale no tenía a su alcance ningún saco de alcanfor que llevarse a la nariz, y aunque el fuerte perfume artificial de violetas le quemaba la garganta y los ojos, este no conseguía disimular la hediondez, limitándose a contrastar con ella. Girando la cabeza, consiguió acercar la nariz a uno de los orificios de fijación de la lona, y así pudo respirar un poco de aire fresco. Le rogó al cielo que todos aquellos cadáveres hubieran muerto de muerte violenta o natural, y que no se contagiara ni de disentería o sífilis respirando sus pútridos miasmas.

La voz de los recolectores de cuerpos cubría el estruendo de las ruedas amortiguadas del carro y los chirridos de su chasis de madera. Uno de ellos, que hablaba lentamente y con voz grave, se quejaba de la arrogancia de los artificieros.

—Como si no tuviéramos ya bastante trabajo, tenemos que proteger a esos idiotas por el mismo precio.

—Este artificiero es un viejo cabezota que cree que todo el mundo quiere desvalijarle. Sin duda, algún gancho habrá sido tan goloso como para presentarle a alguna amable puta llena de afecto.

—Pero el gancho no pidió lo suyo. Quizá nunca existió.

—Poco importa. Gancho o no, el artificiero interesado nos dará

la moneda que nos prometió. ¿Has visto las tetas de esa chica? Me habría quedado allí babeando un rato más.

El de la voz baja se partió de risa.

—Tal y como van las cosas, podrás beneficiarte su cuerpo caliente en un día o dos.

—Tal y como van las cosas, en un par de días estaremos sin trabajo. La guerra es buena para la medicina, pero mala para nosotros. Se puede recoger a todo el mundo en tiempos de guerra.

—No te preocupes —dijo el primero—. Mientras encontremos un medio para conservar los cuerpos en verano, tendremos trabajo. Con este cargamento, las salas de estudio no tendrán necesidades hasta el nuevo año. Hay que ver el lado bueno de las cosas: por lo menos, no necesitaremos ir de caza.

—Quizá tengamos que ir de todos modos —dijo el segundo—. Hay demasiados jóvenes impetuosos que se matan los unos a los otros, y no hay suficientes mujeres.

—En nuestros días, solo quieren cerebros. No son muy escrupulosos en cuanto a su origen. Los cerebros son todos iguales.

—En el cerebro reside la razón, quizá por eso tú no les interesas. Pero, mira, en cuanto al corazón, la cosa cambia. Yo siempre he sentido debilidad por el corazón.

—El corazón o los despojos, a fin de cuentas, siempre es dinero.

—Careces de poesía, Agostino. El corazón, veamos, con sus cuatro compartimentos y sus válvulas, es un milagro. Piensa en el modo en que la sangre circula por él, gracias a las válvulas, que son tan ingeniosas que se abren en un sentido o en el otro según las necesidades. Como he dicho siempre, es una disciplina en la que vale la pena instruirse.

El segundo recolector, Agostino, observó:

—Habría que pensar en los estudiantes de medicina. ¿Por qué no en la joven puta que tanto te ha gustado, la de las buenas tetas? Podría volver la cabeza si quisieras aprovecharte de ella antes de ponerla al fresco.

—Mi padre ya estaba en este negocio y su padre antes que él. Nunca tuvieron que emplear el cuchillo.

—Ya he oído bastantes cosas de tu padre, muchas gracias. Déjalo. Tenemos que hacer esta última recogida antes de volver.

La mano del cadáver se apartó de la cara de Pasquale cuando el

carro giró, bajando la velocidad hasta detenerse. Siguió un momento de silencio y luego levantaron el extremo de la lona para echar un cuerpo a la plataforma. El recolector de la voz grave habló de dinero con alguien. El carro volvió a ponerse en marcha y avanzó pesadamente por las calles silenciosas, discutiendo los recolectores en voz baja hasta el momento en que el carro acabó por detenerse de nuevo y se escuchó el fuerte chirrido de unas puertas.

Los recolectores intercambiaron algunas palabras amables con un guardia. El carro avanzó un poco más antes de detenerse nuevamente. Luego, una sacudida y la sensación de caer en medio de un rugido de máquinas de vapor y un chasquido de cadenas. El carro se encontraba en el interior de la Universidad Nueva.

6

La caída se detuvo con un ruido sordo. De golpe, la luz se filtró a través de los ojetes de la lona alquitranada. El carro avanzó lentamente. Ecos apagados, el ruido de una máquina que machacaba una y otra vez, imperturbable. Pasquale echó mano a su pequeño cuchillo y se dispuso a intentar cortar la lona cuando el extremo de la misma se levantó, aunque luego volvió a caer.

Pasquale permaneció inmóvil, mirando a través de los dedos tiesos de la mano del cadáver, que seguía plantada sobre su cara. Luces vivas brillaban por encima de su cabeza, una corona de lámparas de acetileno suspendida del techo abovedado de un color blanco crudo. Hacía un frío glacial, el de una cueva profundamente hundida bajo la tierra. Los recolectores empezaron a descargar el carro empleando un gancho de hierro para llevar un cuerpo hasta el extremo del volquete antes sacarle tirando de los cabellos y por los pies.

Incorporándose ligeramente, Pasquale se dio cuenta de que detrás del carro se encontraban hileras de mesas, en su mayor parte cubiertas de cadáveres desnudos. Los dos recolectores se afanaban alrededor de los cuerpos que acababan de descargar. Uno anotaba

algo en un trozo de papel mientras el otro tomaba medidas.

Pasquale se levantó como pudo y saltó por encima de la barandilla del carro, haciendo resonar la fría pizarra del suelo. Los caballos resoplaron y piafaron, tirando del freno del carro. Los dos recolectores se volvieron, gritaron y le dieron caza. Pasquale se deslizó entre los cuerpos tendidos sobre las mesas de pizarra y corrió hasta la primera puerta, qué cerró ante las narices de sus perseguidores.

Se encontraba en una pequeña sala circular, rodeada de una jaula de hierro trenzado cuyas paredes estaban separadas del muro de piedra que la contenía por lo que medía el ancho de una mano. Los recolectores daban grandes golpes en la puerta, y el suelo temblaba y oscilaba bajo los pies de Pasquale. Este se agarró a una cuerda y gritó sorprendido cuando la habitación se elevó por los aires llevándolo con ella.

La habitación, apenas un armario, se elevó durante un largo momento, con un ligero movimiento oscilatorio, cruzándose en un momento dado con una plancha de plomo que la rozó con un estruendo de cadenas. Cuando acabó por detenerse de golpe, Pasquale no se atrevió a soltar inmediatamente la cuerda, convencido de que, si lo hacía, el armario volvería a bajar en el acto hasta su punto de partida. La puerta, cuando la empujó, se abrió a la noche batida por el viento.

La morgue estaba situada en los fríos y profundos subsuelos de la Gran Torre, pues el armario mecánico había conducido a Pasquale hasta su cima. Dominaba los tejados y las terrazas de la Universidad Nueva orientados hacia el río, cuyos canales estaban delimitados por las luces de los molinos flotantes. Las colinas oscuras se dibujaban más allá, y en ellas se distinguían apenas unas pocas luces; ejércitos que se reunían, la amenaza invisible que pesaba en el aire como nubes de tormenta.

El viento acabó por limpiar los vapores del vino que había bebido Pasquale; tembló en el gélido torbellino. Las calzas se le pegaban a las piernas, impregnadas de la sangre gelatinosa de los cadáveres o de algo aún peor. Se encontraba en algo parecido a una plataforma que ocupaba la mitad del tejado. Un bosque de pequeñas torres rematadas por semáforos se erizaba a sus espaldas. Al tiempo que se volvía, los brazos del semáforo más elevado

subieron y lanzaron un chasquido antes de empezar a marcar su habitual ballet de giros para enviar un mensaje al otro extremo del mundo. Sus fanales parecían dejar en el aire rastros de luz roja y verde.

Un cabestrante avanzó por encima del parapeto, un artilugio formado por dos grupos de tres tambores de enrollamiento inclinados a cada lado de una máquina de Herón provista de una alta y estrecha chimenea. Estaba rematada por algo semejante a un sombrero que giraba y chasqueaba con el viento continuo. Cables, que serpenteaban entre las poleas, subían en la oscuridad al otro lado del parapeto. Pasquale consiguió justo entonces distinguir las formas geométricas cuya silueta revoloteante se recortaba sobre las nubes de la noche: cometas retenidas por finos pero sólidos cables de cobre llevados por el viento que soplaba sin descanso sobre la torre.

Pasquale plantó una mano en uno de los cables y tocó su trenzado. Agarrándose a él, miró hacia abajo y lanzó un grito maravillado. La masa de la torre disminuía hundiéndose en las tinieblas, adelgazándose hacia la base. Pasquale percibió luces apiñadas que debían ser ventanas y, aquí y allí, balcones y plataformas adosadas a la pared como nidos de martinetes bajo los tejados de las casas. Algunas luces dibujaban los contornos de la Piazza della Signoria; y al fin, el dédalo de calles que se cruzaban entre el Palazzo, el Duomo iluminado y mil otras construcciones más pequeñas, toda la ciudad nocturna que se extendía entre el río y las murallas de Florencia.

Unas cadenas chirriaron a espaldas de Pasquale mientras se desenroscaban los tambores colocados en el chamizo que albergaba el armario mecánico. Este descendía a toda velocidad. A la luz roja y verde de los semáforos, Pasquale pudo ver las cadenas hundiéndose en el pozo vertiginoso, hasta el disco aplastado del suelo del armario, reducido por la perspectiva al tamaño de una moneda. Bajo los ojos de Pasquale, el disco atravesó el anillo del contrapeso de plomo y se detuvo algunos instantes antes de ponerse a subir con un estruendo de cadenas.

Pasquale buscó algo que meter en las cadenas, o en los tambores, o quizá en el tren de engranajes que los hacían girar, todo ello al mando de alguna máquina que se encontraría más

abajo, pero solo podía contar con un rollo de cable que no podía mover ni un solo dedo. Habría podido ocultarse entre los semáforos, pero tarde o temprano, habrían acabado por dar con él; mientras reflexionaba en todo aquello, escuchó el sonido de una trampilla que se abría al otro lado del techo, y vio a un hombre aparecer por ella para pasear el rayo de una linterna de un lado para otro. Pasquale se puso a cubierto, encogiéndose detrás de la base del cabestrante. El armario mecánico se detuvo de golpe. Su puerta se abrió y dos hombres salieron por ella precipitadamente, uno sujetando a un enorme perro de caza y el otro con una linterna cuya luz barrió la plataforma. Este último inspeccionó los semáforos y, cuando volvía junto a su compañero, el rayo de la linterna pasó sobre Pasquale. El perro ladró, arrastrando a su dueño hacia delante, y Pasquale saltó al vacío y se agarró a un cable de cometa que se balanceaba al capricho del viento.

En cuanto Pasquale hubo dejado caer todo su peso sobre el cable, la cometa que lo retenía descendió, y Pasquale se encontró enseguida muy por debajo del nivel de la plataforma. Dando patadas mientras la piedra lisa de la torre desfilaba cerca de él, consiguió pasar una pierna alrededor de uno de los tres cables de la cometa. Suspendido con la cabeza hacia abajo, sujeto por las manos y la corva de la rodilla, veía las tinieblas nubosas del cielo y la silueta inquietante de la torre. Sentía el vacío a su espalda. Un fuerte y frío viento soplaba y le silbaba en los oídos, echándole el cabello sobre la frente, abotargando sus manos, pero estaba más embriagado que asustado, y solo pensaba lo que sería hundirse en la oscuridad y volatilizarse como un espectro.

Luego, los guardias se inclinaron por encima del parapeto, y tres rayos luminosos brillaron en las tinieblas y se cruzaron y se entrecruzaron.

Pasquale empezó a trepar por el cable y, a medida que lo hacía, la cometa empezó a ascender, arrastrándole con ella. Los guardias tiraron del cable al que estaba aferrado Pasquale, pero sus esfuerzos fueron vanos debido a la fuerza del viento, y no pudieron transmitir más que débiles sacudidas. Uno de ellos se dirigió a Pasquale, invitándole a que no hiciera el idiota, prometiéndole que no le pasaría nada si aceptaba descender, pero la mayor parte de sus palabras se las llevó el viento. Los otros estaban inclinados sobre la

máquina de Herón del cabestrante, esforzándose por encender la caldera con ayuda de pedernal.

Con las rodillas apretadas alrededor del cable, Pasquale se izó a fuerza de brazos hasta por debajo de la gran cometa. El velamen, una tela tensa sobre una armadura de fresno, vibraba y chasqueaba con fuerza. A la luz fugaz de las linternas de los guardias, Pasquale vio un arnés abierto o una cuna de mimbre, algo así como una corta toga sin mangas fijada a la barra transversal de la armadura. Un arco de pilotaje se encontraba a su cabeza. Trepó hasta haber sobrepasado ligeramente el arnés, deteniéndose allí donde el cable entraba en un manguito de cuero para separarse en una docena de hebras que se ataban a la nariz de la cometa.

Una apremiante vibración recorrió el cable. Pasquale miró hacia abajo y vio que la chimenea de la máquina de Herón escupía chispas. Unos minutos más y el cabestrante estaría lo bastante caliente como para empezar a enrollar los tres cables, cosa imposible de realizar por la fuerza, a menos que fuera por pura casualidad, como Pasquale había visto hacer con las cometas de carnaval que se hacían volar desde las murallas de la ciudad.

Aseguró su presa en el cable, soltó las piernas y se volvió lentamente. No era más difícil que las acrobacias que practicaba con el simio ante los ventanales del taller, y si estaba cien veces más alto, no tenía por qué pensar en ello. Casi no sentía las manos, y sus dedos parecían ser el doble de gruesos que de costumbre. Se llevó las rodillas al pecho y luego se lanzó hacia atrás. Durante un instante, sus pies permanecieron atrancados en el arnés y le dominó un terror extremo; en una posición como aquella en la que se encontraba, los movimientos de la cometa podrían hacer que se soltase. Debatiéndose como un diablo, retrocedió poco a poco, siempre gracias a la fuerza de sus brazos, hasta el momento en que sintió que el arnés le estrujaba las caderas y el pecho.

De nuevo le gritaron los guardias, y los rayos de sus linternas barrieron la superficie inferior de la cometa. Con una sola mano, Pasquale apretó las cinchas del arnés, operación más fácil de lo que había pensado, pues los bucles de cobre estaban provistos de unos dientecillos que no dejaban que se deslizasen las cinchas de cuero más que en una única dirección. Sus pies encontraron unos estrechos agarres y acabó por soltar la mano que sujetaba el cable.

El arnés crujió al recibir su peso, pero aguantó. Agarró con ambas manos el arco que se encontraba bajo él y lo empujó a fondo y hacia un lado, como había visto hacer a los pilotos de las cometas de carnaval tantas veces aquel verano, cuando empezó a buscar la sombra de la realidad de su ángel.

La cometa se inclinó enseguida, lanzándose a una velocidad inquietante. El borde derecho chasqueó, el aire se adentró por el espacio creado por el soplo del viento sobre la vela. Pasquale sabía, porque lo había discutido con los que las movían en carnaval, que las cometas volaban porque el aire circulaba más deprisa por encima del bastidor de su ingeniosa superficie que por debajo. Se elevaban intentando llenar el vacío creado, pues Dios, que sentía un amor muy grande por su creación y no podía soportar un espacio incompleto, por pequeño que fuera, colmaba el mundo con aquel tipo de detalles.

Así, con el aire entrando por su recto borde, la cometa se lanzó hacia un lado. En el mismo momento, alguien liberó los tambores del cabestrante, que desenrollaron un par de buenos cientos de *braccia* de cable antes de empezar a recuperarlos.

Pasquale, que apuntaba hacia un voladizo situado por debajo del último piso de la torre, había calculado mal su trayectoria; pasó rápidamente por delante del balcón y se encontró más abajo, apartándose de la torre. Intentó lanzarse en picado hacia la izquierda, pero el aire que se metía por los dos bordes de la cometa hizo que esta perdiera toda su sustentación.

Durante un momento de horror, Pasquale cayó como una piedra, girando bajo él las luces de la plaza de un modo vertiginoso. El cabestrante tensó entonces los cables, y la cometa se detuvo bruscamente, con una sacudida de una violencia tal que Pasquale vio cómo sus manos eran arrancadas del arco de pilotaje y que el arnés le cortaba el aliento y le aplastaba las costillas. Los cables se engancharon en la balaustrada del balcón, y la cometa se dirigió hacia el interior, balanceándose alrededor de su eje de giro. Pasquale vio una enorme vidriera que se precipitaba hacia él: un ángel, un ángel blanco que blandía triunfal una espada en llamas por encima de un diablo con cuerpo de serpiente que yacía a su merced. El ángel se rompió ante Pasquale en fragmentos blancos, rojos y dorados.

7

Afortunadamente para Pasquale, los guardias eran bastante rápidos y bloquearon los frenos del cabestrante en cuanto comprendieron lo que había pasado; de no haberlo hecho, elevado por los restos de la cometa, se habría aplastado contra la base del balcón. En lugar de ello, se encontró atrapado entre los plomos rotos y retorcidos de la vidriera, cuyas piezas de cristal multicolor caían a su alrededor tintineando sobre el suelo de una gran sala abovedada. Con su armadura de madera rota, el velamen de la cometa se había replegado sobre Pasquale como unas alas rotas. Parecía un ángel crucificado.

Aunque los travesaños de la cometa y el arnés de mimbre habían absorbido la mayor parte del golpe, no por ello Pasquale tenía menos cortado el aliento. El mugiente aire frío hacía estremecerse los jirones de tela de la cometa. Recordando las cinchas que le retenían, Pasquale intentó soltarlas, y en el mismo momento los guardias irrumpieron por una puerta y corrieron hacia él entre las largas mesas cubiertas de papeles y piezas mecánicas. Todos llevaban armaduras de acero bruñido y reluciente. El viento hizo volar los papeles por el aire como si estos fueran aves atemorizadas.

Un anciano, cuyos largos cabellos blancos y larga barba del mismo color le caían en cascada sobre los hombros y el pecho, sostenido por un guardia, levantó los ojos hacia Pasquale, parpadeando. Otro hombre con aspecto importante entró en la sala, resplandeciendo su traje de terciopelo rojo.

Era Salai. Como un actor en un cuadro vivo, extendió el brazo para señalar a Pasquale.

—¡Aquí está, maestre! ¡Miradle! ¡Este es el traidor!

Aunque aturdido, Pasquale comprendió en el acto quién era el anciano. Tiró de las cuerdas del arnés, provocando dolores en sus brazos y espalda. Actuando ruidosamente, los guardias hicieron aparecer una escala antes de apartar una mesa cubierta de piezas mecánicas y trozos de cristal de la vidriera que cubrían a Pasquale.

—¡No le escuchéis! —gritó—. Es el príncipe de las mentiras. Os ruego que…

Salai miró a Pasquale con una sonrisa burlona. Realmente

parecía un diablillo regordete, con su toga y su jubón rojos y sus calzas abigarradas rojas y negras.

—Os daré la prueba de cuanto os digo, maestre —le dijo al anciano—, os lo diré todo.

El anciano le susurró algo a Salai y plantó su mano en su brazo rollizo. Sin embargo, Pasquale no pudo escuchar de qué se trataba, pues la escala estaba siendo colocada ruidosamente por encima de su cabeza y dos guardias empezaron a subir por ella, mientras otros saltaban sobre la mesa para intentar arrancar la redecilla de barritas de plomo retorcido en la que la cometa se había incrustado.

Salai estuvo hablando largamente con el anciano, susurrándole al oído, sin dejar de mirar, al mismo tiempo a Pasquale con el rabillo del ojo con aviesa maldad. Cuando Salai hubo terminado, el anciano se dispuso a hablar, pero el otro le tomó por el brazo y dijo algo a la guardia, que se le llevó sosteniéndole.

Un guardia cortó las cinchas del arnés de Pasquale; luego, otros le sujetaron las piernas, los brazos y, en un minuto, le bajaron. Pasquale intentó debatirse cuando Salai rebuscó en su bolsa, pero los guardias eran en su totalidad grandes suizos bien alimentados, fuertes como bueyes, y tuvo que presenciar, impotente, la escena. Salai tiró el cuchillo de Pasquale, así como sus trozos de papel y grafito, con un desprecio total; luego, sacó la caja de papel que contenía la maqueta voladora.

Salai extrajo la maqueta y la levantó ante sí, girándola hacia uno y otro lado de tal modo que un juego de sombras y luces remarcó imbricadas las espiras de papel y la corona del mecanismo.

—Ya lo veis —le dijo a uno de los guardias—. Podréis valer como testigo. El muchacho lo tenía consigo.

Luego, metiéndose la maqueta en la toga de terciopelo rojo, les dijo a los demás:

—Sujetadle y seguidme.

Los guardias levantaron a Pasquale, tomándole por un brazo, otros por una pierna, y le hicieron descender por una escalera de caracol para conducirle a una pequeña habitación con forma de semicírculo, con un muro de piedra curvado por un lado y una pared llena de armarios por el otro. Cuando los guardias le hubieron arrojado al suelo, Pasquale se levantó lo más de prisa que pudo y se quedó mirando a Salai, que se había quedado en el quicio

de la puerta, flanqueado por dos robustos guardias.

—Bravo por tu entrada —dijo Salai batiendo suavemente las manos con aspecto burlón—. Si supieras cuánto me has facilitado la tarea. Casi tengo ganas de abrazarte. Subes puntos en mi estima por tus recursos, pero parece que no me equivoqué mucho en cuanto a tu inteligencia. No te pregunto por qué has venido, ni siquiera cómo te has introducido en la torre, no te pregunto nada. Ese placer vendrá más tarde.

—Sabéis bien por qué estoy aquí, Salai —replicó Pasquale, dirigiéndose a los guardias tanto como al mismo Salai—. Fuisteis vos quien robó la maqueta, y cuando cayó en mis manos y comprendí su importancia, intenté traerla aquí. Quería entregársela al Gran Ingeniero. ¡Esa es la verdad!

—Oh, puedes gritar tanto como quieras, pintor. Estos hombres son míos, ya lo sabes. —Salai olisqueó—. Despides un extraño olor. ¿Te lo has hecho encima cuando atravesaste la vidriera? Habla: no hay de qué avergonzarse.

—Solo es sangre podrida, un olor que debíais reconocer entre otros muchos. ¿Cómo escapasteis de la emboscada de Giustiniani, Salai? Sé que era él: reconocí los cohetes y uno de sus hombres me atacó en casa de Niccolò Machiavelli.

—¿Quién dice que yo tenía algo que ver?

—Traicionasteis a mi maestre, y también a los seguidores de Savonarola entregándolos a Giustiniani. ¿A quién más?

—¡Ah, cuánta palabrería! Disfrutaré interrogándote, pintor. Naturalmente, no he olvidado nuestra última sesión. Reanudaremos la historia exactamente donde la dejamos, y en mejores condiciones en cuanto a equipo. Vas a tener toda la noche para reflexionar, pintor, antes de ser trasladado al Bargello para que me ocupe de ti.

—¡Y Niccolò Machiavelli, Salai! ¿Sigue con vida? ¿Está en manos de Giustiniani?

—De momento… —dijo Salai. La puerta se cerró, y el pestillo de la cerradura de madera dio un chasquido en su muesca.

Pasquale no necesitó mucho tiempo para explorar la habitación aprovechando la poca luz que dejaba pasar la reja del montante. Descubrió que los armarios contenían cráneos, así como las huellas de cera de los cerebros que contuvieron. Había estanterías enteras, todas cuidadosamente clasificadas. La parte superior de los cráneos

estaba marcada con finas líneas negras, y en cada ojo derecho, sujeta con un alambre de hierro, se encontraba una etiqueta que llevaba una inscripción con una letra como pisadas de mosca que Pasquale tomó al principio por un código, antes de darse cuenta de que era escritura especular: *Mujer, 44 años, paralítica. Hombre, 22 años, ciego, idiota congénito. Hombre, 56 años, normal. Hombre, 35 años, ahorcado por violación*. El polvo que había sobre las estanterías parecía indicar que la habitación no había sido visitada en algún tiempo.

No había nada que pudiera servir de arma, y Pasquale no se sentía capaz de escalar hasta la estrecha ventana que podía ver en el centro de la pared curvada, tan alta que no podía tocar más que el alféizar poniéndose de puntillas. De todos modos, aunque hubiera conseguido atravesarla, se habría encontrado en el muro de la torre, muy por encima del suelo, y sin una cometa que le transportase.

Se sentó frente a la puerta, en el rincón formado por los armarios y el muro curvado, con las piernas extendidas ante sí. Los moratones y raspaduras que se había hecho le molestaban. Cada vez que cerraba los ojos, revivía la emoción del vuelo y la caída, y del momento sorprendente en que atravesó la vidriera. Quizá se había convertido en el ángel que la había destruido: se imaginaba a Salai como una serpiente retorciéndose bajo su espada de fuego. A menos que, al atravesar la imagen del ángel, no se hubiera convertido en su contrario: un ángel negro caído de la gracia de Dios y condenado a no conocer otra cosa que el tormento. En todo caso, la locura que se había apoderado de él parecía haberle abandonado. Habitaba en él desde el momento en que se hundió en el río para escapar de los seguidores de Savonarola, una curva ascendente de acción apremiante cada vez más desenfrenada que había terminado por dejarle allí, en aquella pequeña celda en lo alto de la Gran Torre. A menos que no estuviera ya contaminado desde mucho antes, cuando se encontró con Machiavelli. Quizá se había dejado influenciar demasiado por las obsesiones de maniobras y contramaniobras del periodista, que veía conspiraciones españolas donde no había otra cosa que coincidencias. Se agarró los tobillos y tembló, sintiéndose dominado por un cansancio que no era fruto de la desesperación sino la simple aceptación de su suerte.

8

Le despertaron los chasquidos de la pesada cerradura de cremallera de la puerta. La luz lechosa del amanecer se filtraba por el ventanal, envolviendo a Pasquale como con una sábana, sin que por ello se sintiera más caliente.

Mientras salía del sueño parpadeando, la puerta se abrió para dar paso a un guardia. La armadura de acero bruñido de ese último relucía a la luz de la linterna que sujetaba en la mano, reflejando imágenes fragmentadas de la habitación con tal fulgor que su rostro prognato y lampiño (no tenía más edad que Pasquale) parecía flotar libremente por encima de un espejo deformante. Tras el guardia se encontraba el anciano que había visto Pasquale en el salón. Era el Gran Ingeniero.

Pasquale se levantó como pudo. Su columna vertebral parecía ser una barra de hierro partida, y tenía doloridos todos los músculos de la espalda. El Gran Ingeniero le miró con aspecto dulce, acariciando con una mano su sedosa barba blanca. Llevaba un binóculo de cristales azules que descansaba en la punta de su nariz como una mariposa.

—Más valdría sacarle de aquí —dijo al fin, como si hablara consigo mismo y antes de dar media vuelta.

El guardia tomó el brazo de Pasquale por encima del codo, con el pulgar y el índice de su guantelete de malla pellizcándole los músculos con tanta fuerza y ferocidad como si fueran tenazas. Guiándole y arrastrándole a la vez, le obligó a subir la escalera de caracol, atravesar el salón donde la cometa seguía incrustada en la destrozada vidriera, revoloteando los jirones de su tela de un modo penoso, y cruzar la puertecita que daba a una habitación redonda donde resonaban ruidos de relojes.

Relojes de todas clases se alineaban en las paredes: relojes de arena, de engranajes hidráulicos, y toda clase de relojes mecánicos, con cuadrantes de oro y de plata pulida, o de madera pintada y tallada, o incluso de cristal, tras los cuales las velas brillaban a través de agujeros que representaban las constelaciones. También había relojes de fechas que indicaban las festividades de los santos, e incluso un antiguo astrolabio de contrapeso cuyo escape consistía

en un cilindro que liberaba mercurio cuando giraba. Y en el centro de la estancia, de dos veces el tamaño de un hombre, se encontraba un gran reloj astronómico cuyo mecanismo de contrapeso estaba encerrado en una caja de cobre rematada por un tambor de siete caras. Sobre cada cara se encontraba un cuadrante que mostraba el movimiento de cada uno de los siete cuerpos celestes, el *Primum Mobile*, la Luna y los planetas, y por debajo del tambor, en el interior de la caja de cobre, se encontraban otros cuadrantes circulares que indicaban la hora del día y las festividades fijas y móviles de la Iglesia, y uno de los cuales estaba reservado a los puntos nodales. Aquel aparato dejaba escuchar un martilleo sonoro y regular, como el latido amplificado de un corazón, noble y mesurado con relación al tic-tac alerta de los mecanismos más pequeños.

El Gran Ingeniero se encontraba al otro extremo de la habitación, desde donde miraba por una ventana con forma de burbuja, o de lente, que se extendía del suelo al techo. El guardia hizo que Pasquale cruzara la habitación y, cuando este último iba a preguntar por qué le habían llevado allí, le rogó que no tomara la palabra hasta que se la hubieran dado.

—Pero la maqueta…

El guardia, un hombre rubio de cabellos muy recortados sobre un cráneo cubierto de chichones, el rostro liso e infantil, los ojos de un azul profundo, dijo con voz tranquila:

—Mi maestre habla poco, pero sopesa cada una de sus palabras. Vas a tener que habituarte a sus pequeñas manías.

Pasquale tuvo que sentarse a una pequeña mesa que se metía en la redondez de la ventana. Mirando la ciudad que se despertaba más abajo, tuvo la sensación vertiginosa de encontrarse en el ojo de un gigante. Estaba a tan gran altura —la Gran Torre era cuatro veces más grande que la torre cuadrada del Palazzo della Signoria—, que podía ver el círculo de las murallas de la ciudad a cada lado del río. Veía las manufacturas escalonadas a lo largo de la orilla, con agujeros ennegrecidos allí donde habían ardido, los puentes derrumbados sobre los canales, y, justo debajo de la torre, la sede del gobierno. La Piazza della Signoria, sumida en la penumbra, estaba todavía llena de los restos de las máquinas de los artificieros. Desde donde se encontraba Pasquale, la gran estatua de David

parecía hecha de gravilla.

El Gran Ingeniero dijo, como si hablara al foro:

—El guardia es de Salai, naturalmente, y se apresurará a repetirle todo a su maestre, donde quiera que se esconda.

—¡Cómo pensáis eso, maestre! —se indignó el guardia antes de guiñarle un ojo a Pasquale—. Sabéis bien que no lo haré. ¿No queréis compartir vuestro desayuno con este joven héroe?

—¿Hay tiempo? ¿No tienes que llevártelo?

—Es lo menos que podemos hacer por él —respondió el guardia, guiñando de nuevo el ojo a Pasquale—. Los hombres de Salai no harán nada sin recibir órdenes. —Tiró entonces de un cordón rojo colocado en un refuerzo del muro, aparentemente sin resultado.

El Gran Ingeniero se volvió y se alejó de la ventana sin mirar a Pasquale, y luego se dedicó a subir de nuevo el contrapeso del gran reloj astronómico con ayuda de una llave dentada larga como un brazo. Empleaba la mano izquierda.

—Querías hablarnos de la maqueta que desapareció, ¿no es así? —dijo el guardia como si fuera un apuntador que estuviera animando a un actor inseguro.

—Venía a entregarla —respondió Pasquale—, pero Salai me la quitó.

—Oh, ya lo sabemos, le vimos hacerlo con nuestros propios ojos. ¿No es así, maestre?

El Gran Ingeniero dejó la llave.

—No vale la pena que me trates como si fuera un niño, Jacopo. Sin duda sería interesante averiguar cómo la maqueta fue a dar a manos de este joven.

—Te escuchamos —le dijo el guardia a Pasquale.

Mientras el Gran Ingeniero manoseaba sus relojes, dándoles cuerda uno tras otro, Pasquale empezó a explicar lo que había pasado, cómo había encontrado la maqueta, el asesinato, que finalmente no lo había sido, de Romano, el envenenamiento de Rafael y el robo de su cadáver, el rapto de Machiavelli, la conspiración de Salai con los hombres de Savonarola y su doble juego con Giustiniani.

—Habría querido depositar la maqueta en vuestras propias manos, maestre —concluyó—, pero la suerte no me ha acompañado hasta aquí.

—Era una tentativa valiente, ¿no es así, maestre? —recalcó el guardia.

Se produjo un silencio en el que Gran Ingeniero siguió dando cuerda a sus relojes.

—No es grave, Jacopo —dijo finalmente—. No se puede retener una idea, como aprendí hace ya mucho tiempo. Una vez que es entregada al mundo, adquiere vida propia, como en la leyenda griega de Pandora. A menudo basta con que un individuo lo bastante inteligente sepa algo para que sea posible realizarlo: un día me divertí diciendo a los discípulos que había hecho tal cosa y de tal manera, y les pedí que intentaran seguir más allá de donde yo había llegado. La mayor parte lo consiguió, y aunque sus métodos fueran todos diferentes, había entre ellos, por decirlo de algún modo, un aire familiar. La maqueta no tiene importancia. Es la idea que hay detrás de ella la que la tiene, y esta ha sido robada.

—Que no hayamos podido conservar el secreto de la caja de imágenes es algo soportable, pero en esta ocasión, es mucho más peligroso —observó el llamado Jacopo.

—Salai cree que la maqueta es importante, maestre —dijo Pasquale—, lo que quiere decir que ha encontrado un comprador. Sospecho que quiere entregársela al mago veneciano, Paolo Giustiniani, para que este se la venda a España. En cuanto a España, la empleará contra Florencia. El azar ha querido que yo hiciera fracasar sus planes cuando todavía se ocultaba tras sus intermediarios, pero ahora ya actúa al descubierto. Podría intentar detenerle si tuviera ocasión de hacerlo.

—No es la primera vez que hablas de ese tal Giustiniani —apuntó Jacopo—. ¿Salai te confió por qué trataba con él, y no directamente con España?

Pensando de nuevo en lo que Salai había dicho, Pasquale reconoció:

—No en términos claros, pero el modo en que los de Savonarola fueron atacados en el río llevaba la firma de Giustiniani. Por otra parte, este último está dispuesto a pagar bastante más que los de Savonarola para conseguir la maqueta, pues estos son fanáticos.

—Pero no tienes ninguna prueba, ¿verdad? —insistió Jacopo—. En fin, haya ido donde haya ido, Salai no volverá esta vez. Ha elegido la traición, maestre. La ha elegido abiertamente.

El Gran Ingeniero se tapó las orejas con las manos.

—¡Esa actitud no vale de nada! —gruñó Jacopo, junto al marco de la ventana y los ojos perdidos en la ciudad—. Esta vez ha ido demasiado lejos, y lo sabéis. No es con vuestro dinero con lo que podréis sacarle de este atolladero. Habría que salvarle de sí mismo.

Jacopo apestaba a hipocresía detrás de su solicitud, pensó Pasquale; protector y sin embargo interesado, como un hijo pequeño que se somete a todos los caprichos de su padre con la esperanza de una parte de la herencia. El cuello y los puños de su armadura estaban ribeteados del más bello encaje holandés, y la guarda de su espada estaba recubierta de pan de oro labrado con incrustaciones de pequeños rubíes como gotas de sangre.

El Gran Ingeniero bajó las manos y las contempló.

—¿Cómo me he hecho tan viejo, Jacopo? ¿Y mi bello Adonis?

—Supongo que todo está en la naturaleza de las cosas, maestre.

—Salai no confía en nadie —siguió diciendo el Gran Ingeniero—. Sabe en su fuero interno que no se puede confiar en él, y cree que todos los hombres son como él. Tienes razón, joven, cuando dices que es el príncipe de la mentira. Le bauticé como una broma con el nombre del dios de los pueblos moros, porque desde el principio se me apareció como el secuaz de Satán. ¡Qué muchacho más atractivo, pero qué maneras y que carácter! Y ávido, naturalmente, nunca satisfecho con nada de lo que tiene. Como un pequeño príncipe en cierto modo. Y aquí estamos. Sin duda, tarde o temprano te hará asesinar.

—No hemos salvado a este joven para que lo maten los sicarios de Salai, maestre —dijo Jacopo—. Bien lo sabéis, así que dejad de intentar atemorizarle.

—Solo es la realidad.

—Es cosa vuestra cambiarla —replicó Jacopo con un nuevo guiño destinado a Pasquale.

—También a ti te gustaría que Salai tuviera menos poder.

—En todo caso, tiene demasiado sobre vos, y su camarilla tiene demasiado sobre los otros artificieros. Una pequeña mancha en su reputación nos hará bien a todos.

—Y a ti en particular. No creas que no veo cómo intentas ponerme en su contra.

—¡Chitón! —sopló Jacopo—. No delante de los criados.

Un paje entró con una bandeja cargada de frutas, pan de centeno tierno y una jarra con agua helada. La depositó encima de la mesita empotrada en el contorno de la ventana antes de retirarse. Jacopo, siempre apoyado en la ventana, le dijo a Pasquale:

—Come lo que quieras.

—¿Y tu maestre?

—Oh —dijo Jacopo con voz fuerte mirando por encima del hombro para asegurarse de que el Gran Ingeniero le escuchaba—, insistirá en que ya ha comido. Come tan poco como para alimentar un ratón, y duerme todavía menos. Para prepararse —dijo— para el largo sueño que le espera. —Con voz más baja, añadió—: Come, y deja reflexionar a mi maestre. Tarde o temprano, acabará por rendirse a la evidencia. Comprenderá que si Salai alcanza sus fines, será él quien soportará las consecuencias. Pero, lo creas o no, él siempre ha sentido debilidad por él. No querrá que se le haga ningún daño.

Pasquale tiró la bandeja al suelo; amplificado por el cristal curvo de la ventana, el estruendo fue particularmente satisfactorio. El Gran Ingeniero batió los párpados girando hacia él unos ojos velados y ampliados por los cristales azules de su binóculo. Era la primera vez que miraba a Pasquale a la cara.

—¡Pobre idiota! —exclamó Jacopo, desenvainando la espada.

Pasquale se levantó de un salto.

—Debo pediros que me dejéis partir, maestre. No es demasiado tarde para detener a Salai. Si no lo hacéis vos, lo haré yo.

—Siéntate —escupió Jacopo—. No sabes de lo que es capaz. Todavía ama a Salai.

—Calma, Jacopo —dijo en voz baja el Gran Ingeniero—, y envaina tu espada. ¿Crees que este joven va a atacarme con una ciruela o con un puñado de higos? En cuanto a ti, joven, no vale la pena que pierdas los nervios. He dicho que te ayudaré, y me parece que ya he empezado a hacerlo. Si está en mi mano, habrás abandonado la torre antes de que Salai haya regresado, o, lo que es más probable, antes de que descubra que estás libre y dé la orden de que te encierren con mayor eficacia.

—Es muy amable por vuestra parte, maestre, pero os pido algo más. —La desesperación había dado audacia a Pasquale. Salai había dicho que Machiavelli seguía con vida, pero que sería de su

propiedad si Giustiniani conseguía lo que quería—. Que me dejéis salir es una cosa. Quizá podría detener a Salai, quizá no. Lo que sé, por el contrario, es que si me enfrento a Salai deberé desconfiar del signor Taddei, que quiere cambiarme por el cuerpo de Rafael. Puedo intentarlo, maestre, pero no soy más que un pintor, un simple discípulo, pero con los medios de los que vos disponéis, sería muy fácil arrancar a Salai del lugar de su cita.

—Cállate —susurró Jacopo con un tono feroz—. Vas a atemorizarle, ¡y no querrá hacer nada!

—No digo más que la verdad —insistió Pasquale.

—Pobre idiota… ¡estoy de tu lado!

—Salai ha intentado envenenarme dos veces —declaró el Gran Ingeniero—, y hace algunos años un soldado disparó contra mí. Fallo y acabaron con él allí mismo, aunque sospecho que fue Salai quien le pagó.

—Es una certeza —corrigió Jacopo.

—Y, sin embargo, ¿no le habéis echado? —se sorprendió Pasquale.

—Era demasiado tarde. Tenía mucha influencia, y había hecho correr el rumor de que yo había perdido la cabeza. En ese sentido, tenía razón. Y luego, ¿dónde habría ido? El pobre Salai no ha conocido otro hogar.

—¿Qué te decía? —suspiró Jacopo levantando los brazos al cielo pidiendo piedad.

—Pero yo le amaba —protestó el Gran Ingeniero—, y le perdoné. Y todavía le amo, a él o al niño caprichoso que fuera en otros tiempos, y que todavía, en cierta medida, aún habita en él. Además, la torre no me pertenece, al menos no por completo. A fin de poder construirla, llegué a un acuerdo con la Signoria en el que estipulaba que financiaría los trabajos y me dejaría hacer con ella lo que quisiera con la condición de que fuera establecida en la torre una universidad de artificieros. ¡Hemos vivido una época formidable! A veces trabajábamos días seguidos para dar con una idea. Recuerdo el día en que Vannoccio Biringuccio redescubrió el principio de la máquina de Héron: metió agua en una esfera de cobre, la calentó y tuvo la fortuna de sobrevivir a la explosión. ¡Creíamos que la torre se iba a venir abajo! ¿Quién habría podido anticipar a dónde habríamos llegado quince años más tarde? ¿Quién

habría podido imaginar que nuestros sencillos estudios sobre la naturaleza cambiarían el mundo como lo han hecho? ¿Qué miras, Jacopo?

—¿Por la ventana? La ciudad, claro. Siempre está ahí, aunque un poco herrumbrosa en algunos lugares.

—Estos últimos tiempos, cuando la miro, la veo en llamas. Veo máquinas voladoras que pasan por encima de la muralla y lanzan bolas de fuego sobre las construcciones más frágiles. Veo a la población huyendo, perseguida por esas mismas máquinas voladoras. Veo hombres transformados en diablos. Quizá es lo que nos espera. Desayuna, muchacho. Come, bebe. Un hombre que sigue sus costumbres es un hombre que sabe lo que tiene que hacer. Nos queda poco tiempo.

—No te inquietes —dijo Jacopo en voz baja—. Está reflexionando.

—Pronto será demasiado tarde —replicó Pasquale.

—Cállate. Déjale que vaya a su ritmo. Ya le has perturbado bastante.

—Espero haberlo hecho —dijo Pasquale antes de morder una ciruela.

El jugo azucarado del fruto se derramó en su boca y le abrió el apetito. Cuando empezó a comer, el Gran Ingeniero acabó de darles cuerda a sus relojes, y Pasquale le hizo notar (con enorme placer cuando vio cómo le giraban los ojos a Jacopo) que allí había muchísimo tiempo ajustado.

—Digamos más bien que medido —corrigió el Gran Ingeniero—. Lo que me interesa es la diversidad de los medios que lo permiten. A veces lamento no haberme convertido en relojero más que en artificiero, o no haberme quedado como artista, pero ahora ya es demasiado tarde. Ya no tengo fuerza en la mano derecha, lo que me impide asegurar la izquierda; además, es un oficio al que uno debe consagrar la vida entera. Cambié de rumbo tras el asesinato de Lorenzo y, sin embargo, a veces tengo la impresión de entrever lo que podría haber hecho, como un alpinista que escala una montaña para ver cuando llega a la cima que no ha conquistado el mundo, porque más allá de donde se encuentra hay otras montañas que se dibujan en la bruma. El tiempo es una cosa muy complicada, como los pintores bien saben. Lo vemos como un río que siempre corre en

la misma dirección, pero quizá Dios lo vea de un modo diferente. Puede que exista la posibilidad de volver atrás y cambiar los acontecimientos, como un autor que corrige un manuscrito. En otra vida… En fin, todas estas ideas deben hacerte sonreír.

—Me recordáis a mi maestre, Piero di Cosimo.

—Le conozco lo suficiente como para saber que sus tabulaciones, que al principio puede resultar divertidas, son, de hecho, muy profundas, pues alcanzan las raíces de lo que aceptamos por costumbre y sin reflexionar. Desde ese punto de vista, Piero es como un niño, para quien todo es nuevo. Por otra parte, estoy convencido de que para comprender una cosa, cualquier artificiero debería primero verla con una mirada nueva.

—Pues bien, eso es lo que os pido, maestre, que veáis las cosas con una mirada nueva. Entonces comprenderéis que la situación no es tan desesperada como creéis. Como habéis dicho vos mismo, no es la maqueta lo que tiene importancia, sino el valor que ciertas personas le han dado a la misma. Es… ¡como el ángel de la Anunciación! Poco importa el contenido de su mensaje, o las palabras que emplea para entregarlo. Le basta con ser portador de la gloria de Dios. Ahí es donde radica su mensaje. Si conseguimos recuperar la maqueta, tendremos ascendente.

Pasquale habría dicho más sobre aquel tema, y con más audacia si cabe, si una campana no hubiera empezado a tañer suavemente.

—Los guardias están de camino —dijo Jacopo—. Su capitán ha debido ser informado de que te encuentras en libertad, sin duda por el paje; nunca he confiado en él. Vamos a tener que marcharnos inmediatamente, maestre. ¿Lo entendéis?

—Claro que lo entiendo. Soy viejo, pero no estoy senil.

Cruzaron la puerta por la que el paje había salido, y siguieron un largo pasillo que terminaba en una ventana del tamaño de un hombre y que daba a la ciudad. Jacopo la abrió y esta resultó ser un espejo, o una pantalla, que devolvía de un modo ingenioso la imagen de la ciudad transmitida por una lente y que detrás de ella había una escalera.

Descendieron un buen rato, atravesando pequeñas habitaciones que se presentaban a intervalos como las cuentas de un rosario. Jacopo explicó que en el interior de la torre se encontraba algo así como una antitorre, lugares retirados de los que casi nadie conocía

la existencia. Muchos obreros habían participado en la construcción de la torre, pero cada uno de ellos había trabajado en una parte o en otra y no tenían la imagen general del Gran Ingeniero, del mismo modo que un hombre ordinario no puede conocer correctamente la ciudad en la que vive a menos que se eleve por encima de la misma de tal modo que, como Dios, pueda verla en su totalidad. Pasquale encontró aquella analogía sacada por los pelos, pero el Gran Ingeniero le mostró lo cierta que era en la nueva habitación por la que atravesaron.

Carecía de ventanas, como las demás, pero era más grande, y circular, iluminada no por lámparas de acetileno, sino por el sol, que entraba por una abertura situada en el techo y que caía sobre una mesa cuya superficie era blanca y abombada. A instancias del Gran Ingeniero, Jacopo levantó el brazo para bajar una palanca, y la mesa se llenó de repente con una imagen de la ciudad, como vista a ojos de un pájaro que planease sobre ella. Más trucos de lentes, prismas y espejos, pero con un efecto no menos convincente.

—Señálame dónde vive Giustiniani —pidió el Gran Ingeniero.

Al cabo de un momento, Pasquale consiguió encontrar la villa, una mancha blanca en el flanco de la colina que ascendía hacia la muralla de la ciudad, al otro lado del Arno. Durante un instante, la sombra de su dedo borró la imagen, y tuvo la sensación de que así era el modo en que Dios veía el mundo, y aguzando tan solo un poco su vista podría ver a Salai dirigiéndose hacia la villa, o bien al mago bajo el tejado de esta, o incluso a Machiavelli en el interior de su prisión.

—La luz se ha convertido en mi interés principal —explicó el Gran Ingeniero. Sus tristes ojos hundidos parecían nadar en una oscuridad que remarcaba cada una de sus arrugas—. La luz… es más pura que las ideas.

—Juntos —dijo Pasquale— podemos desbaratar la conspiración de Salai. Todavía estamos a tiempo. Los españoles están a un día de caballo de aquí. Incluso aunque supieran que la maqueta está en manos de Giustiniani, tendrían que venir a buscarla. ¡Venid conmigo!

—¿No es eso lo que hago? Ya me has convencido, joven. Jacopo, ¿estás con nosotros? No te quedes con la boca abierta, amigo mío. Podrías tragarte una mosca.

—Una vez más estoy sorprendido, maestre, por los caprichos de vuestra mente. No he hecho más que intentar convenceros de que actuaseis contra Salai desde el día en que intentó asesinaros, y de repente aceptáis.

El Gran Ingeniero se volvió hacia Pasquale.

—Fue cuando atravesaste la vidriera como si fueras un ángel. En ese momento se me abrieron los ojos, pero acabo de darme cuenta de ello. Tenemos que salvar a Salai de su locura.

—Vuestra ciencia contra la magia de Giustiniani, maestre —dijo Pasquale.

—La magia no es más que ciencia que quiere hacerse pasar por otra cosa. Supongo que apenas tenemos tiempo. Debemos darnos prisa. ¿Dónde quieres conducirme?

—Pero yo había creído…

El Gran Ingeniero se acercó una silla y se sentó en ella con un suspiro de cansancio.

—¿Qué… que iba a reclutar un ejército? No tengo a nadie, salvo a los guardias, y ellos son de Salai. Todo lo que poseo se encuentra en el interior de mi cabeza. Ni siquiera tengo alumnos. No los tengo desde hace veinte años. Solo me quedan discípulos.

—Que picotean la más mínima de vuestras ideas como si fueran cuervos —añadió Jacopo.

—Solo hay un hombre que puede ayudarnos —dijo Pasquale—, pero no sé si querrá hacerlo.

—Poco importa. ¡Condúceme a él! Tengo gran confianza en tus poderes de persuasión, joven. Juntos, conseguiremos hacernos entender. Pero, antes que nada, debo descansar. A veces me digo que no tendría que haber hecho tan alta esta torre.

Jacopo tomó a Pasquale por el brazo y se le llevó un poco más lejos.

—Es viejo, y es una empresa peligrosa para él.

—Es el único modo de detener a Salai.

—Veo que nos comprendemos. Bueno, muy bien. Déjame enseñarte algo. A ti que eres pintor, seguramente te interesará.

Al fondo de la habitación se encontraba una serie de cubetas de piedra iluminadas por una luz roja difundida por unos cristales tintados. Una corriente de aire frío soplaba desde ellos de manera permanente. Jacopo explicó que aquello era lo que Gran Ingeniero

pintaba con la luz. Le mostró a Pasquale una serie de placas de cristal plateadas de manera uniforme, así como el aparato de lentes en las cuales se introducían.

—Pero lo primero es sensibilizar la plata tratándola con vapor de yodo. Acto seguido, tras haberla expuesto a la luz, se coloca la placa encima de una cubeta de mercurio caliente hasta que la imagen se forma, y luego se la sumerge en agua caliente y salada para fijarla. Esta es lo última. ¡Atención! La capa de plata es frágil y hay que pasarla por un nuevo barniz para protegerla, pues empieza a pulverizarse. ¡Atención, te digo!

Pasquale, que había tomado la placa, la acercó a la mesa. Jacopo le cerró el paso.

—¡Atención, atención! Es la imagen del banquete que se dio en honor del Papa. Se ve al mismo Papa y a Rafael a su lado.

Pasquale no miraba a los dignatarios, sino a los criados que estaban detrás de ellos, dispuestos a servirles el segundo vino. En particular, al que se encontraba cerca de Rafael. Reconoció aquel rostro pálido, aquella pelambrera, y acabó por comprenderlo todo.

9

Cuando Pasquale fue llevado ante el signor Taddei, el mercader estaba ocupado jugando al ajedrez con su astrólogo, Girolamo Cardano, ante la vasta chimenea de piedra. A sus pies había esparcidos algunos documentos; una tortuga mecánica, con su caparazón de ébano con incrustaciones de pequeños diamantes en espiral, atravesaba aquel río de papel sobre seis patas rechonchas. El secretario de Taddei escribía en una mesa detrás del butacón de su amo, junto a un asistente que hacía sumas con ayuda de un ábaco automático, marcando las cifras, dando vuelta a la manivela y anotando los resultados en una larga hoja de papel con una agilidad maquinal.

Al fondo de la habitación, un trío de músicos interpretaba un aire ágil, y el criado que escoltaba a Pasquale esperó a que hubieran terminado para cruzar la habitación con presteza. Cardano le miró

sardónico mientras Taddei seguía estudiando el tablero, acariciándose la barba con un dedo. La tortuga mecánica chocó contra sus pies; la dio la vuelta en dirección contraria y movió una pieza antes de levantar los ojos. Aquella pareja formaba una extraña asociación, el joven esteta nervioso vestido de negro y el mercader tranquilo y muy expresivo, aunque no era tan raro ver a los opuestos unidos, porque a menudo, reconociendo en un criado o en un empleado la exageración de un rasgo de carácter que le faltaba personalmente, el amo decidía elevar al hombre en cuestión al rango de valedor y confidente.

—Este es un placer inesperado —dijo el signor Taddei, echando una mirada de desaprobación al criado que escoltaba a Pasquale.

Cardano avanzó un alfil por el tablero, y luego puso a la tortuga mirando en dirección a Taddei.

El criado explicó que Pasquale se había presentado a las puertas del palacio para pedir audiencia.

—He venido con un amigo —añadió Pasquale sin avergonzarse —. Pienso que deberíais hablar con él antes que jugar a los soldaditos.

—¿De verdad? —dijo Taddei, antes de arrellanarse en su butacón para mirar a Pasquale fijamente a los ojos. Iba vestido con una toga roja con forro teñido de negro en el cuello y los puños, un sombrero cuadrado sobre su cráneo casi calvo.

—Atención —susurró Cardano—. Puede que sea una trampa. —Su labio inferior estaba hinchado y, ante Pasquale, se lo mordió tan fuerte que se le llenaron los ojos de lágrimas. El astrólogo parecía muy preocupado. Añadió—: Un hombre solo puede causar más estragos que todo un ejército si golpea en el lugar adecuado.

Con una desenvoltura fingida, Pasquale replicó:

—Es un anciano, no un asesino.

—Las apariencias, a menudo, son engañosas —insistió Cardano —. Sed prudente, señor.

—Contad con ello —dijo Taddei. La tortuga alcanzó sus calzas de puntas curvadas. Sin apenas mirar el tablero, adelantó un peón una casilla y, con el pie, apartó la maquinita, que echó a andar pesadamente hacia Cardano.

Pasquale replicó:

—Me basta con miraros, signor Cardano, para recordar el efecto

equívoco de las apariencias.

—Abajo hay un anciano, amo —le dijo el criado a Taddei—. Viene acompañado por un hombre armado.

—Su ayudante —explicó Pasquale—. Os entregará la espada si se lo pedís, y es su única arma.

—Que suba el viejo —le pidió Taddei al criado. Luego, volviéndose hacia Pasquale—: Me has causado muchos problemas, muchacho. Espero por lo menos que no tengas nada que ver con los seguidores de Savonarola.

—Bien sabéis que no —dijo Pasquale con una voz tan firme como le era posible—. Son precisamente ellos quienes me apartaron de vuestros hombres en el Ponte Vecchio.

—¡No digas eso! Dos de mis hombres muertos, un tercero con una bala en el vientre y con todas las posibilidades de sufrir la misma suerte que sus camaradas. No sé si los de Savonarola te raptaron o no, pero ahora aquí estás, y con buena salud.

—Pero con un olor que deja mucho que desear —observó Cardano.

—Tuve que recurrir a un método de transporte poco habitual.

—Desgraciadamente —siguió diciendo Taddei—, no hay ni rastro del cuerpo de Rafael. ¿Lo viste cuando te tuvieron detenido los de Savonarola?

—Ello no lo tienen —respondió Pasquale.

—A mí siempre me pareciste una pobre moneda de cambio —soltó Cardano.

—No es a mí a quien querían los de Savonarola, sino algo que estaba en mi poder, pero que ya no lo está. Además, no son ellos quienes organizaron el intercambio. Lo sabían porque hay alguien en vuestra casa, señor, que está en relación con ellos.

—Si trabajabas para los de Savonarola, es precisamente eso lo que dirías —replicó Cardano antes de apartar con un gesto displicente a la tortuga que intentaba trepar por sus botas negras.

—No os acuso de nada, signor. Sin duda se tratará de un criado, o quizá del nuevo señalero. En cierto modo, es algo de poca importancia.

—Si es verdad —dijo Taddei—, es importante para mí.

—No podemos creer ni una sola palabra de lo que dice este muchacho —suspiró Cardano—. ¿Cómo es que está aquí si fue

capturado por los de Savonarola?

—Silencio —dijo Taddei—. Os toca jugar, Girolamo.

—Ah, sí, es verdad. —Adelantó la reina para colocarla junto a su alfil y se echó hacia atrás, pellizcándose el codo con el pulgar y el índice—. Ya está. Jaque mate.

—¿En serio? —Taddei lanzó sobre el tablero sus ojos pasmados, y luego lo apartó.

—¿Es todo lo que pensáis hacer con el enemigo avanzando hacia Florencia? —maldijo Pasquale.

Taddei le miró divertido.

—No puedo enviar mis mercancías mediante carros porque las carreteras están cerradas por orden de la Signoria, y no me atrevo a enviarlas en barco, pues la flota española está anclada frente a nuestras costas, dispuesta a hundir cualquier nave que intente pasar. Por otra parte, los ciudadanos exigen que la facción de los artificieros dimita de la Signoria, la ciudad está en manos de los amotinados pese al estado de sitio, y mis manufacturas cerradas por culpa de una huelga organizada por los de Savonarola… pero no me inquieto mucho por ello, y me limito a esperar a que mis espías identifiquen a los responsables para que se ocupen de ellos. —Aplastó el puño en la palma de la mano a modo de explicación, y luego—: Ahora quiero que me cuentes cómo escapaste de los de Savonarola.

—Estaban haciéndome atravesar el río en un transbordador que habían capturado cuando fueron atacados desde la orilla por tropas que me parecieron al mando de Paolo Giustiniani. Me tiré al río y alcancé la orilla a nado. —Era inútil evocar el papel Rosso en aquel episodio. Los muertos estaban muertos y decir cosas buenas o malas de ellos no servía para nada. Pasquale añadió—: Si queréis una prueba de que no soy amigo de los de Savonarola, bien, aquí la tenéis.

Sacó la placa de cristal que había sacado de la Gran Torre en un saco de tela.

—Ahora sé quién mató a Rafael —continuó—, porque le he reconocido en esta imagen. Fue tomada en el banquete que tuvo lugar tras la llegada del Papa. Vos estáis en ella, signor Taddei, al extremo de la mesa, así que debéis recordarlo.

Taddei tomó la placa de cristal y miró la imagen de bordes

negros y ocres.

—Recuerdo el momento en que fue hecha —dijo—. Tuvimos que quedarnos quietos durante dos buenos minutos, y el brillo de las lámparas hacía bastante daño en los ojos. ¡Ah, aquí está el pobre Rafael! —Se hizo el silencio en la sala cuando el mercader se quedó mirando la imagen—. Pues bien —dijo al fin—, ¿para qué sirve todo esto?

—¿Cuándo fue tomada la imagen? —preguntó Pasquale.

—Oh, entre dos platos. No recuerdo exactamente cuáles. Pero fue precisamente antes de la muerte de Rafael. ¿Adónde quieres llegar, muchacho?

—Mirad al fondo, signor. Se ve a los criados que van a servir el vino para el nuevo plato. Por suerte, también ellos obedecieron las órdenes de no moverse. Se ve a uno que está a la altura de Rafael. Le conozco. Está al servicio de Giustiniani; es él quien intentó capturarme en la Piazza della Signoria, y que luego intentó entrar en casa de Niccolò Machiavelli cuando yo estaba en ella. Quizá os acordéis de él, signor Taddei. Tiene los cabellos rojos y la piel blanca como la leche.

—Aunque puedas demostrar que te has hecho con esta representación de manera legítima —intervino Cardano—, ¿quién nos dice que este lacayo es quien pretendes que sea?

Echando un vistazo por encima del hombro, Pasquale se tranquilizó al ver acercarse al Gran Ingeniero, que cojeaba junto al criado de Taddei, ambos seguidos por Jacopo, con su brillante armadura.

—En cuanto al modo en que conseguí esta representación —dijo Pasquale—, mi amigo podrá responderos. Creo que le conocéis, signor.

El signor Taddei siguió la mirada de Pasquale y, sorprendido, se levantó de un salto, tirando el ajedrez, cuyas piezas de marfil esculpido se esparcieron por las losas del suelo. Con una efusividad que parecía espontánea, tomó al Gran Ingeniero por el brazo y le acompañó hasta su propio asiento. Incluso Cardano mostraba una expresión emocionada ante aquella aparición, y se apartó para dejarle su asiento a Taddei, que se instaló frente al Gran Ingeniero y empezó a hacerle preguntas.

El Gran Ingeniero respondió con una sonrisa tímida y un

asentimiento con la cabeza antes de hacer comprender que Jacopo hablaría por él. Después de todo, era un anciano con mala salud, agotado por aquella distorsión en su vida de recluso y por el pequeño viaje a pie desde la Gran Torre hasta el Palazzo Taddei. Se derrumbó más que se sentó en el asiento que le había ofrecido Taddei, se negó a la oferta de vino y, por mediación de Jacopo, pidió agua. Sus ojos detrás de los cristales azules de su binóculo, estaban medio cerrados.

Jacopo se situó detrás del butacón del Gran Ingeniero, visiblemente divertido por aquella puesta en escena, y declaró que su maestre estaba dispuesto a ofrecer toda su ayuda en el asunto de Paolo Giustiniani.

—El hombre ha tomado posesión de algo que pertenece a mi maestre, una maqueta que debe serle devuelta. —Se inclinó para escuchar al Gran Ingeniero y añadió—: O destruida, concreta mi maestre. En todo caso, no tiene que caer bajo ningún concepto en manos de los españoles.

Pasquale explicó tan brevemente como le resultó posible que se trataba de la maqueta que Giulio Romano había robado en un principio siguiendo órdenes de Paolo Giustiniani, que actuaba por cuenta de los españoles; que los hombres de Savonarola, que no confiaban en Giustiniani, le habían raptado para arrebatarle la maqueta y entregársela directamente a sus amos; que el tal Giustiniani no jugaba más que un simple papel de intermediario en el asunto de la maqueta, pero que era también el instigador del asesinato de Rafael, y que era el encargado de robar su cuerpo.

—Sin duda, actuó siguiendo las órdenes de España, o bien con el simple fin de cobrar un rescate. Cuando supo que era yo el que tenía la maqueta, decidió matar dos pájaros de un tiro: propuso cambiar el cuerpo de Rafael por mí mismo y por el desdichado Machiavelli, sabiendo que nosotros sabíamos dónde se encontraba la maqueta. Una pena para él, pues habíamos sido secuestrados por los de Savonarola, aunque yo no les dé las gracias por ello.

—Sin embargo, ¿no resulta inquietante que este joven haya podido escapar y que el signor Machiavelli siga prisionero? —observó Cardano—. No tenemos nada que nos permita explicar tal hecho.

—Podéis creerlo —dijo Jacopo—. Mi maestre considera que es

un muchacho honesto.

Mientras Pasquale estuvo hablando, el Gran Ingeniero había tomado una hoja de papel de las que estaban tiradas por el suelo para redactar pequeños esquemas en verso. Sujetándola en el aire, dijo:

—Conozco un medio que nos permitirá pillar a ese susodicho mago por sorpresa. Si necesita toda su atención para responder a nuestro ataque, no tendrá tiempo para destruir el cuerpo de Rafael. Y sobre todo, no podrá volverse contra mi pobre Salai. Solo me corresponde a mí devolver esa alma descarriada al camino correcto.

—Espero que vuestro plan no ponga vidas en peligro —dijo el signor Taddei—, pero, ante todo, debo preguntaros por su coste. Cierto que no soy pobre, pero me parece difícil financiar una expedición de esta naturaleza, en particular en las circunstancias actuales. Según vos, la maqueta que os robaron ¿tiene algún valor?

—Ya ha costado demasiado cara —respondió el Gran Ingeniero.

—Mi maestre quiere decir que habrá algún modo de arreglarlo —precisó Jacopo.

El Gran Ingeniero hizo una mueca, pero no dijo ni palabra.

—¿Qué pensáis vos, Girolamo? —dijo Taddei—. ¿Es algo que se pueda desarrollar?

—Tendría que verla —respondió Cardano encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿para vos es una cuestión de dinero? —explotó Pasquale, furioso e indignado.

—Calma, joven —dijo Taddei—. Ante todo soy un hombre de negocios. Si quieres actos carentes de consideración, te aconsejo que los busques en otro sitio, aunque dudo que logres convencer a nadie más con tu increíble relato. Además, no te has dirigido a mí por azar, ¿verdad?

—Me he dirigido a vos porque os sabía determinado a recuperar el cuerpo de Rafael.

Taddei se quedó mirando a Pasquale con una mirada penetrante, y el joven se ruborizó. Después de todo, el cardenal Julio de Médici, el primo del Papa en persona, estaba presente cuando se llevaron a Pasquale para intercambiarle por el cuerpo de Rafael, y a Pasquale le costaba trabajo concebir lo que le podrían haber prometido a Taddei por aquella tarea, o hasta dónde se habría mostrado este

agradecido. Y, naturalmente, no era cosa de preguntarlo. No se abordaban ese tipo de temas a la primera, porque era algo demasiado peligroso. Incluso la información tenía su valor propio, lo que no dejaba de incluir determinados peligros para su poseedor, como Pasquale sabía ya bastante bien. Sin darse cuenta, había sido el poseedor de una información que le había costado la vida al pobre Rosso, así como a dos de los discípulos de Rafael, y amenazaba en aquel momento en convertirse el germen de la destrucción de Florencia.

Taddei, aunque brusco y práctico, no era un mal hombre.

—No dejarás de saber —dijo— que toda la fuerza y el valor de Florencia se basan en el comercio. En cuanto a mi modesto valor personal, proviene de la más tradicional de nuestras industrias, la textil. Ahora bien, para estar por encima de nuestros competidores extranjeros, los florentinos nos hemos beneficiado del sistema bancario para comprar la producción de los rebaños ingleses con dos o tres años de antelación. Así, antes incluso de que una oveja dé sus primeros pasos por el suelo de Inglaterra, toda la lana que crecerá durante toda su vida a su espalda ya ha sido comprada. Sin embargo, esta ventaja puede actualmente volverse contra nosotros, porque debemos reservar la lana y honrar nuestras promesas de pago, aunque estemos imposibilitados para producir nuevos tejidos. Los de Savonarola lo saben bien, y por eso intentan desestabilizar nuestras manufacturas. Ya ves que la guerra se libra tanto en los libros de cuentas como en los campos de batalla, y si las hostilidades ya se han declarado abiertamente en el primero de esos campos, los ejércitos todavía no han empezado a participar en el segundo. Por eso mismo, joven, la más mínima intervención por mi parte debe ser cuidadosamente analizada de antemano, porque será algo molesto ganar una parte de la guerra si hay que perder otra.

—Al signor Cardano quizá le gustaría analizar mis planes para vos, signor Taddei —propuso el Gran Ingeniero—. Estoy seguro de que los encontrará razonables. No tengo ningún interés en organizar una carnicería para perder algo que me importe, lo mismo que vos no queréis arruinaros por el bien de algún otro. A partir de eso, he imaginado un método que permitiría que algunos hombres parecieran numerosos, gracias a unos procedimientos que arrojarán la turbación y enloquecimiento en el corazón y la mente de los

enemigos, al mismo tiempo que se expone a los atacantes a un riesgo menor. He pasado mi vida entera estudiando el trabajo de esos hombres que dicen ser inventores cualificados de máquinas de guerra, y hace ya mucho tiempo me di cuenta de que esas máquinas no diferían en nada de las que se utilizan en las manufacturas y los talleres. Con muy poco costo y en un tiempo muy corto mis procedimientos pueden probarse y toda aplicación que podáis encontrarles a continuación, os lo garantizo, podréis explotarla.

Era aquel un largo discurso que resultó muy cansado para el anciano. Se quedó como caído en su asiento y fue Jacopo el encargado de responder a los agradecimientos sin fin de Taddei.

Cardano se apresuró a inclinarse sobre la hoja de esquemas, y empezó casi en el acto a preguntar al Gran Ingeniero, que se contentó con responder con sonrisas o asentimientos de cabeza. Taddei pidió vino, y luego, pasando el brazo por los hombros de Pasquale de un modo involuntariamente amistoso, le llevó a un aparte de la sala.

—Quiero que me expliques por qué estás tan tenso, joven. Siempre he considerado que si hay que hacer algo, lo mejor es hacerlo bien, aunque eso requiera paciencia. Tú eres tan impaciente como mi astrólogo, y tan joven, casi vais a la par.

—Quiero salvar a mi amigo Machiavelli. Si todavía está con vida, tiene que encontrarse a la fuerza en manos de Giustiniani; se encontraba en el transbordador cuando los hombres del mago atacaron a los de Savonarola, pero estaba herido y no pudo escapar. Cuanto más esperemos, menos posibilidades habrá de que siga con vida. Una vez que los españoles se hagan con la maqueta, Giustiniani ya no necesitará ni a Machiavelli ni el cuerpo de Rafael.

—Siempre podría pedir un rescate.

—Lo más probable es que se marche con los españoles; eso, si debe haber guerra. Además, quizá vos estéis dispuesto a pagar por el cuerpo, signor, pero, ¿pagaríais algo por la vida de un periodista?

—Eres directo —dijo Taddei, no sin cierta admiración.

—Las circunstancias lo exigen.

—Entonces, también yo seré directo. Mi intención es hacerte desempeñar un papel importante en esta operación.

—Pero, señor, yo soy pintor, no soldado. Si fuera para cualquier otra cosa…

—Vas a introducirte en la villa antes del ataque —cortó Taddei, implacable—. Si puedes, deberás asegurar la integridad del cuerpo de Rafael, de tu amigo y de Salai. Pero, antes que nada, debes intentar recuperar la maqueta. Por ese orden. Rafael era muy buen amigo mío, y hay un punto de honor en que tenga un entierro decente. Espero que lo comprendas.

—¿Y cómo queréis que haga todo eso si he de entregarme a Giustiniani?

—Eres un joven con muchos recursos. Si eres tan fuerte en actos como en palabras, encontrarás un medio.

—No confiáis en mí, ¿verdad, signor?

Taddei rechazó la pregunta con un gesto de la mano.

—No es una cuestión de confianza.

—Una vez en casa del mago, podría confiarle vuestro plan de ataque.

—Y así yo sabría que no se puede confiar en ti, ¿verdad? Pero confío lo suficiente en ti como para pensar que no actuarás de ese modo. De todos modos, atacaremos igualmente, y si Giustiniani toma la iniciativa, replicaremos con severidad redoblada. No haremos prisioneros… me sigues, ¿verdad?

—Del todo —respondió Pasquale al mismo tiempo que sentía escalofríos por el espinazo—. Permitidme que os pida un favor. Si me libro, tendré que dejar la ciudad. Será demasiado peligroso para mí quedarme sabiendo todo lo que sé.

—Eso es cierto —reconoció Taddei—. ¿Adónde quieres ir a parar?

Pasquale se lo dijo y Taddei se echó a reír.

—Tu ambición es admirable. Hay un navío que parte esta noche. Si llegas a tiempo, habrá un lugar a bordo para ti.

—Dos lugares —corrigió Pasquale, que pensaba en Pelashil.

—Pides mucho.

—Se trata de mi vida. Decidme, signor, ¿creéis que este ataque puede triunfar?

—Si es posible, que así sea.

—Todo es posible para el Gran Ingeniero.

—Eso dicen. —Taddei se volvió—. Veamos, Cardano, ¿qué oportunidades tenemos?

El astrólogo vestido de negro se acercó. Se pellizcó una mejilla

delgaducha con el pulgar y el índice y dijo en voz baja:

—Me sobrepasa ligeramente el modo en que se aplican ciertos principios…

—¿Y eso nos costará caro?

—Según el ayudante del Gran Ingeniero se puede recoger parte del material necesario en los talleres de la Gran Torre… no, creo que no. Pero si alguno de los elementos no funciona…

—Sois mi secretario, dadme una cifra exacta. En cuanto al funcionamiento del artilugio, debemos ponernos en manos de nuestro genio. —Taddei se volvió hacia el Gran Ingeniero, pero el anciano estaba dormido, con el binóculo de cristales azules cruzado de soslayo sobre su cara; un retrato inacabado de Salai, joven e idealizado, se le había escapado de la mano.

10

Había llovido un poco antes de la puesta de sol, lo que hizo caer el polvo y encharcar el suelo. La noche era fría y clara, y Pasquale temblaba en la hierba alta y húmeda que crecía ante el portalón de la villa de Giustiniani, al otro lado del camino de tierra. Un poco más y empezaría a helar por primera vez en el año. En los viñedos, sobre las colinas que rodeaban Fiesole, los campesinos estarían llenando los braseros con pequeños troncos embreados para proteger del hielo las últimas uvas de la estación.

Pasquale aspiró del cigarrillo que estaba fumando, encerrándolo entre sus manos para ocultar las brasas. No eran más que algunas hebras de tabaco y un poco de marihuana liado todo ello con papel ordinario. El humo difundía un sabor caliente en su boca seca. Cuando la brasa le quemó los dedos, dio una última calada y dejó caer el cigarrillo entre las briznas de hierbas. Quizá era él último que fumaba, un pensamiento tan malsano que le arrancó una sonrisa.

Los muros que rodeaban el jardín de la villa reflejaban la luz de la luna decreciente. La primera vez que Pasquale fue allí en compañía de Machiavelli, vio una luna roja poniéndose al extremo

del valle. En aquel momento, la luna era de un color blanco frío y azulado, y las manufacturas de las orillas del Arno estaban cerradas y sus humos se habían disipado. Aquella luna despejada era un mal presagio. No había facilitado la tarea de los hombres del signor Taddei cuando, bajo la dirección de Girolamo Cardano, atravesaron los claroscuros con que había invadido los olivares, donde cada sombra podía ocultar un criado o un soldado de Giustiniani. Dos hombres se adelantaron en misión de reconocimiento para abrir el camino a los demás, que avanzaban agachados y con pesados fardos a la espalda. Pese a la vigilancia de aquellos exploradores, Pasquale se había sobresaltado con el menor temblor en el claro de luna, con la más mínima carrera de algún ratoncillo. No era valiente, solo lo suficientemente estúpido como para no reconocer el miedo que sentía. Pelashil le había dicho que era un idiota y, aunque él protestó con fuerza en aquel momento, aquello era algo de lo que ya estaba convencido.

Había ido a verla aquella misma tarde, mientras Cardano, provisto de una autorización escrita que Taddei había conseguido por sus relaciones, se dirigía a los talleres de la Nueva Universidad para requisar un material cuyos vigilantes no conocían su existencia. Pasquale le dio su palabra de honor a Taddei de que volvería, con lo que el mercader aceptó hacerle seguir discretamente antes que asignarle una escolta.

Pasquale entró en la taberna bajo los abucheos y los silbidos de sus amigos, diciendo uno que tenía la impresión de estar viendo un fantasma, otro que ningún fantasma tendría nunca un aspecto tan desaliñado, un tercero que tenían ante ellos a un individuo de triste notoriedad, tanto que estaba siendo perseguido para ser entregado a la justicia. Un cuarto cabalgaba una viola de gamba de cuyo tierno cuerpo de madera con formas femeninas sacaba una melodía quejumbrosa utilizando hábilmente su arco. Sus compañeros le daban el ritmo dando fuertes palmadas en los muslos (aquel tipo de acompañamiento rítmico endiablado, tomado de los cantos de los salvajes del Nuevo Mundo, era la última moda musical, pues su vigor primitivo rompía con las melodías tradicionales), el violinista entonó el primer pareado de una célebre canción de amor, deformando las palabras para deslizar en ellas el nombre de Pasquale y desencadenar la hilaridad de sus compañeros, que

perdieron el ritmo cuando empezaron a aplaudir encantados.

Pasquale tuvo enseguida la sensación de haber recuperado algo que era suyo, pero que, contrariamente a él, no había evolucionado. Se daba cuenta de repente de que no tenía nada en común con aquellos jóvenes presumidos, con sus cabellos cuidadosamente rizados o alisados con goma arábiga que les volvía brillantes como si estuvieran barnizados, con sus hermosas ropas bien limpias y de colores rosados, amarillos y azules escrupulosamente combinados, con las manos perfumadas con agua de rosas, voces lánguidas y sonrisas de conveniencia y una falsa pasión por los caballos hermosos (que estaban por encima de sus posibilidades) y las hermosas mujeres (lo mismo). El jubón negro, las calzas y las mallas marrones que le dieron a Pasquale en casa del signor Taddei no eran nada más que objetos prácticos, de un corte pasado de moda diez años atrás. No había tenido tiempo de lavarse el pelo correctamente, y todavía menos de dejarse caer los bucles sobre la frente como hacía habitualmente; los había recogido en una redecilla, como si fuera un soldado. De repente, se sintió como un adulto rodeado de niños. Le pidieron que se sentara con ellos, que les contara lo que había hecho, lo que sabía del asesinato de Rafael, que bebiera algo.

—¿Qué es esa historia del requerimiento? —quiso saber.

—Has hecho algunas tonterías —respondió el músico, apartando el instrumento y el arco—. Alguien te ha denunciado en uno de los *tamburi*.

—¿Alguien que defendía el honor de su hija, Pasqualino? —propuso otro.

—Más bien de su hijo —corrigió un tercero.

Recordando al monje, Pasquale se encogió de hombros y pidió noticias de Pelashil; sus amigos se echaron a reír. El mercenario sentado cerca de las cenizas del fuego del día anterior se volvió hacia ellos, con el rostro irritado. Pasquale se cruzó con su mirada y apartó temeroso los ojos.

—¿Dónde está Rosso? —preguntó alguien—. Vamos, Pasquale, ven a sentarte con nosotros y cuéntanos tu vida de crápula.

Pasquale se puso rojo de vergüenza. No podía decirles a sus amigos que su maestre estaba muerto, que se había suicidado. Cortó en el acto la conversación declarando que debía ver a Pelashil, y fue

a despertar al tabernero suizo que dormitaba en un rincón, con su enorme perro tumbado sobre sus pies descalzos. El hombre gruñó con voz dormida y le dijo que estaba en la cocina, lavando los platos.

—Desconfía —añadió—. Estate dispuesto a agacharte nada más pasar por la puerta.

Pasquale no tardó en comprender lo que quería decir el suizo. Pelashil estaba lavando platos en un barreño. El arenque de la comida se cocía en una olla colocada sobre las brasas del horno, haciendo flotar en la habitación una nube de vapor. Cuando Pasquale la dirigió la palabra, Pelashil le dio la espalda; cuando insistió, ella se puso a rociarle con agua llena de grasa. Pasquale retrocedió de un salto, mortificado. La explicó que solo quería decirla adiós en el caso muy improbable de que no volviera.

—Entonces está decidido. Te vas. Pues bien, ¡vete ahora mismo! —Furiosa, la mujer se frotó los ojos con sus puños violáceos, y luego le dio de nuevo la espalda y apartó los hombros cuando quiso volverla hacia él.

Pasquale intentó reír.

—Yo que creía contar contigo, y veo que estaba equivocado.

—¡Los hombres! Os creéis tan fuertes, tan nobles con todos vuestros juegos idiotas. Ve a suicidarte, pero no cuentes conmigo para que llore por tu muerte. Quedarás muy bien en tu tumba de héroe. Tus amigos te harán seguramente un bonito monumento.

—Me pones nervioso con tus historias de entierros. Simplemente he venido a pedirte dos favores. Que te ocupes del simio si acaso… Ya sabes.

—No es más desagradable que el viejo, y es mejor compañía que tú.

—¿Más limpio? ¿Más afectuoso? Vamos, no irás a decirme que compartes tu lecho con semejante monstruo.

Ella sonrió durante un instante, un destello blanco en su rostro moreno y marcado con algunas arrugas.

—Tienes una alta opinión de ti mismo.

—¿Y me equivoco?

—Ya te he dicho en lo que podías convertirte. No eres más que un idiota.

—Sabes que no estoy seguro de querer ser mago. Todo lo que

quería hace algunos días era aprender a pintar un ángel como nadie antes lo había hecho.

—Te mostré cómo hacerlo.

—Ahora no estoy seguro de lo que vi. —El ave policromada no era Pelashil. Fragmentos de tiempo como perlas de un collar, tan brillantes y fijas como las estrellas. La criatura que encontró en los hilos de la tela tintada.

—No aprenderás nada del *híkuri* en tanto no seas *mara'akame*. Hasta entonces, tus sueños no serán otra cosa que… juegos.

—¿Una diversión?

—Sí —cortó Pelashil con un tono perentorio.

—El camino parece demasiado largo.

—Escucha. La primera vez que se toma *híkuri* se mira el fuego y se ve el resplandor de los colores, la multitud de flechas de plumas brillantes.

—En efecto —confirmó Pasquale, recordando su propia experiencia.

—Pero cuando un *mara'akame* mira el fuego, ¿qué ve? Ve al dios del fuego, a Tatewarí. Y en él ve el Sol. Escucha plegarias que ensalzan el fuego donde mora Tatewarí, y esas plegarias son como música. Todo esto es necesario para ver lo que Tatewarí hacer salir de su corazón para nosotros. Es hacia donde tienes que dar el primer paso, y ahora lo abandonas. Hay dos mundos: el de las cosas y el de su nombre, donde reside su esencia. El *mara'akame* se coloca entre los dos. Con la excepción de mi amo, tú eres el único en esta grande y terrible ciudad que empieza a comprender, y ahora renuncias a ese privilegio por nada.

—No es por nada. —Pasquale le dio explicaciones sobre el lugar al que se dirigía, la villa, las máquinas del Gran Ingeniero, y, luego, perseverando en el error de querer reír—: Si puede salvar toda Florencia, podrá salvarme también a mí.

—Le diré a mi amo que va a haber guerra —dijo Pelashil—. Quizá nos marchemos, así que no esperes encontrarme aquí cuando vuelvas.

Pasquale intentó decirle que le había prometido al signor Taddei que, cuando todo hubiera terminado, empezaría su viaje, y ella podría ir con él, pero ella se negó a escucharle, se apartó cuando Pasquale intentó tranquilizarla y, luego, cuando el joven insistió,

tiró los platos al barreño y no contestó a ninguna de las llamadas.

Así, a fin de cuentas, nada había quedado decidido. Pasquale salió por la calleja trasera en lugar de volver a pasar por la taberna y enfrentarse de nuevo a sus amigos. Se sentía como si fuera de nuevo un niño.

En aquel momento, en la oscuridad, en la hierba alta que bordeaba el camino, Pasquale verificó la hora en el pequeño reloj prendido a su muñeca con una correa. Sin ser más grueso que tres monedas de un ducado superpuestas, estaba provisto de un triángulo que giraba alrededor de un cuadrante dividido en cuartos de horas. Los dedos de Pasquale le informaron de que no quedaba más que un cuarto antes de la hora a la que estaba convenido que acudiría al portalón para entregarse al guardia. Cardano llevaba un reloj idéntico, y cuando acabase la hora siguiente, pasaría al ataque, lo hubiera conseguido Pasquale o no.

Aquellos relojes sincronizados eran las menores de las maravillas sacadas de los talleres del Gran Ingeniero, que tenía todavía más de un as en la manga.

Cuando Pasquale volvió al Palazzo Taddei tras salir de la taberna, con sus esperanzas tal y como estaban antes de entrar en ella, encontró al anciano despierto, comiscando un cuenco de habas generosamente embadurnadas con aceite y sazonadas con romero. Había cubierto páginas y más páginas de esquemas, con el objeto, como le explicó Jacopo encogiéndose de hombros, de poner a punto un método que permitiera reducir un círculo a un cuadrado con la misma superficie.

—En las matemáticas reside la verdad —declaró el Gran Ingeniero con una voz dulce—. Únicamente en las matemáticas. —Luego añadió—: Ay, estos problemas me quitan demasiado tiempo.

Pasquale empezaba a habituarse a los cambios de humor del anciano, a su modo de no alabar las cosas más que para denigrarlas a continuación. Observó:

—El griego, Pitágoras, creía que los números encarnan la verdad pura. Como si fueran el polvo de la toga de Dios.

—Muchos todavía lo creen. Recibo numerosas cartas que contienen cálculos complicados que intentan asignarle una edad al universo, su tamaño, o para demostrar que todas las leyes que lo gobiernan pueden resumirse en una única fórmula simple. ¿No es

así, Jacopo?

—¿Qué me decís, maestre? Me las hacéis leer por vos, y hay que reconocer que son muy aburridas. Como Pitágoras y sus discípulos, al igual que los alquimistas como ese veneciano, Giustiniani, los idiotas que os escriben creen que el universo es un gran misterio cuya llave está por forjar. Y creen también que esa llave hipotética garantizará un poder y un conocimiento ilimitados a los que la consigan. Incluso llegan a proponeros, maestre, daros la mitad del reino de los cielos si aceptáis ayudarles a resolver sus enigmas.

—Además —encareció el Gran Ingeniero—, no hay que olvidar que Pitágoras y sus discípulos, que veían en los números la esencia misma de todas las cosas, se quedaron estupefactos al saber que la diagonal de un cuadrado simple de una unidad de lado no se correspondía con un número fraccionario sencillo, es decir el cociente de dos números enteros. Aquello era una contradicción de tal gravedad que el discípulo que la reveló, Hipaso, fue ahogado siguiendo los ritos. Pobre hombre. Siempre he sentido compasión por él. Me temo que un diluvio de irracionalidad destruirá algún día la totalidad de la obra humana.

Tras haber pedido permiso al anciano, Pasquale tomó una de sus hojas de esquemas para examinarla.

—Estos dibujos abstractos son casi decorativos —dijo.

—Oh, a menudo obtengo motivos arquitectónicos de estos croquis, en especial para las vidrieras.

—Lamento mucho la que os rompí. Me habría gustado verla.

El Gran Ingeniero se echó hacia adelante, con los ojos repentinamente brillando entusiasmados.

—¡Cómo la atravesaste! Mira que he visto maravillas a lo largo de los lustros. Hace mucho tiempo que vivo encerrado en la torre, retirado del mundo… pero el mundo es un lugar desconcertante, no muy bien ordenado. Necesito más orden para reflexionar. Lo más extraño de estos juegos matemáticos no es que produzcan eso que conocemos como belleza, sino que es imposible prever lo que generarán. No existe una ecuación de la belleza: surge de manera aleatoria, como un fragmento de canción que se eleva de la multitud antes de perderse de nuevo en la turbamulta. Euclides consideraba que la geometría era una base sólida para explicar racionalmente el universo, pero incluso en las explicaciones de

Euclides se encuentran misterios. Me he empeñado durante mucho tiempo en resolver tal o cual problema… a veces para nada. Quizá existan en geometría propiedades irracionales que no pueden deducirse de los axiomas elementales de Euclides. Pero si se quebrantan las certezas absolutas de la geometría, todas nuestras arquitecturas y nuestras realizaciones artísticas se vienen abajo, lo mismo que nuestro mapa del cielo y nuestras técnicas de navegación.

Pasquale se sentía aturdido por una viva emoción: si el mundo no era algo definido, cada uno debía ser libre para determinar su propia suerte. No existían patrones para medir las cosas, y estas se convertían en cosas independientes, sin ninguna razón de ser salvo por relación con ellas mismas. Los ángeles y los hombres. El mundo de las cosas y el mundo de los sentidos.

—Sin embargo —dijo—, Cristóbal Colón descubrió el Nuevo Mundo.

—Buscando otra cosa —precisó Jacopo encogiéndose de hombros.

—Pero ha habido otros muchos que han seguido el mismo camino. Piero de Cosimo, por ejemplo.

El Gran Ingeniero hizo un gesto con el dedo, y Jacopo carraspeó para declarar con cierta solemnidad:

—Mi maestre me pide que te diga que no hay que fiarse de Taddei. No cuentes con su apoyo, Pasquale.

—Tengo que pedirte un favor, Jacopo —replicó el joven—. Cuando me haya ido, querría que visitases a un cierto personaje importante. A mí no me dejarían hablar con él, pero tú eres el ayudante personal del Gran Ingeniero y supongo que estarás bien introducido en esos medios.

—¿De quién se trata? —quiso saber Jacopo hinchándose de orgullo. Pasquale se lo dijo, le informó del objeto del mensaje y, por el modo en que Jacopo pareció regocijarse de aquella intriga, supo que aceptaría su encargo.

—Qué lástima que no sea más joven para partir sobre los mares contigo —suspiró tristemente el Gran Ingeniero.

—Ni digáis tonterías —replicó Jacopo—. Cuando erais joven nunca se os habría permitido emprender un viaje tan peligroso. Valíais demasiado para la ciudad.

La conversación evolucionó y, poco a poco, empezaron a hablar de pintura. Del ángel de Pasquale.

El Gran Ingeniero escuchó a Pasquale explicarle cómo se había enfrentado al problema de pintar algo nuevo, un ángel como nunca antes se había visto, tras lo cual se produjo un silencio. Pasquale creía que el anciano se había dormido, pero, de repente, este tomó la palabra.

—Ya sabes que no debe parecer ni taciturno ni preocupado. Eso es lo que se podría esperar de un hombre, pero no de una criatura divina. Un ángel debe encontrarse en éxtasis, porque cumple la obra de Dios, y porque, además, ve el porvenir. Sabe que el pecado original le permitirá al hombre liberarse, porque, antes de pecar, el hombre estaba en perfecta armonía con la voluntad de Dios y, a partir de entonces, tuvo que luchar para recuperar la facultad de escuchar la música secreta y solemne a la que obedecen las esferas del universo. Porque por el pecado, el hombre tuvo ocasión de elevarse más alto que los ángeles.

—Elevarse… ¿hasta dónde? ¿No querréis decir que…?

El Gran Ingeniero sonrió y luego se llevó un dedo a los labios. Estos eran de un rojo vivo en el interior de su barba blanca y sedosa. Pasquale pensó que se los pintaba. La uña del anciano era larga, pero de una limpieza impecable, y untada de una sustancia que la daba un brillo nacarado.

—No lo digas. Aquí, el simple hecho de pensar puede ser causa de problemas.

—El signor Taddei mantiene estrechas relaciones con el Vaticano —explicó Jacopo.

El Gran Ingeniero añadió:

—Él te diría que fue ese mismo orgullo el que perdió a Lucifer, y que en el preciso momento en que se rebeló, se produjo la caída. Pero Lucifer, el que porta la luz, pertenecía al Paraíso, mientras que nosotros, vayamos donde vayamos, no podemos más que elevarnos. Tu ángel debe ser consciente de ello, y eso debe colmarle de alegría.

—Una alegría grave, sin duda. Quizá no esté a la altura de la tarea.

—Cuestionarse uno mismo es lo primero que hay que hacer antes de emprender un trabajo. Cuando se sabe cuáles son los conocimientos limitados que tiene uno mismo es cuando se puede

empezar a adquirir otros nuevos. En caso contrario, en la euforia de la ignorancia, no se aprende nada. Siempre me he preguntado si los ángeles eran inteligentes, dotados de razón, porque son servidores perfectos de la voluntad de Dios y no necesitan saber nada, pues proceden de Aquel que lo sabe todo.

El guardia pasó de nuevo ante el portalón, por quinta vez desde que Pasquale se había echado sobre la hierba. Las luces de la villa apenas se distinguían detrás de los muros, donde brillaban tan frías y distantes como la Luna.

Dominar la ciencia de la luz, le había confiado aquella mañana el Gran Ingeniero a Pasquale, tal sería el triunfo del siglo. La grabación de la luz y de su movimiento iba a alterar la percepción del tiempo. Pensaba que se conseguiría acelerar el lento proceso químico mediante el cual la luz liberaba la plata de su sal de yodo, de manera que se pudiera tomar una instantánea de cada segundo, y así capturar el modo en que se desplazan los hombres y los animales. El movimiento sería reconstruido mediante aquella serie de puntos de vista, que desfilarían sucesivamente ante el ojo como en la realidad. Jacopo añadió no sin orgullo que su maestre ya había experimentado una técnica similar ante el Papa, pero que se trataba de una simple ilusión, al menos como lo veía Pasquale. Entre las máquinas que debían ser empleadas contra Giustiniani había una que funcionaba según el mismo principio.

—Espero que no nos haga falta —había dicho Pasquale—. Debo tratar con Giustiniani a instancias de Taddei. —Tras un instante de reflexión, añadió, dirigiéndose al Gran Ingeniero—: Pensando de nuevo en vuestro diseño, maestre, acabo de tener una idea del modo en que podría emplearlo. Si pudierais concederme unos minutos, quizá me permitiría negociar en serio por la vida de mi amigo, y marcharme con él sin mayor problema.

Percibió el ruido de un caballo al galope, chirridos de correaje y un crujido de ruedas. Un coche subía la pendiente bamboleándose, conducido por un sudoroso conductor. El portón se abrió con estruendo y dos guardias avanzaron precipitadamente. Tendido solamente a pocas *braccia* del más cercano, Pasquale vio su rostro pálido bajo la sombra de su casco con visera. Fornido, tenía un espeso bigote bajo su boca de labios abultados, y unos ojos tan azules como las montañas de la Luna; un mercenario suizo o

prusiano, como los hombres que Taddei había contratado para aquella expedición. Pasquale se imaginó por un instante a los mercenarios de los dos campos soltando las armas y saludándose como hermanos; la verdad es que no tenía deseo alguno de luchar.

El coche se detuvo ante el portalón. El guardia que se encontraba al lado de Pasquale se adelantó hasta situarse junto al caballo, que cabeceaba y soplaba ruidosamente por los ollares, y se dirigió al cochero en prusiano con una voz gutural. El cochero de tez lechosa se echó a reír y se quitó su gran sombrero, dejando caer una cascada de rojos bucles sobre su frente. En aquel instante, Pasquale sintió como un puñal de hielo que le atravesara el corazón. El cochero era el criado de Giustiniani, el que había llevado a Giovanni Francesco a la muerte, el que había servido la copa envenenada a Rafael, el que había perseguido a Pasquale por la Piazza della Signoria, y a quien Pasquale había visto en la ventana de Machiavelli.

El guardia le dirigió al vehículo un gesto para que entrase. Cuando pasaba lentamente bajo el arco del portalón, Pasquale se levantó y avanzó por el camino.

El guardia enarboló la pistola antes de calmarse un poco cuando vio que Pasquale estaba solo. Su compañero declaró con un toscano titubeante:

—Prohibida la entrada. Amigo, sé amable y sigue tu camino.

—Tengo que ver al signor Giustiniani —dijo Pasquale. Fue a sacar los documentos que llevaba por dentro del jubón, y el primer guardia enarboló de nuevo la pistola. El segundo se adelantó, apartó secamente las manos de Pasquale y le quitó el fajo de documentos.

—Para el signor Giustiniani —explicó Pasquale.

—Nosotros se los entregaremos. Lárgate.

Pasquale no había previsto que le hicieran irse; ¿le habrían reconocido los guardias?

—Tiene que pagarme —dijo, antes de extender el brazo para recoger sus documentos.

El segundo guardia le derribó de un trompazo. Pasquale rodó por un bache lleno de lodo húmedo y, por primera vez desde que se puso en marcha hacia la villa, se sintió dominado por una cólera viva y violenta. Se levantó de un salto e intentó atrapar los documentos que el guardia mantenía por encima de la cabeza, fuera

de su alcance. Aquella broma pesada de bruto prusiano hacía reír a los dos guardias. Mira cómo salta el mocoso, mira cómo grita. ¡Qué suerte ser un gordo patán prusiano!

—Vais a tener problemas —amenazó Pasquale con voz jadeante, pero sin miedo—. ¡Esperad a que el signor Giustiniani se entere de esto!

El coche se había detenido en el camino de gravilla blanca, al otro lado del portalón. Saltando a tierra, el cochero dio media vuelta. Reconoció en el acto a Pasquale, y su rostro se abrió con una amplia sonrisa.

—Ya estamos todos. Ya era hora. Mañana ya no estaremos aquí.

—Así que ha llegado el emisario español.

El pelirrojo se puso un dedo junto a la prominente nariz y guiñó un ojo.

—Está en el coche. Eres bastante caradura, joven.

Pasquale arrancó los documentos de la mano del guardia y los puso ante sí como si fueran un escudo.

—Esto es algo que le interesará a tu amo. Salai no os lo ha dicho todo.

El pelirrojo se encogió de hombros.

—No es a mí a quien hay que convencer. Sube al coche, te conduciré ahora mismo ante mi señor. —Luego, volviéndose hacia los guardias—: Cerrad el portón. Esta noche no vendrá nadie más.

11

Como en ocasiones precedentes, la luz salía a chorros por todas las ventanas de la villa. En cada habitación había arañas de cristal cargadas de velas, como otros tantos matojos ardientes suspendidos de los altos techos de yeso o frisos de *putti* y querubines que jugueteaban en una profusión de culos. Cuando Pasquale entró en la villa por una puerta cuyos dos batientes estaban abiertos de par en par, tras el pelirrojo y el emisario español, escuchó a una mujer riendo en alguna parte, propagándose el eco de su risa por el vestíbulo, donde presidían unas estatuas de mármol bajo un techo

de color azul celeste. Empezó a reír más fuerte, como dominada por una crisis nerviosa, y luego se detuvo tan bruscamente como si la hubieran dado un portazo en la nariz.

Pasquale se dio cuenta de que estaba reteniendo el aliento. Echó un vistazo hacia el pelirrojo, que se contentó con sonreír y decir:

—Por aquí, señores, por favor.

Muchas de las habitaciones que el pelirrojo hizo atravesar a Pasquale y al emisario español —un hombre taciturno y afectado, vestido con calzas y un jubón ordinario de color rojo y negro, junto con una toga de cuero ceñida por un cinturón con una gruesa hebilla de plata— estaban vacías, y las demás no contenían más que algunos muebles. En una habitación, unos soldados jugaban a los dados ante una enorme chimenea, tan concentrados en su partida que apenas levantaron la cabeza cuando pasaron los tres hombres. Un tesoro de libros, más de un centenar, estaban amontados junto a la pared de otro cuarto.

La puerta del fondo de aquella habitación estaba cerrada. Curiosamente, estaba equipada de algo parecido a un llamador con la forma de una máscara trágica, fijada en ángulo recto sobre sus planchas. El pelirrojo rozó con cuidado los labios de la máscara antes de abrir la puerta y permitir el paso de sus dos invitados.

Pasquale se detuvo de nuevo dominado por el miedo. Le parecía que no tenía descanso alguno.

Era la habitación en la que fue asesinado Giovanni Francesco. Como la última vez, la chimenea estaba encendida, llena de troncos que ardían crepitando furiosamente; el butacón parecido a un trono seguía allí, con su madera oscura y labrada con arabescos realzados por pan de oro. Y en el trono, como la última vez, estaba sentado el mago veneciano, Paolo Giustiniani.

Llevaba un bonete negro y cuadrado, así como un traje negro bordado con hilos de seda y abierto hasta la cintura por los dos lados, lo que dejaba al descubierto sus piernas desnudas, musculosas y peludas. Estaba calzado con unos escarpines negros de punta curvada. Se volvió hacia los otros dos hombres presentes en la habitación, ofreciendo el perfil de su delgado rostro de halcón a Pasquale, y declaró:

—Como podéis constatar, mi llamada ha sido atendida. Podemos empezar.

Uno de los dos hombres, que no era otro que Salai, se contentó con encogerse de hombros. El segundo, fieramente sentado en un taburete, con las muñecas atadas y colocadas encima de las rodillas, era Machiavelli. Volvió su sonrisa irónica e indiferente hacia Pasquale, que se la devolvió, con el corazón henchido de esperanza.

—El momento ha sido mal elegido nuevamente —exclamó Machiavelli—. Al menos, intenta disfrutar del espectáculo, Pasquale.

—Es inútil esperar —le dijo el mago a Pasquale, marcado su toscano por un fuerte acento veneciano—. No hay nada que se pueda esperar, y menos tú.

El pelirrojo cerró la puerta y se apoyó en ella displicentemente, sonriendo a Pasquale sin malicia alguna.

El emisario español empezó a protestar con una voz tranquila y timbrada, diciendo que estaba allí para tratar un asunto serio por el que todavía no se le había pagado nada.

—Oh —dijo Salai—, dadle lo que quiere, acabemos. —Plantó un cigarrillo entre sus labios llenos y se inclinó para encenderlo, luego expulsó una gran nube de humo con impaciencia. Llevaba, como siempre, su toga de terciopelo rojo, con una fina espada al costado —. Todo esto me aburre —añadió.

—No estoy aquí para divertiros —replicó el emisario, ultrajado.

Salai se inclinó hacia delante de un modo burlón.

—Perdonadme, signor. Por como vais vestido, creí que habíais venido a representar alguna pantomima.

—Silencio —ordenó Giustiniani. Colocó sus manos como si fueran una copa, la izquierda por encima de la derecha. Cuando las apartó, la maqueta descansaba en el hueco de su mano derecha—. Aquí está vuestro bien, signor —le dijo al emisario.

El pelirrojo acudió a tomar la maqueta y se la entregó al emisario haciendo un gesto ampuloso con el brazo.

—Y ahora —siguió diciendo Giustiniani—, escuchemos lo que tiene que decirnos el pintor. —Tenía la manía de levantar la mano cuando tomaba la palabra, para llamar la atención. Aquello no impresionó mucho a Pasquale; si tenía madera de jefe, un hombre debía ser capaz de imponerse sin imponer respeto utilizando artificios.

—Seguramente ya lo sabréis —dijo Salai—, si le habéis hecho

venir aquí. ¿O acaso vuestra puesta en escena con el espejo y los cabellos ardiendo no era más que una superchería?

—Pronto veréis lo serio que era todo —respondió el mago. Luego, uniendo las manos sobre el pecho formando una parodia de plegaria, le dijo a Pasquale—: No seas tímido, muchacho. Me has traído un regalo. Muéstrales a estos señores de qué se trata.

Pasquale sacó una de las hojas de papel arrugado.

—Esto, maestre, por la vida de Niccolò Machiavelli. Tendréis el resto cuando nos soltéis junto con el cuerpo de Rafael.

—Ese documento tendría que ser muy importante.

—Salai no os ha dicho la verdad. Cuando perdió las placas de cristal, igualmente perdió importantes informes. La maqueta sola no es suficiente. También necesitaréis estos cálculos, de los que os traigo ahora la primera mitad. Tendréis el resto, como os he dicho, cuando sea liberado, con mi amigo y con el cadáver.

El mago tomó el documento, le echó una mirada y luego se lo pasó a Salai:

—¿Es la escritura de vuestro maestre?

—Sí —reconoció Salai.

El mago recuperó el documento para entregárselo al mensajero.

—¡Pero escribe tanto! —explotó Salai—. Ese viejo loco no hace otra cosa: escribir, escribir, escribir, un maldito adoquín tras otro. ¡Esos cálculos pueden ser cualquier cosa, cualquier cosa!

—Mirad abajo —dijo Pasquale sin perder los nervios—. Con un espejo lo podréis leer más fácilmente.

El pelirrojo sacó uno y se lo dio al emisario, que lo empleó para examinar la escritura fina e invertida del documento. Allí, como Pasquale y Jacopo se habían esforzado por que así fuera, antes de dictárselo con paciencia al anciano, se encontraba la frase siguiente: *El que firma el presente documento, Leonardo, declara que estos son los cálculos exactos que permiten a un hombre elevarse por los aires por medio de una hélice de eje vertical.*

El emisario lo leyó en voz alta. Salai escupió una nube de humo y protestó:

—Una argucia. Cualquier artificiero es capaz de construir esta máquina a partir de la maqueta. No necesita nada más. Es inútil pagar más, inútil tratar con… con esta criatura.

—¡Silencio! —ordenó el mago. Su voz resonó en la habitación y,

por un instante, Pasquale tuvo la sensación de que su corazón había dejado de latir, como obedeciendo aquella orden.

—Este es un problema interesante —dijo Machiavelli. Divertido. Con los ojos brillantes, estaba inclinado hacia delante sobre el taburete, vivo y curioso como un pájaro. La cadena que unía los brazaletes de hierro de sus esposas estaba enroscada alrededor de sus rodillas.

—Traje lo que se me pidió —dijo Salai—. Nunca se me dijo nada de estos cálculos. Después de todo, quizá no sean del viejo loco.

—Sabéis que esta escritura es la suya —replicó el emisario.

—Bueno, pues me equivoqué.

—¿Cambiáis de opinión? —preguntó el emisario—. Me parece que cambiáis a menudo de opinión.

—Este documento ha sido escrito por un matemático —declaró el mago—. Cualquier otro florentino hubiera empleado cifras romanas. —Luego, volviéndose hacia el emisario—: Aquí las utilizamos para las cuentas, porque es imposible falsificarlas añadiendo cifras al final de los números. Eso os da una idea del clima de confianza que impera en Florencia. Pero los matemáticos prefieren las cifras árabes, que son de un uso mucho más sencillo. Y esas son las que tenemos aquí.

—Tendríais que habernos hablado de esos cálculos, signor —le dijo el emisario a Salai—. Ese es el problema.

—Exacto —machacó Machiavelli—. Es el corazón del problema. Podéis confiar en el Gran Ingeniero o hacerlo en el cambio de opinión de su amiguito.

Salai levantó la mano para golpear a Machiavelli, pero el pelirrojo avanzó y se lo impidió. Salai se debatió algunos instantes antes de liberarse y darse la vuelta.

—Dejemos que se vayan —propuso el emisario—. ¿Qué necesidad tenemos de estos dos?

—Ay —dijo el mago—, quieren el cuerpo, y yo lo necesito para ofrecerlo en sacrificio. —Transpiraba: el aire de la habitación era pesado, como cargado de una gravedad que nadie expresaba. Pensando en la imagen que había salvado del fuego, Pasquale se estremeció.

—No hace falta que devolváis el cuerpo —insistió el emisario—. Eso forma parte del trato.

—No temáis —dijo el mago—. En cuanto acabe la ceremonia, lo destruiré. En fin, si aquel al que voy a convocar no se lo lleva consigo. Porque esta vez va a venir. Es el momento adecuado. Lo siento.

Salai se echó a reír, pero se detuvo casi en el acto. Todas las miradas de la habitación estaban vueltas hacia el mago, cuyo rostro estaba poseído por una cierta avidez malsana.

Con la sensación de andar por el aire —sensación que debían compartir los ángeles, puesto que nunca podían tocar tierra firme—, Pasquale declaró:

—Es todo o nada. Soltadnos sin el cuerpo y no tendréis el resto de los cálculos.

—No estoy de acuerdo —cortó el mago—. Después de todo, ¿por qué deberíamos soltaros ahora que tenemos todas las bazas del juego?

Palpando con cuidado el reloj de su muñeca, Pasquale se sorprendió al constatar que había pasado menos de media hora desde que se presentó ante el guardia. Lo había hecho antes de lo previsto, y tenía que esperar casi una hora antes del comienzo del ataque. Intentó calmarse. Tenía todo el tiempo necesario para tratar con el mago. Aunque solo salvara a Machiavelli, sería una victoria. Rafael ya estaba muerto y no podía pasarle nada peor. Ni siquiera ser ofrecido en el altar de una misa negra era peor que estar muerto.

—Si nos falta información —le dijo el emisario español a Salai —, podéis estar seguro de que no pagaremos, signor. Queremos la totalidad o nada.

—¡Tenéis todo lo necesario! —exclamó Salai encolerizado—. Como ya os he dicho, no necesitáis otra cosa que la maqueta, eso es todo. Oh, quizá tenga valor o un sentido agudo de la abnegación, os lo concedo. Pero sea cual sea la razón, simplemente intenta embrollarlo todo. Tomad los documentos, si queréis. ¿Qué me importa? No tienen ningún valor, podéis creerme. Y aunque me equivoque, bueno, no me costará tanto obtener el resto si eso representa que debo matar al viejo loco. Os doy mi palabra.

—El asesinato no forma parte de nuestro acuerdo —remarcó el emisario—. No puedo negociar con vos en ese punto.

—Si quisiera la muerte del Gran Ingeniero —dijo el mago—, me

bastaría con enviar contra él un espíritu invisible que lo ahogaría llenando de humo el aire de su habitación mientras duerme.

—No quiero oír hablar de esas cosas —dijo el emisario con un desagrado que resultaba evidente.

—Haréis algo más que oír hablar de ellas —exclamó Salai.

Envolviéndose en su dignidad, el emisario declaró:

—Todo cuanto sé, signor, es que habéis hecho muchas promesas y al parecer no las habéis cumplido en su totalidad.

—Es como lo del ángel, el diablo y las dos puertas —le dijo Machiavelli al emisario—. ¿Conocéis la historia?

—Todos la conocemos —respondió el mago—. Callaos.

—Yo no la conozco —replicó el emisario—. Si tiene algo que ver con nuestro asunto, me gustaría escucharla.

Salai levantó los brazos al cielo y apartó la cabeza. Sonriendo, Machiavelli explicó:

—Imaginaos que os encontráis en una habitación de la que podéis salir por dos puertas. Una de ellas conduce a la muerte, la otra a la libertad, y nada indica cuál es cada cual. Con vos, en la habitación, hay un ángel y un diablo, y solo podéis hacerle una única pregunta a uno de ellos. El diablo, naturalmente, no puede dejar de mentir, mientras que el ángel solo dice la verdad. Pero, oh, ambos son invisibles y no sabéis cuál de los dos os responderá. El asunto es: ¿qué pregunta formularíais para salir con vida?

—Dejémonos de enigmas —dijo el mago—. La situación es sencilla. —Se volvió hacia el emisario—. Solo tenéis que llevaros al signor Machiavelli con vos, así como los documentos que este joven ha tenido la gentileza de traer. Si es cierto que son necesarios, yo mismo haré de intermediario, gratuitamente, para enviaros el resto a cambio de la liberación del signor Machiavelli. En caso contrario, podréis hacer con él lo que queráis. Sea como sea, tendréis que pagar la suma convenida, o de aquí no saldrán salvo aquellos que yo diga.

—¡No soy de esa opinión! —exclamó Pasquale—. Primero debéis liberar a mi amigo, Niccolò Machiavelli, y entregarnos el cuerpo de Rafael.

—Tu opinión no tiene importancia —le dijo el mago con un tono burlón, uniendo sus dos largas manos mirándose las uñas—. Todo lo que se te pide es que vayas a buscar esos documentos. Si obedeces,

tu amigo quedará libre. Si no…

—Confiadme a los dos hombres —le dijo el emisario al mago, y haremos lo que habéis sugerido—. Me haré responsable, aunque este retraso no creo que sea del agrado del almirante Cortés.

—Veo que estoy tratando con un hombre clarividente, signor.

—Es nuestra clarividencia la que nos permitirá conquistar el mundo —dijo el emisario—. El que posea la llave del porvenir tendrá el poder para alterar la historia.

—Pero correrá el riesgo de ser asediado por los que quieran su llave —corrigió Machiavelli con brío.

El mago le pidió que se callara.

—En cuanto al poder —le dijo el mago al emisario—, pronto constataréis la futilidad de las fuerzas temporales. Os tengo reunidos aquí a todos, en este día de Saturno, para que me ayudéis. Para empezar, tendréis que poneros una túnica.

El emisario se sobresaltó.

—¡Me niego a colaborar con la magia negra!

El pelirrojo le agarró y le sujetó por el cuello, apoyando un cuchillo junto a su ojo cuando el hombre empezó a debatirse. El mago puso una vela delante de su rostro y la hizo ir y venir mientras hablaba con una voz baja y monótona. Cuando el pelirrojo soltó al emisario, Pasquale vio que las lágrimas bañaban los ojos entornados del desgraciado, y que temblaba como un arbolillo en la tormenta.

—¿Alguien tiene algo que objetar? —quiso saber el mago, fijando su mirada primero en Pasquale y luego en Machiavelli.

—Calma, Pasquale —dijo Machiavelli.

—¿Qué quiere de nosotros?

—Creo que tiene la intención de evocar un espíritu. Se ha estado vanagloriando del gran poder que va a adquirir esta noche, y comprendo ahora que no gracias a los españoles. ¿Tienes miedo?

—No es un espíritu —corrigió el mago—, sino un ángel. Uno de los siete arcángeles, para ser exactos.

—Es mi hijo bien amado —se burló Salai—. Estoy muy orgulloso de él.

—Desconfiad —dijo tranquilamente el mago—. No se bromea con estas cosas. Creo que te interesas por los ángeles, pintor. Dime, ¿te gustaría ver uno?

—Me temo que no tengo tanta imaginación —respondió Pasquale, con una voz tan firme como le era posible.

—¿Crees que los ángeles existen?

Durante un instante, la boca de Pasquale fue invadida por el sabor amargo de la yema reseca del *híkuri* que le diera Pelashil.

—Oh, sí —respondió—. Sí.

El mago sonrió.

—Pues, si quieres pintar un ángel, no rechazarías la ocasión de ver uno, ¿no es así? ¿Qué otro pintor podría jactarse de algo semejante?

Recordando la vidriera rota, Pasquale explicó:

—Hubo un tiempo en que no pensaba en otra cosa. Pero las cosas han cambiado.

—Y cambiarán todavía más —dijo el mago—. Debes obedecerme, pintor, y vos también, signor Machiavelli, o me veré obligado a poneros igualmente bajo mi control. ¡Creedme cuando os digo que no dudaré en hacerlo!

El pelirrojo liberó a Machiavelli de sus esposas, sacó unas túnicas de tela blanca de un cofre y las repartió junto con unos sombreros de papel como los que llevaban los canteros para proteger sus cabellos del polvo de las voladuras. Siguiendo las instrucciones, Machiavelli y Pasquale se lo pusieron todo. El pelirrojo vistió al emisario español, y luego le volvió a poner las esposas a Machiavelli. Pasquale obedecía con una solicitud culpable. Era como si estuviera dividido en dos. Por un lado, tenía la esperanza de ver un ángel; por el otro, sabía que nadaba en aguas muy oscuras y que incluso su alma estaba en peligro. Imaginar el rostro de un ángel era una cosa, pero disponerse a sumir en él su mirada era otra.

—Valor, Pasquale —dijo Machiavelli.

—¿Puede realmente hacer aparecer un ángel? —susurró Pasquale.

—Él lo cree. Pero si los hombres como él tienen los poderes que pretenden, ¿por qué no gobiernan el mundo?

—¿Cómo sabemos que no lo hacen?

—En secreto, puedo decirte…

Machiavelli pensó durante un instante, y luego:

—Ningún príncipe puede gobernar en secreto, porque, aunque

estuviera dotado de poderes mágicos, debe, en un momento dado, manifestar su voluntad para que esta sea cumplida. No, ni siquiera yo creo en la posibilidad de semejante conspiración del silencio.

—Me gusta conversar de nuevo con *vos*, Niccolò.

—Lamento no poder tranquilizarte, Pasquale. Reconozco que temo por nuestras vidas.

—No más que yo. —Pasquale pensaba en los medios de los que disponía Cardano, en quien no tenía ninguna confianza.

El mago se ató una larga y ancha espada a la cintura y se quitó el bonete negro, dejando ver que estaba tonsurado como un monje.

—Vamos a empezar —declaró—. Nadie debe hablar sin que se le pida, ni siquiera vos, signor Machiavelli, y ninguno deberá moverse de donde esté.

Les condujo a la habitación vecina. En el suelo de mármol se podía ver un inmenso dibujo trazado con tiza roja. Una estrella de cinco puntas estaba inscrita en el interior de un círculo, por cuyo exterior circulaba un segundo. Otros círculos más pequeños estaban inscritos en las cinco puntas de la estrella, cuyo centro estaba ocupado por un cuadrado de tela roja de un metro de lado, con un ordinario brasero de forja colocado en una de las esquinas. En el espacio comprendido entre los dos grandes círculos concéntricos, extraños símbolos, como los de alguna matemática alquímica, habían sido cuidadosamente dibujados. Pasquale se dio cuenta de que había escritura romana mezclada con caracteres griegos y hebreos, pero no pudo reconocer ninguna palabra ni ningún nombre, con la excepción del signo astrológico de Saturno en la parte superior, o al norte, de la estrella de cinco puntas. En cada una de las puntas ardía, a la altura de la cintura, una gruesa vela de cera blanca. Había otras velas en cada esquina de algo parecido a un altar que se encontraba en un pequeño círculo al noreste de la figura principal. Y sobre el altar…

Pasquale suspiró. No pudo evitarlo. Sobre el altar estaba tendido el cadáver de Rafael. Lo habían lavado, afeitado y cubierto de inscripciones de color rojo y amarillo con ayuda de algo similar al colorete. Sus manos estaban cruzadas sobre su torso lampiño, y en sus dedos de uñas azules sujetaba una cruz invertida. Un crisol había sido colocado entre sus piernas.

El mago miró a Pasquale y, con una sonrisa irónica, se llevó un

dedo a la boca, y luego levantó el pequeño saco de cuero que le colgaba del cuello, murmuró algunas palabras y le dio un beso. Fue un instante diabólico.

El olor rancio de las velas que impregnaba la habitación de los postigos cerrados resultaba embriagador. El pelirrojo le indicó su lugar a cada uno de los presentes: Machiavelli y Pasquale, en los círculos de las ramas oriental y occidental de la estrella, Salai y el adormecido emisario en las dos ramas meridionales. Confió un frasco de coñac a Pasquale, otro de alcanfor a Machiavelli, y les explicó que, cuando se lo ordenaran, deberían echar el equivalente en líquido de lo que les cupiera en una mano en el brasero.

Durante este tiempo, el mago había doblado la tela roja del centro del dibujo, dejando a la vista un triángulo, trazado también con tiza roja y ribetes de yedra. Se echó el paño doblado sobre el hombro izquierdo y clavó la espada en los carbones amontonados en el interior del brasero. Estos se inflamaron con un ligero crepitar y soltaron en el acto un acre y espeso humo blanco.

El pelirrojo se situó en el círculo superior y, grabando el mármol con la punta de su espada, el mago dio la vuelta a la estrella repasando los trazos de tiza roja.

—Nadie debe moverse —recordó antes de volver a colocarse junto al brasero.

El humo iba llenando lentamente la habitación. Era a la vez suave y picante, y tan denso como la bruma de un artificiero. Pasquale se sintió dominado por una cierta sensación de vértigo. Tenía como hormigas en los dedos de manos y pies. A una orden del mago, vertió coñac en los carbones del brasero, y Machiavelli les añadió alcanfor. El pelirrojo depositó un crisol a sus pies y unas llamas azules bailaron en su interior.

En latín, el mago salmodió:

—¡Escúchame, Uriel! ¡En este valle de miseria y en la miseria de este valle, de este reino de tinieblas y en las tinieblas de este reino, hasta la santa colina de Sion y a los tabernáculos celestiales, yo te invoco por la autoridad de Dios todopoderoso, por la virtud de los cielos y de las estrellas, por la de los elementos, por la de las piedras y de las hierbas, así como por la virtud de las tormentas de nieve, del trueno y de los vientos, para que ejecutes las tareas que te han sido confiadas por la perfección de la que procedes, sin

ningún tipo de trampa, falsedad ni equívoco, bajo el mando de Dios, Creador de los Ángeles y Emperador de los Siglos!

»En el nombre de Emmanuel, en el nombre del Tetragrama Jehová, en el nombre de Adonai, Rey de Reyes, manifiesta ante mí tu terrible poder y concédeme tu inconmensurable generosidad. A todo ello dedico mi altar.

El mago bajó la espada, y luego hundió la punta en el crisol que se encontraba a los pies de su ayudante. Atravesó el círculo llevando la espada inflamada ante sí para bajarla sobre el crisol colocado entre las piernas del cadáver de Rafael. Pavesas mezcladas con humo se elevaron chisporroteando, prosiguiendo su vuelo al tiempo que el mago retrocedía con precaución hacia su triángulo.

El humo era ya tan denso que Pasquale apenas distinguía a los demás, y solo veía unas siluetas imprecisas que se difuminaban en la blancura general. Las pavesas que volaban desde el cuerpo de Rafael parecían dibujar rostros fugitivos, más o menos lejanos. Eran rostros pensativos o severos, alegres o graves. Pasquale estaba tan paralizado por el miedo y por los efectos del humo que el mago tuvo que llamarle dos veces para recordarle que debía verter coñac sobre los ardientes carbones del brasero.

El mago apoyó su espada desnuda, que ya había cesado de arder, en la punta de sus escarpines.

—Te ordeno y te conjuro —salmodió tan solemnemente como un sacerdote en el púlpito—, Uriel, gran ministro, por el poder del pacto que he sellado contigo y por el poder de los ejércitos que mandas, que cumplas mi obra. En el nombre de Pamersiel, de Anoyr, de Nadrel, de Ormenu, de Itules, de Rablón, y en el nombre de Hamorphiel, tú que mandas a los doce ángeles de las doce tribus que gobiernan a los reyes y mandan en los gobiernos desde el fuego, a través de las treinta moradas hasta las noventa y una divisiones de la Tierra, ¡muéstrate, muéstrate, muéstrate!

Durante un momento no pasó nada. Luego, la villa entera se estremeció, agitada por tres breves y violentas sacudidas. El aire de la habitación pareció comprimirse, como batido por unas inmensas alas, y la llama de la vela que ardía ante Pasquale vaciló, y luego se enderezó bruscamente. Un hombre blanco remolineó ante sus ojos, como si fuera a tomar forma. Durante un instante, estuvo animado por una loca esperanza, tan viva como la llama de la vela. Luego,

detrás de las pesadas cortinas, estalló el cristal de las ventanas y tintineó en el mármol del suelo. Una ventolera se adentró en la habitación y todas las velas se apagaron.

12

Pasquale supo en el acto que ningún ángel había intentado mostrarse. Había sido traicionado: Cardano había lanzado el ataque antes de lo previsto. Pasquale esperaba en cualquier momento la explosión de nuevos cohetes. Había seis en total, que los hombres habían llevado a su espalda en unos tubos cubiertos de paja, tan calientes que el agua de su interior se había convertido en vapor, que empujaba con vigor para liberarse. Para lanzarlos, bastaba con abrir una válvula.

—¡Tranquilos! —gritó el mago.

Pero Salai ya estaba junto a las cortinas, que había apartado ligeramente para mirar por la ventana.

—Se diría que han incendiado vuestra casa —dijo.

El pelirrojo entró, cerrando cuidadosamente la puerta a sus espaldas. Pasquale ni siquiera le había visto salir. Su cabellera roja estaba espolvoreada de polvo de escayola.

—Cohetes —explicó—, pero no hay la menor pista de las rampas de lanzamiento, ni nadie ha visto de dónde partieron. Los hombres están como locos. Tengo que ocuparme de ellos.

Y se volvió a marchar.

Plantado en medio de su fracasada ceremonia, el mago se quitó el polvo de su túnica negra y miró a Pasquale con una calma seria. Las grandes velas vacilaban a su alrededor, proyectando su sombra sobre la pared del fondo; el humo del brasero se esparcía a sus pies, soltando vaharadas levantadas por el viento que entraba por las ventanas rotas. El crisol depositado entre las piernas del cadáver de Rafael continuaba ardiendo y soltando chispas, en medio de un crepitar ligero pero claramente audible. El emisario parpadeaba continuamente, mirando cómo se le doblaban los dedos con cierta sorpresa.

—Eres la cabra de Judas —dijo el mago antes de levantar la mano, donde repentinamente apareció un bastón de ébano.

—¡Voy a matarlos a todos ahora mismo! —exclamó Salai saltando junto a Machiavelli para apoyarle la espada en la garganta.

Sin moverse ni una pulgada, Machiavelli miró tranquila y fríamente al mago como para desafiarle, incluso esposado y a punto de morir como estaba.

—¡Paciencia! —dijo el mago—. Esperemos a conocer la importancia de las fuerzas que han reunido contra nosotros. Puede que, para negociar, los necesitemos vivos.

Salai sacudió con violencia la cabeza y sus cabellos se agitaron alrededor de su rostro furibundo como un arbusto en una borrasca.

—¡No!

El mago extendió la mano; su bastón se transformó en el acto en una serpiente negra y, con el mismo movimiento, se la arrojó a Salai. Atemorizado, Salai lanzó unos tajos contra la serpiente, pero falló y huyó gritando de la habitación.

El mago se agachó para recoger el reptil que se arrastraba por el suelo, y luego pasó el pulgar por el dorso del animal. Este se enderezó en el acto. Cuando sacudió las mangas, sujetaba de nuevo entre las manos un bastón de ébano. Desde fuera subía un ruido, un rugir de tambores frenéticos y clamores de estridentes e infernales cornamusas, como producidos por unos músicos con brazos de acero y gargantas de cobre. Pasquale recordó la máquina de percusión, con sus fuelles, contrapesos y brazos mecánicos.

—¿Estamos rodeados? —farfulló el emisario, tan alelado como si se hubiera despertado sobresaltado.

—Con mi ayuda, mis hombres rechazarán a los que nos asedian —respondió el mago—. Solo tendréis que seguirme, signor, en cuanto os confíe la guardia de este prisionero.

Se inclinó sobre Machiavelli y le juntó las manos. Las esposas del periodista cayeron de sus muñecas, y fueron reemplazadas por un aparato que solo le sujetaba los pulgares.

—El que lleva la iniciativa en una batalla es generalmente su vencedor —dijo tranquilamente Machiavelli.

El mago le golpeó con el dorso de la mano, con tanta fuerza que el ruido resonó en la habitación.

—Si queréis vivir —dijo con un tono como de conversación—,

haríais bien en seguirme.

Machiavelli levantó la cabeza para enfrentarse a la mirada de Giustiniani, deformando una sonrisa sus finos labios.

—La derrota siempre es difícil de admitir —replicó.

El mago se volvió y sujetó a Pasquale por un brazo.

—Ven —dijo antes de salir de la estancia con él, sin volverse para ver si el emisario español y Machiavelli les seguían.

La villa estaba invadida por el polvo y el humo. El mago hizo pasar a Pasquale por una serie de habitaciones vacías ante mercenarios que corrían en todas direcciones con mallas, armas o pilas de libros. Evidentemente, se disponían a retirarse. La mitad del vestíbulo era presa de las llamas, que lamían los muros y los marcos de las ventanas rotas. El techo se había hundido, cubriendo el suelo de enyesado, y la mayor parte de las estatuas habían caído de sus pedestales. El fuego llenaba el espacio con un calor intenso y seco, con un gruñido sordo y violento y con un olor dulce y penetrante: era el olor del fuego griego, con el que habían cargado las cabezas huecas de los cohetes y que se dispersaba y se inflamaba con el impacto.

La piel de Pasquale sintió un golpe de calor cuando siguió al mago al exterior. Los gritos de los hombres de este último se mezclaban con la cacofonía de la máquina de percusión. Grandes luces inciertas parpadeaban tras los límites del jardín, y entre ellas se agitaban las sombras. Los mercenarios disparaban en su dirección, resonando sus mosquetes tan débilmente como si fueran ramas que crepitasen. Sus esfuerzos eran tan vanos como las sombras contra las que disparaban que no eran más que meras sombras, fabricadas para simular las siluetas de un ejército que avanzara sobre un fondo de luces vivas.

Dos hombres se esforzaban por retener el asustado caballo atado al coche negro. Se perfilaban en la luz intensa que barría el césped, la de las lámparas reflectantes, todas con espejos giratorios, que los hombres del signor Taddei habían instalado en los olivares.

Cuando el mago empujó a Pasquale para forzarle a bajar los anchos peldaños de mármol en dirección al coche, tres detonaciones apagadas retumbaron al otro lado del muro y de la verja redondeada del portalón. Pasquale quiso arrojarse al suelo, pero el mago le obligó por la fuerza a permanecer en pie, aunque vio los

tres arcos de humo que trazaron los cohetes a vapor a través de la noche. Uno de ellos golpeó el frontón del portalón con un tintineo disonante y lo envolvió con una bola de fuego de color naranja. Los otros dos se elevaron más arriba, y Pasquale distinguió sus cuerpos ventrudos ondulando como peces en la noche mientras caían. Uno explotó sin peligro entre los árboles y el otro se aplastó en el tejado de la villa. Un instante más tarde, una bola de fuego incendió el cielo. Enloquecido, el caballo se encabritó y se lanzó hacia delante. Rompió las riendas y partió al galope para desaparecer por una esquina de la villa, arrastrando con él a uno de los guardias.

Sobre el camino que conducía al portalón, el grifo se movió en su pedestal. Quizá le habían puesto en marcha, a menos que el impacto de la explosión hubiera liberado su mecanismo. Se alzó sobre las patas muy tenso, con los ojos brillantes y rojos, y luego empezó a temblar como si padeciera un ataque de baile de san Vito. De entre el humo surgieron sus articulaciones, por debajo de las plumas que rodeaban su cuello. Su pico se contrajo, chasqueando como los dientes de un idiota. Surtidores de vapor se escaparon por unos agujeros ocultos, formando una gran nube que ascendió bajo el calor del fuego de la villa y del portalón. Aquella bruma refractó las luces que se veían por detrás del muro, y fue como si el telón de un amanecer terroso se extendiera en medio de la noche.

Los hombres del mago disparaban hacia el lugar de donde habían partido los cohetes a vapor, agitándose a la luz de las lámparas, cabalgando sus sombras unas sobre otras a través del césped. Algunos empleaban mosquetes o ballestas; otros hacían girar hondas por encima de sus cabezas para lanzar bolas de cristal hacia las lámparas. Sin embargo, Pasquale le había ya advertido a Taddei de aquella táctica, y el mercader había equipado a sus hombres con máscaras de carbón. Un hombre montado sobre unas alzas atravesó la pradera con pasos titubeantes, adquiriendo velocidad, y metiéndose en un bosquecillo. Un instante más tarde, se elevaba una gavilla de fuego seguida de una lluvia de ramas quemadas.

Giustiniani atrajo a Pasquale a su lado. En su mano acababa de aparecer un cuchillo cuya hoja era curvada y con grabados en rojo. El mago habló directamente en el oído de Pasquale, y su aliento perfumado con aroma de clavo le acarició al joven la mejilla.

—¿Cuántos hombres y cómo están dispuestos? Responde.

—No más de siete, maestre.

Pasquale sintió que la punta del puñal se apoyaba en la piel suave que bordeaba la parte inferior de su ojo izquierdo. No pudo dejar de sobresaltarse. El mago le sujetó por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás, dejándole de cara al negro cielo.

—Te interesa decir la verdad, pintor, si no quieres perder primero este ojo y luego el otro.

—¡Al menos son cien! ¡Rodean por completo la villa, maestre!

—¿Milicianos? —La punta del cuchillo se apartó ligeramente.

—No, maestre. Forman parte del ejército personal del mercader Taddei.

—He oído hablar de él. Un amigo de Rafael.

—Quiere su cuerpo, maestre.

—Deberá contentarse con el tuyo —dijo el mago, siniestro.

—Evoca demonios, como habéis podido constatar.

—Mi magia será más fuerte que la suya —declaró Giustiniani.

Uno de los cedros que bordeaban el césped iluminado empezó a sacudir sus ramas inferiores. El mago se volvió en el mismo momento en que una sombra saltaba del árbol y se lanzaba a la carrera por la pradera. Los mercenarios enloquecidos se dispersaron, absteniéndose de disparar contra la aparición por miedo a herirse los unos a los otros.

El mago rechazó con violencia a Pasquale y levantó los brazos por encima de la cabeza. Se produjo una serie de pequeñas explosiones ante él, y se elevó un remolino de gas. Era amarillo, acre y sofocante. Pasquale se apartó tambaleándose mientras el simio —que era Fernando— atravesaba aquella nube. Saltaba de izquierda a derecha, golpeando el suelo con los puños, con los ojos enrojecidos por el fuego que ardía detrás del mago.

Este retrocedió y, con un gran gesto con el brazo, hizo reaparecer su bastón de ébano. Pasquale profirió un grito de advertencia en el mismo momento en que el mago lanzaba su brazo hacia delante. La serpiente golpeó al simio en la garganta, y el animal rodó sobre sí mismo, sujetando a su agresora por la cabeza y por la cola. Pasquale se precipitó hacia el simio cuanto este se libraba de la serpiente, a la que había retorcido el cuello. Daba patadas y temblaba, con todos sus músculos paralizados. No podía

respirar, y a Pasquale no le quedó otra que sujetarle por su mano callosa mientras se ahogaba.

—¡Así es como destruyo a todos los demonios! —triunfó el mago, antes de marcharse a la carrera. Agarró a un mercenario según pasaba, le gritó algo y le empujó hacia el enemigo, y luego se marchó para ir en busca de otro. Intentaba reunir a sus tropas, corriendo en todas direcciones en medio de los fugitivos, soltando relámpagos sus piernas blancas a través de las hendiduras de su traje negro.

Pasquale cerró los ojos de Fernando, como habría hecho con un hombre, y se volvió. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Un gran dolor amenazaba con liberarse en él si no lo evitaba. Luego, la esperanza volvió por segunda vez en algunos minutos. Una silueta surgió de la villa en llamas, con un brazo levantado para protegerse el rostro. El hombre descendió las escaleras tambaleándose antes de caer de rodillas, y Pasquale se precipitó hacia él. Se trataba de Machiavelli, que, con la excepción de algunas marcas de hollín y ligeras quemaduras, estaba indemne.

Pasquale le ayudó a levantarse, y los dos avanzaron como pudieron por el césped, cuya hierba se resecaba por el calor. El mecanismo que animaba al grifo se había bloqueado. Estaba medio acuclillado con una pata en el aire, chasqueando en vano con el pico contra las vaharadas de humo. Machiavelli y Pasquale se refugiaron detrás de su pedestal, y el periodista explicó sonriendo que el emisario hacía decidido sabiamente ocuparse de su propia persona.

—Después de todo, tiene lo que quería. La maqueta y los documentos que trajiste. Ha sido una valiente broma, Pasquale.

—¡Vos lo habéis desbaratado todo! —dijo Pasquale, gritando para imponerse al ruido de los tambores y los disparos.

—Para una vez que Salai decía la verdad, es divertido que nadie le creyera.

—El emisario os dejó marcharos, ¿verdad?

—Digamos que aproveché la confusión para abandonar su compañía.

—¿Y las esposas desaparecieron así como así?

—Oh, no. Le quité la llave al signor Giustiniani cuando me golpeó. Hizo ver que me quitaba las esposas mediante la magia

pero, claro, empleó una llave, que yo me apresuré a robarle para acto seguido liberarme del aparato que me ataba los pulgares. —Miró a su alrededor, y luego añadió:

»Creo que es tiempo de partir. ¿Cuál es el plan?

—Entiendo —dijo Pasquale— que Taddei quiere nuestra muerte. Este ataque ha sido lanzado antes del tiempo convenido. Quizá debiéramos quedarnos donde estamos.

—¿Cuántos hombres ha enviado?

—Siete.

—¿Nada más?

—El Gran Ingeniero ha facilitado algunas máquinas.

—En ese caso, no tenemos nada que temer de los atacantes.

Pasquale vio movimiento entre las llamas que lamían el frontón destrozado del portalón.

—No estoy tan seguro —dijo.

La máquina salió del portalón en llamas, su caparazón bruñido inflamado en algunos puntos. Era la prima utilitaria de la tortuga con incrustaciones de diamantes de Taddei: un objeto del tamaño de un perro de caza cubierto con una cúpula de placas de acero de al menos dos *braccia* de altura. Avanzaba sobre una docena de patas rechonchas. Unos disparos hicieron rechinar su caparazón cuando los mercenarios se fijaron en ella. Luego, se detuvo. Unos brazos articulados surgieron por cada lado y empezaron a levantarla por encima del camino de gravilla.

Pasquale le tiró a Machiavelli del brazo y le dijo que se pusiera salvo. Habían llegado a la esquina de la villa cuando la máquina explotó, enviando discos de metal con bordes cortantes volando por encima del césped. Cayeron incluso los mercenarios muertos y los heridos cuando una segunda máquina cruzó el portalón en llamas, avanzando sobre los restos de la primera, antes de explotar de manera prematura, descargando la mayor parte de su energía en el suelo y desapareciendo en una nube de tierra y de metal roto.

—¡Siempre he pensado que el hombre nunca conocería la gracia a menos que fuera capaz de destruirla! —exclamó Machiavelli, peligrosamente excitado, viendo sus ojos negros una luz distinta de la del fuego—. ¡Nada más que con un puñado de esos aparatos, un solo hombre podría destruir todo un ejército!

—Si no nos cuidamos, seremos nosotros los que acabaremos

siendo destruidos.

—Seguramente habrá otra salida, pondría la mano en el fuego.

—¿Cómo estáis tan seguro?

Machiavelli sonrió.

—Simplemente porque Giustiniani no habitaría en una casa donde no hubiera más que una sola puerta para entrar y salir de ella. ¡Mira, mira allí! Vamos, Pasquale. ¡Es nuestra última oportunidad!

El pelirrojo corría en sentido contrario al que lo hacían los mercenarios supervivientes que, a las órdenes del mago, se desplegaban por el césped en dirección a los supuestos atacantes cuyas sombras se agitaban al otro lado del muro. El mago hacía la guerra a los demonios, dominados en su propio juego de destreza e ilusión; porque, después de todo, ¿acaso no acababa de vencer a un demonio que le había atacado? Blandió el bastón de ébano y este se cubrió de llamas azules. Pasquale comprendió entonces que su serpiente nunca había sido otra cosa que una serpiente, que se había contentado con hacerla aparecer y desaparecer con una artimaña. Sin embargo, aquel descubrimiento no era un consuelo: aunque real, aquella serpiente se había mostrado tan mortal como si hubiera sido mágica, quizá incluso más.

Machiavelli dio caza al pelirrojo, y Pasquale se lanzó tras él. Llegaron así delante del grifo mecánico, cuya cabeza había sido arrancada por la explosión de la bomba ambulante, y que escupía un chorro de vapor por la base de su cuello desgajado. Pasquale le dijo a Machiavelli que diera la vuelta por la derecha, mientras que él mismo lo hacía por la izquierda; luego, convergieron sobre su presa, que se había detenido para darle una patada al pedestal de la estatua de una mujer desnuda con cabeza de chiva, cornuda y llena de pelo.

La estatua retrocedió bruscamente. El pelirrojo se volvió y vio que tanto Machiavelli como Pasquale estaban casi sobre él. Sacó una pistola, pero dudó en cuanto a qué blanco elegir, lo que le bastó a Pasquale para lanzarse sobre él y derribarle de un puñetazo. Machiavelli se apropió de la pistola y apuntó con ella al pelirrojo con manos temblorosas.

—Bien jugado, Pasquale —exclamó—. Ya ves que tenemos una salida.

Al retroceder, la estatua, cuyo pedestal era hueco, había dejado al descubierto una escalera de piedra que descendía bajo tierra.

El pelirrojo alzó hacia Machiavelli una mirada burlona. La sangre le corría por la comisura de la boca, pero no la prestaba la menor atención.

—Si queréis amenazarme con esa pistola —dijo—, haríais bien en empezar por armarla.

Machiavelli echó hacia atrás el martillo de cobre con el dedo pulgar. Se trataba de la misma clase de pistola de repetición que él mismo llevó en la primera expedición a la villa. Le pidió al pelirrojo que se levantase y se apartase. Este último unió las manos sobre su roja cabellera, pero se quedó donde estaba.

—Si quisierais matarme, creo que ya lo habríais hecho. Venid, os mostraré la salida. Es tan difícil de encontrar como la entrada.

—Ya he disparado contra hombres —dijo Machiavelli, sin que hubiera salvajismo en su voz—. No quiero disparar contra vos, pero lo haré si me obligáis.

—Eso quiere decir que podéis pasar el primero —le explicó Pasquale al pelirrojo—. No obstante, me pregunto si sería aconsejable confiar en un hombre que no duda en traicionar a su señor.

—Lo que es seguro —dijo el pelirrojo— es que aquí ya no hay nada que ganar. —Una bala perdida silbó por encima de sus cabezas. Al tiempo que Machiavelli y Pasquale se agachaban por puro instinto, el pelirrojo permaneció inmóvil. Con las manos siempre encima de la cabeza, añadió—: Pronto va a haber mucho que perder y nada que ganar. ¿Puedo bajar los brazos? El paso no es especialmente fácil.

Cuando los tres hombres hubieron llegado a los pies de la escalera, la estatua chirrió para ocultar de nuevo la abertura. Pequeñas llamas azules brotaron en los nichos aquí y allá. Desde una altura más o menos a mitad de la estatura de Pasquale, el pasadizo estaba seco y recubierto de ladrillos. El pelirrojo abría la marcha y Pasquale la cerraba. Machiavelli jadeaba en el centro.

A mitad del recorrido, el pasadizo describía un bucle con forma de «U», para desanimar a los miembros de cualquier asedio que lo descubrieran y quisieran emplearlo, como explicó alegremente el pelirrojo. Tuvieron que detenerse allí mientras por encima de ellos

resonaron fuertes pasos, que hicieron caer finas nubes de polvo de entre los ladrillos mal cimentados.

—Este lugar sería una bonita tumba —explicó el pelirrojo.

—Cuidado —dijo Machiavelli—, si no queréis que sea la vuestra.

La luz de las pequeñas llamas azules, apenas más viva que la de las estrellas, era tan tenue que Pasquale apenas distinguía el rostro pálido del pelirrojo por encima del hombro de Machiavelli. El hombre sonreía, tan cómodo como una rata en su agujero.

—¿Cuál era la respuesta, a vuestro enigma a propósito del diablo y el ángel? —preguntó—. Le he dado mil y una vueltas al problema desde todos los ángulos y no he dado con la solución. Poned fin a mi tortura.

—Signor —dijo Machiavelli, arropándose en su dignidad—, no es más que una fruslería comparado con las pruebas que me ha hecho padecer vuestro maestre a lo largo de este día. Seguid devanándoos los sesos. Es un pobre consuelo para mí, pero no esperaba menos.

El pelirrojo se echó a reír.

—Me tenéis a punta de pistola. Estoy seguro de que eso es más que satisfactorio. En cuanto a vuestros sufrimientos, bien sabéis que no he hecho otra cosa que seguir órdenes.

La solución se presentó de repente en la mente de Pasquale, de esa manera sesgada que tan a menudo resuelve los enigmas.

—Hay que preguntar qué puerta recomendaría el otro espíritu —dijo—. Es la única pregunta a la que ambos responderían de la misma manera.

El pelirrojo se rio de nuevo.

—¡Ah! El diablo, que miente, recomendaría la puerta mala, sabiendo que el ángel indicaría la buena. Pero el ángel, el ángel…

—No me sorprende que no podáis poneros en el lugar de los ángeles —gruñó Machiavelli—. Sin embargo, a vuestro amo le hubiera encantado hacer aparecer a uno de ellos.

—El ángel indicará también la puerta mala —explicó Pasquale —, sabiendo que era la misma que recomendaría el diablo, y los dos espíritus señalarían la misma puerta, con lo que bastaría con tomar la otra para salvarse. Lo siento Niccolò, acabo de entenderlo ahora mismo.

—Escucha —dijo Machiavelli.

—No oigo nada —dijo Pasquale pasados unos instantes.

—Exactamente. La zona de enfrentamiento se ha desplazado. Deberíamos hacer otro tanto.

Tras el brusco giro, el pasadizo se hacía ligeramente más alto. Terminaba en una segunda escalera, que subía hasta un pequeño altillo cuadrado.

El pelirrojo se llevó el dedo a los labios y guiñó un ojo.

—Mi antiguo amo os diría que todo se hace mediante encantamientos, y con la ayuda de demonios. De hecho, es solo una cuestión de hidráulica, como os voy a demostrar.

Apartó media docena o así de ladrillos de la pared. Hundiendo las manos allí de donde los había sacado, hizo girar algo con cierto esfuerzo. Se escuchó un ruido de agua debajo del suelo, el ruido de un depósito que se vaciaba. El techo que cortaba las escaleras se apartó chirriando, y el pelirrojo subió los peldaños de cuatro en cuatro. Pasquale se lanzó tras él, temiendo que el hombre se les escapara, o que les dejara allí encerrados. Sin embargo, al salir de la escalera, encontró al pelirrojo sentado en el borde del pedrusco que acababa de cubrir el agujero en la extensión de la landa, con el tobillo de una pierna cruzado sobre la rodilla de la pierna contraria. Parecía muy a gusto, como si tuviera ganas de hacerse prender y descubrir el pasadizo subterráneo.

Habían salido a un centenar de *braccia* del camino que bordeaba la muralla de la villa. En el interior de aquella muralla, el fuego formaba un abigarramiento de luz anaranjada y sombras rojas. La villa estaba ardiendo de un extremo al otro, y los árboles más cercanos lo estaban también, arrojando a la oscuridad gavillas de fuego griego que se pegaban en los restos del portalón. Al otro lado de la villa, difuminadas por el incendio, las luces de las máquinas del Gran Ingeniero se cruzaban y se entrecruzaban en el cielo, mientras el ruido de los tambores automáticos iba y venía en el viento caliente, mezclado con los gritos más débiles de los mercenarios asediados. De repente, una gran nube de humo rojo se elevó desde detrás de los muros. Al subir, tomó la forma de un demonio malicioso, antes de ser arrastrado y desgarrado por las vaharadas de aire que alimentaban las llamas.

—Es el toque final —observó el pelirrojo—. Podéis continuar sin mí. Me queda un último detalle que solucionar y, para ello, me

gustaría que me devolvierais la pistola.

—Estaría encantado en dejaros marchar, signor —dijo Machiavelli con cierto descontento—, pero habéis visto todo lo que ha pasado. Os necesitaremos para testimoniar acerca del hacer de Giustiniani, así como de la suerte corrida por el cadáver de Rafael. De eso sigue dependiendo una guerra.

El pelirrojo se levantó.

—Vamos, signor, no podéis retenerme por tan poco. El cadáver es problema vuestro, no mío. En cuanto a mi testimonio, olvidáis que soy responsable de la muerte de Rafael. No voy a testimoniar para firmar mi propia sentencia de muerte.

—Muy al contrario —dijo Machiavelli muy serio—. Habéis participado de buena gana en esta diablura, signor. La horca es el menor de los castigos que merecéis. En esta ciudad se quema a los brujos, y eso es lo que os pasará si no os mostráis cooperador.

—Ya he escapado de la hoguera en una ocasión —replicó el pelirrojo—, así que me perdonaréis si intento hacerlo de nuevo.

Se adelantó, sonriendo aún más ampliamente cuando Machiavelli blandió la pistola. Luego, extendió la mano, y Machiavelli gruñó y apretó el gatillo. Solo se escuchó un ruidito seco. Sin perder tiempo, el pelirrojo obligó a que Machiavelli se diera la vuelta y le retorció el brazo a la espalda, obligándole a soltar el arma.

Pasquale consiguió hacer tropezar al pelirrojo golpeándole en la cabeza, pero cuando quiso seguir con su ataque, recibió un culatazo en la mandíbula. Aturdido, retrocedió y el pelirrojo saltó por el borde de la piedra, hizo caer el cargador vacío de la pistola, metió uno nuevo y disparó una vez al aire.

Pasquale y Machiavelli intercambiaron una mirada. La sangre tibia de Pasquale chorreaba a lo largo de su mandíbula y le goteaba por el mentón. La herida empezaba a dolerle.

—El juego no vale la pena —dijo Pasquale—. Que se vaya.

El pelirrojo se inclinó con aire burlón y luego sacó un pequeño silbato, como los que empleaban los porquerizos municipales cuando los animales hozan en las cloacas de la ciudad. No sonó más que una única nota penetrante. Un hombre apareció en ese momento de un grupo de árboles que coronaba una eminencia, un poco más allá del olivar por el que Pasquale y los hombres de

Taddei se habían acercado a la villa. Se dirigió lentamente en su dirección y, antes de que hubiera recorrido la mitad del camino, Pasquale reconoció al emisario español.

—Esto debería bastaros más que de sobras —dijo el pelirrojo levantando la pistola.

Pasquale vio que el emisario se quedaba sorprendido. Rebuscó en el pequeño saco que le colgaba de la cintura y, cuando hubo sacado la mano, el pelirrojo disparó tres veces sobre él sucesivamente. El emisario se sentó con una precipitación repentina. El pelirrojo le apuntó cuidadosamente y disparó de nuevo. La cabeza del emisario se echó bruscamente hacia atrás, y el hombre se derrumbó. Con un último sobresalto, soltó el objeto que había sacado de su bolsa.

Era la maqueta. Pasquale la vio claramente alzarse en la noche, imaginando que escuchaba el zumbido de sus aspas de papel; era sin embargo imposible, pues los tambores, los tambores, los tambores seguían resonando a lo lejos y el fuego continuaba rugiendo, y los mercenarios del mago gritaban y disparaban contra las sombras.

El pelirrojo se lanzó a través de la landa, saltando para alcanzar la maqueta que subía cada vez más arriba, transportada no por sus hélices de papel, sino por el viento que soplaba por culpa del fuego. Volaba de través, describiendo una curva ascendente. Durante un momento, pareció que iba a subir todavía más por encima de las llamas que lamían el portalón en ruinas, pero el soplo del aire se debilitó, y la maqueta cayó y también se incendió. Con menos peso debido a su ignición, el aparato volvió a subir, como una pluma suspendida en el aliento de Dios, girando por encima de la destrucción. Luego se apagó.

El pelirrojo se había detenido al borde del camino, con los ojos levantados hacia el lugar donde la maqueta había desaparecido, como si esperase verla renacer de sus cenizas como si fuera el Ave Fénix. Mientras se volvía hacia Pasquale y Machiavelli, se produjo un chasquido seco: vaciló y cayó de cara.

Al principio, Pasquale creyó que había tropezado, pero, como no le veía levantarse, supo que había sido abatido. Tiró de Machiavelli por la manga y le hizo acuclillarse al abrigo de un macizo de hierbas salvajes. En el camino, una silueta avanzaba en dirección al

cuerpo del pelirrojo. De golpe, Pasquale comprendió quién debía ser, porque nadie más podía haberse llevado al simio. Se levantó agitando la mano, a pesar de que Machiavelli le llamaba loco, diciéndole que los hombres de Taddei no dudarían en matarles a los dos.

Pero la persona que avanzaba por el camino ya se había vuelto hacia ellos. Pasquale corrió a su encuentro. Era una mujer. Era Pelashil.

13

Pasquale, Pelashil y Machiavelli dieron un rodeo para volverse en dirección al río. Preferían evitar el camino, y Pelashil les dijo que había hombres vigilandolo por los que pudieran escapar; les había visto apresar a un gordo vestido de rojo, probablemente, Salai, y obligarle a subir a un coche. Cuando Pasquale preguntó si había un sacerdote con ellos, o un hombre con hábito, Pelashil le respondió:

—Sí, con un capuchón y una gran cruz aquí. —Se puso una mano entre sus pequeños senos.

—Eso es lo que pensaba —dijo Pasquale—. Cardano está a sueldo de los de Savonarola.

—Así que —dijo Machiavelli—, Fra Perlata ha escapado. Le perdí de vista cuando el transbordador alcanzó la orilla y atacaron los hombres de Giustiniani.

Pasquale se limpió la mejilla ensangrentada con una manga.

—Una vez hayan descubierto que Salai no tiene la maqueta, empezarán a buscarnos. Más vale que no nos quedemos por aquí.

Se abrieron paso a través de la landa, dejando a sus espaldas la villa en llamas para avanzar en dirección al campanario de la iglesia de Santo Spirito, que se elevaba en el centro de las dispersas luces de la ciudad. Pelashil andaba tomada del brazo de Pasquale. Llevaba su largo fusil de caza en bandolera, el cañón octogonal sobrepasando su cabeza un *braccio* entero. Ella sabía que él necesitaría ayuda, le dijo: Piero lo había soñado y fue así como llevó al simio, con el objetivo de desviar la atención e introducirse

en la propiedad. Sin embargo, cuando vio las luces y el fuego y escuchó aquellos ruidos tan extraños, el animal rompió su cadena y saltó por encima del muro.

—Igualmente, acabó por encontrarme —precisó Pasquale, antes de contarle lo de la muerte de Fernando.

Aquello no era todo, dijo Pelashil. Ella había visto el retrato de Pasquale en una gaceta, y Piero le explicó lo que en ella decía: al parecer Pasquale estaba siendo buscado por el asesinato de su maestre, Giovanni Battista Rosso.

—Pero aquello no tenía la menor importancia —concluyó alegremente Pelashil—. Ahora está en el camino correcto.

Pasquale siguió andando en silencio. Tenía la mente aturdida. Aquello no tenía fin, era cuanto conseguía pensar. No era como en esas historias de caballeros que parten a luchar contra monstruos y malvados, o a buscar el Santo Grial, y que, tras haber triunfado, tienen derecho al descanso y a una recompensa: la mano de una mujer y el acceso legítimo al trono, el descubrimiento del Grial así como el del Paraíso.

—Sin duda fue una jugada de Taddei —adelantó Machiavelli—. Acabó con el escándalo echándote las culpas, Pasquale. Naturalmente, no esperaba que salieras vivo de este holocausto, y no temía que fueras a testimoniar en tu proceso.

—Eso es lo que pensé —dijo finalmente Pasquale. Luego, volviéndose hacia Pelashil—: ¿Quieres venir conmigo? La última vez que nos vimos intenté decirte que podría haber un medio…

—Ya tengo un amo.

—¿Después de todo lo que has hecho? Yo creo que te has convertido en dueña de ti misma, en tu propia señora. Sabes que puedo devolverte a tu casa. Piero apenas se da cuenta de que existes. Ahí está su miedo: el miedo al otro. La tormenta, la multitud, todo lo que está en su cabeza. Incluso tiene miedo de mí, y eso que no le pido otra cosa que ser su discípulo.

—Así es mi vida —replicó Pelashil—. Piero me recogió, me educó cuando los de mi propio pueblo se negaban a hacerlo. Yo me ocupo de él y, gracias a lo que me ha enseñado, me convertiré en *mara'akame*. ¿Es demasiado complicado para ti?

—No quiero raptarte. Si te hago esta propuesta es porque no creo que seas su esclava.

Pelashil le soltó la mano y dijo encolerizada:

—¿Por qué los hombres no comprenden nada? Me quedo con él porque quiero hacerlo. No pertenezco a nadie. No soy ni su esclava ni su esposa. Me ocupó de él porque es lo que quiero. Es verdad, tiene miedo de mí, y de muchas cosas, pero es un gran *mara'akame*, y un pintor de una valía que tú nunca igualarás. Espero que esta respuesta te convenga.

—Yo también tengo miedo de ti —dijo Pasquale.

—Mejor.

—Ignoraba que supieras disparar.

—El anciano me enseñó. En mi país, antes de que viniéramos aquí. Antes de que él volviera a esta maldita ciudad.

Pasquale se dio cuenta de que no quería saber, aunque fuera él quien había planteado la pregunta, si se había acostado alguna vez con Piero.

—Todos los recursos que tenía en esta ciudad han sido destruidos —dijo el joven—. ¿Qué puedo hacer ahora? Después de todo, Rosso tenía razón. Si hubiera aceptado ir a España con él, mi maestre seguiría con vida, él y muchos otros.

Machiavelli, que sabiamente se había adelantado ligeramente para dejarles arreglar sus cosas, se detuvo y ellos le alcanzaron.

—Tu deseo podría verse cumplido —dijo—. A menos que no sea España la que venga a ti.

Habían llegado a la cresta de la colina. Un camino descendía de ella entre las casas, en dirección al puerto. La ciudad se extendía a los dos lados y, por doquier, luces verdes y rojas se movían como a sacudidas.

—¿Qué dicen? —le preguntó Pasquale a Machiavelli.

—Sé paciente, quizá pueda decírtelo en un instante. Todos envían el mismo mensaje, en lenguaje abreviado… —Luego, con una voz fría—: Pues bien, va a haber guerra. Qué ironía de la suerte, ¿verdad, Pasquale?

—Así que, a fin de cuentas, lo que hemos hecho no habrá servido de nada, salvo para dejarnos la conciencia tranquila. —Pasquale no encontraba sorprendente aquella idea. No le inspiraba tampoco ningún sentimiento, ni siquiera decepción.

Machiavelli corrigió, con voz paternal:

—Nuestra acción ha podido tener cierta incidencia sin que

seamos conscientes de ello. Sin embargo, sería muy egocéntrico creer que hemos hecho algo más. No son solo los príncipes los que cambian el curso de la historia y, sin querer ofenderte, no creo que tú y yo seamos de esos.

—El Gran Ingeniero sí lo es.

—En otro tiempo, puede. Pero ni siquiera los príncipes son eternos, y me parece que él ya conoció su momento de gloria hace ya mucho tiempo, durante la guerra contra Roma. Son sus máquinas las que han ganado, pero hará falta alguien distinto para ganar esta contienda.

Pasquale vio luces moviéndose en el río. Una larga *maona* se disponía a salir remolcada de su embarcadero, como un telón desplegado detrás de los mástiles erizados de los navíos más pequeños, con, para completar el cuadro, la marca de espuma luminosa de un remolcador de paletas.

—Vamos —dijo—. Es ahora o nunca.

Mientras echaba a correr, una alegría creciente se apoderó de su corazón. Le daba lo mismo saber si su petición había sido entregada o no por Jacopo, o si habían accedido a ella. Todo lo que le importaba era la esperanza, la carrera. Se detuvo a los pies de la colina, soplando como una máquina de Herón, y cuando Machiavelli y Pelashil le alcanzaron, les condujo hasta el puerto por un camino lleno de barro entre los altos talleres y los almacenes que dominaban los pontones.

La gente se amontonaba en el extremo del muelle. La nave se encontraba un poco más allá. El remolcador la hacía girar laboriosamente hacia la esclusa que la permitiría ganar el Gran Canal. Mientras Pasquale se abría paso a través de la multitud, vio nacer un destello de plata por encima de las cabezas amontonadas. Se trataba de la centelleante armadura de Jacopo, el valet del Gran Ingeniero, que, desde el techo de un coche, miraba a uno y otro lado.

Cuando Pasquale, seguido de Pelashil y de Machiavelli, llegó por fin junto al vehículo. Jacopo saltó del techo del mismo para abrir la puerta.

—Ella quiere hablar contigo —le dijo a Pasquale, sonriendo.

—Espero que sea conmigo —añadió Machiavelli.

Mona Lisa Giocondo esperaba en el interior, su rostro reflejaba

la luz de una vela perfumada, la única luz en el coche, pues las cortinillas estaban bajadas. Pasquale y Machiavelli se sentaron frente a ella en la banqueta de afieltrada, pero Pelashil se detuvo en la puerta, sacudió la cabeza y se apartó.

—Sin duda, querréis saber lo que ocurrió tras nuestra última conversación —dijo Machiavelli.

Mona Lisa cruzó los dedos de sus largas manos. Su pesado y embriagador perfume llenaba la pequeña cabina; como la última vez, llevaba un velo de tul, levantado para permitir verla la cara. La mujer replicó:

—Sin duda os gustaría contármelo todo, signor Machiavelli, pero de momento no tenemos tiempo para ello. Todo cuanto deseo saber es si mi marido es culpable.

—Fue el mago veneciano Paolo Giustiniani quien mató a Rafael —dijo Pasquale—. El signor Taddei tiene la prueba de que el veneno fue administrado por uno de sus criados, cuyo cuerpo se encontrará cerca del portón de la villa del mago.

Mona Lisa suspiró profundamente.

—En ese caso, tengo una deuda con vos.

—A ese respecto —dijo Machiavelli sonriendo con su sonrisilla de soslayo—, tendría que entrevistarme con vuestro inocente marido, signora. He visto que la declaración de guerra se estaba enviando por todas las torres de señales de la ciudad, y me ofrezco para la función que ya fue mía.

—Haré lo que pueda, pero debéis comprender que tengo muy poca influencia sobre mi marido. Seréis vos quien debáis convencerle de vuestro valor.

—De buen grado —dijo Machiavelli con complacencia.

Mona Lisa dejó un billete de transporte en la mano de Pasquale, explicándole que, como había sido acordado, podía contar con dos plazas.

—Debo decir que esto me ha costado muy caro —añadió la dama—. Quizá es el último navío que va a zarpar antes de que estalle la guerra. La mujer que he visto fuera… ¿es vuestra esposa?

—Todavía no —replicó Pasquale ruborizándose—. Quizá nunca lo sea. Tiene obligaciones que la retienen aquí. A menos que vos os vengáis conmigo, Niccolò, tengo que despedirme.

—No tienes nada más que hacer por mí —dijo Machiavelli—.

Todas las gacetas serán suspendidas, pero la Signoria necesitará una voz autorizada para calmar al pueblo. La guerra es un modo de vida, Pasquale. Esta ni es la primera ni será la última, y habrá otras más mientras haya Estados que compitan entre sí. La guerra es solo una forma de política, quizá incluso la más pura, porque es la expresión armada del vicio cardinal que es la ambición. Todos los Estados desean la paz, pero el que renunciara a la guerra se encontraría en el acto asediado por sus vecinos. Por eso no la temo, de la misma manera que no temo el mal tiempo.

—Os echaré de menos, Niccolò. Tenéis una extraña manera de encontrar consuelo.

Machiavelli se puso un dedo en su larga nariz.

—Florencia está preparada para la guerra, y ese es un primer paso hacia la victoria. Además, a diferencia de España, sus ciudadanos tienen el control del ejército, y ese es el segundo paso. La República sobrevivirá a la guerra, y saldrá de ella engrandecida.

Aquel discurso hizo sonreír a Mona Lisa. Pasquale le dijo al periodista:

—Ya estáis haciendo propaganda, Niccolò. Contentaos con decirme adiós.

Machiavelli tomó a Pasquale por los hombros y le abrazó como si fuera su hermano, luego, esbozando una sonrisa:

—No volveremos a vernos, Pasquale, pero espero que oiré hablar de tus aventuras. Vamos. Tienes que abordar un barco.

Pelashil y Jacopo esperaban fuera.

—Tu maestre se sentirá aliviado al saber que la maqueta ya no existe —le dijo Pasquale a Jacopo.

—Se lo diré. ¿Y Salai?

—Los hombres de Savonarola le capturaron. El astrólogo de Taddei, Cardano, es uno de los suyos, y desvió el ataque contra Giustiniani para que fuese a su favor. Solo ha sido un golpe de fortuna que la maqueta voladora haya sido destruida antes de caer en sus manos.

—La captura de Salai romperá el corazón de mi maestre, pero me alegra que al fin se haya librado de esa basura. —Miró por encima del hombro de Pasquale en dirección a Pelashil—. ¿Es la mujer que quieres llevarte?

—Se queda —respondió Pasquale ruborizándose.

—Hay que creer que tus poderes de persuasión tienen sus límites —dijo Jacopo—. Mi maestre me ha pedido que te entregue esto. Tendrás que comprar vino y víveres para la travesía. Podrás hacerlo en Livorno, pero te costará los ojos de la cara.

Pasquale sopesó la bolsa de monedas.

—Me habría gustado darle las gracias a tu maestre.

—Está a salvo en su torre, donde reflexiona en algún modo para castigar a Salai. No puede resistir una cara bonita, Pasquale. Se le ha metido en la cabeza que eres un ángel. Me alegra que no estés aquí para aprovecharte de ello. Ahora, date prisa. Por aquí.

—Pero el barco…

—¿Qué quieres hacer, subir a bordo a nado? La signora Giocondo te ha reservado un transbordador sin mirar en gastos. No te preguntaré lo que has hecho por ella; debe ser algo considerable.

Detrás de los postes de atraque de los grandes navíos, un pequeño pontón flotaba sobre el curso del río, guardado por dos coraceros. Su propietario estaba sentado apoyado en un bolardo que formaba un ángulo por encima de su cabeza. Era un hombre mayor, barbudo y arrugado, con un ojo cubierto por un trapo blanco, medio oculto por una ceja colgante. Envuelto en una manta para protegerse del frescor del agua, fumaba un cigarrillo, que apagó para colocárselo detrás de la oreja y subir a su embarcación.

Antes de abordar aquel pobre esquife, Pasquale corrió el riesgo de darle un beso a Pelashil, que se dignó a devolvérselo pasado un momento. La mujer le dijo al oído:

—Sabes que los míos son los wixarikas, y que viven en las montañas que se extienden al norte y al oeste del Imperio azteca. Es difícil llegar allí, Pasquale, porque hay muchos cañones y valles angostos, pero si sigues tu camino, encontrarás pequeñas aldeas rodeadas por campos de maíz y de casas redondeadas cada una de las cuales tiene un *kali-hue* donde bailan los *mara'akame*.

—Piero me lo ha contado cien veces, Pelashil.

—Sí, pero, ¿le creíste realmente?

—Creeré lo que vea.

—Nosotros decimos que algún día todo será como lo vemos en el Wirikuta, el lugar donde vamos a recolectar el *híkuri*. Los Primeros Hombres volverán, y la luz del Sol descenderá y la de la Luna aumentará hasta que no haya diferencia entre ellas. Mientras llega

ese día, permaneceremos suspendidos entre el mundo del Sol y los sueños de la Luna. No lo olvides, Pasquale.

—El barquero no puede remar más deprisa que el navío —proclamó Jacopo—. Si quieres subir a bordo, tendrás que irte ahora mismo.

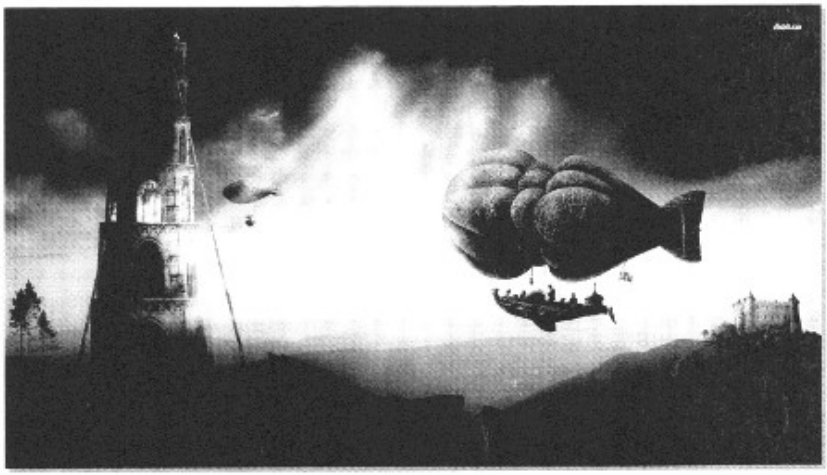
Mientras empujaba la barca y el barquero sacaba los remos, Pelashil gritó para que su voz atravesara la fosa líquida que se iba ensanchando:

—¡Envíame tu primer cuadro, Pasquale, para demostrarme que has llegado! ¡Piero no es inmortal!

Luego dio media vuelta seguida de Jacopo, y Pasquale les perdió de vista. La nave entraba lentamente en la esclusa que daba acceso al Gran Canal, y Pasquale se dio cuenta de que la barca no era la única embarcación que se dirigía hacia ella. Parecía que había salido del muelle con varias horas de adelanto para ganar mar adentro antes de que el canal quedase bloqueado por los españoles. Muchos no tenían billete; Pasquale tuvo que mostrar el suyo y gritar el nombre de la signora Giocondo una y otra vez antes de ver cómo al fin le arrojaban una cuerda de nudos y podía izarse a bordo.

Era por la mañana. La nave ya había sobrepasado Livorno, remolcada por el ancho canal en medio de una flotilla de pequeñas embarcaciones a bordo de las cuales los mercaderes vendían al extremo de sus brazos frutas, ropas, espejos, collares y otras baratijas (para intercambiar con los salvajes), fusiles (que tendrían que ser entregados en el acto al armero de a bordo) y toda clase de cosas; fue entonces cuando al fin le asignaron una litera a Pasquale. No era más que un espacio marcado con tiza de dos *braccia* por cuatro, en cuyo cabecero había un armarito donde Pasquale pudo colocar las provisiones necesarias que había comprado a los mercaderes flotantes y al intendente de a bordo, un montón de grasa austera cuyo despacho se encontraba en las sombrías entrañas del navío. La cala de los pasajeros estaba dividida en una

cincuentena de aquellas literas, pero nadie dormía en ellas. Como todo el mundo, Pasquale estaba apoyado en la borda del puente de paseo que rodeaba la nave, por debajo de la plataforma elevada donde se encontraban el capitán y el timonel. Se sentía dominado por una extraña embriaguez cuando miraba a los demás pasajeros y se preguntaba cuáles se convertirían en sus amigos, si se ganaría enemigos o si encontraría entre ellos a los compañeros con los que haría la travesía hasta el Nuevo Mundo.

Las embarcaciones de los mercaderes empezaron a distanciarse. El remolcador de paletas largó amarras y empezó a frenar, de tal suerte que la nave llegó a su altura y luego lo adelantó. Por delante se veía una línea cada vez más ancha, la del mar de un color azul profundo bajo un cielo sin nubes.

Pasquale llevaba bajo el brazo una plancha recubierta de una tela encerada, con dos elásticos para evitar que el papel fuera arrastrado por el viento. Había guardado su pluma con plumín de plata a lo largo de todas sus aventuras, así como su pequeño cuchillo y algunos trozos de tiza. Si ajustaba el precio, podría ir a comprar al puesto del intendente papel y más tiza, pero todavía no era necesario. Sabía que tenía que ganar dinero haciendo retratos de los demás pasajeros, pero prefería esperar. En su cabeza todavía se amontonaban las imágenes de todo cuanto había vivido. Veía el portalón en llamas y los árboles abrasados, el puente que ardía y la brillante vidriera que voló hecha pedazos cuando la atravesó, la débil mirada del simio agonizante y la sonrisa de Mona Lisa Giocondo, el rostro sagaz de facciones tensas de su amigo y el orgullo feroz y desdeñoso de Pelashil… Y en medio de todo aquello, aunque todavía se negaba a admitirlo, se formaban los alineamientos de algo a la vez superior e inferior al hombre, una cosa que, en equilibrio entre el mundo ideal y el mundo material, entre el Verbo y el Acto, era quizá (porque, ¿de qué podía estar ya seguro?) la resplandeciente faz maravillada de su ángel.